Diego Petersen Farah

EL INFIERNO DE LA INOCENCIA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

DIEGO PETERSEN FARAH

EL INFIERNO DE LA INOCENCIA

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Árbol genealógico de Ernesto Haas Belén

1
Morir
El entierro
La casa de la abuela
Del diario de Maca
Mamá

2
Jalil
Blanca
Hermann
Julienne

3
Ensenada
Cartas: memoria y exilio
La primera vez
Mudanza
El sillón del abuelo
Del diario de Maca

4
Delfina
Juan
Kristen
Alonso

5
Macarena

Los otros abuelos
Papeles
Cartas: memoria y dolor
Sopa de cebolla
Del diario de Maca
6
Luis
Emma
Carlos
Marcelo
Xabier
7
El crítico
Puesta de luna
La casa del Gordo
Del diario de Maca
Café Montenegro
8
Teresa
Martina
Enrique
Ixca
9
Rosa
Birria
La casa de Tatis
Cartas: memoria y rencor
Del diario de Maca
10
Ignacio y Lucía
Ellos

Saulo y Raquel
N.N. y 4325
11
Diez mil pies
La caja
Dentro de la caja
Desayuno
Regreso a la sierra
Cartas: memoria e identidad
Mezquitán

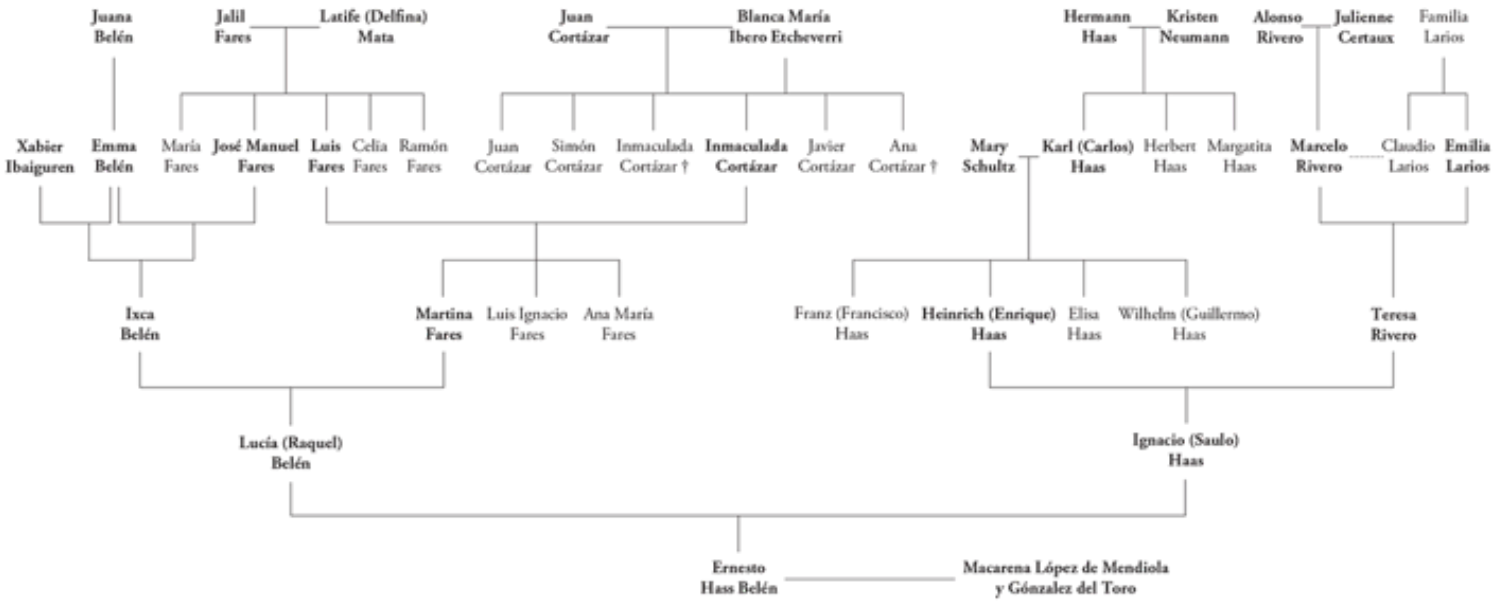
Guía de personajes
Nota del autor y agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

A mi padre y su prodigiosa memoria,
aquí explotada y seguramente traicionada.

La palabra que
cruzó el horror, ¿qué hace? […]
La palabra
que vuelve del horror, ¿lo nombra
en el infierno de su inocencia?

JUAN GELMAN

Árbol genealógico de Ernesto Haas Belén



1

Morir

¿Quién dijo que morir es fácil? A la abuela le costó muchísimo: pasaron veintitrés días y sus eternas noches desde que decidió –porque así fue– que no quería vivir más, que a sus noventa y nueve años nada le quedaba por hacer. Su vida tuvo sentido todos los días durante más de nueve décadas, a pesar de los tiempos convulsos, incluso durante la enfermedad, pero aquella tarde de octubre me apretó la mano y expresó su decisión:

–Estoy muy cansada, no quiero luchar más.

Nos miramos durante un rato. No había nada más que decir. Comenzó así el camino hacia el final, hacia la búsqueda de una muerte que se le negaba. Su cuerpo, habituado a las batallas, resultó más resistente de lo que ella misma creía. Sus órganos se negaban a dejar de hacer lo que habían hecho a lo largo de casi diez décadas. Su fuerza de voluntad era más fuerte que su última voluntad.

Aquel día, sin consultarla, decidí trasladarme a vivir a su casa, acompañarla en lo que yo creía que serían sus últimas horas o días. No lo agradeció, tampoco se quejó de que tomara el cuarto contiguo. Fueron poco más de tres semanas buscando el resquicio para huir de la vida: dejó de comer, dejó de hablar, pero no dejó de pensar. Rehuía los medicamentos para el dolor; se hacía trampa a sí misma partiendo las píldoras a la mitad; desobedecía órdenes médicas. Quería estar lúcida hasta el final y saludar de mano a la muerte. Así fue: una madrugada levantó los brazos como queriendo atrapar algo que se le escapaba, la mirada fija en un punto lejano. No había angustia en su ajado rostro, solo sorpresa. Al cabo de unos segundos, bajó los brazos, se recostó sobre su lado derecho, cerró los ojos y fue pausando su respiración, ampliando el tiempo entre una y otra hasta que la siguiente nunca llegó.

Viajar a Guadalajara tenía solo dos motivaciones: ver a la abuela y comer con Martín y Güicha –María Luisa– en su restaurante, el G&G. Treinta y seis horas eran más que suficientes en una ciudad que siempre me ha parecido caótica, pretenciosa y ajena. Detestaba el tráfico, odiaba el modito de hablar de los tapatíos y sus hipócritas maneras de relacionarse.

Mudarme a casa de la abuela para acompañarla en su muerte implicaba gestionar a distancia un restaurante en el Valle de Guadalupe. El Guamúchil, llamado así en honor del árbol que cubría el patio de la casa de la otra abuela. Cuando la abuela me dijo que había decidido morir, pensé que podía apañármelas unos cuantos días, lo que quedaba de la semana y algo más, sin regresar a Ensenada. No fue así. Aunque siempre viajo con ropa de más –es uno de mis vicios–, rápido se me acabaron las mudas. Rosa, mi nana y eterna ayudante de mi abuela, me lavaba y planchaba día de por medio. Maca, mi pareja y socia, llamaba todos los días con una lista de nuevos problemas y decisiones por tomar en nuestro restaurante, mismos que yo posponía indefinidamente.

Postrada en la cama, conmigo a su lado como un gato, la abuela y yo pasamos los largos días que tardó en morir. En sus ratos de vela, que se fueron haciendo escasos –sus fuerzas no le daban ni para abrir los ojos–, hablábamos de tonterías, del clima, de la comida que nos gustaba y los recuerdos que nos traía.

–La vida ha sido dura contigo –me dijo un día mientras me acariciaba con su mano inflamada por la falta de movilidad y el exceso de medicamentos.

–Y generosa también –respondí–. Te tengo a ti.

–Pues no por mucho tiempo.

Sabíamos que durante muchos años nos habíamos tenido solo el uno al otro. Estuvimos solos antes aun de la muerte del abuelo, a quien en realidad perdimos desde los sucesos previos a la salida de Guadalajara, cuando nos fuimos a buscar suerte a Tijuana. El carácter del abuelo se agrió, la sonrisa se retiró para siempre de su rostro y las palabras

escasearon, particularmente las amables; solo quedaron las de tono grave, los verbos en modo imperativo y algunos ecos profundos –soplidos, pujidos y exhalaciones– que venían de lo más hondo de su tristeza. En los años en que vivió en Tijuana no hizo nuevos amigos; nunca fue a la playa ni habló de lo que había pasado en Guadalajara. No volvió a tocar ni a besar a la abuela; tampoco volvió a poner música. Rumiar su tristeza fue su trabajo de tiempo completo y en sus ratos libres iba a la oficina, donde ejercía de agente aduanal. Una mañana de abril de 1992, el mismo día en que su tan querida y odiada Guadalajara –la ciudad que le dio identidad y también la espalda– explotaba en cadena por una fuga de gasolina en los colectores, él murió sorpresiva y, quiero creer, tranquilamente, en su sillón de cuero, mientras leía el semanario *Zeta*.

El entierro

El chillido agudo de las cintas que resbalan sobre las oxidadas poleas opaca el trino de las aves. El cajón de la abuela desciende despacio, con una parsimonia que quisiera ser solemne, pero es solo un trabajo de albañilería. El ruido de las palas que trabajan en la mezcla, cucharas que parten ladrillos, colocan hiladas y enjarran la nueva casa; la última morada, dicen los sacerdotes y los enterradores, tan cursis unos como los otros.

¿Quién quiere ser enterrado hoy cuando existe la incineración? La abuela. Yo que siempre he dicho que los muertos pertenecen a los vivos, que los cadáveres no tienen voluntad y, sin embargo, aquí estoy cumpliendo la suya, su inquebrantable y caprichosa voluntad. «Quiero que me entierres en el panteón de Mezquitán, junto a mis padres y abuelos», me pidió. Y aquí estoy, en el Rin, como le dicen a esta callejuela que divide la sección francesa de la alemana del cementerio, enterrándola al rayo del sol. De un lado están los bisabuelos paternos; del otro, los maternos. A mi abuela la estamos enterrando del lado francés, a pesar de su apellido mexicano. La línea materna suele ser más influyente en estos asuntos prácticos de la vida, como qué comemos, qué idioma hablamos,

a quién le rezamos, dónde descansarán nuestros huesos. La abuela comía guisos con mucha mantequilla, hablaba francés y no le rezaba mucho a nadie. Que haya exigido ser enterrada nada tiene que ver con creencias religiosas ni esperanzas en la vida futura, sino con la fijación –un tanto racista, lo pienso ahora– de que sus restos no se mezclaran con otros. El argumento es estúpido y contradictorio. Si no crees en la vida eterna, ¿qué más te da lo que hagan con tus restos? Pero la abuela era así: contradictoria. Y si algo he aprendido en este medio siglo de vida es que todos tenemos derecho a la contradicción. Lo que enterramos hoy no es sino el amasijo de contradicciones que quedó de la abuela luego de una vida turbulenta.

Dicen que los amigos se conocen en los velorios y en las presentaciones de libros. El entierro de mi abuela se parece más a la presentación de un libro de poesía. Somos pocos y los mismos, pero no me falta nadie, salvo Maca, mi novia que no pudo dejar el restaurante. A mi abuela tampoco le falta nadie. A los noventa y nueve años, los amigos de verdad o están muertos o atados a una cama. Conectados a un tubo, a una sonda urinaria, anclados a una silla de ruedas o viven en un mundo paralelo, con la mente perdida. Son pocos, muy pocos, los que llegan de pie a los noventa, como Raymundo y Othón, los amigos de mi padre, a quienes llamo tíos sin serlo y que están aquí. También vinieron algunas primas lejanas de la abuela, las tres casi veinte años más jóvenes. Las otras primas, las de su edad, un día simplemente le dejaron de hablar. Por lo demás, están sus fieles acompañantes: Samuel, su chofer, las enfermeras que la cuidaron los últimos tres años, Rosa –siempre Rosa– y, por supuesto, Güicha y Martín, mis amigos más queridos. Despegada del grupo, unos metros más atrás, sola, cubriéndose del sol con la tacaña sombra de una cruz vecina, está mi madre.

El trabajo de albañilería es torpe y desesperante. El albañil regresa al foso con cincel en mano para adelgazar la loza de concreto de la tumba superior. El ruido es infernal. El saco de lana negro cargado de sol me pesa sobre los hombros como un costal de cemento. Respiro hondo. Reconozco la sensación de asfixia, la antesala de un ataque de ansiedad.

La conozco desde los ocho años. Crecí con ella como una hermana. Respiro hondo para ahuyentarla.

El chirrido de las poleas que bajan el féretro interrumpe de nuevo a las tías que rezan el rosario. El albañil asoma la cabeza y regresa al fondo de la cripta cargando una pila de ladrillos y un bote de mezcla. Se escucha el chasquido de la mezcla seguido por tres golpecitos del mango de la cuchara sobre el ladrillo recién colocado. La secuencia se repite una y otra vez con ritmo perfecto y en mi cabeza voy construyendo el muro que aislará del mundo al cuerpo de la abuela. Me asomo para cerciorarme de que haya quedado completamente sellada.

Cuando los enterradores comenzaron a retirar cintas y poleas, todos entendimos que el ritual había terminado. Vinieron los abrazos, seguidos por palabras vacías envueltas en fórmulas desgastadas. Desfilaron frente a mí, uno a uno, los asistentes al cementerio. Todos excepto mi madre, que seguía inmóvil, agazapada en la esbelta sombra que proyectaba la cruz que había elegido para guarecerse del inclemente sol. María Luisa y Martín fueron los últimos. El de ellos fue un abrazo de verdad.

–Vamos a comer algo al G&G –propusieron.

Martín, el Gordo, es el cocinero; Güicha, la administradora y *sommelière*. Ambos son propietarios de un restaurante de barrio en las inmediaciones del mercado de la capilla de Jesús. Tienen un corazón enorme y su cocina es un apapacho para el alma. No había otro lugar en Guadalajara donde yo quisiera estar en aquel momento.

El Gordo es mi hermano en el sentido más amplio de la palabra. Crecimos juntos en Tijuana, la ciudad a la que nadie llega por gusto y en la que nadie tiene historia ni parientes. TJ era la ciudad de los excluidos, por eso cabíamos todos. Ahí llegamos los que, ricos o pobres, por la razón que fuera, no teníamos lugar en nuestra comunidad de origen. Ahí nadie era nieto de nadie ni primo de alguien, todos éramos migrantes. Tijuana es un bosque de árboles arrancados.

Nosotros aterrizamos allá en 1980. Yo tenía siete años. La familia de Martín llegó unos años después, a finales de 1982, cuando el país entró en crisis por no saber administrar la abundancia. Originario de Monterrey, su padre era un alto ejecutivo del Grupo Alfa, despedido y

luego señalado por malos manejos en la empresa. En Tijuana a nadie le importaban esas cosas. De eso no se hablaba, y preguntar era algo de mal gusto, una falta de cortesía. Quedarse con la duda y no dudar de nadie era la única regla de urbanidad. Nos conocimos en el barrio, y digo el barrio porque en esa ciudad fronteriza hasta los fraccionamientos pretendidamente catrines, como Playas, donde vivíamos, son barrio. Playas de Tijuana es un triángulo de clase media protegido por tres barreras infranqueables: la carretera que va hacia el sur, el mar helado y el muro fronterizo. Estábamos físicamente lejos de las barracas, los burdeles y los refugios de migrantes, pero cerca de la droga, las olas y la cultura de la frontera. La Tijuana de los ochenta era un lugar inseguro donde los asaltos y robos eran parte del presupuesto de unos y otros. Una extraña, y sin embargo eficiente, manera de repartir la riqueza. Las balas eran el idioma común. En aquellos años el Gordo y yo no teníamos edad para brincar la frontera e ir de reventón a San Diego, el único barrio bonito de Tijuana. Sin embargo, éramos felices en nuestro pequeño triángulo. Libres por los tres costados, fumábamos mota, surfeábamos, tomábamos cerveza, escuchábamos música y discutíamos tonterías a nuestro aire.

El Gordo siempre ha sido gordo y su apodo siempre ha sido el mismo. No hay maldad ni discriminación en el mote, pues en su caso no es un sobrenombre malicioso y despectivo, sino el complemento directo de su ser, el atributo de un sujeto gramatical: Martín es gordo. Punto. Yo, por el contrario, siempre he sido flaco y débil, incluso enfermizo. Estas diferencias no nos impidieron ser mejores amigos desde el primer día en la Prepa Ibero. Éramos pocos en el salón; todos, como he dicho, sin pasado. A Martín y a mí nos consideraban los más raros del grupo, pues no nos gustaba el futbol y éramos tímidos con las mujeres. Pronto nos ganamos la fama de jotos y corrían todo tipo de rumores sobre nuestra virilidad. Nunca nos importó.

Despedí a la Güicha y al Gordo con la promesa de verlos en el restaurante. Caminé despacio entre las tumbas. El descuido del cementerio era enorme. Sin embargo, era hermoso a su manera. Siempre

he preferido los cementerios dejados a la suerte de los muertos, habitados más por fantasmas que por cuidadosos jardineros y eficientes enterradores uniformados, por hierbas nativas que pelean por su sobrevivencia más que por verdes pastos mimados con riego y abono. Imaginé las raíces del enorme laurel de la India, que cubría con su sombra la entrada, alcanzando las tumbas lejanas y abrazando huesos desconocidos bajo nuestros pies. Fantaseé pensando a mi abuela convertida en guayaba, en una hermosa y rozagante guayaba de panteón. Cavilaba estas estupideces mientras caminaba hacia la salida por la calle principal, cuando escuché la voz de mi madre a mis espaldas.

–Hola, Ernesto, ¿te puedo abrazar?

La casa de la abuela

Nunca quise regresar a Guadalajara, la ciudad de mis padres y abuelos. Mi vida estaba junto al muro fronterizo, en las aguas frías del Pacífico y la cultura playera de California. Había comenzado la carrera de Comercio Exterior, impulsado, por no decir obligado, por el abuelo. Desde que estaba en segundo de prepa, me metió a trabajar al negocio familiar. Más para evitar que anduviera de vago con el Gordo que para que le ayudara. Estorbé mucho, pero algo aprendí. La abuela, por el contrario, no quiso quedarse más tiempo en la frontera después de enviudar. Sus raíces, su familia, sus amistades de la infancia estaban en Guadalajara. Le quedaban muchos años por delante y quería vivirlos con los suyos, volver a tejer las redes que se deshilacharon con los acontecimientos, salir del ostracismo en el que la había metido el abuelo. Recuperó su casa, que había rentado a un sobrino, y los muebles, que había guardado en la bodega, y en cosa de semanas la montó idéntica a como la había dejado años atrás, con todo y mi nana Rosa. Los vecinos de la calle 12 de Diciembre ya no eran los mismos. Paradójicamente, eso, lejos de estorbar, ayudaba a su bienestar en la ciudad.

Ahora me tocaba a mí desmontar aquella casa. Entre abogados, trámites burocráticos y visitas de parientes desconocidos habían pasado

volando los tres días posteriores al entierro. Era el heredero único de los abuelos y el responsable absoluto de su memoria. Esta certeza me paralizó: cada cosa que tirara a la basura, que regalara al orfanato o que vendiera a algún bazar, significaba un trozo de ellos que desaparecería para siempre. Hablé con Maca para comunicarle la decisión de quedarme dos semanas más en Guadalajara. Evito repetir las palabras que gritó durante la llamada. Todas las cosas que dijo eran ciertas, todas merecidas, pero no me hicieron cambiar de opinión. Llamé a María Luisa, que había regresado al Valle de Guadalupe para cerrar una compra de vinos, y le pedí ayuda:

–Apoya a Maca con El Guamúchil, por favor.

–Con gusto, si tú te haces cargo de ti mismo.

–Güicha, no necesito otra nana. Para eso ya tengo a Rosa.

–Tú sabes lo que quiero decir. Yo me arreglo con el restaurante si tú te arreglas con tu pasado.

Quedamos de vernos a su regreso de Ensenada. Mal había terminado la llamada cuando marcó el Gordo para avisarme que iría a verme en la noche, en cuanto pasara la hora pico del restaurante. Así era él. Sobre las cosas que tenían que ver con la amistad no peguntaba, actuaba. Me senté en el sillón de cuero –único mueble que fue a Tijuana y vino de regreso– con cuaderno y pluma en mano para hacer una lista de tareas. Cayó la tarde y no había apuntado nada. Lo único que me venía a la cabeza eran recuerdos de infancia. Eran pocas las imágenes, la mayoría de mis recuerdos eran sabores de lo que había comido en aquella casa: birote con frijoles, sopa de fideos secos, lentejas, tortillas recién echadas, el olor agrio de la leche que se descomponía lentamente en jocoque a un lado de la estufa, el aroma de las semillas de calabaza en el comal antes de convertirse en pipián. Le pregunté a Rosa dónde guardaba la abuela los recetarios.

–Uy, Neto, en esta casa nunca hubo recetarios. No, al menos, desde que la señora regresó de Tijuana. Todo está aquí –dijo tocándose la sien con los dedos–. Lo que quieras, yo te lo preparo.

–Nada, nana, es pura curiosidad.

–Te dejé unos tamales de elote en la vaporera y la salsa en la ollita azul. Tienes que comer algo, mijo, te estás poniendo muy escuálido.

–Así soy yo, Rosa, no me luce la comida. Pero al rato viene el Gordo, él acaba con todo.

Martín llegó rayando las once, botella en mano y con una energía como si fueran las diez de la mañana. Yo, por el contrario, me caía de sueño. El Gordo siempre vivía de noche. No le afectaban las desveladas y nunca acusaba una cruda. Él atribuía esas extraordinarias cualidades al gran volumen de su cuerpo. Abrió la botella, un ensamble del Valle de San Carlos que había quedado en su cava tras una degustación esa tarde. La sirvió en los primeros vasos que encontró abandonados en la despensa y disparó:

–A ver, Neto, ¿qué vas a hacer?

–¿Qué voy a hacer? Quitar la casa y regresar al Valle.

–Ojalá sea así de fácil. De verdad lo deseo.

–¿Por qué no lo sería? Necesito un par de semanas para vaciar todo. El lugar es ideal para un restaurante. ¿Te interesa?

–Deja de hacerte güey, Neto. Quitar la casa será mucho más complicado de lo que te imaginas.

–Entre más rápido lo haga, mejor. Es como quitarte un pelo de las orejas: de un solo jalón, aunque duela, y a otra cosa.

Dimos cuenta de la botella y los tamales, y a mi cuarto bostezo entendió que era hora de irse. A pesar de que no dormí del todo bien, al día siguiente me levanté con energía y en el desayuno le expuse a Rosa el plan de evacuación de la casa. Hablamos, por supuesto, de su liquidación. Honrada como era, me dijo que la abuela le había pagado ya su retiro, pero que se quedaría a trabajar todo el tiempo que necesitara.

Comenzamos por el cuarto de los libros. Era una biblioteca vulgar. Salvo algunos volúmenes heredados –una Biblia ilustrada, impresa en Hamburgo en 1876, o una enciclopedia británica de 1898–, el resto eran los volúmenes esperados en una casa de clase media tapatía: la enciclopedia temática en pasta azul, la Salvat en rojo, la colección de clásicos de Bruguera, todo Agatha Christie, novelas policiacas comunes. Lo más complicado de empacar libros es conseguir las cajas adecuadas, que no sean ni demasiado grandes, porque luego no hay quien las mueva de lugar, ni demasiado pequeñas, porque no caben los libros de formato grande. Yo armaba las cajas y las reforzaba con cinta canela. Rosa las

empacaba con agilidad sorprendente, como si lo hubiese hecho toda su vida. Antes de la hora de la comida, estaban todos los libros empacados, salvo unos enormes cuadernos de pasta azul veteada en negro.

–Estos no caben en ninguna caja. ¿Quieres que los amarre con un mecate?

–Déjalos ahí, ya veré qué hago con ellos.

Contra la voluntad de mi nana, que insistía en hacer de comer, pedimos lonches bañados acompañados de refresco, uno de los manjares tapatíos. Me tiré a descansar en el sillón de cuero, pero no pude conciliar el sueño. Tomé los cuadernos del abuelo. Eran simples recortes de periódico y estaban ordenados por fecha: marzo de 1959-octubre de 1961, noviembre de 1961-enero de 1963, febrero de 1963-julio de 1965. Eran diecisiete volúmenes de recortes sobre lo que le interesaba a él en un estricto orden cronológico: campeonatos de las Chivas; cartones de Abel Quezada; artículos de Daniel Cosío Villegas; la historia del asesinato de Kennedy; fotos de Jackie Kennedy, Brigitte Bardot, Tania Mallet; ensayos sobre arte pop; fotos de los Beatles. No eran solo recortes, era su recorte del mundo, su propia manera de editar la historia, de apresar su tiempo. El volumen diecisiete se interrumpía abruptamente a medio llenar. El último recorte, un artículo sobre el derecho de los empresarios al arrendamiento, era del 3 de septiembre de 1973.

Separé los cuadernos del resto de los libros que iba a regalar.

Del diario de Maca

Lunes 27 de marzo de 2023

Murió la abuela de Ernesto. Debería decir: «Finalmente murió la abuela». Aunque, si lo digo así, parecería que lo deseaba. Fue una agonía larga. Por supuesto que no deseo la muerte a nadie, lo único que quiero es que regrese Neto porque lo extraño. Si de por sí me deja toda la carga de El Guamúchil, ahora, con la enfermedad de la abuela, se desentendió del restaurante. Ya va casi para el mes que se fue.

Cata de hoy: Uriel 2018. Rosado. Muy bajacaliforniano, un poco salado a mi gusto. Buen color, rosa intenso. Tiene personalidad, eso me gusta. Aromas de bayas rojas, hierba seca y minerales. En boca es de buen

cuerpo, con una sorprendente presencia tánica para un rosado, y, al mismo tiempo, muy frutal. Variedades: cinsault, tempranillo, syrah, barbera, sauvignon blanc, moscatel. ¿Demasiada mezcla? Ochenta y siete puntos, Maca.

Martes 28 de marzo de 2023

Ramiro cumple bien como segundo en la cocina, prepara a la perfección los platos que aprendió de Ernesto, pero hace falta Neto, más de lo que él cree. No se lo digo para que no se estrese más. Si lo hago, va a pensar que lo estoy presionando para que regrese. La verdad es que me hace falta. Tampoco se lo digo. Su irresponsabilidad me rompe la rutina y, aunque siempre me queje de él, eso me ayuda a ser menos obsesiva o, al menos, a equilibrar mis obsesiones. Creo que he caído en la codependencia. Tampoco se lo digo. Tengo veinte mil pendientes. Mañana le diré lo mucho que me hace falta; hablar con él me ayuda a organizar la cabeza.

Cata de hoy: Decantos 9.81, blanco, 2017. Aromas de especias y lácteos. Lo láctico opaca las notas de cítricos. En boca es de cuerpo medio, con una linda textura y la acidez necesaria. Tiene notas de limón macerado, hierba fresca y flores. Al final, una ligera y agradable nota de vainilla. Variedades: noventa por ciento chardonnay, diez por ciento grenache blanc. Sorprendentemente bueno. Noventa y dos puntos, Maca.

Jueves 30 de marzo 2023

No sé en qué momento se nos ocurrió poner un restaurante. Tener un restaurante es más esclavizante que tener hijos. Lo bueno es que ya murió doña Teresa y Ernesto ya no tendrá que ir a Guadalajara. Nunca me cayó bien la señora, siempre tan petulante. Ella se murió y todos vamos a descansar en paz. Nunca se lo diré a Neto, pero es la neta. Sigo pensando en que debí ir a Guadalajara a estar con él, pero no me animo a dejar el restaurante.

Cata de hoy: O Positivo, 2018, tinto de Fernanda Parra (Casa Pouya). Aromas primarios de zarzamora, ciruela, humo y arbustos y, más atrás, aromas de arcilla y minerales. En boca tiene buen cuerpo, con la fresca

fruta negra dominando el paladar y ligeras notas de hierba fresca y minerales. Como todos los vinos de Fernanda, tiene una marcada acidez. Variedades: cincuenta y cinco por cinto cabernet sauvignon, cuarenta y cinco por ciento syrah. Noventa y un puntos, Maca

Sábado 1 de abril de 2023

Saldo del día: servimos cuarenta y ocho comidas y se vendieron treinta y dos botellas, doce de tinto, dieciocho de blanco y dos de rosado. Un cliente pidió espumosos. Debería tener dos o tres etiquetas de espumosos en la carta. Corte de caja: cincuenta y un mil cuatrocientos. Bajas: dos copas y un plato de postre. Cinco comentarios en el libro de visitas, cuatro elogiosos y uno quejándose de una copa mal lavada. Mañana voy a revisar el proceso de lavado.

Cata de hoy: Paoloni Nebbiolo, 2015 (Villa Montefiori). Aromas intensos de ciruela, zarzamora y cereza sobre notas de violetas, regaliz y minerales. En boca es un vino grande, con una textura untuosa y gran densidad equilibrada por excelente acidez. Los sabores son de frutas negras, chocolate, flores secas y el típico saladito del Valle de Guadalupe. Un típico Nebbiolo del Valle. De lo mejor que he probado últimamente. Voy a hablar con Paolo para meterlo a nuestra carta. Noventa y cuatro puntos, Maca.

Mamá

El testamento era claro y sencillo: todo para mí. La solemnidad con la que el notario leyó el documento desde la cabecera de una enorme y fastuosa sala de juntas contrastaba con la sencillez del texto. No había rollo, no había condiciones, solo la voluntad de que yo me quedara con todo, que no era mucho, pues la casa, como recordaba el testamento, había sido vendida previamente al tío Toño, un primo segundo de mi padre, y que de acuerdo con lo convenido debía entregarse a los treinta días de la muerte de la abuela. Lo que quedaba, la cuenta de ahorros en el banco, el carro, las joyas, unas cuantas moneadas de oro, la vajilla, las

copas, los tiliches de la cocina, los libros, la ropa, los cuadros y las fotos eran para mí. En la cuenta de banco había más dinero del que yo poseía, pero no era para nada una cantidad exorbitante. Las joyas eran pocas y baratas, salvo un prendedor de oro antiguo, el mismo que lucía la bisabuela en el enorme retrato hecho por un gran pintor de finales del siglo XIX y que también tenía, en teoría, algún valor. Y digo en teoría porque no había mercado para retratos familiares, por más bueno que fuera el pintor. Además, resultaba de muy mal gusto subastar a la bisabuela. Las monedas, ocho centenarios, las dividí entre dos y le entregué cuatro a Rosa, que las recibió entre reclamos y murmullos incomprensibles. Era, lo sabía, su forma de agradecer. Ropa, libros, cazuelas, vajillas corrientes, la vieja estufa, el tostador, la cafetera eléctrica y las camas desgastadas se fueron directo al orfanato.

Con la ayuda de Rosa y el Gordo, en cosa de cinco días la casa estaba desmontada. Solo quedaban los libros seleccionados, las cajas de fotos, los cuadros que llevaría conmigo, una cama, dos sartenes, la cafetera Bialetti y el molino de café que yo mismo había adquirido cuando decidí acompañar a la abuela en sus últimos días. También quedó el sillón del abuelo y la antigua sala, que había sobrevivido cuatro generaciones merced a que nadie la usaba.

Los días pasaban lentos en aquella casa semivacía. Lo que seguía era poner fecha a la mudanza, efectuar ese acto definitivo de trepar las cosas restantes en un camión rumbo a Ensenada, entregar las llaves al tío Toño y despedirme de Rosa, pues, lo sabía, sin la abuela me alejaría definitivamente de ella. Pasaba los días repasando y organizando las fotografías de la familia, tratando de entender quién era quién y por qué estaban ahí. En muchos casos ni siquiera reconocía los rostros. A pesar de que la mayoría de las imágenes no me decían nada decidí no tirarlas. Las separé en tres sobres: las que tenían que ver con papá y mamá, otro con las de los abuelos y uno, más pequeño, en las que salía yo. Solo había tres fotos de mi primera infancia en Guadalajara: una en los brazos de la abuela; otra en lo que, supongo, fue mi primer triciclo; y una más, partida a la mitad: yo de bebé en una cama.

Levantar la casa de un muerto es una tarea extenuante y debe hacerse cuando uno, el deudo, el sobreviviente, está más triste y débil. Encima lo quieren a uno activo y sonriente. Aquella tarde estaba recostado en el sillón del abuelo, haciendo nada, con los ojos cerrados, gozando la penumbra de la tarde, cuando escuché unos pasos en la recámara. La siesta se había prolongado más allá de lo normal, como marca el manual de los perfectos síntomas de la depresión. No quería dar explicaciones a nadie, así que me hice el dormido. Adiviné la presencia de Rosa, cuya respiración bufaba, como cafetera vieja, a los pies del sillón. Esperó un tiempo prudente. Como no abrí los ojos ni reaccioné a sus discretos, pero no por ello menos patentes, mugidos, comenzó a sacudirme el dedo gordo del pie izquierdo, como lo había hecho cada mañana durante años, cuando me despertaba para ir a la escuela.

–Neto, Neto… Despierta, Netito.

–¿Qué? –pregunté fingiendo estar más ausente de lo que estaba.

–Te buscan.

–¿Quién? –insistí, acentuando el desgano.

–Es ella.

Rosa sabía lo complicada que era mi relación con mi madre y, al mismo tiempo, intuía lo importante que era su presencia en aquel momento. Fiel a su estilo, no insistió, lo suyo no eran las palabras, solo se quedó parada frente al sillón, esperando una respuesta. Era capaz de leerme el pensamiento o, peor aún, de obligarme a hacer lo que ella pensaba que era lo correcto. Nada había de extraño en ello, me había cuidado desde bebé. Yo tenía semanas de nacido cuando se hizo cargo de mí; ella no llegaba a los veinte. Al menos es lo que dice, pues nunca ha sacado un acta de nacimiento, credencial de elector o documento alguno que especifique su fecha de aterrizaje en este mundo. Lo cierto es que un día, siendo aún una mujer joven, decidió envejecer. Redujo su guardarropa a cuatro colores –negro, blanco, gris y azul marino–, se dejó las canas, arrugó su cara y se instaló ahí desde hace cincuenta años. Solo sus pulmones, dañados desde la infancia por una tuberculosis, acusan el paso del tiempo.

–¿Ella? –pregunté a sabiendas de que jamás pronunciaría su nombre.

–Ella misma. Está instalada en la sala de la señora como si fuera su casa. Dice que ahí lo espera.

–¿Le ofreciste café o algo?

–¡Mah! –respondió Rosa con su característica expresión, que denotaba a la vez desprecio y un aviso de que nadie la movería de su posición.

–Bajo en un minuto, pero no seas mala, ofrécele algo.

–Ella va a tomar lo que usted tome. ¿Le preparo café?

–Sí, por favor, Rosa. Gracias.

No nos habíamos visto mucho en los últimos cuatro años. Nuestra última conversación había acabado mal. Le pedí explicaciones que ella no estaba dispuesta a dar. Me harté de su silencio, de su falso estoicismo. No debí haberle gritado, pero lo hice. El día del entierro de la abuela no hablamos mucho. Solo me preguntó si podía abrazarme, se colgó de mí con fuerza y yo no supe qué decirle. Mi madre tampoco dijo nada, me dio un beso y se retiró entre las tumbas. Su rostro es fuerte. Sus párpados, extremadamente delgados, siempre apuntan al suelo. Su sonrisa es una mueca dispareja que se eleva solo del lado izquierdo y dura apenas unos segundos antes de que el peso derrote a los labios y los regrese a su forma natural de arco descendente.

Fui al baño. El espejo me devolvió una imagen patética de mí mismo. No quería que mi madre me viera así, triste, como ella. Me lavé la cara con agua fría, como me enseñó el abuelo que hacían los hombres, me cepillé los dientes para disipar el aliento encerrado de la siesta, me puse desodorante y una camisa limpia recién planchada. Bajaba la escalera cuando me alcanzó el olor a café recién colado.

–Hola, madre.

La sonrisa chueca pasó fugaz por su rostro. No dijo nada. Me dio otro abrazo, esta vez más prolongado. Sentí su respiración leve entre mis brazos. Su cuerpo era huesudo y tenso. «Tiene menos carnes que una bicicleta», solía decir la abuela con su característica ironía. Y, efectivamente, parecía que se iba a desbaratar si la apretaba con fuerza. No siempre fue así. En una de las fotografías que había visto en estos

días, de cuando mamá era muy joven, aparecía fuerte, sonriente y con los ojos brillantes. En mi recuerdo, sin embargo, ella siempre había sido magra y triste.

Nos sentamos en el incómodo sofá de la sala decimonónica. Durante un rato estuvimos callados. Había dejado un sobre amarillo con papeles en la mesa de centro. Tomó mi mano entre las suyas y la acarició sin decir palabra. Apareció Rosa cargando la bandeja con la cafetera italiana, aún en ebullición, dos tasas pequeñas y nada más. No le preguntó a mi madre si quería leche, azúcar o si tomaba el café corto o largo. No trajo ni siquiera una servilleta. Depositó la bandeja sobre la mesa haciendo evidente su desagrado y se retiró. Las manos huesudas de mi madre acariciaban ahora mi rodilla con ansiedad. Su mirada permanecía clavada en el piso, incapaz de verme a los ojos. Me enterneció su nerviosismo.

–¿Cómo estás? –preguntó al fin.

–Bien, tan bien como se puede estar en estos casos.

Serví las dos tazas de café. Ella no tocó la suya.

–Nadie está bien ante la muerte, pero se sobrevive. ¿Qué te voy a contar? Solo vine a preguntar si necesitas ayuda… Para levantar la casa, digo. Es mucho trabajo para una sola persona.

–Ya terminamos. Solo me falta fuerza para dejar la casa. Son demasiados recuerdos.

–¿Cómo está tu depresión? –preguntó, sin matices ni falsos rodeos.

–No peor que la tuya, por lo que veo.

–Pero la mía no me importa, solo la tuya.

–Perdona que te lo diga así, madre. Nunca pareció importarte gran cosa. ¿Por qué te importa ahora?

–Porque ahora estamos solos. Ahora solo me tienes a mí, y yo a ti.

–No sé si eso sirva para algo. Pero no te preocupes, tengo a Rosa… como siempre.

En otro contexto, dichas por otra boca de otro hijo hacia otra madre, esas habrían sido palabras hirientes, capaces de generar un melodrama de dimensiones considerables. Mi madre no se inmutó, siguió acariciando mi rodilla con automatismo.

–Rosa ha sido buena contigo. Yo no he podido serlo.

–No te azotes, madre –reviré queriendo cambiar el rumbo de la conversación, que tomaba un tono denso e incómodo–. La vida ha sido la que ha sido. Nadie escoge lo que le toca vivir.

–Todo lo contrario. Todos decidimos lo que hacemos, aunque luego nos cueste trabajo hacernos cargo de nuestras decisiones y culpemos de los efectos al destino, a Dios, a los compañeros o a la vida.

Soltó mi pierna. Quizá notó mi incomodidad o ella misma se dio cuenta de que aquellas caricias, que rayaban en lo maniaco, difícilmente podrían interpretarse como una muestra de afecto. Sus manos no podían estar en paz. Tras unos largos segundos en los que primero se jaloneó el pantalón, se agarró con fuerza de la orilla del sillón y luego tomó la taza con ambas manos para empinar el café ya frío, finalmente recogió el sobre amarillo que había dejado sobre la mesa. Torpemente sacó de él un hato de hojas que puso en mis manos.

–¿Qué es esto? –pregunté, temeroso de escuchar la respuesta.

–Esta es tu historia. Bueno, una parte de ella, la que he podido reconstruir. Quiero regalártela.

2

Jalil

Comienzo por lo más lejano. Lo más lejano en el tiempo y en distancia, en la punta del Monte Líbano en la segunda mitad del siglo XIX. El que está allá, sentado bajo el enorme cedro mientras cuida un rebaño de cabras, es Jalil. Debe de tener trece o catorce años, no más. Lo que se ve al fondo es su aldea, Hariza, y la última casa, la de la higuera enorme, es la de su familia. Él es el mayor de siete hermanos, pero su padre, Hassan, no lo deja meter las manos en el negocio familiar: es muy malo con las cuentas y, peor aún, se apiada de quienes piden fiado. Por eso tira con las cabras al monte y pasa el tiempo mirando, imaginando. En los días claros alcanza a ver, allá abajo, a lo lejos, una enorme extensión azul que su padre dice que es Akdeniz, el mar blanco, el mismo que nosotros conocemos como Mediterráneo. Un mundo de agua, por donde van y vienen las mercancías de todo el mundo. Su madre, Azima, dice que el mar es peligroso no solo por los monstruos que lo habitan, sino por los marinos que lo surcan.

–Somos benditos de Dios por vivir en tierra firme y en lo alto.

Se santigua Azima y no hace sino alborotar la imaginación de Jalil, que ahí sentado bajo el cedro, contando una y otra vez las cabras para que no se le desbalague ninguna, imagina aventuras en un mar que no conoce.

Una madrugada, aún con la luna en alto, su padre lo despertó con urgencia.

–Vístete, nos vamos a Biblos a recoger mercancía.

Hassan decidió que Jalil ya estaba en edad para ayudarlo y podría ahorrarse un cargador. Emparejaron las mulas, las cargaron con agua y algo de comida para el viaje –dátiles, olivas, quipes y pan– y comenzaron

a bajar antes de que saliera el sol. El descenso fue hermoso. El pequeño arroyo que les servía de guía se fue convirtiendo poco a poco en un caudaloso y escandaloso río que tropezaba con piedras y peñascos.

–Ibrahim, Nahr Ibrahim, así se llama el río –instruyó Hassan, que intuía la curiosidad de su hijo, y volvió a callar.

Era hombre de pocas palabras, muy pocas. Jalil podría haber contado con los dedos de las manos las frases que emitió su padre en los dos días y una noche que duró el trayecto hasta el puerto.

Llegaron al atardecer. La imagen de Biblos desde la colina le hizo saltar el corazón. Jamás en sus sueños y desvaríos, a la sombra del cedro donde cuidaba cabras, había imaginado algo así. Construcciones altísimas, una muralla portentosa, torres que sobrepasaban las palmas y los cipreses, enormes tejados rojos y el azul, único, brillante, de la cúpula de la mezquita. Al fondo, los mástiles de los barcos y, después, el mar, inmenso, que se confundía con el cielo aborregado que comenzaba ya a pintarse de colores en el ocaso. Calor sofocante, aire denso, sabor a sal, escozor en la piel. La túnica de lana cruda se le pegaba al cuerpo empapado en sudor. Se la quitó de golpe, dejando solo el *sirwal* y un *labbada* atado a la cabeza.

–Cuando lleguemos a la ciudad te la tendrás que poner de nuevo; no quiero que parezcas niño de puerto –espetó Hassan.

Jalil entendió el mensaje unos minutos después: el puerto era una locura donde centenares de hombres y niños descamisados subían y bajaban mercancías de los barcos a través de pasarelas que los unían con los muelles. Al fondo estaban los mercaderes, perfectamente ataviados con *sirwal* negro, coloridas túnicas de seda ligera, grandes bigotes, todos tocados con un fez.

La mezcla de olores penetrantes –suma de mar, pescado, especies, sudores, orines y detritus humanos– le provocó una ligera arcada. Jalil se quejó haciendo un gesto y llevándose los dedos a la nariz.

–También a esto se acostumbra uno –sentenció Hassan, gastando algunas de sus pocas palabras.

Amarraron las mulas en un ancla libre adosada al muro exterior del mercado y se internaron en el mundo del comercio. Su padre mercaba entre gritos y regateos e iba pasando las compras a su hijo cargador. En menos de una hora el bulto era más grande que Jalil.

Pasaron la noche en una posada. Jalil miraba el techo en espera de que los ruidos cesaran para dormir. Eso nunca sucedió. Biblos tenía vida y ruidos día y noche: música, gritos, atraque de nuevos barcos.

En aquel viaje, Jalil aprendió que el mundo y el odio eran mucho más grandes de lo que imaginaba. Estaban atando la carga a las mulas, su padre fresco, él adormilado, cuando un viejo mal encarado y borracho comenzó a atacarlos.

–¡Maronitas de mierda!

Hassan no respondió al druso que lo increpaba, pero el color de su cara y su semblante cambiaron. Comenzaron la escalada del monte camino a casa por las escarpadas cañadas de la cuenca del Ibrahim. Abajo, sus aguas eran rojas por la tierra que arrastraba.

–Sangre de Adonis. Los antiguos decían que el río se hizo rojo por la sangre de Adonis –dijo Hassan.

Jalil sabía de sobra que no tenía caso preguntar más, aunque muriera de curiosidad; tampoco valía la pena procurar una conversación que no tendría continuidad. Descansaron en la parte alta de un risco. Descargaron las mulas, bebieron del río que a esas alturas era más transparente y prendieron fuego antes del anochecer. La tarde caía despacio y una bruma azul bajaba del monte, desapareciendo las aldeas de la parte alta de la montaña. Arrullado por los rumores del río y el olor de los pinos, que en nada se parecían a los hedores del puerto, Jalil soñó con el mundo.

Un olor a palo quemado lo despertó. Su padre había ya atado de nuevo la carga a las mulas. Desayunaron quipes, dátiles y unas nueces y luego reemprendieron la cuesta. Conforme se acercaban a Joünié, el olor a quemado aumentaba y picaba los ojos: la neblina de la mañana impedía que el humo se dispersara. Cuando entraron a la aldea encontraron a una familia en llanto y a un grupo de varones en pie de guerra. Los drusos

habían quemado la casa del antiguo *sheij* cristiano, a quien acusaban de haber sido fiel a la invasión egipcia.

–Esto terminará mal.

Esas fueron las últimas palabras de Hassan, quien no volvió a pronunciar vocablo en el resto del viaje.

Antes de llegar a Hariza pasaron al monasterio de San Pedro, dieron gracias y se bañaron en la cascada de Balaa para dejar atrás los humores del puerto y llegar limpios a casa. Costó trabajo mover a las mulas que, instaladas en el fresco generado por la brisa del chorro cristalino de la caída de agua, no querían reemprender la caminata.

¿Te acuerdas cuando escuchabas el mar dentro del caracol en casa de tu abuela? Ese mismo sonido tenía permanentemente el joven Jalil entre oreja y oreja; el ruido del mar quedó atrapado en su cabeza. Sentado a la sombra del cedro, de su cedro, imaginaba otros puertos y otras montañas. Imaginó una ciudad más grande que Biblos, y otros montes, tan altos como el Líbano. Pensaba en mujeres ataviadas con las prendas que había visto en el mercado. Lo que nunca pudo imaginar es que había, mucho más allá de su vista, otros mares y otras ciudades que lo esperaban. Él, que pensaba conquistar la tierra, fue conquistado por otras tierras.

La segunda vez que bajó de la montaña fue para marcharse. Pasado el invierno especialmente frío de aquel año de 1881, empacó la poca ropa que tenía, algunos víveres que tomó de la cocina y un puñado de semillas de cedro y de higo que él mismo había separado y secado como le enseñó su madre. Se marchó de madrugada. Le hubiese gustado dejar una nota, pero no sabía escribir, así que despertó a su hermana Sabeeha y le hizo prometer que memorizaría íntegro un largo recado y lo repetiría tal cual, refiriéndose a cada uno de sus hermanos y hermanas, despidiéndose de su madre con cariño y de su padre con orgullo. Sobra decir que Sabeeha no memorizó nada. Volvió a dormir y cuando despertó lo único que atinó a decir fue:

–Jalil se ha ido. Dijo que no volvería, o algo así.

Jalil, feliz, bajó el monte con paso acelerado y dando brincos. Al llegar a Biblos aplicó el plan imaginado debajo del cedro: se quitó la túnica y con el pecho al aire se confundió con los estibadores del puerto. Observó

los barcos, eligió el que le pareció más seguro para hacerse a la mar e, imitando a un cargador, tomó un saco de trigo, se lo echó al hombro y subió por el puente. Cuando estuvo arriba, dejó el saco y se escondió en las galeras. Pasaron horas y el barco no se movía. Comió lo que restaba de víveres y el barco seguía atracado al muelle como un bebé a su nodriza. Imaginó el mundo para matar el tiempo. Cuando regresó de su ensueño se asomó sigilosamente por una escotilla y vio la tarde caer. Estuvo a punto de bajarse cuando escuchó los gritos y los pasos de los marinos sobre cubierta. El barco comenzó a moverse, despacio, ruidoso, tanto como su corazón acelerado que, estaba seguro, se escuchaba hasta la punta de la montaña. El bergantín, que hacía apenas unas horas parecía enorme e indestructible –por eso lo había elegido– era, frente a la mar embravecida, una cáscara de pistache: subía y bajaba cada ola crujiendo y quejándose por el esfuerzo. Vino el mareo y no pasó mucho tiempo para que devolviera todo lo que había comido. De haber podido habría gritado o incluso salido de su escondite, pero no podía levantarse. Después de varios golpes, logró acomodarse entre un barril de aceite y unos sacos de trigo. Lo venció el cansancio.

Un golpe de agua en la cara lo despertó. Escuchó gritos, maldiciones y palabras sueltas como *polizonte* y *castigo*. Apareció quien parecía ser el jefe y calmó los ánimos de los que querían arrojarlo al mar. Le preguntó su nombre.

–Jalil Al-Fares.

–¿Hijo de marinero?

–No, de pastor.

Rieron.

–¿En qué país estamos? –preguntó.

–¿Cómo que en cuál? En el Líbano.

–¿Cómo? ¿Regresamos a Biblos?

–No, vamos a Trípoli. Aquí te bajas y regresas a tu casa.

Bajó, pero no regresó. En Trípoli pasó la noche en vela, asustado por los ruidos de las ratas detrás de unas cajas de vino listas para estibar. En la

montaña había roedores, aunque no como esas ratas gordas, grises, de mirada desafiante. Amaneció con el intestino henchido. Buscó un rincón donde aliviarse y una vez hechas sus necesidades lo que le dio fue hambre, un hambre feroz. Deambulaba en busca de algo que robar cuando encontró de nuevo al capitán.

–Aquí no hay nada para ti, muchacho, regresa a casa.

–Quiero conocer el mundo –contestó, seguro.

–Eres obstinado, eso ayuda para llegar lejos. ¿Ves aquel barco? El *Victoria* –dijo el capitán, señalando a un enorme buque de vela y vapor–. Lo acaban de vender y la nueva compañía busca tripulación. No sé a dónde vayas tú, pero ese barco va rumbo a Cádiz.

No lo pensó dos veces. No sabía qué era trabajar de marino ni dónde quedaba Cádiz, pero él iría para allá. Se presentó en el puente del *Victoria*. Era un barco de acero, no de madera, como en el que había venido desde Biblos. Tenía dos mástiles y una enorme y humeante chimenea en el centro. Preguntó por el capitán. Se rieron de él. Un hombre alto y musculoso, sin camisa ni túnica, con un acento gutural y que dijo ser contramaestre le preguntó qué deseaba.

–Trabajo.

Lo miró: escuálido, adolescente, aún sin desarrollar, pero con mirada decidida.

–Marinero, a cambio de comida.

Jalil, que nunca había escuchado la palabra *marinero*, puso cara de interrogación.

–Harás lo que yo te diga; nada más, nada menos.

Zarparon al amanecer del día siguiente para aprovechar el terral que bajaba fresco desde el Monte Líbano e impulsaba al *Victoria* con suavidad. El contramaestre, de nombre Antoine y originario de Marsella, le fue explicando pacientemente las maniobras para izar y arriar las velas, cómo hacer el nudo de trinquete para fijar el foque y cómo trepar al mástil para poner en posición las escotas. También le enseñó que los dos primeros días no debía comer sino pan con aceite de oliva para evitar la

vomitina. Fue hasta el tercer día, cuando su estómago se había ya asentado, que le dieron comida y le asignaron un trabajo mucho más rudo, tedioso y mareador: alimentar la caldera.

Al llegar a Cádiz, los nuevos dueños recibieron el barco con algarabía. El *Victoria* sería transformado con un motor más potente, sería capaz de realizar viajes trasatlánticos y, por supuesto, lo rebautizarían. Tardaron ocho semanas en cambiar la máquina de vapor, tiempo que Jalil dedicó a comerciar productos que Antoine llevaba a bordo a cambio de una pequeña comisión. Su habilidad para vender sorprendió al contramaestre, que cada día tomaba más aprecio por el chico libanés. Cuando el nuevo motor de quinientos caballos estuvo instalado, el propietario del buque estrelló ceremoniosamente una botella de cinco litros de cava catalana en la punta del barco y develó el nuevo nombre: *Veracruz* se llamaría, como el puerto que se disponía a alcanzar.

–¿Dónde es eso?

–Del otro lado del mundo, en México.

–¿Hay algo más lejos que Cádiz?

–Todo –respondió Antoine–. ¿Te anoto en la tripulación?

–Seguro.

El *Veracruz* zarpó una mañana de septiembre, cargado de mercancías. Su velocidad y estabilidad, gracias a la potencia del nuevo motor, hicieron el viaje más placentero. Usaron poco las velas y los turnos en la caldera se acortaron gracias al número de tripulantes. Las noches eran más cálidas conforme se enfilaban al sur y los días, de un sol abrazador. Las aguas pasaron del azul profundo a los tonos turquesa antes de llegar a Cuba. En La Habana bajaron un cuarto de la carga y, ahí mismo, Jalil conoció el amor.

Habían decretado noche libre para los tripulantes del *Veracruz* y Antoine, hombre de muchos puertos, tenía en Cuba una mulata preferida. Fueron hasta el burdel Las Sirenas, sobre la calle Conde en el barrio de San Isidro, donde Pepa estaba siempre dispuesta para el

marsellés, aunque nunca esperara su llegada. Le dio gusto verlo, o al menos hizo todo para que Antoine lo sintiera así. Después de intercambiar algunos piropos presentó a su amigo el Polizonte, como lo habían bautizado desde la travesía por el Mediterráneo, un libanés dispuesto a devorar el mundo y que esa noche tenía hambre de mujer. Jalil no entendía una palabra de lo que hablaban; en Cádiz había aprendido algo de español, pero era incapaz de entender el acento caribeño de Pepa, y solo por las risas, los gestos y las miradas adivinaba que hablaban de él. Pepa llamó a Celia, la más joven y nueva en el burdel. Era una mulata de piel de chocolate, pelo negro ensortijado y mirada cándida. Debajo de la bata transparente se adivinaba una lencería corriente, a la moda francesa, y un cuerpo joven, curveado, tenso. «Nueva», pensó Antoine.

–Espectacular –sentenció Jalil.

El único cuerpo femenino semidesnudo que había visto en su corta vida era el de su hermana, una niña que comenzaba a crecer. Nada más. Pepa le ordenó a Celia cuidar del muchacho, más virgen que la de Caridad del Cobre.

Jalil nunca olvidó su primer amor. Ni siquiera supo que su amor había sido un amor pagado, pues todo corrió por cuenta de Antoine. Retozaron la noche entera, al amanecer e incluso entrada la mañana. Cuando Jalil regresó corriendo al muelle, con la sonrisa de oreja a oreja, el *Veracruz* había zarpado sin él. Sus pertenencias, es decir, su muda de ropa, se habían marchado en el navío. Regresó cabizbajo a Las Sirenas. Le negaron la entrada; requería la compañía de un adulto. Se sentó a la sombra de un balcón, a unos metros de la puerta, a esperar a Celia. Pasaron horas hasta que apareció la mulata.

–Celia –gritó.

–No puedo verte fuera del burdel. –Fue su única respuesta.

Jalil la siguió hasta su casa, en silencio, observando el contoneo de sus caderas. A unos metros de la puerta, se sentó de nuevo a esperarla. La

madre de Celia, una exprostituta negra entrada en carnes, salió a increparlo.

—¿Qué coño hace' tú aquí? Sáquese pa'llá, que me la mosquea.

Jalil no entendió nada, solo sonrió.

—Que te vaya pa'l coño, he dicho.

Volvió a sonreír. Cuando la vieja matrona se convenció de que el joven de párpados caídos como sombrillas de playa, piel de un color verde como de mata seca y flaco como un palo de caña no se iba a ir para ningún lado, preguntó apoyándose en señas:

—¿Ya comiste, chico?

Jalil negó con la cabeza.

—Pasa pue', que ahí tengo un poco de congrí. No es mucho, pero mantendrá entretenida esa lombriz que seguro traes por dentro. Y a mi hija ni se te ocurra voltearla a ver a menos que traigas baro.

Comió sin levantar la mirada del plato, escuchando el monólogo incomprensible de quien dijo llamarse Bertha y no dejaba de hablar ni cuando preguntaba, pues solita se contestaba y seguía hablando. Unos minutos más tarde apareció Celia, bañada, sin pintura en la cara y con un vestido de rayas verdes y blancas. A Jalil le pareció aún más bella. Ella correspondió la sonrisa; no dijeron palabra.

Agradeció la comida haciendo todas las reverencias que conocía. Salió de la casa y unos metros más adelante se sentó, de nuevo, a esperar. Celia no tardó demasiado en salir. Sin mediar palabra, lo tomó por la mano y lo llevó a recorrer las calles de La Habana. Al pasar por el Centro Libanés, la nariz de Jalil lo alertó, como a un perro, de una presencia conocida. No podía leer la placa de bronce que franqueaba el portón, pero sí reconocer los olores de su tierra. Unos minutos después estaba hablando árabe con un viejo de grandes mostachos que le ofreció trabajar en la cocina a cambio de comida. Aprovechando su novatez, el viejo impuso al chamaco más horas de lo que marcaba la norma. Jalil regresó a la mano de Celia y fueron a un lugar recóndito en el Morro a festejar que tenía trabajo. ¿Dormir? Dormiría donde fuera. Al caer la noche dejó a Celia en la puerta de Las Sirenas y fue al puerto en busca de unos sacos de grano donde descansar la cabeza.

Pasó poco más de tres semanas de trabajo arduo en el Centro Libanés, tardes plácidas en el cuerpo de Celia y noches rudas en el puerto que no dormía ni dejaba dormir, cuando la ciudad comenzó a llenarse de rumores poco claros para él por el idioma y por el contenido.

–Que se ha hundido, chico. Que naufragó. Se fue a pique. Lo cogió un ciclón en la entrada del puerto.

–¿A quién?

–Al *Veracruz*. Que el *Veracruz* se ha hundido en Veracruz, mira tú qué coincidencia tan mala leche. ¡Coño! Dios los tenga en santa gloria.

Así se lo explicó en árabe Nassim, el de los mostachos crecidos: El *Veracruz* se hundió. Lo sorprendió el mal tiempo en el golfo de México. No sobrevivió ni un alma.

Antoine fue la primera pérdida que mereció las lágrimas de Jalil. Se santiguó, agradeció en silencio a san Juan Marón, su protector, y le prometió erigir una capilla en su honor y honrar a Celia, que le había salvado la vida. Desde ese día no dejó de pensar en Veracruz. Semanas después se contrató en un barco que le pareció aún más resistente y zarpó a México, después de haberle prometido a Celia cincuenta veces que volvería por ella, que haría mucho dinero allá en la tierra de la que tanto hablaban los marinos y regresaría para casarse. Como respuesta, Celia, que había escuchado decenas de veces la misma historia en el burdel, le estampó un beso y una cachetada. Jalil jamás olvidó ni el uno ni la otra.

Cada puerto tiene un olor particular. Aunque todos comparten el olor penetrante del pescado descompuesto y la bruma salada del mar, sus hedores son sus hedores. Con todo, Jalil decía que Veracruz era el más hediondo de todos los que había conocido: el jugo de mango podrido, el sudor acre con tufo a maíz fermentado en la piel de los estibadores mexicanos, el humo de leña verde impregnado en las ropas de los campesinos que bajaban a ofrecer sus productos, los orines evaporados, el pescado descompuesto, todo junto hacía un ambiente irrespirable, por lo que en cuanto obtuvo su ficha de migración dejó el puerto, no sin antes hacer una ofrenda por el alma de Antoine frente al Jesús de la Barca en el templo de Nuestra Señora de la Asunción.

En esos días conoció a unos arrieros, comerciantes como su padre. Se identificó con ellos de inmediato. Llegó a un acuerdo y partió contratado como vendedor por comisión con la recua de don Anastasio, que había bajado al puerto a surtirse para emprender su ruta hasta Puebla. Jalil se fue ganando la confianza de los arrieros y algo de dinero. Cada noche contaba las ganancias, guardaba la mitad en un pequeño cofre que escondía entre las cobijas y con el resto comía y compraba lo necesario para vivir. Había jornadas en las que no salía ni para comer, pero aun en esos días de cuatro centavos guardaba dos y con el resto compraba un pan y un vaso de leche bronca. Don Anastasio comentó que abriría una ruta entre Puebla y Guadalajara. Jalil le propuso asociarse en la empresa: entregó sus pocos ahorros como prenda y prometió volver con las ganancias suficientes para pagar la mula. Así lo hizo: un año después apareció en Puebla con la burra cargada de vino mezcal de Tequila, telares de Tlaquepaque y artesanías de Tonalá que vendió entre Puebla y Xalapa. Con las ganancias compró una segunda mula y regresó a Guadalajara ya convertido en arriero de su propio destino.

Se instaló en una pensión del barrio del Alacrán, muy cerca del mercado de San Juan de Dios, donde se concentraba el comercio de la ciudad. No regresó a Puebla, sino que abrió una nueva ruta hacia Magdalena y Tepic, una zona aislada por las montañas, necesitada de enseres y con dinero para gastar. Su vida era un ir y venir. La juventud se le fue a trote de mula y las lenguas del barrio comenzaban a hablar de más. Que si no se le conocía mujer, que era de maneras muy finas, que si se le notaba lo rarito. Nada de eso le importaba y, sin embargo, comenzaba a sentirse solo. Su corazón y su pensamiento eran de Celia; su cabeza y su estómago le decían que lo que necesitaba era una mujer libanesa, como él, que le diera hijos libaneses, como él, aunque vivieran en otra tierra.

Una mañana encargó la recua de mulas, que para entonces sumaban siete, con el dueño de la pensión. Pagó por adelantado el alimento de las bestias, subió al recién inaugurado ferrocarril a la Ciudad de México y luego tomó otro hasta Veracruz. El barco de pasajeros de la Compañía General Transatlántica, compañía francesa de transportes y correos, rumbo a Cádiz y Marsella le pareció un verdadero lujo. Aunque el buque

atracó en La Habana, él no tocó tierra. En Marsella cambió a un barco de bandera turca, mucho menos lujoso, hasta Estambul y de ahí tomó un pequeño y destartalado vapor hasta Biblos. Sin detenerse en el puerto, el mismo día de su llegada al Líbano comenzó a subir el monte. Antes de visitar a sus padres fue a casa de Jozif, primo de su madre. Jalil recordaba las pláticas dolidas de su madre, que hablaba de su primo mayor, viudo de parto, que criaba con dificultad a su hija Latife. Se presentó en la casa del pariente en Qartaba, un pueblo colgado en una de las barrancas del Monte Líbano, y le expresó la voluntad de desposar a su hija.

–Usted está viejo, tío, y alguien deberá hacerse cargo de Latife. Estoy dispuesto a hacerlo, pero viviremos en México.

Jozif, hombre católico de fe inquebrantable, pelaba los ojos; nunca había escuchado hablar de ese lugar. Sabía, por rumores, que Jalil, hijo de Hassan y Ariza, había decidido irse por el mundo, y ese mismo ahora estaba ahí, frente a él, pidiendo la mano de su única hija para llevarla a una tierra lejanísima. Hora y media estuvieron hablando el tío y el sobrino y al final acordaron la boda.

–Ven –le dijo Jozif–. Es bueno que la conozcas antes de comprometerte.

Encontró a Latife en la cocina enrollando hojas de parra. Tenía unos dedos finos, que trabajaban con gracia y agilidad las hojas de vid en salmuera, y una mirada diáfana e inocente. De lo demás no podía opinar, pues estaba cubierta de pies a cabeza. Las manos y la mirada le bastaron para enamorarse, contaba Jalil, quien después de comunicar la noticia a sus padres y hermanos hizo los arreglos para el matrimonio bajo el culto maronita. Jalil pidió a su suegro que el matrimonio se celebrara en Hariza y el banquete se realizara debajo del cedro donde soñó con marcharse. Siete días después de aquella fiesta, que irradiaba alegría por su regreso y lloraba tristezas por la partida de Latife, Jalil bajó por tercera y última vez el monte, ahora acompañado de su esposa y su suegro. Deshicieron juntos el camino del mar, primero a Estambul, luego a Marsella y de ahí a Cádiz, donde una tarde calurosa de agosto Jozif entregó a su hija Latife al mundo. Con ojos húmedos, la observó subir al vapor *Habana* con

destino a América: la espalda adolescente, temblorosa y un poco encorvada, fue la última imagen que el viejo Jozif tuvo de su hija.

Blanca

Blanca María del Sagrado Corazón Ibero Etcheverri, mi bisabuela, tu tatarabuela, era monja. Tampoco te extrañe tanto; no era tan raro en aquella época. ¿Tenía vocación? Nadie lo supo, ni ella misma, pues fue su padre, Severo, quien decidió ingresarla al convento de las Siervas de María para cumplir una manda a san Fermín. Eladi, hermano menor de María, enfermó gravemente de difteria.

–San Fermín, san Fermín, salva a mi Eladi y te ofrezco a María –rezó el padre.

Y así fue. El niño de apenas diez años estaba muriendo de as-fixia. Cada día le costaba más trabajo respirar: hacía ruidos como un perol en ebullición y tosía como un perro con moquillo. Su rostro era de un color azuloso tirando a verde y las uñas de manos y pies, moradas. Se prohibió a la familia todo contacto con el paciente por tratarse de una enfermedad sumamente contagiosa, según dijo el doctor Echagüe, por lo que los únicos que lo veían eran él mismo, que le practicaba una sangría un día sí y otro no, e Ixia, la nana gallega, que le daba de comer y le ponía los emplastes fríos en la cabeza y calientes en el vientre, como había recetado el médico. Aquel día en que el doctor Echagüe pidió hablar a solas con los padres se selló la suerte de toda la familia. El médico pidió a Severo y a Zuriñe, madre de Eladi y Blanca María, que se prepararan para lo peor. Ella rompió en llanto; él cayó de bruces implorando a san Fermín el milagro, poniendo a su hija en prenda. Escondida detrás la puerta, Ixia, la nana, escuchó el diagnóstico fatal y la suerte que deparaba a su niño, por lo que decidió que era momento de tomar cartas en el asunto. Nieta de *meiga* gallega, Ixia conocía algunos remedios celtas. Preparó una infusión con cola de caballo, flor de San Juan y ortiga endulzada con miel. Administró secretamente la poción al niño moribundo en pequeñas

dosis: cuatro cucharadas cinco veces al día, tal como le había enseñado la abuela. Contra todo pronóstico médico, tres días después Eladi no solo tenía mejor color, sino que respiraba sin hacer ruido, tenía apetito y sufría menos al pasar los alimentos. Al quinto día estaba perfecto. El primero en hablar del milagro fue el doctor Echagüe, marcando así la suerte de María. Una vez aliviado Eladi, don Severo mandó cantar una misa en la basílica de San Fermín y publicar en *El eco de Navarra* un desplegado en el que daba gracias al santo de santos y anunciaba que donaría un toro en los próximos sanfermines en pago al patrono de la ciudad para celebrar la salud de su hijo. Todos los miembros de la familia, incluyendo a Ixia, Aintza, la cocinera, y Dunixi, el caballerango, acudieron a la misa cantada. A la salida comieron como Dios manda y don Severo anunció con solemnidad que, en pago al milagro de san Fermín, que le había devuelto la vida a Eladi, había prometido entregar a María al servicio de Dios: el 14 de julio, pasando las fiestas, su hija entraría al convento de las Siervas de María.

Blanca María, que pasaba más tiempo al lado de su nana que de su madre y conocía la verdadera historia del falso milagro de san Fermín, pedía en sus rezos al santo patrono de Pamplona que reconociera la verdad y confesara que él nada había tenido que ver en la salvación de su hermano. Por más que lo pedía, el santo nunca confesó. Todas las mañanas le preguntaba a su padre si san Fermín le había dicho algo en sus sueños, pero nada, el santo cobarde se quedó callado adjudicándose un milagro que no era suyo. Su suerte estaba echada. Blanca, sobra decirlo, odió a san Fermín por el resto de su vida.

Llegó la fecha. El pueblo aún olía a meados y cerveza rancia tras el novenario de festividades del santo patrono de Pamplona cuando, temerosa, caminando detrás de sus padres y tomada de la mano de su nana, Blanca María cruzó el pueblo desde su casa en el paseo Sarasate hasta el convento de las Siervas de María, cerca del portal de Francia. Abrió la pesada puerta del convento una joven monja de mirada vacía, quien pasó a la familia a la sala capitular donde, pronto y sin saber por

dónde, apareció la madre superiora. Abriendo los brazos se dirigió a Blanca María, que no soltaba la mano de su nana.

–Bienvenida, sierva del señor.

Después de explicar las condiciones de vida y los horarios de visita, pasaron a lo que la madre superiora decía que era la decisión más importante: qué nombre tomaría la niña. La tradición, dijo, era escoger algunos de los nombres de santos del día de la consagración. Abrió el santoral que tenía sobre el escritorio y comenzó a recitar uno por uno una serie de santos cuyos nombres le parecían a María uno más horrible que el anterior: Anastacio, Catulino, Abudemio, Pompilio, Suitulio, Plequelmo, Félix.

–¡Ese! –gritó María, espantada por tener que cargar con alguno de los nombres anteriores–. Felicia será.

A la hora del Ángelus, en la capilla del convento se abrió la pequeña puerta en la reja que separa a las religiosas del mundo exterior. Blanca, ya vestida con un hábito blanco, cruzó temblorosa la puerta de su destino. Se hincó en el reclinatorio dispuesto para la ceremonia y dos hermanas se acercaron a cortarle el pelo. Los mechones castaños cayeron al suelo junto con sus lágrimas, que vaciaron sus ojos verdes. También lloró Ixia, quien minutos antes le había prometido que algún día la liberaría de esa cárcel. Otra monja, que en adelante sería su preceptora, le colocó el tocado y un velo blanco, le hizo recitar los votos y le dio la bienvenida formal a la Orden de las Siervas de María.

La vida de reclusión era monótona, tediosa y llena de intrigas. No le costó trabajo la disciplina conventual ni la organización vertical, su problema era que se aburría muchísimo entre rezos, cantos y horas de meditación. Un poco menos en la cocina, a la que le encontró más sentido. Y lo que más, por no decir lo único, que disfrutaba, eran las dos horas semanales dedicadas al aprendizaje de la enfermería. Atender a los enfermos, pensaba ella, algún día le permitiría salir de aquel encierro. La orden realizaba labores de enfermería en varios hospitales de España y sus servicios eran apreciados en la península y más allá.

Como novicia, sor Felicia tenía derecho a dos visitas por semana, que regularmente hacían su madre, los miércoles, y su nana, los sábados por la

tarde, con quien la hora se pasaba volando, platicando de remedios celtas de la abuela *meiga* de Ferrol, que las monjas consideraban brujería. María lo anotaba todo en una pequeña libreta que la nana había metido de contrabando: «Para protegerse contra los espíritus malos, ponga en un perol con agua en hervor ralladura de cuerno de buey o de macho cabrío, una rama de hinojo y un diente de jabalí. Para evitar la presencia de animales indeseados, como ratas o tlacuaches, se debe fumigar toda la cuadra quemando en una sartén un cuerno de carnero, laurel bendito y azufre. Para curar el cáncer, poner sobre la úlcera los polvos de la cabeza quemada de un perro rabioso. Remedio para curar el dolor de costado: aplicar sobre el punto doloroso una gallina negra viva. En caso de dolor del vientre hay que frotar levemente la zona afectada con la mano derecha, después de que con ella se haya matado a un topo. La tela de la araña, que es la que purifica el aire, sirve para curar las hemorragias». Así, mientras María estudiaba las técnicas básicas de enfermería y las virtudes teologales propias de una sierva del señor, al mismo tiempo aprendía la importancia del agua, el fuego y las plantas en la cultura gallega; ritos llamados paganos por las monjas que, a ella, una joven inquieta encerrada en el claustro, le servían de escape.

Lentos, mucho más lentos de lo que ella hubiese deseado, los años pasaron. La rutina de la vida monacal allanaba, pero no desaparecía, los cambios de la adolescencia. Su cuerpo crecía ante sus ojos, sufriendo cambios de volumen en pechos y caderas. Las hermanas, atentas a la corrupción de la carne, le enseñaron todo lo que debía saber al respecto: a ceñir sus senos con vendajes hasta hacerlos desaparecer; a pasar los días de menstruación y los cólicos como un recordatorio de su condición de pecadora innata y de la suciedad del sexo; a espantar los impulsos sexuales que aparecían de noche, en medio del sueño, cuando su mente evocaba los cuerpos desnudos que había visto en pinturas y ella despertaba sudorosa, con la entrepierna mojada y sensaciones tan placenteras como culposas. Esos días, llena de temor, sor Felicia iba a confesarse con el padre Rocalmo, quien le imponía como penitencia por

los malos pensamientos tres días de cilicio en ambas piernas. Era tal el dolor que le infringían aquellos castigos que decidió dejar de confesar sus sueños húmedos y las caricias propias. Cuando el confesor, con morbo excesivo, repasaba la lista de sensaciones y tocamientos pecaminosos para saber en cuáles había incurrido la novicia, ella los negaba todos, argumentando que el cilicio había logrado curarla de dichos males.

Al cumplir los dieciséis, sor Felicia hizo sus votos definitivos. En presencia de su familia prometió ante Dios y ante sus hermanas mantenerse fiel a la pobreza y la castidad, así como deber obediencia a sus superioras. Tomó los hábitos que la convirtieron en madre; su tocado ahora era negro y sus labores le permitirían salir del convento para auxiliar a los enfermos. No eran propiamente los votos por lo que Felicia se mostraba emocionada, sino que la madre superiora hablaba de abrir nuevas sedes en México, y ordenarse era una condición para ser considerada en dicha misión. Aplicó todo su entusiasmo en ello y unos meses después, ante la furia de su padre, que amenazó con mover toda su influencia política para sacarla del convento, se anunció el grupo de diez siervas de María que irían a hacer las Américas: cinco a Ciudad de México y cinco a Guadalajara. Solo Ixia celebró en silencio la decisión, y fue hasta entonces que sacó del pozo de agua del patio de la casa la estatua de san Fermín que había metido de cabeza, amarrado de los pies, el mismo día que le quitaron a su niña. Cuando la estatuilla de madera podrida y enlamada salió irreconocible, Ixia le espetó:

—¿Ves lo que te pasa por mentiroso, Fermín?

Colocó la enmohecida estatua en un pequeño altar que tenía en su cuarto dedicado a Reve, el antiguo dios gallego.

Pasando las pascuas de 1896, acompañadas del presbítero Nicasio Ortega, sacerdote de la Orden del Espíritu Santo, sor Felicia y nueve monjas más subieron al vapor correo *Reina María Cristina* con destino final en el puerto de Veracruz. Era un barco de cuatro mástiles y una chimenea central que bufaba desde las entrañas, tal como María imaginaba que hacían en Galicia los dragones de los que tanto hablaba su

nana Ixia. El barco era lujoso para los que iban en primera clase. Aunque la tripulación del *María Cristina* fue siempre especialmente atenta con las siervas de María, las condiciones del viaje en segunda clase no eran fáciles para un grupo de mujeres con tan reducido contacto con el mundo: las pequeñas literas estaban separadas unas de otras apenas por una pequeña cortinita, lo que obligó a María a aprender a mudarse de ropa debajo de las sábanas para proteger su intimidad y su pudicia. Los baños eran comunes y en ellos se veía y se olía de todo.

Para no aburrirse de los largos días de mar, mar y solo mar, la madre Felicia se ofreció de voluntaria en la enfermería del buque. No hubo ningún caso grave, solo mareos y alguna que otra herida leve, pero hizo amistad con el teniente Leopoldo, el oficial a cargo del consultorio, de quien escuchaba fascinada las maravillosas historias del nuevo continente, especialmente de sus plantas medicinales. La joven monja con vocación de médica memorizaba nombres complicadísimos y luego apuntaba con detalle en su cuaderno: «Caléndula, para cicatrizar heridas; tepezcohuite, para las quemaduras; cola de caballo, para el mal de orina; el matico de huanaco, para heridas purulentas». A sor Micaela, quien había sido designada superiora para México, no le gustaba nada que Felicia pasara tanto tiempo al lado del oficial, pues eran conocidos incluso para las monjas los arrebatos sexuales de los marineros y lo que ello implicaba de peligro para su castidad. Encima, el oficial Leopoldo le daba a su pupila lecturas que no eran convenientes para su edad y su condición de religiosa. Por primera vez en su vida, María se sentía deseada, una sensación que la hacía sentir viva como nunca. Fue el padre Nicasio, en confesión, el encargado de reprender y advertir a la joven monja sobre los peligros de los marineros y cómo la lectura de esos libros terminaría por corromper su cabeza, llenándola de imágenes mundanas, deseos pecaminosos e ideas contrarias a la virtud. Las reprimendas y advertencias dieron el resultado contrario: María se veía a escondidas con el teniente solo para conversar y hablar de cosas distintas al rosario, la misa y las

advocaciones de María. El simple roce de las manos o el olor del sudor varonil despertaban en ella sueños inquietantes.

La relación con la madre superiora fue de mal en peor y ni siquiera la intervención, siempre chismosa e interesada, del padre Nicasio pudo mejorar la situación. Al llegar a Veracruz solo cruzaban las palabras necesarias, y ya en Ciudad de México la suerte estaba echada: sor Felicia fue castigada. No se quedaría en la comunidad de la capital, sino que iría a Guadalajara junto con Pía, Anunciata, Teresa y Francesca, esta última designada superiora de la nueva comunidad.

El viaje a Guadalajara, en un moderno tren que todavía olía a nuevo, fue de apenas dieciocho horas, la mayor parte de ellas de noche. María, que había desarrollado el gusto por las plantas, observaba fascinada por la ventanilla los grandes pirules, los retorcidos troncos de mezquites, los izotes con sus enormes ramos de flores blancas y los nopales coronados de tunas. Al cruzar el río Grande de Santiago, adivinando cierta duda y perturbación en los ojos de la monja, una de las pasajeras dijo amablemente:

—Ahora sí ya vamos a llegar.

El río, que era apenas un hilo de agua de color chocolate, nada tenía que ver con los caudalosos y generosos ríos de su tierra, y sin embargo había algo en aquel modesto río manso que la atraía. Observando el paisaje la invadió la nostalgia, la inquietud de no saber si algún día volvería a ver a sus padres y a su hermano Eladi, a quien con el tiempo dejó de odiar, pero sobre todo a Ixia, su nana y guía.

El tren entró despacio a los patios de la estación de San Francisco. Hordas de niños corrían en paralelo a los carros, jugando carreras a la bestia de acero, saludando a los viajeros que asomaban por las ventanillas. La madre Francesca ordenó que bajaran todas juntas y sin separarse. Ella sí, se veía a leguas, tenía miedo. Las cinco monjas venían a incorporarse al recién fundado Hospital de la Beata Margarita. En el andén, una de las madres vicentinas, administradoras del pequeño hospital, las estaría esperando. Cuando bajaron no vieron monja o mujer con hábito alguno, solo niños gritones, cargadores descamisados ataviados únicamente con un calzón de manta y huaraches, algunas familias que recibían a sus

huéspedes y decenas de vendedores y timadores que ofrecían cualquier tipo de producto y servicio. El sol de mayo al medio día caía inclemente sobre los hábitos de lana negros. María observó la cara horrorizada de la madre Francesca, quien respiraba con dificultad y cayó como una tabla en medio del andén. Ella fue la primera paciente de la madre Felicia en Guadalajara. María pidió a sus compañeras que buscaran agua, un paño y una cebolla. Se sentó en el suelo y puso la cabeza de la madre Francesca sobre sus piernas, le colocó el paño mojado en la frente, partió la cebolla con una piedra y ordenó que la pusieran en la nariz de la desmayada para que aspirara sus beneficios. Al mismo tiempo ella introdujo sus dedos índices en los oídos de la madre Francesca y comenzó a masajear en círculos. Cuando Bernardeta, la madre vicentina encargada de recibir al grupo, llegó al andén, encontró un verdadero circo. Francesca había vuelto en sí, pero tenía un color más blanco que la cebolla que la había regresado a la vida. Cuando se enteró de que la superiora era la que estaba tirada, se dirigió a la madre Felicia quien, al parecer, tenía el dominio de la situación. Contrataron una carreta de bueyes, subieron el equipaje y a Francesca, que aún no atinaba a decir palabra, y la recostaron entre los bultos. Las demás emprendieron a pie el camino hasta la casa de las Vicentinas, en el barrio de Jesús. Aquello parecía más el funeral anticipado de la orden que la llegada triunfal al nuevo mundo que las monjas habían imaginado desde Pamplona.

Caminaron por la calle San Francisco, donde las construcciones, un poco más altas que en el resto de la ciudad, aportaban algo de sombra. Al llegar a la plaza de armas apareció de repente una iglesia de dos torres puntiagudas revestidas de amarillo y azul. María no podía asegurar que aquello fuera bonito, pero sí distinto y llamativo; era la catedral. En el apretado atrio había un mercado. Llamaron su atención unos frutos de colores chillantes: rojo, rosa y amarillo envueltos en espinas que a simple vista hubiese jurado que eran venenosos.

–Pitayas –dijo Bernardeta.

El marchante, al ver los hábitos, les ofreció el fruto al que le quitó las espinas y la cáscara con gran habilidad. Solo Felicia aceptó aquella bola de color rosa con puntos negros y probó el fruto ante el gesto horrorizado del resto de las hermanas recién llegadas y los quejidos

inaudibles de Francesca, que desde la carreta protestaba que se hubieran detenido. Esa noche escribió en su diario: «He probado el elíxir mexicano. Se llama pitaya, sabe a gloria y tiene los colores del diablo».

El hospital era una modesta construcción con doce camas donde atendían gratuitamente a quien llegaba. La clínica era en realidad un lugar donde, más que sanar, se ayudaba a los pobres a bien morir. Solo la madre Felicia se afanaba en aliviar a los enfermos, con pocos resultados y una creciente fama de que practicaba brujería, pues preparaba pócimas con hierbas que conseguía en el mercado de San Juan de Dios. Su fama de yerbera crecía por igual entre los pobres y los jerarcas de la Iglesia, que comenzaban a verla con desconfianza y a murmurar.

¿La salvó la divina Providencia? Yo diría que sí, pues ese mismo año las monjas recibieron en donación una huerta vecina, y el patronato, encabezado por tres activas damas de sociedad, consiguió dinero para ampliar el hospital. Se construyeron, con modernas vigas de fierro, tres espacios: una galera para enfermos, otra pieza para agonizantes y una más para los recién operados. Al fondo, con vigas de madera, se levantó una sala para descanso de los cadáveres. Junto con la inversión llegó la modernidad al hospital y, aunque suene paradójico, esa fue la salvación de la monja yerbera.

La dirección médica fue encomendada al doctor Antonio Ayala Ríos, cuya fama se había extendido más allá de Guadalajara por sus modernos métodos para practicar operaciones. La madre Felicia se pegó a él como una lapa; se convirtió en la enfermera de cabecera de todas sus intervenciones quirúrgicas y aprendió no solo los principios de la asepsia, sino bastante de anatomía, pues el doctor Ayala no dejaba pasar la oportunidad de enseñarle los detalles del cuerpo humano. Ella daba seguimiento puntual en la sala de posoperatorio a los pacientes y solo cuando veía que los métodos modernos de Ayala no estaban resultando buscaba entre las recetas de su nana algún remedio que les aliviara el dolor.

Una tarde calurosa de verano llegó al hospital un joven hacendado de la región de Ameca. Venía en estado grave. Respiraba con dificultad, tenía un fuerte dolor en el pecho y un brazo adormecido. Lo recibió Ayala, que de inmediato reconoció los síntomas: estaba a punto del infarto. Lo

pasaron al área de agonizantes con recomendación de atención permanente, pues el joven de nombre Juan, además de un paciente en estado delicado, era hijo de don Manuel Cortázar y Josefina de Llano, una de las principales donantes del hospital. El doctor encargó a la madre Felicia atención personalizada. Estuvo a su lado día y noche durante quince jornadas, administrando los medicamentos indicados, ayudándolo a orinar, limpiándolo cuando defecaba, secándole el sudor, bañándolo y cambiando las sábanas todos los días, pues en eso de la limpieza Ayala era intransigente.

Juan no empeoraba, pero tampoco mejoraba. Su corazón latía con dificultad y fuera de ritmo. María acudió a su cuaderno de apuntes. Al día siguiente, al amanecer, enfiló al mercado de San Juan de Dios, directamente al puesto de don Ponciano, un yerbero indígena con quien intercambiaba remedios y opiniones. Pidió dedalera, una flor a la que Ixia atribuía grandes poderes curativos sobre todo para casos delicados del corazón, riñones y mal de orines. Don Ponciano tardó en entender que se trataba de la flor que él conocía como guante de Nuestra Señora. No la tenía, pero sabía dónde conseguirla. Unos días después, María llegó al hospital con un ramo de flores rosas en forma de campanilla. Estaban medio marchitas después de viajar desde Toluca. Sus compañeras supusieron que las llevaba para algún altar y no faltó quien comentara el mal gusto de ofrecer a la Virgen flores tan feas y maltratadas. Felicia se metió a la cocina, puso a hervir agua y echó un puño de flores en el perol. Dejó reducir hasta obtener una infusión de color rosado; el olor le provocó vasca. Todas las mañanas, antes de dar de desayunar al paciente, María le administraba cinco cucharadas de la pócima. Don Juan protestaba y maldecía doblado por el asco, pero la tomaba toda. En cosa de una semana desaparecieron los dolores, el color le volvió a la cara, se despintaron las ojeras debajo de sus ojos, las uñas de manos y pies dejaron de presentar el color violáceo de los días anteriores. Don Juan mejoraba y, sobre todo, platicaba mucho.

Los médicos celebraron la mejora del paciente, misma que atribuyeron a los medicamentos relajantes que le habían administrado; el padre Salomé Gutiérrez le endosó el milagro a la beata Margarita, a quien habían implorado la salud del enfermo. Solo el doctor Ayala se interesó

por la evolución del enfermo y la comprensión del caso. Después de escuchar la narración de la madre Felicia le espetó:

–Ahora sí cuéntame la verdad, Felicia. ¿Qué le diste?

Juan nunca supo qué fue lo que le dio la monja, pero sabía que le había administrado un medicamento no prescrito por los médicos, y que estaba vivo gracias a la enfermera de ojos verdes que no se había separado de él ni de día ni de noche, con algo más que celo profesional o abnegación religiosa. Un día Juan se despertó de muy buen humor, desayunó como Dios manda y observó a contraluz la figura esbelta de la madre Felicia recortada en la ventana. Se había acostumbrado a su mirada dulce y a sus manos tersas; sintió un enorme vacío al pensar en no volver a verla.

–¿De dónde eres? –preguntó.

–De Pamplona.

–Mira, tú. Mi padre es de Castro-Urdiales, no lejos de ahí. ¿Cómo te llamas?

–Felicia.

–Me refiero a tu nombre de verdad.

–¿Para qué quiere saberlo?

–Es importante saber el nombre de la persona con la que vas a vivir, ¿no lo crees?

–No entiendo lo que dice, don Juan. Me llamo María, Blanca María Ibero.

–¿Qué edad tienes, María?

–Veintiún años cumplidos, señor.

–Blanca María, ¿te quieres casar conmigo?

Hermann

Hamburgo es frío, tan frío que es como vivir en un refrigerador casi todo el año. Llueve mucho y el Elba, el río que le da sabor y vida a la ciudad, también le proporciona una humedad que cala hasta los huesos. Por eso Hermann siempre andaba enfundado en su abrigo largo hasta el tobillo y en una bufanda negra. No es fácil reconocerlo. Todos van igual, tapados de pies a cabeza. El distintivo es que él siempre trae un poco ladeado su

sombrero de lana de copa larga, que lo hace ver aún más alto de lo que es.

A Hermann le gustaba andar por las calles, no así a sus hermanos, que preferían estar en casa o en la tienda ayudando a su papá a surtir los pedidos de las navieras que salían hacia América o al Lejano Oriente. Cuando los barcos de pasajeros fueron haciéndose más y más sofisticados, don Albert Haas olió el negocio: alguien debía abastecer a las navieras con el vino para todas esas personas que pasaban días en altamar con comidas y cenas cada vez más pomposas y refinadas. Comenzó vendiendo unas botellas de vino del Rin que él mismo trajo en toneles desde Heidelberg, luego desde toda Europa: Francia, Italia y el sur de Alemania. Los toneles llegaban a la Casa Haas, donde los embotellaban y etiquetaban con el sello de cada naviera. A los hermanos de Hermann –Albert, el mayor, y Dieter, el menor–, les gusta pasar la tarde, después de la escuela, en el trajín de la bodega; a él lo que le gustaba era ir al puerto y platicar con los marinos. Doña Helga Schmith, su madre, aseguraba que fueron los marinos los que le metieron ideas en la cabeza, que ellos contagiaron a su hijo de la terrible enfermedad de la aventura.

No fue exactamente así. Hermann era un estudiante de media tabla, ni bueno ni malo: sexto de trece. Sus hermanos, ellos sí, eran primeros de su clase, aplicados y bien portados. A él las matemáticas se le daban bien, no así las letras, mucho menos la clase de religión, que odiaba con toda su alma. Tampoco es que fuera ateo, para nada, sino que se le confundían tantos nombres bíblicos que el pastor repetía con naturalidad y camaradería, como si fueran sus vecinos, y esperaba que los alumnos los recordaran con la misma familiaridad. Demasiadas tribus de Jacob, demasiados apóstoles de Cristo, innecesario el número de evangelistas –por él hubieran escogido uno solo y borrado a los demás–, incontables e impronunciables los profetas. Lo que sí, era un gran atleta: ninguno en la secundaria le ganaba una carrera, fuera corta o larga, un arrancón a la esquina o un «burro el último» en llegar al faro. Sus piernas largas le ahorraban pasos y tiempo. Era el primero en llegar a todos lados, el que siempre esperaba a los demás.

Cada mes o mes y medio, su padre, que era duro, paciente e insistente, volvía sobre el mismo tema: debía sentar cabeza, dejar de vagar en los muelles, meterse al negocio que crecía y crecía y que necesitaba el esfuerzo de los tres, no solo de dos. Como buen protestante, recordaba siempre el gran valor del trabajo:

–Dios cobija con su amor y su misericordia a quienes trabajan, no a los que vagan.

El sermón surtía efecto dos o tres días, en los que Hermann se hacía presente en el negocio familiar.

La Casa Haas era un edificio de cuatro plantas: en la primera estaba la cava, la embotelladora y un espacio de bodega con una puerta directa a un muelle particular donde pasaban las barcazas para llevar los pedidos a los enormes vapores de la Hamburg-Amerika Linie. En la segunda planta, una cocina grande, un comedor para doce personas y una sala sencilla, pero de buen gusto, con vistas al Elba. En la tercera estaban las habitaciones de los padres y en la cuarta las de los hijos. Así pues, esos días posteriores al sermón, Hermann bajaba después de comer a ayudar al negocio familiar. Le encantaba encorchar, lo hacía más rápido que ninguno, pero su padre decía que ese era un trabajo de obrero y lo regresaba a la oficina para realizar labores administrativas: revisar cuentas, ordenar pedidos, verificar entregas. Se aburría horriblemente.

De sus maestros, a ninguno apreciaba tanto Hermann como al de matemáticas, el profesor Blume. Era el más joven de la plantilla y también el más inteligente. No solo era un gran ingeniero, sino un gran lector, y no de aburridos libros clásicos, como los que enseñaba el profesor Sanger, a quien apodaban *die Kröte*, el Sapo, por sus cachetes inflados, sino de los que estaban de moda en Alemania y en Europa. Blume fue el primero en poner en sus manos un libro de Goethe, de quien el mundo intelectual de Hamburgo hablaba maravillas, pero pocos leían porque los pastores lo consideraban pecaminoso. Prácticamente a escondidas, Hermann leyó *Die Leiden des jungen Werthers*, mas no *Faust*, pues el maestro, prudente, no lo recomendaba para su edad. A cambio, le prestó la primera traducción al alemán de un francés locuaz, pero

fascinante, capaz de imaginar un viaje al centro de la Tierra o a la misma Luna.

La mente de Hermann estaba cada día más lejos del negocio familiar y de Hamburgo. Ya no hablaba de cosas de la escuela, ni siquiera de las chicas que veía en los escasos bailes de la sociedad hamburguesa, regida por los prejuicios luteranos, sino de África, de América, de barcos potentes y animales fantásticos. Su cabeza y su corazón fueron conquistados por Julio Verne y Von Humboldt y no por una buena chica, como sus padres hubieran deseado. Preocupados, fueron a pedir el consejo del pastor Klein, quien les recomendó que fueran más estrictos con el control de sus lecturas y no bien cumpliera los dieciocho contrajera matrimonio para que sentara cabeza. Albert y Helga consideraban una afrenta al primogénito que Hermann se casara primero, por lo que pusieron en duda la propuesta del reverendo. Pocos días después, Helga creyó haber encontrado la solución. Albert, sentado en una *chaise longue* con bata de seda azul oscura y pantuflas de piel de cordero, enrolando sus bigotes, escuchaba a su eufórica mujer relatando cómo conoció a la señora Neumann, recién llegada de Núremberg, esposa de un acaudalado industrial y madre de dos hijas, de dieciséis y quince años. *Frau* Neumann le había mostrado un par de medallones con daguerrotipos: eran realmente hermosos, y muy alemanes.

El plan Helga se puso en marcha. Lo primero fue invitar a cenar a la familia Neumann junto con el pastor Klein para conocerlos. Helga redactó una tarjeta para la familia y otra para el pastor corriendo las invitaciones para departir el viernes siguiente, si sus agendas así lo permitían. La respuesta del pastor, que no desaprovechaba ocasión para cenar como Dios manda, llegó al día siguiente; la de los Neumann tardó veinticuatro horas más, pues no querían parecer desesperados o faltos de vida social. Helga dispuso su vajilla más elegante y Albert escogió los mejores vinos. Menú: sopa de anguila, arenques Bismark acompañados de un preparado de pera, haba y tocino, y de postre *rote Grütze* con crema a

la vainilla. Los cuatro hombres de la familia Haas, de traje oscuro y corbata de listón; Neumann, de impecable traje negro, una corbata de moño mucho más moderna que la de sus anfitriones y sombrero bajo, también a la moda. A Helga el corsé nomás no le iba. Por más que le apretaban la cintura seguía siendo enorme, al igual que su busto y sus caderas, así que simplemente se veía tan grande como era: un cilindro que no pasaba desapercibido. *Frau* Neumann, más joven y esbelta, lucía bien en su vestido azul marino, que contrastaba con el encaje blanco de Brujas en cuello y puños. Pero las que importaban eran las chicas Neumann. Gretchen, la mayor, de verde; Kristen, de azul claro. Los vestidos eran idénticos, cuello alto también de encaje y unos moños en la espalda que llamaban la atención hacia sus caderas. Kristen era sin duda más agraciada, no solo en el cuerpo, también de carácter: era vivaz, de sonrisa fácil y desinhibida. Gretchen, un pambazo.

No pasaron tres semanas cuando los Haas anunciaron formalmente sus planes a los hijos. Sería una boda doble a finales de año, en espera de que Hermann cumpliera los dieciocho. No necesitaban decirlo: Gretchen sería para Albert. Ninguno de los dos protestó o se opuso a los planes de la madre, pero sintieron profunda tristeza. Albert, porque estaba enamorado de otra chica: Anne, a quien llevaba meses viendo a escondidas. Hermann, porque tenía otros planes: Franz, hermano del profesor Blume que estaba de paso en Hamburgo, le había hablado sobre un país llamado México. La descripción le pareció fascinante, tanto como la novela de Julio Verne, *La isla misteriosa,* que leía en ese momento. La combinación explotó en su cabeza.

Conforme se acercaba la fecha de la boda, Helga no hablaba de otra cosa. Los jóvenes Haas, por el contrario, tenía cada uno sus razones para el silencio. Una mañana de septiembre, sobre la almohada de Hermann no estaba su cabezota, sino una nota en la que comunicaba su partida a México y una carta para Kristen. *Frau* Neumann, indignada, suspendió no una, sino las dos bodas, acusando a los Haas de falta de honor. Albert,

aunque nunca lo dijo, agradeció de por vida el acto de insubordinación de su hermano menor y regresó con su antigua novia. Helga nunca perdonó a su hijo la deshonra familiar.

Como un adelanto de sueldo, Franz Blume había comprado para Hermann un boleto a Nueva York a bordo del *Suevia* y otro más hasta Veracruz en la Ward Line, con escala en La Habana y Puerto Progreso. La belleza y elegancia del *Suevia* no aceptaba comparación en la época. Tenía, como gran novedad, un servicio de primera clase con comida y vinos extraordinarios, surtidos por la Casa Haas, y un salón fumador con una banca de terciopelo rojo al centro, sillones individuales a los lados y paredes forradas de enormes espejos enmarcados en talla de madera. Eso sí, el *Suevia* era pesado y más lento que los vapores ingleses, por lo que el trayecto implicaba dos días más: nueve en total para cruzar el Atlántico. Cuando el capitán Bauer se enteró de que a bordo del *Suevia* iba el hijo de su proveedor de vino, lo invitó a cenar. En primera clase viajaban solo ocho pasajeros: tres damas y cinco caballeros. Departieron en una mesa larga. Bauer presentó a su invitado y festejó el vino: un riesling de Mosela, el mismo que su padre había servido en la cena de compromiso.

El registro de entrada de Hermann Haas Schmith en la aduana de Veracruz está sellado el 28 de septiembre de 1877, por lo que su llegada a Guadalajara debió haber sido entre octubre y noviembre de ese mismo año. Eran pocas las familias alemanas en ese entonces en la ciudad: los Weber, dedicados a la minería en el norte de Jalisco y que habían asentado a sus familias en un chalet en las afueras de la ciudad; el doctor Sutter y su familia; y Franz Blume y su esposa, comerciante y propietario de una ferretería a la que bautizó como La Palma, porque justo en la puerta del edificio que rentó, en las calles del Carmen y Aduana, crecía una solitaria palma que los tapatíos usaban como referencia. Además de maquinaria y herramientas alemanas, la ferretería vendía muebles importados de los Estados Unidos y enseres de labranza nacionales. Hermann fue acogido en casa de su nuevo patrón, al poniente del

santuario de Guadalupe, desde donde caminaba todos los días escasos seiscientos metros para llegar a La Palma.

Hermann no hablaba ni jota de español, por lo que los primeros meses no estuvo en el mostrador como él hubiese querido, sino revisando cuentas en la oficina. Se aburría terriblemente. En cuanto tenía oportunidad, se escapaba al barrio de San Juan de Dios, donde el mercado ofrecía frutas y verduras nuevas y fascinantes, o a las Nueve Esquinas, donde se sentaba en el puente de las Damas a esperar el atardecer sobre el arroyo seco al que llamaban el Arenal.

Después de las navidades, el señor Blume consideró que el boleto de los vapores estaba suficientemente pagado. Hermann recibió su primer sueldo y con ello una invitación a buscar un lugar para vivir. El sueldo, que no era gran cosa, le daba para rentar un cuarto, comer y ahorrar un poco. Buscó un lugar lo más alejado del río San Juan de Dios, esa cloaca a cielo abierto que emanaba unos vapores fétidos. Encontró alojamiento en una casa de asistencia, un par de cuadras al norte de la Penitenciaría de Escobedo. La dueña, doña Ramona de Fernández de Castro y Ochoa, era una viuda que, a pesar de vestir de estricto luto, era alegre y simpática, con unos enormes ojos negros que sabían sonreír. Se diría que la viudez le sentó bien, pues lejos de dejarse caer tras la muerte de su marido, a sus treinta y cinco era cada día más activa, más amiguera y, sobre todo, guapa. Los corrillos entre las beatas en el atrio de la parroquia del Carmen decían que se alimentaba de los jóvenes que albergaba en casa, por lo que la señora Blume le advirtió a Hermann que se anduviera con cuidado con la viuda si no quería ser presa de las malas lenguas de las damas de sociedad.

Una vez instalado en la casa Fernández de Castro, lo primero que hizo, como lo había prometido en aquella misiva de despedida, fue escribirle a Kristen una larga carta plagada de detalles sobre colores y sabores de México donde resumía los acontecimientos de los últimos seis meses. Al final decía que calculaba que en un año tendría ahorrado dinero suficiente para traerla a Guadalajara, una ciudad donde, «ya lo verás, todos los días es primavera, está llena de flores, hay árboles frutales en las calles y las casas tienen un espacio que conocen como patio donde albergan olorosas plantas llamadas jazmín, y extrañas y cantarinas aves

conocidas como canarios, jilgueros y cenzontles que alegran el día». Evitó, es cierto, comentar la pestilencia del río San Juan de Dios, pues no se trataba de ahuyentar a la joven Neumann, sino de convencerla de venir a Guadalajara.

Por momentos lo atacaban la nostalgia y la soledad. El sol, que tanto celebraba en la carta, lo abrumaba, y la falta de dominio del idioma lo aislaba de las conversaciones entre los compañeros de trabajo. La nostalgia la atacaba acudiendo al servicio religioso en la iglesia Nacional Presbiteriana, donde se reunían los pocos protestantes de todas las denominaciones que vivían en la ciudad, casi todos de origen extranjero, o bien con largos paseos en bicicleta, siguiendo los rieles de los tranvías de mulas hasta Tlaquepaque o Zapopan. De regreso de Zapopan, la Locomotora, como conocían ya por las calles al alemán que tenía por costumbre fumar puro mientras pedaleaba su bicicleta, aprovechaba para tomar un baño en los Colomitos, unos ojos de agua fría y cristalina al sur de la fábrica de textiles de Atemajac, donde se refrescaba antes de regresar a casa. Para ese mal llamado soledad, el joven alemán encontró un efectivo remedio: una o dos veces por semana visitaba el cuarto de la viuda, quien amablemente lo recibía en su cama para espantar juntos la falta de sueño y de compañía.

Cartas fueron y vinieron antes de que Kristen le diera el sí. Un sí que implicaba muchas complicaciones, pues la logística en este caso era cualquier cosa menos sencilla. Poner un pie en Hamburgo para pedir de nuevo la mano de Kristen era imposible. Las cosas, narraba ella en sus largas y amenas cartas, habían quedado tan mal desde su partida que las madres de ambos ni siquiera se saludaban en la iglesia, ni qué decir de lo que hablaban la una de la otra. *Herr* Haas había intentado la reconciliación enviando una caja de su mejor vino con una nota en la que ofrecía formalmente disculpas por «el salvaje comportamiento de su hijo». De nada sirvió; *Frau* Neumann regresó el regalo con otra nota que decía que con una caja de vino no arreglaría el incidente y que su honra no tenía precio. Gretchen estaba profundamente deprimida, no salía de la casa y lloraba, inconsolable, su mala suerte. Por lo demás, estaba claro

que su padre no aceptaría por yerno a un «trotamundos sin ambiciones», como se refería a Hermann cuando se dignaba a mencionarlo, y el pastor Klein se negaría, sin dudarlo, a bendecir esa unión. La única opción, pues, era que Kristen tomase el vapor hasta Nueva York y lo encontrase allá con las consecuencias familiares que ello implicaba: romper definitivamente la relación con sus padres. Para las navidades de 1878, llegó el sí definitivo envuelto en un sobre: pasando el invierno, Kristen viajaría a Nueva York. De inmediato Hermann dio cuenta de la noticia a los Blume y en la cena de vísperas celebraron lo que sería una nueva familia alemana en Guadalajara. A la viuda Fernández de Castro no le dio mayores explicaciones, simplemente dejó de asistir a su recámara.

Tres meses dedicó el joven Hermann a arreglar los asuntos matrimoniales: ahorrar el dinero para el pasaje de Kristen, contactar al capitán Bauer para que se encargase de ella personalmente durante el viaje en el *Suevia*, comprar su pasaje para Nueva York, rentar una casa y amueblarla con enseres obtenidos a crédito en la ferretería La Palma.

Encontró una casa en renta con opción a compra en el sur poniente de la ciudad, cerca de las huertas del señor Tolsa y por donde estaba por terminarse la construcción de un ferrocarril como los europeos, lo que desarrollaría económicamente esa zona de la ciudad. La casa, orientada al sur, estaba a unos pasos del arroyo seco del Arenal, ese cauce muerto de octubre a junio, pero vivo y escandaloso en lo que en Guadalajara llamaban las aguas, cuatro meses de furibundas tormentas, tardes y noches en las que se caía el cielo con espantosos rayos que iluminaban hasta el último rincón de las casas y truenos que paralizaban de miedo al más bragado. Era tal el pavor que los tapatíos habían adoptado la costumbre de traer desde Zapopan la imagen de una virgen milagrosa para protegerlos del temporal, hábito que Hermann encontraba, al mismo tiempo, absurdo y fascinante. El Arenal no era el Elba, pero seguro a Kristen le gustaría tanto como a él.

El capitán Bauer contestó el telegrama caballerosamente, dijo que se haría cargo de la seguridad y el bienestar de *Fräulein* Neumann mientras estuviera en su barco y que aceptaba gustoso apadrinar la boda en Nueva York. Recomendaba que viajara la primera semana del mes de abril, ya entrada la primavera, cuando el mar es más apacible y los riesgos de tormentas invernales se reducen considerablemente. Encontrar un templo luterano en Nueva York fue más complicado de lo que imaginó, no porque no hubiese, sino porque nadie respondía sus telegramas. Comenzaba a desesperarse cuando al fin le llegó respuesta del reverendo Matheus de Saint Lukas, que confirmaba la celebración para el 14 de abril a las dieciocho horas. Le recordaba también que el *fee* era de quince dólares, que debía pagar al menos cuarenta y ocho horas antes de la celebración, cosa que Hermann no había contemplado en su presupuesto y que terminó aportando Franz Blume como un segundo padrino a distancia.

El mero Día de San José, Hermann despertó junto con los cohetones que llamaban a fiesta en el centro de la ciudad. Cargando al hombro la única maleta que llevaría al viaje, caminó hasta la garita del Mexicaltzingo, donde tomó una diligencia rumbo a Guanajuato, de ahí otra a Ciudad de México y de la capital el ferrocarril a Veracruz en los primeros días de abril. Sin dilación, tomó una litera de segunda clase en el primer barco hacia Nueva York. El día 12 a las diez de la mañana, hora anunciada del arribo del *Suevia*, Hermann estaba en el muelle, trajeado, peinado y con un ramillete de gardenias en la mano. Del brazo del capitán, con un vestido rosa sin cuello, los hombros jaspeados de pecas y cubiertos por una chalina blanca, el pelo recogido en un chongo sobre el que se anclaba firme un sombrero de ala ancha del mismo color del vestido, Kristen fue la última en bajar por el puente.

¿La boda? La más pequeña y deslucida de la que se tenga memoria. Ella, con un sencillo vestido blanco de encaje; él, de pantalón gris, levita negra de cola larga, corbata de moño y sombrero de copa. El pastor, pese

a ser descendiente en línea directa de Muhlenberg, fundador del luteranismo en Estados Unidos, no hablaba una sola palabra de alemán. Conocedores del rito ceremonial, el pastor oficiaba en inglés y ellos contestaban en su idioma. De a dólar fue el minuto de ceremonia, pues a las dieciocho con quince estaban ya en el atrio, casados y sin nadie a quien abrazar.

El capitán Bauer tenía preparada para ellos una cena en el *Suevia*. La larga mesa del comedor de primera clase fue dispuesta para doce personas –los novios, el padrino y nueve oficiales– y montada a todo lujo con una vajilla blanca de Baviera, cubertería de plata Böker, copas de cristal checoslovaco y unos pequeños arreglos de flores blancas. El chef húngaro, Hanos Bagheler, preparó *clam chowder* al estilo Massachusetts, colas de langosta en mantequilla negra que él había escogido en el mercado de Fulton esa misma mañana, vino del Rin, de la Casa Haas, por supuesto, y una *Sachertorte*, especialidad del chef.

No hubo propiamente un viaje de bodas. Se quedaron cinco días más en Nueva York y emprendieron el largo y pesado viaje a Guadalajara. Sorprendida, por momentos asustada, pero sobre todo enamorada, Kristen devoraba con los ojos paisajes y alimentos. Recién llegados a Veracruz, se topó en el mercado con una pila de mangos. Comió uno primero con la vista y después a mano limpia hasta dejar el hueso blanco y las mangas de su vestido manchadas de amarillo. A pesar de lo largo e incómodo de los trayectos en diligencia por aquellos escarpados y sinuosos caminos mexicanos que le destruían los riñones y pasaban del paisaje boscoso al semiárido, del olor a pino al de tierra seca, Kristen mantuvo siempre el buen humor.

No fue el clima caluroso de mayo ni el agua ni la comida lo que le provocó los vómitos y desmayos, como pensaron las damas alemanas-tapatías que prepararon la bienvenida en casa de los Blume y que, sin que nadie les preguntara, daban recetas caseras para aliviar el malestar de la recién llegada. Lo que realmente sucedía, lo supo el doctor Sutter desde que la vio entrar en el salón con los pies hinchados y una notoria

incomodidad en el busto apretado por el corsé, fue que, antes de pisar Guadalajara, Kristen estaba ya embarazada.

Julienne

Julienne no migró por voluntad propia. Fue su padre, René Certaux, quien decidió emprender el viaje. ¿A dónde? A donde iban todos los «barcelonetos»: a México. No está claro por qué en ese pueblo todos soñaban con México. Algunos dicen que porque de ahí era el batallón que fue asignado a cuidar a Carlota cuando vino como emperatriz al lado de Maximiliano; ve tú a saber si es cierto, el caso es que desde los primeros años del siglo XIX muchos jóvenes de esa zona de los Alpes venían a México y René soñaba con ello desde que era niño. La oportunidad se presentó un día cualquiera, muchos años después, cuando había ya abandonado el sueño y perdido la juventud. Limpiaba unos toneles en el campo cuando escuchó la voz de *monsieur* Robert:

—¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Treinta y dos cumplidos, señor.

—Ya estás viejo, pareces más joven.

—Viejo quizá, señor, pero fuerte como un buey.

—¿Quieres ir a trabajar a México?

Aceptó de inmediato su destino en una fábrica de textiles llamada La Prosperidad Jalisciense, en Guadalajara, propiedad del señor Russin, vecino del valle de Jasieur, de cuyos éxitos se hablaba con admiración en el bar del pueblo. A su mujer, Margot, y a sus hijas, Julienne y Marie, no les preguntó, solo les avisó, y una mañana de octubre, antes de que comenzara el invierno, bajaron de las montañas rumbo al mar.

Un mistral gélido los acompañó todo el camino hasta Burdeos. Julienne y Marie se hicieron bolita en la parte de atrás de la carreta, como dos tlacuachitos indefensos ante las inclemencias del tiempo. Margot no pronunció palabra en todo el viaje; estaba furiosa con la decisión de su marido. Ella era feliz en la montaña, haciendo lo que sabía hacer: trabajar la granja, tejer lana, madurar quesos, hornear panes y hacer conservas. Ir a

un país extraño con gente extraña y enfermedades extrañas le parecía una más de las *conneries* de su marido que era más *têtu* que Marcel, el asno con el que Margot transportaba las frutas, las verduras y la leche desde la granja hasta el mercado de Barcelonnette y que había tenido que regalar a los vecinos para que no muriera de hambre. A nadie le lloró tanto Margot como a Marcel, y si alguien te dice que es un nombre de familia, no les creas, era el nombre del burro favorito de mi bisabuela y al que lloró todo el camino con lágrimas que secaba el mistral. Cuando al fin llegó al puerto de Burdeos, lloró a mares. Y así siguió, llorando ahora por una cosa, ahora por la otra. Un día lloraba lágrimas de lodo por la tierra seca que se le metía a los ojos, y otro, lágrimas saladas de mar. El caso es que no paró de llorar hasta que la muerte dejó a sus ojos descansar en paz.

Pleurnicharde, la Llorona, como cariñosamente le decía René, era feliz en las montañas. Los Alpes eran su vida. Hija de pastores, nieta de pastores y así hasta el más antiguo habitante de Saint Paul, un hermoso valle al norte de la Barceloneta o Barcelona de Provenza, como le decían a la ciudad algunos de los pobladores de la región. Lo suyo era llevar a los animales –cabras y borregos lanudos– a pastar a los campos entre los arroyos y ríos que bajaban desde las puntas nevadas de los Alpes. En el invierno, largo como una serpiente marina, Margot se sentaba a tejer aprovechando cada una de las pocas horas de luz que había en las montañas en los meses fríos. Aunque no lo creas, Pleurnicharde algún día fue una niña alegre y simpática, de trenzas doradas, ojos azules y cachetes rojos como de manzana. Era libre y creativa. Cuando cumplió dieciséis, su padre decidió casarla con un joven inquieto, medio bruto, pero de buen corazón, buen comerciante y, sobre todo, hijo de un amigo suyo del valle vecino.

A pesar de su cuerpo ya desarrollado, la mente de Margot seguía siendo infantil. No tenía aún deseo de hombre y el matrimonio no era una de sus ilusiones. Eso a nadie le importaba. Don Antoine Faba aceptó gustoso la propuesta de su amigo Raymond de casar a Margot con su hijo

René. Aunque los Certaux se la daban de masones y sabían leer y escribir, cosa rara en las montañas en aquellos días, la boda se llevó a cabo con todas las de la ley en la iglesia de San Pedro, en pleno centro de Barcelonnette, y se ofreció un banquete para todo el pueblo en la plaza Manuel. Se cocinaron tres cabras y dos borregos acompañados de un tonel de cincuenta litros de vino, traído de las partes bajas de la Provenza, y un pastel que solo ajustó para los miembros de la familia. Se dispuso también un cuarto en la casa de la familia Faba para la noche nupcial. Ahí comenzaron las lágrimas: Margot no dejó de llorar un solo momento desde que salieron de la fiesta para ir a su nuevo hogar hasta meses después cuando, desesperado, René decidió bajar de las montañas para ir a comerciar a Niza y Génova. Los rumores sobre el matrimonio no consumado corrían por todos los rincones del pueblo. Año y medio después no había indicios de embarazo y aquello olía ya a escándalo. Las dos familias, ofendidas por los rumores, decidieron tomar cartas en el asunto. René explicó que, efectivamente, el matrimonio no se había consumado, pues cada vez que trataba de acercarse a su mujer ella lloraba como un borrego sin madre. La solución, sin embargo, fue peor que la enfermedad. Los padres de Margot trataron de explicarle que el sexo era tan natural en los humanos como en las cabras y los borregos, con lo que solo lograron hacerla llorar más, así que decidieron que fuera el padre Étienne, el mismo sacerdote que la había casado, quien en confesión le explicara a Margot la importancia de la vida sexual.

El padre Étienne no hizo sino empeorar aún más la situación. Le habló de los pecados de la carne y de las virtudes de la virginidad, de lo sucio del cuerpo y de cómo este manchaba el alma, al mismo tiempo que trataba de convencerla de que cediera ante los embates animales de su marido, pues Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, terminaría por perdonarla, si se embarazaba, claro está. Diez días y noches lloró Margot sin parar hasta que una madrugada vio el pene erecto, amenazante, de su marido, que dormía con desparpajo. Se hizo el ánimo, sacó fuerza a saber de dónde y de un brinco lo montó. René despertó, primero asustado y

después azorado de ver a su mujer cabalgando. Inmóvil, se dejó hacer. Margot, con los ojos cerrados, las lágrimas rodantes y el camisón manchado de sangre abrochado hasta el cuello, se movió hasta vaciar a su marido, cosa de la que ella, por supuesto, no se dio cuenta, así que siguió y siguió en la labor sin abrir los ojos hasta que René, agotado, palmeó sus caderas y le avisó que podía bajarse; ya había terminado.

Once meses después nació Julienne y año y medio después de ella, Marie. Considerándose a salvo de las maledicencias del pueblo, Margot no volvió a montar a su marido, quien, en cuanto el invierno lo permitía, bajaba a la costa mediterránea a vender los textiles hechos por su mujer y con ello comprar otras cosas para vender en el siguiente poblado. Así andaba, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, ganando dinero, coleccionando historias de otros mundos y, dicen las malas lenguas, regando simiente y dejando descendencia por doquier. Ninguna historia de las que escuchó en esos viajes le fascinaba tanto como las de México, que hablaban de abundancia y oportunidades en un país tan rico como nuevo. Cuando regresaba de sus periplos comerciales, René pasaba horas narrando a su hija mayor, que había heredado el espíritu aventurero de su padre, fascinantes historias de un mundo lejano donde había mucho dinero, frutas exóticas y nada de invierno.

Julienne se puso feliz cuando su padre anunció el esperado viaje; Marie temblaba como un pájaro caído del nido. Mientras iban hechas bola en la esquina de la carreta, Julienne repetía las historias fascinantes del nuevo mundo que habitarían, con lo que en lugar de consolar a la hermana solo logró infundirle más temor. Marie había heredado la lágrima fácil de su madre y, quién iba a decirlo, ambas terminaron por secarse.

Monsieur Robert le había adelantado a René unos francos que supuestamente servirían para costear el viaje. No alcanzó ni para los boletos, por lo que tuvo que disponer de sus pocos ahorros para completar cuatro pasajes de segunda clase en el vapor inglés *Essex* de la Harrison Line. Salieron ya entrada la segunda quincena de noviembre con los primeros vientos polares, que anunciaban el crudo invierno del fin de siglo. Fue un viaje espantoso, lleno de marejadas, mareos y

condiciones insalubres. Marie fue la primera en enfermar; le siguió Margot. El médico de a bordo no supo diagnosticar con certeza la enfermedad. Perdieron el apetito, sus labios se hicieron blancos como de queso fresco y la piel, seca y amarilla como hoja en otoño. Eso sí, ninguna de las dos dejó de llorar. Julienne pasó días y noches en medio de su madre y su hermana, mojándose el dedo en una taza con agua y dándoles de beber, gota a gota, a través de los labios blanquecinos, para que recuperaran el agua perdida por las lágrimas. No lo logró; fue más el agua que salía a borbotones por los ojos que la que entraba por los labios descoloridos y quebradizos. Secas, con los huesos saltados y los ojos desorbitados, encontraron la muerte: Marie en la mañana y Margot durante la tarde del 8 de diciembre, el mero Día de la Inmaculada Concepción. El capitán ordenó inhumarlas con las costumbres marinas: amortajadas con sábanas de los camarotes de segunda clase, los cuerpos de la madre y la hermana de Julienne fueron colocados en dos tablas, se tocaron pompas fúnebres, se rezó por su eterno descanso y al compás de una trompeta triste Pleurnicharde y Petite Pleurnicharde se fundieron con las aguas verdes del Caribe, frente a las costas de la isla Salvador. La imagen de los dos bultos blancos descendiendo la transparencia del mar de los piratas acompañaría a Julienne toda su vida, tanto como la culpa a René.

Desembarcaron en Veracruz en medio de un norte que azotaba con furia el puerto y que nada tenía que ver con la imagen plácida de una primavera eterna que padre e hija habían construido en su imaginación. Los vientos, tan fuertes como los mistrales, se colaban por cada resquicio que dejaba la ropa y se clavaban en la piel como las flechas en el cuerpo de san Esteban, que tanto había impactado a Julienne cuando vio la pintura del mártir en la catedral de Burdeos.

Con el luto y la culpa a cuestas, sin dinero, sin entender palabra, René y Julienne deambularon por el puerto en busca de comida y trabajo. Dormían donde les sorprendía la noche, se lavaban en el remanso de un arroyo y mangaban fruta en los basureros del mercado. El norte pasó, se

abrió el cielo y un sol inclemente cayó sobre sus cabezas. Nunca, ni en los días más soleados en la montaña ni cuando René había ido a la costa mediterránea a vender y comprar, había sentido la pesadez de un calor como el veracruzano, que caía recto, inclemente, sobre la cabeza y los hombros, sometiéndolos, obligándolos a bajar la cabeza y voltear, humildes, al suelo desconocido. La humedad hacía más denso el ambiente. Cada paso costaba, requería un derroche de energía que no tenían por la falta de alimento, que comenzaba ya a hacer mella en sus cuerpos. René identificó el logo de la masonería en una casa del centro y entró, cauteloso. Lo recibió un hermano de la logia que, para su fortuna, no solo se alegró de su presencia, sino que hablaba francés. Una hora después estaban alimentándose como Dios manda gracias a los masones. La comida era extraña. No importaba: la mesa era abundante, con platones de pasta de frijoles negros guisados, bananos verdes, aquí llamados plátanos, aplastados y fritos, pámpano, un pescado del golfo cuyo nombre resultó siempre impronunciable para Julienne, cocinado al horno, y unas rodajas como de papa dulce que llamaban camote. El anfitrión, David Amador, los llevó esa misma noche con un barceloneto que había cobrado fama en la ciudad por su restaurante en el hotel París. Esperaron en la banqueta. Julienne estaba agotada, sus ojos se cerraban y tenía ganas de llorar. No lo hizo: sabía por experiencia propia que las lágrimas eran la antesala de la muerte y por ellas se iba la vida. Aguantó, estoica, al lado de su padre, hasta que Pierre Granier, vecino del valle de Aloz, dueño y chef del restaurante, salió por la puerta de cristal. Era un hombre alto y gordo, de relamido mostacho, pelo ralo y blanquecino y una voz ronca de fumador. Traía entre sus dedos un puro de los Tuxtlas con un aroma que fascinó a Julienne, pero más le gustó la amabilidad del cocinero. Les dio trabajo a los dos: René en la cocina, como aprendiz, y ella lavando platos.

Pasaron las navidades y la llegada del nuevo siglo en casa de Pierre. Una extraña navidad sin nieve, sin pinos y con un calor como del Día de

San Ignacio. Pierre se encargó de que encontraran en la Nochebuena algunos sabores reconocibles a su paladar francés: pescado a la mantequilla, pato a la naranja, papas fritas y un *gâteau au chocolat* digno de un aparador del bulevar Haussmann, decía Julienne, que nunca estuvo en París. Pero también se encargó de poner sobre la mesa en la que recibirían el siglo XX algunos platillos mexicanos que quedaron grabados para siempre en su memoria y despertaron su gran afición por la cocina y por hacer extrañas mezclas de sabores de todos los países. Aquella Nochevieja, Julienne conoció los romeritos, el pan de cazón, las tortas de camarón seco en salsa de chile guajillo, los escamoles a la mantequilla negra y el guajolote en mole poblano.

Entrado el verano, los calores en Veracruz, particularmente en la cocina del hotel París, eran insoportables. Para entonces René había ahorrado lo suficiente para pagar el tren. Escribió una misiva a *monsieur* Gilbert Russin en Guadalajara explicándole el retraso de su llegada y solicitando una prórroga, misma que le fue concedida con la amabilidad característica del propietario de la textilera La Prosperidad Jalisciense. En el andén del ferrocarril, Julienne se despidió del «tío Pierre» con un gran abrazo, pensando que no volvería a verlo jamás. Las lágrimas se agolparon en sus ojos al ver que los de Pierre se habían también humedecido. Aguantó, aguantó, aguantó y evitó que la vida se le escapara rodando por los cachetes. Dos largos días y noches tardaron en llegar a Guadalajara y dos horas más en un lento tranvía tirado por mulas para llegar a la enorme verja de acero que rodeaba la fábrica textil en Atemajac. Aquellas construcciones rodeadas de huertas y ojos de agua le parecieron a Julienne más un castillo que una fábrica, aunque, a decir verdad, nunca había visto una fábrica ni un castillo. Abrió el cancel un joven de piel morena que les indicó cómo llegar al despacho del señor Russin. Dejaron los bultos en un rincón y caminaron por una calle sombreada, flanqueada de casas llenas de niños y afanadas señoras. El ruido de las máquinas se incrementaba conforme se acercaban a la fuente

en que remataba la calle y distribuía el espacio: a la izquierda, la fábrica; a la derecha, la casa grande. El pitido de un silbato, como si un tren estuviera a su espalda, hizo saltar su corazón. Luego se acostumbraría y, al final de sus días, hasta extrañaría aquel silbato de vapor que se escuchaba a quinientos metros a la redonda y que anunciaba el cambio de turno de los trabajadores.

Gilbert Russin, solidario como ninguno con sus paisanos, nombró a René supervisor en el turno de la tarde, dispuso un cuarto para ambos y se encargó de que Julienne asistiera a la escuela: los seis primeros meses no entendió nada; los segundos seis solo un poco, por lo que repitió el año. La maestra Socorro se esmeró con ella y, dos años después, con trece cumplidos, se convirtió en la primera mujer de su familia en terminar la primaria. Podía leer y escribir tanto en español como en francés.

Leer cambió su vida. No solo le permitió matar las largas horas que pasaba sola en el cuarto mientras su padre estaba en la fábrica, sino abrirse al mudo. Cuando doña Clotilde Palomera de Russin se enteró del gusto por la lectura de la jovencita Certaux, la invitó a la biblioteca de la casa grande en la que había cientos, quizá miles, de libros en español y francés. Doña Clotilde la sumó a la instrucción que recibían sus propias hijas con *miss* Margaret Johnson, una joven estadounidense que la familia había contratado para el mejor desarrollo intelectual de los Russin: el joven Michel, de quince, Christinne, de la misma edad de Julienne; y Silvie, la más pequeña, dos años menor. Esa fue su nueva familia.

Doña Clo la trataba con cariño y deferencia; le enseñó a distinguir a los caballeros y le mostró cómo conducirse con decencia en sociedad. *Miss* Margaret se encargó de parte de su educación formal y del aprendizaje del inglés. También le enseñó a bordar, cocinar, confeccionar su propia ropa, todas las reglas de etiqueta necesarias para una joven en edad de merecer, las normas de la decencia en relación con los hombres y las cosas propias de su feminidad.

Seis años después de haber aterrizado en Guadalajara, el mundo al fin les sonrió: a René lo ascendieron a superintendente de turno, lo que le

dio derecho a ocupar una de las casas de alrededor de la fábrica y pudo costear una ayuda, la nana Luisa, que se encargaba de las cosas del hogar. Julienne era no solo a los ojos de su padre, sino para cualquiera que la mirara, cada día más bella y agraciada, por lo que René, con autorización y asesoría de doña Clo, dispuso una gran fiesta para presentar a su hija en sociedad en su cumpleaños número quince. Siguió todas las normas que dictaban las costumbres de la época en la sociedad tapatía, además de todos los caprichos y ocurrencias de Clotilde, que no eran pocas. Fue un dispendio, pero para René el dinero mejor invertido era la felicidad y el futuro de su hija, así que empeñó todo su esfuerzo y todos sus ahorros en ello. La lista de invitados la hizo doña Clo y, por supuesto, también dispuso al chambelán. Julienne hubiese querido a Michel, pero la señora le escogió a un sobrino suyo, Alonso Rivero Palomera, bastante mayor –estaba por cumplir los veinticinco– y con fama de *bon vivant*. Eso sí, guapo como ninguno.

Alonso era un tipo alto, espigado, ancho de espalda y de color apiñonado. Tenía ojos de color esmeralda, nariz recta y una barba cerrada que por las tardes sombreaba en tonos de azul. En la carta invitación que doña Clotilde le envió a su sobrino Alonso a la hacienda La Trasquila, en San Ignacio Cerro Gordo de Loyola, describió a Julienne como una joven francesa, bella, inteligente y refinada que sin duda sería de interés para un joven en edad de sentar cabeza.

No se equivocó. En los menesteres del amor nunca lo hacía. Tenía fama de buena casamentera, incluso algo celestina. La fiesta fue en el casino del hotel de Mendoza, el más elegante de la ciudad. Asistieron todos los que debían, y algunos pocos que *madame* desaconsejó. Se trataba de los hijos de los compañeros de trabajo de René, quien se empeñó en que estuvieran. El vestido lo confeccionó la misma quinceañera con ayuda de *miss* Margaret. Era rosa, de tela importada desde París por Fortoul y Bec, que recién inauguraban un almacén en el centro donde podían conseguirse cortes, telas, vajillas, cristalería y enseres de cocina traídos desde Francia.

No hay bribón que no sea simpático, reza el dicho, y el bisabuelo Alonso lo era en toda la línea: simpático como pocos, bribón como ninguno. De eso hablaremos más adelante, porque lo importante ahora es la fiesta. Todo fue perfecto y cuidado hasta el último detalle: las viandas, las bebidas –refrescantes para los jóvenes, etílicas para los adultos–, la orquesta y los arreglos florales. De los quince de Julienne se habló durante semanas en las conversaciones de todos los tés canasta de las damas de sociedad, en los paseos de las jóvenes tapatías que sin empacho envidiaban la belleza de la francesa recién llegada; pero, sobre todo, de lo apuesto que era el joven Rivero, que la acompañó. La quinceañera y el chambelán cayeron rendidos el uno al otro, tal como lo había previsto doña Clo, y comenzaron un noviazgo epistolar. Ella escribía con gracia y elegancia; él con parquedad, simpatía y muchas faltas de ortografía. Se vieron cuatro veces a lo largo del siguiente año. Dos ocasiones vino él a verla a Atemajac, donde les prestaban la huerta de la casa grande para que caminaran, siempre bajo la vigilancia estrecha de nana Luisa. En otra ocasión, las familias Russin y Certeaux aceptaron una invitación de los Rivero a visitarlos en su casa de descanso en San Pedro. La cuarta y definitiva fue en la fiesta de quince años de la hermana menor de Alonso. Ahí, en medio de un vals, frente a toda la sociedad tapatía, Alonso sacó de la bolsa del pantalón un anillo de diamante que había pertenecido a su abuela, la duquesa de Regla, y le pidió matrimonio. Julienne apenas había cumplido los dieciséis.

3

Ensenada

Terminé de leer el legajo poco antes de que el avión tocara tierra en Tijuana. ¿Por qué mi madre había escrito estas cosas? ¿Para qué? Regresé las hojas al sobre amarillo y lo metí en mi vieja mochila en la que cargaba mi computadora. La azafata me conminó por tercera vez a enderezar el respaldo y poner la mochila bajo el asiento. Mi vecina me echó una mirada inquisidora, la cual ignoré olímpicamente. Estoy acostumbrado a ello. Siempre fui el último en llegar a todos lados, y el penúltimo en ser escogido para el equipo de cualquier deporte, fuera fut, beis o básquet; el último siempre era el Gordo. Bajé sin prisas. De cualquier forma, habría que esperar a que desembarcaran las maletas y las subieran a la ruidosa banda. Las mías, por supuesto, fueron las últimas en llegar: la ley de mi vida. En una venía la ropa y algunos recuerdos. En la otra, una vieja maleta de la abuela, las fotos y algunos objetos que no me atreví a regalar.

Maca me esperaba ansiosa. Más que darme el pésame, que daba por descontado, le urgía reclamar mi ausencia, hacer el recuento de acciones heroicas, relatar los problemas cotidianos de El Guamúchil. Yo no tenía cabeza para pensar en nuevas etiquetas de vino, cambiar de proveedor de pescado o los pleitos con el cocinero, que se había engreído en mi ausencia. Solo pensaba en el escrito de mi madre, en las extrañas historias de estos personajes tan cercanos y a la vez tan lejanos: ¡eran mis tatarabuelos! Más que las historias, lo que me sorprendió fue la forma de contarlas de mi madre, su capacidad para narrarlas. Había detrás de esas letras una persona a la que yo no conocía, que no correspondía con la dureza de su rostro, con lo adusto de su forma de vida y la tacañería de sus emociones. Ya en carretera, la letanía de quejas de Maca se convirtió en un murmullo lejano que se perdía en mi cabeza como el azul en el horizonte del Pacífico. El paisaje desértico, el olor a mar y los cerros

pelones invadidos por casas de un gris lúgubre me hicieron sentir de nuevo en casa.

–No me estás escuchando, ¿verdad?

–Siempre te escucho, Maca.

–Pero no me haces caso, tu cabeza está en otro lado.

–Párate en Puerto Nuevo. Tengo varias semanas con ganas de una langosta.

–Te digo que no me estás escuchando. Nunca me escuchas, solo me das el avión.

–Métete por la primera entrada, vamos a La Güerita –contesté, dándole el avión.

Protestó con algunos murmullos a los que tampoco puse atención. Mi relación con Maca es así: a ella le gusta hablar mucho; a mí, poco. Ella vive en el reclamo; yo, en la evasión. A mí me gusta cocinar; a ella, administrar. Por eso funcionamos tan bien. Por supuesto que a nadie le gusta que la ignoren cuando habla y de cuando en cuando me reclamaba mi falta de capacidad de escucha. Con el tiempo descubrí que para ella hablar era una forma de ordenar los pensamientos; se escuchaba a sí misma y eso le bastaba.

La Güerita es, como todos los restaurantes de Puerto, un jacalón decorado con mal gusto: un enorme pez vela de plástico, cruces de remos en la pared, sillas incómodas y una extraordinaria cocina. La especialidad de la casa es la langosta con frijoles y tortillas de harina sobaqueras, una combinación que en cualquier otro lugar del mundo podría parecer una verdadera blasfemia culinaria. El truco está en que tanto la langosta como los frijoles están cocinados con manteca de cerdo y las tortillas gigantes están recién hechas. Comimos despacio y en silencio. Había suficiente con el ruido de alrededor entre las pláticas de los comensales, el choque de platos, cubiertos y cazuelas y la tarola de la banda norteña que desde la banqueta invadía el lugar.

De regreso en el auto pudimos al fin platicar: yo había llenado mi estómago y Maca había vaciado su angustia. Teníamos una hora más de carretera.

–¿Cómo estás? –dijo al fin, poniendo su mano derecha sobre mi pierna, sin quitar la mirada de la carretera costera.

–No sé. Tengo una mezcla de todo: tristeza, depresión, vacío y, al mismo tiempo, una gran paz.

–No es para menos. Para efectos prácticos, perdiste a tu madre.

–Ahí estaba.

–¿Quién?

–Lucía.

Caí en cuenta de que me costaba mucho decir su nombre. Siempre me refería a mi madre como «ella» o «madre», pero nunca como «Lucía». Quizá esa fue la primera herencia de la abuela, pues, desde que murió el abuelo Enrique, ella marcó distancia, pintó su raya y nunca volvió a mencionar su nombre.

–¿Tu mamá?

–Sí, fue al entierro y luego apareció en la casa.

–¿Qué quería?

–Nada. Darme el pésame, supongo. Hacerme saber que estaba ahí y que, a pesar de todo, seguía siendo mi madre. Esa es mi interpretación, quizá porque es lo que quiero que suceda. No sé.

–Es normal, necesitas a tu madre.

–Y Lucía me necesita a mí.

Metí la mano a la mochila que llevaba entre las piernas para tocar el sobre amarillo con las historias que me había entregado. ¿Por qué había escrito eso? ¿Por qué ahora? ¿Qué tenían que ver conmigo, con ella, con nosotros esas viejas historias de migrantes? Maca no dijo más. Yo tampoco hice nada por continuar la plática. Regresé la mirada al azul profundo del Pacífico, que se fundía en intensos tonos plata en el horizonte. Las boyas negras de las granjas de engorda de atún y un barco esperando turno para entrar a puerto eran lo único ajeno a aquella imponente masa de agua. Siempre me atrajo el poderío del océano. Cuando era adolescente caminaba por las playas de Tijuana e imaginaba cómo sería morir ahogado en el mar, desaparecer un buen día de la faz de la tierra sin que nada ni nadie reclamara mi muerte ni mi cuerpo. Morir solo, sin quejas ni culpas. Un cuerpo desgarbado y larguirucho posado

sobre una roca a más de mil metros de profundidad a merced de peces ciegos que lo comerían sin antojo ni voracidad. Todo adolescente piensa en la muerte. Yo lo hacía con más frecuencia y más detalles morbosos que los demás, y eso aterraba a Cándida, la psicóloga de la escuela, y preocupaba a la abuela. El abuelo no se inmutaba con mis ideas de la muerte, quizá porque ya entonces él pensaba en la suya.

Antes de llegar a Ensenada viramos hacia el oriente rumbo al Valle de Guadalupe. El Guamúchil estaba cerca de una comunidad llamada Artículo 115 –un nombre absurdo para un pueblo y ciertamente poco atractivo turísticamente, pero qué le vamos a hacer, así son las decisiones burocráticas– en la ladera de Sierra Blanca. El cerro, que nos protegía del calor de la tarde y nos regalaba viento fresco cada madrugada, hacía habitable el paraje. Por lo demás, estábamos en la ruta del vino y eso era lo importante, pues hacía viable un restaurante a medio cerro. Cuando Maca heredó el rancho de sus padres, lo adoptó como su casa. Yo mantenía un departamento en el centro de Ensenada, cerca de la Marina y con vistas al mar. Cada vez más el departamento era un lugar de paso o incluso de descanso. Nuestra casa era en El Guamúchil y solo íbamos a Ensenada una o dos noches a la semana, dependiendo de la temporada.

Conforme nos acercamos al restaurante, Maca regresó a la enumeración de problemas a resolver. Todos eran asuntos cotidianos que, sin embargo, ella vivía con la intensidad de una primera vez. Esa era su personalidad y lo que la hacia una administradora tan eficaz. Me puse de nuevo en modo avión, haciendo como que escuchaba la retahíla de asuntos y reclamos que me sabía de memoria, y tomé la decisión de que en cuanto llegara a casa haría lo que nunca había hecho: escribirle a mi madre.

Cartas: memoria y exilio

Para: <luciabelen@yahoo.com.mx>
Asunto: Historias

Queria madre:

Primero que nada, quisiera decirte que me dio gusto verte en casa de la abuela. A lo mejor no supe expresarlo de manera correcta. De hecho, no lo expresé. Fui un patán. Y Rosa, ni se diga con sus formas siempre tan calladamente claridosas. Espero que me disculpes y la disculpes. Sabes que no es fácil para mí, así como sé que tampoco lo es para ti, verte después de tantos años y en casa de la abuela.

Acabo de leer las historias que me mandaste. No sabía que escribías, qué callado te lo tenías. Ya sé, yo no tenía por qué saberlo ni tú tenías por qué decírmelo. Los dos optamos por la distancia; todo lo hemos callado. No es reclamo, es tan poco lo que nos hemos visto y tan poco lo que estuvimos juntos cuando era niño que no hemos tenido el tiempo para hablar de nosotros. Tampoco es un chantaje, por el contrario, lo que quiero decir es que me sorprendiste y me encantó que lo hayas hecho.

Tengo muchas dudas que te expreso sin otro afán que el de continuar esta conversación que has abierto. Cuando me entregaste el sobre en casa de la abuela dijiste que esta era mi historia, aunque en realidad yo no me veo ahí, veo solo una historia bastante idealizada, incluso romantizada, de tus bisabuelos, mis tatarabuelos (¿existe aún esa palabra?). Me sorprende la condición de migrantes de todos ellos, cosa que sabía por referencias; sin embargo, no había caído en cuenta de lo que significaba. Más aún me sorprenden los detalles, la finura con la que narras los orígenes de cada uno, como si los estuvieras viendo. No digo que mientas, sino que me surge la duda, genuina creo, de si todo eso es verdad o hasta dónde la memoria, que es la tuya, la de tus padres y abuelos y ahora la mía, nos hace trampas para que el relato funcione.

Me encantó de verdad leer este pedazo de mi historia, de tu historia, de los abuelos y las abuelas, y más me gusta saber que mi historia es la misma que la tuya, que hay algo que nos une a pesar de la distancia en la que hemos vivido. Gracias. ¿Hay más relatos? Espero que sí.

Un abrazo y un beso,

Neto

Para: <netoguamuchil@gmail.com>
Asunto: Re: Historias

Querido Neto, hijo:

Gracias por leer los papeles que te di. No tienen más valor ni más intención que transmitirte una historia que, como bien dices, compartimos. De ahí venimos. ¿Son historias romantizadas, idealizadas? No lo sé. Investigar esas vidas es lo que he hecho a lo largo de los últimos años como parte de mi trabajo en la universidad, con la esperanza de que algún día las leerías. Si las escribo así es porque así las platicaron, así se transmitieron de generación en generación. Así las platicaban tu papá, tu abuelo Enrique, mi mamá o mi abuela.

La memoria tiene trampas y recovecos, da giros, es escurridiza y, aunque parezca una contradicción, es olvidadiza. Nada le gusta tanto a la memoria como borrar, y para ello construye y reinterpreta sus propios recuerdos y, cuando es necesario, se apropia de los ajenos. La memoria del migrante es particularmente caprichosa. En ella hay una mezcla de coraje y nostalgia, una ambivalencia de sentimientos respecto a la tierra que los vio nacer. Conviven en él el amor al terruño y el reclamo, casi siempre velado, por la expulsión. Para el migrante, antes que la promesa de una vida mejor en otro lado, existe la certeza de no pertenecer más al lugar donde nació.

En la memoria del migrante nunca están los desvelos previos a la decisión. Las narraciones comienzan con la aventura de la partida, obviando las largas y angustiosas noches que antecedieron a la salida. ¿Cuánto de odio, tristeza, decepción por la propia tierra hay en la decisión de un migrante? ¿Qué supieron las almohadas de Hermann o de Blanca María que nunca averiguaron sus padres y hermanos? ¿Cuántos reclamos, cuántas lágrimas, qué pesadillas los llevaron a la certeza de no caber más en su familia, en su comunidad, en su tierra? Esas son las historias que no se cuentan, pero ahí estuvieron y fueron parte esencial de lo que vivieron antes de partir.

El migrante nunca compra boleto de regreso. Para el migrante volver es una promesa, casi siempre incumplida, más asociada a la culpa que a una verdadera ilusión. Volver siempre está en los sueños del migrante, nunca en sus planes. Con los años, el sueño del retorno se convierte en nostalgia, la más huidiza y traidora de las formas de la memoria, pues en la nostalgia pesa más la culpa que la verdad (como te habrás dado cuenta, a la memoria le importa muy poco la verdad). Dejar a la familia, huir de la patria, dejar atrás los problemas, aunque solo sea para buscar otros, provoca un sentimiento de culpa que acompaña al migrante hasta la tumba. Por eso quien migra lleva consigo a sus santos y sus sabores. Las creencias viajan en forma de amuletos o estampitas: la imagen de un santo patrono, una virgen, una cruz, una estrella. Llevan consigo al protector de su casa esperando que bendiga la nueva. Parece una paradoja que encomienden su felicidad a la misma imagen y a la misma creencia que no les dio paz y sustento en su tierra. En realidad, lo que llevan consigo no es la fe, sino la memoria. Nuestros primeros recuerdos son nuestras primeras creencias. El más racional o el más ateo de los hombres termina siempre por invocar a sus dioses, y no porque crea o no crea en ellos, eso es lo de menos, sino porque sus dioses lo regresan al lugar donde nació.

Mujer u hombre, los migrantes llevan también consigo los sabores y los olores de su tierra como el cordón umbilical que los une con la madre. Los recetarios, más aún que los álbumes de fotos, son la memoria profunda, los testamentos culturales de una generación a otra. Comer y beber; oler y saborear. Recordar.

Para el migrante, la memoria familiar no es otra cosa que la mentira que se cuenta a sí mismo todos los días para sobrevivir en las nuevas tierras. Tierras que, paradójicamente, aunque las tenga escrituradas, nunca serán suyas.

En unos días mando otras historias.

Con amor,
Mamá

La primera vez

La primera vez que vi a mi madre yo tenía seis años, casi siete. Mi abuelo hablaba de ella con dolor; la abuela, con rencor.

–Hoy sale –dijo mi abuelo en el desayuno aquella mañana de agosto.

Estaban por terminar las vacaciones, que en aquellos años eran para mí dos largos meses de aburrido encierro. Algunos días el abuelo me llevaba «a trabajar», que no era otra cosa que sentarse al lado de Malú, la secretaria, a colorear un cuaderno de dibujos que guardaba en el archivero metálico de pesados cajones repletos de expedientes. Solo había dos momentos emocionantes durante el día: cuando Malú me pasaba la engrapadora para anexar las facturas a las formas de cobranza y cuando, cerca de la una de la tarde, el abuelo me llamaba a su oficina, me dejaba su lugar en el sillón giratorio de piel marrón y sacaba de un pequeño refrigerador, que yo consideraba el objeto más bello y deseable del mundo, dos pequeñas Coca-Colas bien heladas. Las tomábamos a pico de botella, él parado, recargado en la pared, yo dando giros en el sillón cual si fuera un juego de feria. No hablábamos, no había necesidad de decir nada, aquello era nuestro momento, nuestra escapada a la felicidad.

Aquella mañana no iríamos a trabajar. El abuelo solo dijo:

–Hoy sale. Voy a ir por ella.

–Que vayan sus padres. No pensarás traerla a la casa –inquirió la abuela con su singular gesto de hastío.

–Ese fue el acuerdo. Yo voy a ir por ella.

–No creo que eso sea bueno para el niño.

El niño era yo. Me había acostumbrado a que en esas situaciones se refirieran a mi como «el niño». Lo hacían siempre que hablan «cosas de adultos», como les decía mi abuela a los asuntos que yo no debía saber.

–Hoy es día de descanso –dijo mi abuelo, sacudiéndome con fuerza el pelo a la pasada, su forma de expresar cariño que yo soportaba, aunque detestara.

Siempre me gustó andar bien peinado, cada pelo en su lugar. Odiaba que el copete me cayera sobre la cara, y cada vez que el abuelo me acariciaba de esa manera yo tenía que correr al baño, pararme frente al espejo y volver a peinar el mechón rebelde. Intentaba domar los pelos desalineados cuando escuché la voz de la abuela que gritaba:

–No se te ocurra traerla, por favor.

El bufido del abuelo y el portazo se concatenaron en un solo mensaje: fin de la conversación. Vi a la abuela derramar una lágrima, una lágrima amarga que cuando llegó a la comisura de su boca la hizo hacer una extraña mueca de asco que la sacó de su trance.

–Hoy nos vamos de compras, tenemos que prepararnos para tu regreso al cole –sentenció.

No era mentira. En dos meses los pantalones dejaron ver mis tobillos y los tenis de lona cada día me apretaban más. Volví al baño a revisar el peinado, me acicalé a toda velocidad y esperé una eternidad en la sala mientras la abuela se bañaba y arreglaba para salir. Salir era cosa seria. Falda, blusa, collar de perlas, zapato de tacón y media de nailon en invierno. La calidad de la vestimenta y los accesorios cambiaba en función del destino: no era lo mismo ir al banco que al tianguis del barrio de San Antonio los martes, mucho menos si el destino era la casa de alguna amiga para jugar *bridge* o una cena de trabajo del abuelo. Jamás salía a la calle sin la indumentaria y el maquillaje correctos. Yo esperaba en la sala con las piernas colgando y golpeando con los talones el faldón en un alto canapé con orejeras en el respaldo, absolutamente *demodé*, si es que en algún momento estuvo de moda ese extraño diseño.

En el coche tuvimos «una plática de grandes», como la llamó la abuela.

–El abuelo, testarudo como es, llevará a casa a tu madre para que la conozcas. Ya hemos hablado de ella. Probablemente te va a pedir que te vayas a vivir a otro lugar, dirá que quiere estar contigo. Pero yo no estoy de acuerdo. Tú necesitas un hogar, no solo una casa, y mientras yo no esté segura de que estarás mejor allá que acá, no permitiré que te lleve a ninguna parte.

No entendí lo que me decía. ¿Por qué habría de ir a otro lado en vez de que mamá llegara simplemente a vivir con nosotros? Todas las madres que yo conocía vivían con sus hijos. Esa era la regla. Así nos enseñaban en el colegio de los maristas. Sabía que mi padre había muerto y que mi madre no estaba, por eso yo vivía con los abuelos. Ahora que ella regresaba de ese lugar que mi abuelo llamaba «lejos» y mi abuela no se

animaba a mencionar, lo normal era que viviera en casa, porque casa es el lugar donde vive una familia. Al menos eso pensaba yo.

Pasamos el día de tienda en tienda. Terminamos con lo mío: tres camisas de cuadros, tres pantalones de terlenka, un saco azul marino, un pantalón color crema y una camisa blanca de manga corta para el uniforme. Para calzar, unos tenis Panam de lona blanca y unos zapatos negros. Yo quería un overol de los de pechera que se habían puesto de moda en aquellos años, pero mi abuela era enemiga de la mezclilla y de que a los niños los vistieran de obreros. Ahí acabó la diversión. A la caza de un patrón para un vestido de temporada, la abuela se sentó horas –al menos eso me pareció a mí– a ver revistas de modas en El Nuevo París, y una vez escogido el modelo fuimos a la búsqueda de la tela correcta a la tienda Puerto de Veracruz. Perderme entre los infinitos rollos de tela alineados cual batallón de infantería de un ejército de colores era uno de mis juegos favoritos. Los de tonos verdes contra los amarillos; los de cuadros contra los generales uniformados de pesados cortinajes; los de monitos contra los aburridos y formales soldados grises como los trajes del abuelo. El juego duraba diez o quince emocionantes minutos, luego venía el eterno aburrimiento. Al final del día, como cada vez que íbamos de compras, nos merecimos una paleta. La abuela siempre pedía la de piñón.

Al regresar a casa, el Ford Galaxy azul del abuelo ya estaba ahí. Percibí la tensión de mi abuela, que súbitamente dejó de parlotear. Entramos a casa cargados con las bolsas de las compras de cada uno, yo por delante, la abuela intencionalmente retrasada. No había puesto un pie dentro de la casa cuando escuché la voz grave del abuelo Enrique.

–Ernesto, ven a saludar a tu mamá.

La abuela se siguió de largo. Rosa me arrebató las bolsas y huyó con sus pasos cortos y acelerados. Yo quedé en medio de la sala sin más remedio que enfrentarme a ella: una mujer flaca, con marcadas ojeras, vestida con pantalones de mezclilla –de obrero, como decía la abuela– y una playera lila desteñida, que abría los brazos llamándome a su regazo.

–Hola –dije en voz baja, con la mirada clavada en el piso y las manos en las bolsas del pantalón que dejaba mis tobillos al descubierto.

–Vamos, Neto, abrázala –dijo el abuelo–. Es tu madre, ya habíamos platicado de ella y que algún día vendría. ¿Recuerdas?

Mi madre se hincó frente a mí, me tomó por los brazos, los acarició con sus manos ásperas y huesudas y esperó pacientemente a que yo levantara la cabeza. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sus ojos se humedecieron y me abrazó con fuerza. No me gustó su olor. Algo en aquel humor me repugnaba. Volví a meter mis manos a las bolsas y cerré los ojos.

–Tranquilo –dijo el abuelo–, no te irás a ningún lado. Lucía vendrá a visitarte cuando quiera y ya veremos qué pasa en el camino.

Mi madre me soltó de golpe. Claramente no era eso lo que esperaba oír. Miró al abuelo con una mezcla de odio y extrañeza, como un conejo que ha caído en la trampa. Quiso decir algo, pero lo calló.

–Anda con Rosa a ver tus compras –ordenó el abuelo con esa voz mandona que usaba cuando quería marcar superioridad–. Lucía y yo tenemos que platicar.

Mudanza

Con un día de retraso, la mudanza llegó a Ensenada un miércoles por la tarde. El departamento se convirtió en bodega. Solo logré salvar mi cuarto y un pequeño pasillo hacia la cocina. En el resto del espacio había un amontonadero de cajas cuyo destino no estaba decidido. No porque las quisiera, simplemente no me había animado a tirarlas. Las mudanzas siempre me han generado tensiones y emociones. Llevo varias: cuando me fui con los abuelos a Tijuana; cuando tomé la decisión de largarme con el Gordo a San Francisco a estudiar cocina contra la voluntad de la abuela; cuando Maca me mostró el rancho y decidimos hacer un restaurante propio. Los camiones de mudanzas no eran otra cosa que sentimientos en fuga: miedo, rencor, esperanza, ilusión. Este camión que llegaba de Guadalajara venía lleno de nostalgia.

La primera mudanza fue la más compleja, precedida de gritos, llantos y discusiones eternas entre los abuelos. Llegar a Tijuana significó un remanso en mi niñez. El abuelo Enrique no podía más. Guadalajara se había vuelto hostil para él, sentía el reproche en cada mirada, una daga

traicionera cada vez que daba la espalda, una necesidad de explicar lo que él mismo no podía entender ni aprobar. Un día, previo a la Navidad, durante la comida –esas comidas silentes en la larga mesa del comedor donde solo se escuchaba el tintineo de los cubiertos sobre los platos, el abuelo en la cabecera, la abuela a su izquierda, yo a su derecha– y con el arbolito navideño como testigo, soltó:

–Nos vamos, mujer.

–¿A dónde?

–A donde sea.

–Yo no me voy a ningún lado.

–No te das cuenta. Aquí todos nos odian.

–Pues yo no hice nada. Estábamos mejor con ella encerrada.

–Ella es la mamá del niño.

El niño. Cada vez que las cosas se ponían tensas, cuando discutían y yo era el centro del debate, volvía a ser solo «el niño». En boca de mi abuelo, Lucía era Lucía solo cuando se trataba de trámites legales. En casa era «la mamá del niño». Para mi abuela, mi madre nunca dejó de ser solo «ella».

–Ella lo parió –decía la abuela, furiosa–. Pero si alguna madre tiene este niño, esa soy yo.

Ahí terminó la discusión. O, más bien, siguió en otra parte, donde yo no pudiera escuchar «las cosas de adultos». Las caras que se hacían los abuelos, los largos silencios en la mesa, la evasión de sus miradas eran más que elocuentes y mi cabeza comenzaba a fabricar hipótesis. No sabía lo que significaba parir, lo que tenía claro era que algo había de anormal en mi madre, que mi abuela desentonaba entre las mamás que acudían a los festivales escolares, que la palabra *papá* nunca estuvo presente en mi vocabulario infantil. ¿A qué edad dije por primera vez *papá*? No lo recuerdo. Dice Rosa que mi primera palabra fue *Osa*, refiriéndome a ella, y eso la hace sentir orgullosa, un signo inequívoco de quién es quién en mis afectos.

Quitamos con desgano el arbolito el 6 de enero del año en que los Reyes no trajeron regalos y al día siguiente llegó la mudanza. La abuela se

negó a empacar. Fue Rosa quien metió en maletas y grandes cajas mi ropa y la de los abuelos y arregló como pudo los enseres de cocina, vajillas, vasos y copas. Mi abuelo se encargó de llevar consigo sus libros favoritos, las cosas de la oficina y su sillón. Al final decidió que también el antecomedor y la televisión grande lo acompañarían a Tijuana.

–Qué afán de llevar cocos a la playa –le espetó la abuela Teresa con toda la mala leche de la que era capaz–. Si en algún lugar hay buena fayuca es en Tijuana. De hecho, es lo único que hay.

En eso tenía razón: antes de dos semanas el abuelo se compró una tele Sony Trinitron de teinta y dos pulgadas y regaló el viejo televisor Zonda de bulbos con todo y el mueble que lo acompañaba.

Le dimos veinticuatro horas de ventaja a la mudanza. Cerramos la casa de la calle 12 de Diciembre con todas las llaves y candados posibles y salimos en busca del paraíso del anonimato, donde, según le entendí al abuelo, nadie nos echaría en cara el pasado y no pagaríamos por lo que habían hecho otros. Yo estaba nervioso por mi primer vuelo en avión; Rosa se moría de miedo. Era tal el escándalo que el abuelo se sentó en medio, tomando la mano de Rosa de un lado y la mía con la otra. La abuela se sentó sola y lejos, donde no pudiéramos escuchar el constante rumiar de su frustración.

El sillón del abuelo

El único objeto que pronto encontró su lugar en mi departamento de Ensenada fue el sillón del abuelo. El cuero del viejo y tosco reposet que había ido y vuelto dos veces de Guadalajara a la Baja tenía la dignidad del migrante. Los tallones y roturas eran marcas de la historia, galardones conseguidos en el campo de batalla, testigos silentes y sufrientes de una familia desarraigada. Yo era incapaz de hacer otra cosa que observar el desorden, y estaba dispuesto a posponer el tiempo que fuera posible la horrible tarea de desempacar, ordenar y tomar decisiones sobre cosas que no eran mías. Me serví una cerveza, puse los cuartetos de cuerdas de Beethoven en Spotify, coloqué los audífonos cubriendo por completo

mis orejas y me tiré en el sillón a ver el mar, a ver lejos, como decía el abuelo. La campanilla del teléfono interrumpió la cadencia del chelo. La ignoré. El sol caía rutinario sobre la mancha azul y los sonidos de las cuerdas se mezclaban con envidiable naturalidad. La cerveza, una *mexican red ale* artesanal, tenía un amargor perfecto. Cayó la noche y calló Beethoven. La cerveza se terminó (me encantan los verbos en intransitivo, que nos liberan siempre de toda responsabilidad). Hurgué en el teléfono. Había un nuevo mensaje en el buzón de Gmail. Remitía mi madre:

> Te dejo otras historias de otros viejos antepasados.
>
> Besos,
> Mamá

Le mandé mensaje a Maca avisando que me quedaría a dormir en Ensenada, saqué pedazos de quesos viejos que se habían ido acumulando en el cajón del refrigerador, abrí una botella de vino, un Madera 5, mezcla de cabernet sauvignon con sangiovese, y descargué en la tableta los archivos enviados por mamá.

Del diario de Maca
Lunes 3 de abril de 2023

Hoy regresó Ernesto. Está más afectado de lo que imaginé. Por más que quise distraerlo enumerándole los asuntos a resolver en El Guamúchil, él estaba metido en sus cosas y sus pensamientos. Siempre ha sido así, un poco autista, decía mi madre. Cuando lo conocí era el típico chavo tímido que no hablaba con nadie, menos con las mujeres, solo con su amigo el Gordo. Martín y él son como uña y mugre. Cuando los conocí en la escuela de enología de Ensenada, el que hablaba conmigo era el Gordo, Neto solo estaba ahí a un lado. Los primeros días no decía palabra, tampoco estorbaba. Casi tres semanas después, un día que el Gordo no fue a la escuela, no le quedó de otra más que hablar, hablarme.

Me encantó su voz, como escondida, una voz sincera que venía de muy adentro. Y sus manos, me encantaron sus manos grandes, como de carpintero, pero sin callos. Había algo en él que iba más allá de la ternura o la timidez; era un chavo misterioso. Tardé años en entender que parte del misterio no era sino una depresión profunda.

Cata del día: Santos Brujos, 2018. Tempranillo. Notas intensas de cereza negra, frambuesa y moras sobre notas florales, hinojo y minerales. En boca es de muy buen cuerpo con una textura realmente hermosa, aterciopelada y con la acidez perfecta. Los sabores frutales están enmarcados por ligeras notas de tostados con un fondo herbal. Destacable la integración de los taninos. Sorprende un vino tan bueno en un año tan mediocre. Neto lo gozó de punta a punta. Yo también. Noventa y cinco puntos, Maca. (Nunca había puesto una nota tan alta a un vino del Valle. Volveré a catarlo un día normal, con menos euforia y sin Neto a un lado).

Miércoles 5 de abril de 2023

Hoy pasamos el día recordando. Para los que crecimos en Ensenada, completamente alejados de los problemas de las grandes ciudades, todos los que venían de fuera nos parecían sofisticados. El mundo del vino en el Valle era un mundo de agricultores, no de catadores. Por eso nos hicimos amigos. El Gordo, Neto y yo éramos los únicos que no identificábamos los sofisticados olores y sabores que los demás decían encontrar. Nunca habíamos visto, menos aún comido, una frambuesa, u olido el cuero de los arriendos de un caballo. La única madera que conocíamos era el pino y no teníamos idea de los que era un kiwi. Los chilangos encontraban todo eso en un valle seco. Hoy Neto y yo volvimos a reír como cuando éramos jóvenes.

Cata del día: La Viña en Rosa, 2019. Mourvèdre. Aromas de flores blancas y hierba fresca sobre toronja y cáscara de cítricos. En boca es ligero y fresco con la fruta dominando el paladar, pero hacia el final tiene una desagradable nota plástica que empaña al vino. Ochenta y tres

puntos, Maca. (Tengo que seguir buscando rosados buenos para nuestra carta. Este está definitivamente descartado).

Sábado 8 de abril de 2023

El Neto que regresó de Guadalajara no es el mismo. Por más que le platico los problemas del restaurante no logro engancharlo. Sé de antemano que de nada sirve platicárselos, es incapaz de resolver cualquier cosa que no sea un platillo. Nunca le ha interesado nada de la vida práctica y ahora menos. Trae un rollo con su mamá que no alcanzo a entender de qué se trata. Siempre ha sido una relación extraña. Nunca, en los casi treinta años que llevo de conocerlo, ha hablado mal de ella; tampoco con cariño. Solo espero que esta nueva relación no lo afecte. Lo único que no necesita, que no necesitamos, es un Neto deprimido. Ha sido muy difícil sobrevivir como pareja; no es fácil vivir con alguien que se evade tanto de la realidad. ¿Por qué lo quiero? ¿Por qué lo quiero tanto? No sé.

Hoy no hubo cata. No estaba de humor.

4

Delfina

Sabía llorar en silencio, y eso hizo durante los quince días de viaje. A la tercera noche manchó la sábana. Fue todo menos placentero el embate de aquel hombre al que apenas conocía y cuyas conversaciones le aburrían profundamente. Él hablaba de viajes maravillosos, de lugares extraños, de sabores distintos, de tierras sin invierno. Ella pensaba en su casa, en las cañadas del Monte Líbano, en jocoque, hummus y pistaches, en el aire fresco que en las mañanas bajaba desde la cumbre nevada; en el aullido del viento enredado en los cedros ancestrales; en higos, los blancos y los negros. No fue para nada una forma amorosa y placentera de conocer a un hombre, pero en aquellas épocas casi nunca lo era; el sexo era sexo y nada más, el amor se construía fuera de la cama. Latife era una niña de pechos pequeños y unas caderas apenas desarrolladas que no estaban preparadas para recibir a un macho hecho en los burdeles. Ella lo dejaba hacer y luego, a solas y en silencio, lloraba.

Jalil tampoco disfrutaba de las relaciones con su esposa. La culpa lo invadía cada vez que terminaba de depositar su semen en aquel cuerpo tembloroso y adolorido. Pero quería hijos y los quería pronto. Se estaba haciendo viejo. Sentía sus treinta y cinco años en cada uno de sus huesos y sus músculos, que le dolían aun cuando estaban quietos, los sentía en cada una de sus articulaciones, que ahora hacían extraños ruidos, y en su cada día más escasa cabellera. El *Habana* atracó en La Habana doce días después. El barco se quedaría en el muelle cuarenta y ocho horas, por lo que los pasajeros podían desembarcar o quedarse en los camarotes, asfixiados por el calor del Caribe. Los recién casados descendieron. Ni bien estuvieron instalados en la pensión Margarita, Jalil ordenó a su esposa que permaneciera en el hotel sin abrir a nadie mientras él hacía

algunas diligencias. Pasó el día, la noche, el siguiente día y no fue hasta la segunda noche que Jalil reapareció. La encontró tirada en la cama llorando en silencio. No lloraba de tristeza, sino de hambre. Salieron a cenar a una taberna cercana: pan con lechón y frijoles negros. Los sabores eran extraños; no le importó. Tampoco la mirada chispeante de Jalil, en la que Latife aprendió a leer los engaños de su marido. Menos aún le importó porque aquella noche, en el hotel, su marido se mostró más cuidadoso y cariñoso al momento de montarla. Nunca conoció a Celia ni supo su nombre, pero, en el fondo de su alma, le agradeció haber amansado al macho.

En Veracruz, Jalil se movía como pez en el agua. Aprovechó su paso por el puerto para conseguir ultramarinos para vender en Guadalajara. A diferencia de en La Habana, acá Latife siempre estuvo a su lado. Ahí, en el puerto, comprando y reconociendo la comida local, comenzaron a ser pareja. Él la consultaba sobre los géneros y otros enseres para llevar a la tienda y le explicaba las cosas del Nuevo Mundo. Le enseñó las delicias «del México», como le llamaba Jalil, así como dónde conseguir los ingredientes para hacer comida libanesa o algo parecido a eso. Fueron diez días, en lo que entregaban a ella su permiso de residencia, entretenidos y atareados. Junto con la forma migratoria que la autorizaba a vivir en el México, Latife recibió también su nuevo nombre. Cuando el encargado de migración le dijo que tradujera su nombre al español, ella dijo «belleza», pero el escribano escuchó «ballesa». Después de tres intentos el burócrata sentenció:

–En español no existe el nombre de Ballena para mujer, le voy a poner Delfina.

Lo primero que hizo Delfina al llegar a Guadalajara fue tropicalizar sus recetas, como ya lo habían hecho con su nombre. Aunque le fascinaban algunos de los platillos de la comida mexicana –caía rendida ante un pozole–, en su casa se comía árabe, como quería Jalil, como le gustaba a ella. La mayoría de los ingredientes los encontraba sin problema, salvo las hojas de parra, lo que solucionó plantando una vid en el patio trasero de la casa, junto a la higuera que Jalil sembró con las

semillas que había traído de Monte Líbano. Lo complicado eran las especias, pues aun las que parecían físicamente idénticas sabían y olían distinto. En domar las recetas y adaptarlas a los ingredientes mexicanos se le fueron los primeros meses en su nueva residencia, en los bajos de una casona a dos cuadras de catedral, hasta que nació María, su primera hija.

Ser madre niña no era tan extraño en aquellos años; parir a los quince era bastante común. Lo difícil para Delfina fue que nunca tuvo quién le enseñara las cosas de la maternidad. Ella había visto parir a la vaca de su granja y a las cabras que lo hacían con graciosa naturalidad, sin embargo, no tenía idea de lo que le esperaba. Cuando comenzó el trabajo de parto, Jalil se asustó más que ella y salió en busca de una matrona que se hiciera cargo del asunto. Le recomendaron a Goya, la nana de los chicos Ancira, que vivía a una cuadra, sobre la calle San Francisco. Entre alegatos con la matrona, preparativos y una absurda, pero para Jalil obligada, negociación del precio, pasaron casi dos horas. Cuando regresaron a casa, Goya encontró a Delfina en el suelo, revolcándose del dolor. La matrona intuyó de inmediato lo complicado del caso, por lo que le pidió a Jalil que ayudara a su mujer a regresar a la cama y se largara a matar el día a la cantina más cercana. Calentó agua, buscó paños limpios e hizo una infusión de tila con menta para relajar a la madre niña. Su cuerpo era demasiado pequeño y poco desarrollado, por lo que el trabajo de parto se adivinaba largo, doloroso y no exento de riesgos para la madre y la criatura.

Diez horas y un mar de lágrimas y sudores después, María llegó al mundo, hinchada, hambrienta y con unos pulmones que hicieron notar su presencia en todo el vecindario. Cuando Goya puso a la criatura a salvo en los brazos de la madre, la partera elevó una oración a la Virgen y otra en un idioma extraño, que no era árabe ni español, para agradecer que ambas estuvieran bien, pues en más de un momento pensó que la adolescente parturienta se le iba, que su corazón no resistiría tantas horas de trabajo de parto.

Jalil regresó ya entrada la noche, ebrio y temeroso, como todos los hombres que se enfrentan a la angustia de una vida nueva. Antes de entrar a la recámara, se santiguó frente a la imagen de san Juan Marón, a quien habían montado un pequeño altar al lado de la cocina.

–Es niña y está hermosa –se adelantó Goya para evitar que el hombre de la casa hiciese cualquier comentario que pudiera ser interpretado como una decepción.

–Se llama María, como la Virgen –complementó Delfina, que evitaba que el padre interviniera en el nombre de la criatura, pues, conociéndolo, insistiría en ponerle Azima, como la suegra.

Las mujeres cerraron filas y a Jalil, borracho como venía, no le quedó más remedio que aceptar el destino. Su primer descendiente era mujer y tendría un nombre en español. Él siempre le dijo Maryam.

La maternidad le sentó bien a Delfina y a la pareja. La niña les dio alegría y una tarea en común. Fueron los mejores años del matrimonio. Dios los bendecía con salud, dinero, que no faltó en aquellos tiempos, y pronto con dos hijos más, José Manuel, llamado así en honor al abuelo, y Luis, encomendado al santo rey de Francia desde antes de su nacimiento. Celia –así se empeñó en llamarla Jalil sin dar mayor explicación– llegó un par de años después de Luis: era una ratita flaca de pelos erizos y color aceituna. Su padre decía que era la niña más fea que había visto en su vida, a lo que la madre, defensiva, contestaba:

–Pues ni que hubieras visto tantas.

No se requería ser ningún experto para reconocer la fealdad de aquella pobre criatura a quien los dioses le negaron la belleza, pero atiborraron de dulzura. La misma Goya, que la recibió en sus manos, pensó que quizá fuera víctima de algún síndrome o embrujo para ella desconocido. Pero no: Celia era fea por fuera, pero sana y agraciada por dentro.

La familia Fares vivía buenos momentos, tranquilos, con salud y estabilidad económica: la miscelánea Monte Líbano, en las inmediaciones del nuevo Mercado Corona, tenía fama de bien surtida y de tener precios justos. Cuando Jalil se ausentaba para traer mercancías, bien de los puertos de Veracruz, Tampico o Manzanillo e incluso de la Ciudad de México, Delfina, que apenas balbuceaba el español, se hacía cargo del mostrador, y María, de cuidar a sus hermanos, especialmente a Celia.

Todo cambió con la llegada del nuevo siglo. Entre las cosas que trajo Jalil de su periplo por los puertos del golfo fue una extraña enfermedad tropical. Los médicos diagnosticaron paludismo, pero no respondió a ninguno de los tratamientos a base de quinina. Perdía peso y color semana a semana. Cuando las ojeras llegaron hasta los cachetes y los ojos saltones parecían escapar de sus órbitas, Delfina decidió cambiar de estrategia: llevó al cuarto de su marido la imagen de san Juan Marón, encendió veladoras, quemó copal –lo más parecido a la mirra que pudo encontrar en México– y pidió consejo a Goya, que a su vez la conectó con yerberos y santeros. Comenzaron con infusiones de canela y rayadura de toronja verde, pero no sirvió de nada. Intentó también con gotas de jugo de jengibre y aceite de hígado de tiburón, pero lo único que logró fue que Jalil hiciera muecas y vomitara lo poco que había comido. Un tercer yerbero le recetó una infusión de hojas de albahaca santa y corteza de mango de la barranca. Este fue el definitivo: Jalil murió una mañana de septiembre mientras su hijo Luis intentaba que comiera un poco de fruta. «Murió de paludismo tropical», dictaminó el médico que acudió a levantar el acta de defunción. «Murió de hambre y debilidad», sostenía el pequeño Luis, que vio con tristeza cómo su padre se consumió en el lecho de muerte.

Mucho más latosas y peligrosas que los moscos de la costa resultaron las cucarachas de iglesia, particularmente las de la Soledad. Esas bichas rastreras, vestidas de negro aunque no fueran viudas, se encargaron de esparcir veneno por toda la ciudad y el zumbido del rumor llegó hasta los oídos de Delfina: que si había envenenado a su marido con ayuda de los yerberos del mercado; que si en realidad Jalil no había muerto de paludismo, sino de una gonorrea traída del puerto de Tampico; que si la viuda había embrujado al marido poniendo imágenes de un santo pagano que había traído desde el Líbano; que si la «arabita» esa se había metido con el señor cura del santuario de Guadalupe y mientras le daban vuelo a la hilacha habían ideado la forma de acabar con el pobre del buen hombre de Jalil que, Dios lo tenga en su gloria, pues tenía sus defectos –otra mujer en La Habana y novias en todos los puertos, según se rumoraba–, pero a la viuda nunca le faltó sustento.

Enterrado el muerto en el panteón de Los Ángeles, salieron a flor de tierra todos los secretos, los de verdad y los de mentiras, qué más da. Al mostrador de la miscelánea Monte Líbano dejaron de acudir clientes y en su lugar aparecieron los acreedores. Una deuda aquí y otra allá; un contrato rubricado con una firma y otro con una distinta; rumores, maledicencias, chismes, cuentas impagables. Poco ayudó que a Delfina comenzara a notársele un nuevo embarazo en aquellos días. Hasta las beatas que no sabían sumar ni restar hacían sus cuentas y les sobraban meses. Comenzaron los rumores: ese hijo no es de Jalil, debe ser del cura, o del yerberito que lo mandó matar; que ni el luto guardó; que no, que por las fechas seguro se embarazó cuando su marido aún vivía y le pintó el cuerno estando aún en el lecho de muerte.

Sin ingresos, acechada por los acreedores de la mercería y las lenguas viperinas de la sociedad tapatía, Delfina tomó la decisión de poner tierra de por medio. Le hubiese gustado regresar al Líbano, pero el dinero ajustaba apenas para llegar a Tepic a lomo de mula llevando todas sus pertenencias, entre ellas la pequeña estatua de san Juan Marón, la vid y la higuera del patio que Delfina podó y preparó cuidadosamente para el viaje. Salieron de madrugada, como si fueran bandidos. Hacía frio. Pactaron el precio con don Domingo el burrero y dejaron Guadalajara por la garita poniente. En una mula iba Delfina con su embarazo de cinco meses; en otra María con la dulce Celia en brazos; José Manuel y Luis compartían el lomo del tercer animal, alternándose y ayudándose como lo harían toda la vida. Fue un viaje pesado: cuatro días de barrancas, del pico al arroyo y del arroyo a otro pico, solo para volver a bajar. La primera noche durmieron cerca de Amatitán, en las inmediaciones de la barranca de Huentitán. La segunda en Magdalena, al cobijo de los portales. La siguiente decidieron acampar en la laguna de Santa María del Oro, un lugar hermoso, pero no durmieron: el frío humedecido por la neblina del lago calaba hasta la médula. Llegaron a Tepic cuando caía la noche de la cuarta jornada. A lo lejos se distinguían las puntiagudas torres de la parroquia y el humeante chacuaco del

ingenio. Entraron aparejados con dos carretas de bueyes que llevaban caña al ingenio y otros arrieros que acarreaban agua en ollas de barro desde el río a las casas de los señores de la ciudad. Desmontaron frente al hotel Bola de Oro. Una horda de niños cayó como enjambre a la miel. Los forasteros eran aves raras en aquellos lares y tenían fama de llevar monedas. No era el caso de los Fares; llevaban el dinero justo para pagar a los arrieros y cuatro pacas de mercancía de las que habían quedado en la miscelánea. Se acomodaron en la pensión de doña Eufrosina y al día siguiente comenzó la nueva vida. Delfina llevó temprano a José Manuel y a Luis a la escuela para inscribirlos, rentó un cuarto por un mes empeñando el único anillo de cierto valor que llevaba consigo y acto seguido instaló su puesto en las afueras del mercado con los restos de la mercería Monte Líbano. A partir de entonces, María, que recién había cumplido los doce, se encargó no solo del cuidado de sus hermanos, sino de todas las cosas del hogar.

Fue un parto fácil, el más. Ramón llegó al mundo sin complicaciones, en apenas dos horas de trabajo de parto, una calurosa noche de junio. Tenía la piel blanca y los ojos azules, pero igual de saltados que el resto de sus hermanos. Nunca nadie supo decir a quién se parecía y Delfina nunca confesó quién era el padre; ni los tepiqueños ni los Fares lo preguntaron. Al quinto día después del parto, Delfina estaba de nuevo en la plaza vendiendo, cargando al bebé envuelto en un rebozo, como había aprendido de las indígenas coras que eran sus vecinas de puesto.

El mismo día que Ramón cumplió un año se inauguró en los portales del centro de Tepic la miscelánea Nuevo Monte Líbano, que años después sería conocida solo como Líbano. Delfina encargaba a los arrieros producto de Guadalajara, principalmente cobertores, géneros, agujas, estambres de lana, botones, así como nueces y pistaches con los que María hacía dulces árabes para vender al menudeo. Dejaron la pensión para instalarse en una casa en las afueras de la ciudad con suficientes cuartos para alojar a toda la familia y un patio central que servía tanto para jugar como para trabajar o descansar y en el que reverdecieron la

higuera y la vid. Tepic se convirtió en el verdadero hogar de los Fares: hicieron amistades y se integraron en una sociedad sin pretensiones. José Manuel y Luis estudiaban y jugaban por las tardes en la plaza. Ninguno de los dos era un gran deportista, con una diferencia: Luis era nulo. Tenía un carácter suave, casi pasivo, y no corría ni siquiera para ganar lugar frente al teatro de los títeres, que se instalaba año con año en la plaza de armas durante las fiestas de san Isidro Labrador. José Manuel, más espigado y fuerte, era torpe en sus movimientos, pero líder indiscutible de la palomilla: era él quien organizaba los juegos y dividía los equipos. Gracias a ello Luis aseguraba siempre un lugar en el grupo ganador, aunque su contribución al triunfo fuera nula, cuando no negativa.

Celia no mejoró con la edad, por el contrario, su pelo hirsuto era cada día más indómito, el color aceitunado de su tez se hizo de un verde seco como de uniforme militar y un par de ojeras moradas hacían más evidentes sus ojos saltones. Su cuerpo no era mejor. Sus piernas, flacas y huesudas, y la espalda encorvada desde niña le merecieron pronto el apodo de la Brujita. A los cinco años, fue ella misma la que insistió en ir a la escuela como sus hermanos mayores. Delfina cedió a su súplica, no solo porque la sabía inteligente y capaz, sino porque intuía que en la casa o el negocio sería más un estorbo que una ayuda. Ingresó a la Leona Vicario, una de las recién inauguradas escuelas públicas para niñas. Eran pocas las alumnas y los salones eran multinivel: uno para las niñas de primero a tercero, otro para los de cuarto a sexto. Celia aprendía rápido, tanto que el primer año pasó el examen de tercero, por lo que la maestra Leonor llamó a la señora Delfina para discutir el caso: pasarla directo a cuarto año, donde sería por mucho la niña más pequeña del salón, o dejarla en tercero, con el riesgo del aburrimiento. Pasó a cuarto y con nueve años cumplidos se graduó de primaria.

Para entonces, José Manuel y Luis habían terminado la secundaria y María era cortejada por Pancho Corona, un joven simpático y platicador, hijo de familia de comerciantes de San Blas. Ramón crecía hermoso a los ojos de María, como si fuera su propio hijo. Su tez blanca, pelo amarillo y ojos azules llamaban la atención.

–Es idéntico a mi tío Amhed, un hermano Jalil que se quedó en el Líbano –dijo finalmente Delfina para evitar entrar en detalles con sus hijos sobre el origen de la belleza del más pequeño.

Hasta Tepic llegó una orden judicial para que la señora Delfina Mata de Fares se presentara en el juzgado de Guadalajara para hacer frente a las deudas de su exmarido pues, alegaba el demandante, la señora se había llevado mercancía que Jalil no había pagado. Delfina hizo a José Manuel leer en voz alta la demanda durante la comida. Los terminajos eran tan incomprensibles como la situación misma. Ninguno acababa de entender el contenido y el alcance de la misiva, aunque todos intuían su gravedad. Cuando José Manuel terminó de leer el citatorio, Delfina se lo arrancó de las manos y teatralmente lo rompió en pedacitos:

–No se preocupen, que de esto se encarga san Juan Marón, el abogado de los pobres. –Se santiguó y los quemó en la flama que alumbraba al santo–. A mí esas comunicaciones oficiales me ponen muy nerviosa, qué bueno que no se trataba de nada grave –concluyó, y nunca más volvió a tocar el tema.

Tuvo, eso sí, la precaución de no pararse por Guadalajara por varios años, ni siquiera cuando, una vez terminada la secundaria, José Manuel y Luis se fueron para allá a estudiar.

La boda de María es digna de contarse. Quizá hayas visto por ahí alguna de las fotos que viven en los cajones, esas que aparecen y desaparecen sin saber por qué y que te las topas todos los días excepto cuando las buscas. Por eso no te pido que las busques, no tiene caso, jamás las encontrarías, pero sí quiero que las recuerdes. María llevaba un vestido blanco y un tocado de paño, como si fuera una virgen mediterránea. Francisco Corina era bien parecido: alto, de bigote recortado, nariz recta y unos ojitos vivaces que no dejaban de reír. Vestía un traje negro de tres piezas, un corbatín tan delgado que hoy te parecería ridículo y un sombrero de copa en la mano. Toda la comida la hicieron entre Delfina, Celia y María, un bufete árabe como nunca se había visto en Tepic. No creas, a los Corona no les gustó tanto; ellos hubieran preferido una buena olla de arroz con frijoles y carne con chile, pero no les quedó de otra más que festejar los extraños sabores del kibbe bola, el hummus de garbanzos, el tabule y los tacos de hoja de parra que, contaba

Celia, recogieron mordisqueados debajo de las mesas, pues todos los invitados renunciaban a ellos cuando se enteraban de que se trataba de unas vulgares hojas, un alimento que ellos consideraban bueno solo para las vacas.

Sin los tres mayores, la casa quedó grande solo para Celia, Ramón y Delfina, quien a pesar de ello no quiso moverse: aquella era su casa y seguiría siéndolo hasta el final. Para asegurarlo llegó a un acuerdo con el casero y la fue pagando en abonos con lo que dejaba la miscelánea. Vinieron los días de tranquilidad, estabilidad y los primeros nietos. Ni siquiera la noticia de la muerte de su padre en Hassam, que mereció las primeras lágrimas de Delfina desde su llegada a Tepic, trastornó la felicidad familiar. La lagrimas eran de despedida, pues tras la muerte de su padre supo que nunca más nadie le diría Latife, que jamás volvería al Líbano y que, aunque su español tuviera ese acento que tanta gracia causaba a sus clientes, México sería su hogar, Delfina, su nombre, y esta tierra, su tumba. Como la higuera del patio, ella también había echado raíces.

Juan

El auto llegó por ferrocarril. Era un Renault Tonneau azul con asientos rojos, dos faros a los costados y una sonora corneta. Lo desataron de las correas que lo anclaban a la plataforma y lo bajaron con cuidado para dejarlo en el andén. Juan se subió, la revisó palmo a palmo, abrió el capó del motor para observarlo por dentro, quitó y puso tres veces el tapón del tanque de gasolina, palpó los neumáticos y los asientos de piel, hizo sonar la corneta. Juan no sabía cómo encender aquella hermosa máquina por la que había pagado el precio de diez caballos más otro tanto para hacerlo traer desde París. Cuando cayó la noche, acongojado, tuvo que dejar el auto en el andén a la vista y mano de los pelados que pululaban por la estación de ferrocarril.

Durmió intranquilo. Se levantó con los rayos del sol que, en la casa vacacional de San Pedro, entraban discretos por el corredor. Juan venía cada verano a la ciudad para desaburrirse de la vida campirana. Le enfadaban las conversaciones relativas al ganado y la siembra, el valor de

la caña y los regateos de don Odilón Orendain cuando negociaban el precio de las pencas de agave que este convertía en vino mezcal apestoso y agarroso. Desayunó a todas prisas y salió en busca de su amigo Manuel Cuesta, el primer tapatío que paseaba en un automóvil.

Cuando llegó a casa de Manuel, apenas a dos cuadras de distancia de la finca que Juan había heredado de su abuelo, lo encontró dormido. Tuvo que esperar una hora, que a él le parecieron diez, hasta que apareció su amigo recién bañado y perfumado. Lo invitó al comedor donde les sirvieron un desayuno de reyes que no pudo rechazar pese a haber comido apenas hora y media antes: jugo de limas de la huerta, pan de dulce hecho en casa, huevos revueltos con hueva de pescado de Chapala, tacos de queso panela con tortillas recién hechas y café de olla con piloncillo. Juan explicó a Manuel el motivo de su visita. Había hecho traer de París un automóvil, pero no tenía idea de cómo usarlo, pues las instrucciones venían en francés, una lengua para él incomprensible. Lo había dejado la noche anterior en el andén de la estación de San Francisco y temía por él.

Manuel aceptó gustoso llevarlo en su propio auto y ayudarlo en la tarea. Ordenó que subieran y sujetaran con cuatro correas un tambo lechero lleno de petróleo refinado e instruyó a Manuel girar la palanca que salía por el frente del auto. Cuando arrancó el motor, Juan pegó un brinco; no imaginaba que los autos fueran tan ruidosos cuando se estaba junto a o encima de ellos. Se pusieron lentes de conducir y salieron por el camino que comunicaba San Pedro con Guadalajara. Pasaron la garita a toda velocidad; no había en la ciudad guardia que no supiera quién era don Manuel Cuesta, pero sobre todo no había quien no identificara el ruidoso motor y la sorda corneta del primer automóvil de Guadalajara. No tardaron ni quince minutos en hacer el recorrido que el tranvía hacía en casi una hora. Al llegar a la estación se hicieron campo a cornetazos por en medio del *foyer* de pasajeros y montaron al andén hasta alcanzar el hermoso Renault recién desempacado de París.

Manuel lo revisó con envidia y admiración; en apenas cinco años los autos parecían haber evolucionado un siglo. Llenó el tanque de petróleo, cargó el sistema de enfriamiento con agua, giró la manivela una y otra vez hasta que logró encenderlo. Un ruido sordo, acompañado de un rítmico cacleteo como el del andar de una recua de mulas, salió del motor del nuevo Renault. Juan lo miró con una mezcla de admiración y miedo. Una nube de curiosos rodeó el automóvil.

–Listo, todo tuyo. A manejar –exclamó Manuel limpiándose las manos.

–Me da miedo –contestó el dueño–. Nunca he manejado una máquina de estas.

Manuel sonrió socarronamente y comenzó a explicar con paciencia el manejo de la nueva máquina con metáforas de caballos.

–Esta rueda es como la rienda –dijo moviendo el volante–. Este, el acicate –instruyó señalando el pedal de aceleración–, y con este otro frenas.

Lo que no pudo describir con comparaciones equinas y a su interlocutor le costó mucho entender fue el funcionamiento de la caja de velocidades y el embrague. Cuando Manuel vio que Juan seguía con cara de susto, montó en el asiento del chofer, hizo sonar la bocina dos veces para espantar a los curiosos y llevó a Juan a un lugar donde aprender a conducir sin riesgo, al menos para terceros. Con la paciencia del santo Job, Manuel le enseñó a su amigo de tan buena forma que a la quinta vuelta entre la estación y el torreón que marcaba la entrada a la ciudad por el sur, Juan pudo al fin controlar su auto y cambiar las velocidades con trompicones, pero sin detener la marcha.

Llegó al hospital haciendo un gran escándalo. María salió molesta cuando se enteró de que aquel ruido algo tenía que ver con ella. La enfermera se echó el chal a los hombros y se negó a subirse al ruidoso armatroste. Desde el día que fue dispensada de sus votos para poder contraer matrimonio con Juan, la exmonja se había mudado a una casa de asistencia por la misma calle de San Diego, a dos cuadras del hospital. Juan la escoltó a casa desde su automóvil, pero ella no le dirigió mirada o palabra alguna en todo el camino; daba igual, el ruido del automóvil no

los hubiese dejado platicar. Al llegar a la casa, Juan bajó del coche para despedirse. Ella le dio la espalda, molesta, y le reclamó:

–Cuando quieras venir a verme, ven en un coche decente, con caballos.

Juan amaba a su auto francés y más a su novia española, por lo que decidió usar el Renault solo para jugar carreras con su amigo Manuel y para transportarse de San Pedro a la hacienda de Cuisillos, un recorrido que en el auto le tomaba tres horas mientras que a caballo eran por lo menos seis o siete. Salvo, por supuesto, en tiempo de aguas, cuando el coche se atascaba en los lodazales de los caminos rurales mientras que los caballos pasaban sin mayor dificultad.

La boda se celebró en la capilla de Jesús. Los familiares de don Juan, sus padres, sus hermanos, Manuel y Pedro, y la tía Clementina llegaron en elegantes carruajes. Los invitados de la novia llegaron todos a pie, entre ellos el doctor Ayala con su esposa y don Ponciano, el yerbero de San Juan de Dios. Sus excompañeras de la Orden de las Siervas de María participaban desde un lugar remoto detrás de la reja que comunicaba con la casa de reclusión.

Pasaron la noche de bodas en la casa de San Pedro y al día siguiente partieron hacia la hacienda en el carruaje de don Manuel, pues María seguía negándose a montar en el Renault. El camino era hermoso. Una vez que dejaron por un lado la garita de Tequila y las enormes extensiones de siembra de jícama y maíz de los valles, se internaron por un estrecho camino en un bosque de pinos y robles. El ruido de la hojarasca que crujía al paso de las ruedas del carruaje arrulló a los pasajeros. En La Venta del Astillero pararon para refrescarse y continuaron hacia Huaxtla, donde don Odilón Orendain les ofreció una comida. Reemprendieron el camino rumbo a Tala y de ahí, siguiendo uno de los afluentes del río Ameca hasta Cuisillos, a donde llegaron ya entrada la noche.

Juan disfrutó como pocas veces al ver la cara de María contemplar la hacienda; la casona era, literalmente, un palacete. La capilla era sencilla, de una sola nave con una fachada compuesta en dos pisos y una peculiar torre rematada por una esfera de cantera. El ingreso principal de la

hacienda lo enmarcaba un pórtico elevado con tres arcos y un pequeño porche. Las ventanas con postigos de madera alineadas a lo largo de la callejuela parecían interminables. El patio central de la hacienda, con diez arcos por lado en dos pisos, era más grande que el convento de Bilbao. Juan ayudó a María a bajar del carruaje y la condujo hasta el salón principal, decorado con muebles y espejos de estilo afrancesado.

–Mi casa es tu casa; toda tuya, Mariquita –dijo Juan, abrazando a su mujer.

No fue fácil establecer la relación marital. Juan temía tener que dar explicaciones a una mujer que había pasado su adolescencia y parte de su juventud encerrada en un convento, sin entrenamiento alguno en bailes, cortejos o cualquier otra forma de acercamiento con un hombre, sin las conversaciones entre amigas que van pasando de boca en boca conocimientos tan incompletos como llenos de emoción. María lo recibió con fingida naturalidad en el lecho matrimonial; el conocimiento que le transmitió Ixia había ido más allá del que necesitaba una monja, pero lejos estaba de imaginarse lo que era aquello. Juan fue lo cariñoso y delicado que podía ser un hombre de campo acostumbrado a tener relaciones con la servidumbre y una que otra prostituta de los burdeles de Guadalajara.

Al día siguiente, Juan se despertó temprano. Se sabía incapaz de manejar con la delicadeza necesaria los sentimientos de su esposa, por lo que prefirió dejarla sola. Se levantó y fue al corral, donde de acuerdo con sus instrucciones estaban acicalando al caballo que había escogido para su esposa. Se trataba de un yegua blanca de sangre española de buena alzada y paso ligero. En el camino pasó a la ordeña para empinarse un pajarete con chocolate molido y alcohol de caña que de golpe le levantó el ánimo y lo puso eufórico. Dio instrucciones a gritos, celebró las ocurrencias de los caballerangos que lo felicitaban y bromeaban por su noche de bodas y llevó él mismo a la yegua hasta la casona de la hacienda. La amarró a una de las columnas en la sombra y se sentó a esperar.

María bajó a desayunar después de sus oraciones, enfundada en una sencilla bata blanca. Tenía los ojos brillosos y una sonrisa hermosa. Juan la contempló desde su silla de equipal al otro lado del corredor.

–¿Y eso? –preguntó sorprendida al ver al animal en el patio.

–Es tuya, solo falta que le pongas nombre.

–Si tú crees que me voy a subir en esa bestia, estás muy equivocado. Pero con gusto la bautizaré… Se llamará Pamplona, como mi tierra.

–Tú decides, mujer, pero más vale que aprendas a montarla. Vivir en el campo sin un caballo es como estar cojo.

–¡Ja! –Fue la única respuesta de María y rodeó para pasar lo más lejos posible del animal.

Después de desayunar gorditas de maíz fritas y champurrado, fue a la cocina a presentarse y conocer a cada una de las mujeres que trabajaban en la hacienda. Amparo, el ama de llaves, hizo llamar a todas y la nueva patrona las saludó una por una tratando de aprenderse lo nombres: Chela, la cocinera, Magdalena, su asistente, Rosa y Cenobia, las encargadas de la limpieza; todas desfilaron haciendo una breve reverencia al escuchar sus nombres de boca del ama de llaves. Todas menos una joven, casi niña, peinada con dos trenzas, que estaba en el rincón sentada en una silla, con las manos debajo de las piernas, columpiándose displicente.

–¿Y tú? –preguntó María.

–¿Yo? Yo no trabajo aquí.

–De acuerdo, pero ¿cómo te llamas?

–Chata.

–Ese no es un nombre, ¿o sí?

–No, pero así me dicen, y como mi nombre no me gusta, prefiero llamarme Chata.

Nicasia, la hija menor de Chela, y a quien todos conocían como la Chata, tenía a sus quince años el cuerpo de niña y los modales de yegua mal arrendada. Era brusca, respondona y lépera. Había nacido sietemesina, pequeña e inquieta como un nixticuil, pero vivaz desde el momento en que vio la luz. Lloró más fuerte que ninguno, comió como desaforada desde el primer día, pero nunca creció. Sabina, la partera y sanadora que la trajo al mundo, advirtió a Chela que Nicasia era una niña especial:

–Son pocas las que viven cuando nacen en estas condiciones, pero las que lo logran es porque están tocadas por algún espíritu.

La Chata era especial y María lo intuyó por la forma altiva de mirar y contestar, con una seguridad que no era características en las mujeres de su edad.

–No trabajas aquí, pero ¿te gustaría trabajar aquí?

–Depende.

–¿Depende de…?

–Depende de lo que vaya a ofrecerme. No me gusta cocinar ni limpiar.

–Ya veo. Yo pensaba que trabajaras conmigo, como mi asistente personal. Necesito a alguien que me ayude a entender la vida en esta hacienda.

–Eso sí podría hacerlo. Pero a mí no me gusta montar, así que ni se le ocurra pedirme que me suba a esa bestia blanca que está ahí afuera.

–A mí tampoco, así que ya somos dos.

La Chata se convirtió desde aquel día en la sombra de María, y sobre todo en sus ojos y sus oídos dentro de la hacienda. La joven tenía una habilidad insospechada para pasar desapercibida, para enterarse de cualquier cosa que sucediera dentro de aquellos muros y sobre todo para interpretar los acontecimientos.

Juan tardó en convencer a María de montar a la Pamplona. Fue un acercamiento lento, sucesivo y con altibajos. Las historias que le platicaba la Chata ayudaban poco a vencer los miedos de su mujer, como la del hombre que se había quedado pegado al lomo de un caballo y nunca más pudo separarse del animal, y aquello, decía mientras besaba su dedo pulgar haciendo la señal de la cruz con el índice, no era ningún invento, pues ella misma lo había visto una tarde en el camino de Ahuisculco: un hombre moreno, vestido con traje negro de charro, pegado a un caballo igualmente negro que parecía el mismísimo demonio. O aquella otra de la mujer que al caer del caballo se abrió la cabeza y, mientras estuvo tirada en el campo, una pequeña serpiente se le metió en la cabeza y ahora el animal, que medía ya más de metro y medio, vivía dentro de aquella pobre mujer que todos tildaban de loca, pero que en realidad estaba poseída por la víbora maldita. Cuando el sol le da de frente –juraba la Chata besando la cruz– se puede ver a la culebra, de anillos

rojos, amarillos y negros, pasar por detrás de los ojos de la loca que se cayó del caballo.

Un día Juan convenció a su mujer de acariciar a la Pamplona. Displicente, María hizo un par de caricias en el cuello del animal y siguió su camino. Al llegar a la puerta de la hacienda escuchó el ruido de los cascos del caballo que la había seguido hasta ahí. María aceptó el juego y todas las mañanas la acariciaba y dejaba que esta la siguiera. No fue sino hasta dos semanas después que Juan la animó a montarse y caminar un poco mientras él jalaba al animal amarrado de una cuerda. Un mes después, a pesar de las advertencias de la pequeña ayudante, María cedió a las súplicas de su marido, se subió en la yegua y salieron juntos a pasear por la vereda que bordea el río.

Tan difícil fue subir a María al caballo como bajarla. Tenía ya seis meses de embarazo cuando Crucita, la partera, azuzada por la Chata, la amenazó con que, si seguía montando, la criatura podía salir con patas de caballo, como había sucedido hacía algunos años con una mujer en la vecina hacienda de Navajas. El parto no tuvo complicaciones. Como buena enfermera, María dirigió las operaciones de su propio alumbramiento y obligó a que todo estuviera esterilizado, desde las sábanas donde recibirían al bebé hasta las manos de Crucita, a quien además obligó a ponerse un pañuelo recién lavado como tapabocas. Juan nació gordo, amoratado y arrugado, como todos los bebés, pero eso bastó para que la Chata difundiera por todo el pueblo que el niño que le había nacido a su patrona era tan gordo y feo como su abuela Josefa, a quien solo conocía por un retrato colgado en una de las salas de la hacienda. Juan reía de las ocurrencias de la pequeña, casi enana, servidora de su esposa y le asignó la tarea de ser la nana del niño:

—A ver si estando a tu lado se le quita lo feo.

La solución fue mágica. El pequeño Juan crecía día a día en tamaño y belleza. Tenía los expresivos ojos de su madre y la nariz recta de su padre, lo que lo hacía ver guapo y varonil desde muy pequeño, cosa que, por supuesto, la nana se encargó de difundir por todo el valle Ameca.

A Juan le siguió Simón, como el abuelo; luego Inmaculada, que murió minutos después del alumbramiento. Una segunda Inmaculada nació

fresca, larga y gritona año y medio después. Javier, tan guapo como Juan; otra niña muerta en el parto, pero la partera y la Chata la bautizaron de inmediato con el nombre de Ana, como habían escuchado a la patrona que se llamaría en caso de ser niña, para que María no sufriera al saber que su hija había nacido muerta y la esperaba el limbo.

–Ya se enterará cuando ella alcance la gloria, pero por lo pronto no tiene ningún caso que sepa, así que ni una palabra o te carga patas de cabra –amenazó la Chata a la partera, únicas poseedoras del secreto hasta ese momento, porque ambas se encargarían de difundir su hazaña a diestra y siniestra.

Cuando, pocas semanas después, Juan y María se enteraron, lejos de tomarlo a mal lo vieron como una muestra más del cariño de la nana. Pasaron casi tres años para que naciera la segunda Ana, que muy pronto se convertiría en la consentida de la Chata.

Cuisillos era cada año más productiva. Aunque Juan estaba al pendiente de todo y presumía conocer por nombre a los casi ochocientos trabajadores de la hacienda, el trabajo le aburría cada día más: las plagas, las garrapatas, los cercos caídos, las cosechas anegadas o el cambio de precio de los granos lo tenían sin cuidado, porque, como fuera, cada año ganaba más de los que podía gastar encerrado en aquella casona en medio de la nada. Lo único que lo entretenía eran las largas cabalgatas hasta el bosque de La Primavera o hacia Ameca, mismas que María, que nunca abandonó su vocación y carácter de enfermera, le limitaba por su condición cardiaca. Su único gozo real eran los paseos en su Tonneau azul, que ahora manejaba con pericia por las vías de tren y algunos caminos no demasiado accidentados. Alargaba lo más posible las vacaciones en la casa de San Pedro Tlaquepaque y visitaba con más frecuencia las haciendas vecinas de El Cabezón, Ahuisculco, El Refugio y a su hermano Manuel en San Juan de los Arcos.

El nuevo embarazo de María los tomó por sorpresa. No por alguna sospecha –Juan recordaba exactamente la fecha y situación de la concepción en un paseo a caballo por el río Caliente en que habían terminado chapoteando desnudos en una poza–, sino por la edad de María, que para entonces rebasaba con mucho los treinta. El periodo de

gravidez fue complejo desde los primeros meses: María vomitaba mucho y tenía dolores frecuentes, se despertaba con sudoraciones y tuvo dos sangrados que le hicieron pensar que perdía a la criatura. Sin embargo, el vientre crecía y crecía, más aún que en los embarazos anteriores. En el mes siete la panza era tan grande que la partera comenzó a sospechar que eran al menos dos criaturas, pues ella había sido testigo del nacimiento de unos malogrados trillizos cerca de Teuchitlán. Juan insistió en que se fueran a pasar los últimos meses del embarazo a la casa de San Pedro para que pudiera recibir atención médica, pero su mujer se negó. Estaba tan cansada, dijo, que no resistiría el viaje. Dos días después comenzó el trabajo de parto. Por más de veinticuatro horas, Crucita y la Chata lucharon junto con María por hacer nacer a las criaturas, pero todo lo que salió fueron dos enormes coágulos y un feto pestilente con adherencias por todo el cuerpo que la Chata, quien fue la encargada de enterrar clandestinamente aquello, describiría días después como un monstruo demoniaco con pies de cabra, sin ojos y un solo cuerno como de escarabajo. A pesar de ello, el vientre de María seguía abultado y los dolores eran cada vez más intensos. No pasó la noche; antes del alba, exhausta, entregó el alma. La Chata decía que un olor a flores inundó la hacienda. Nada más falso. La infección que desarrolló María en los últimos días del embarazo había invadido su cuerpo y el olor a putrefacción era tal que la velaron en un cajón de madera sellado con clavos y goma de pegar.

Los funerales fueron sencillos, pero no por ello poco concurridos. Asistieron los parientes Cortázar y De Llano, pero sobre todo los peones y medieros de la hacienda que querían bien a la patrona. Don Juan ordenó enterrarla en una de las paredes laterales de la iglesia, junto a sus hijas Inmaculada y Ana, fallecidas al nacer. El luto se guardó no solo en Cuisillos, sino en algunas de las haciendas vecinas y en los poblados de Ahuisculco y Tala. Todas las casas del pueblo, al igual que el cementerio, mostraron moños negros en la entrada. Durante nueve días la iglesia llamó a duelo dos veces al día, a las siete de la mañana y a las cinco de la tarde, para rezar un rosario por el eterno descanso de Blanca María Ibero

Etcheverri de Cortázar. Al de la mañana acudían enlutadas las mujeres del pueblo. Don Juan y sus hijos al de la tarde. Javier y Ana, niños aún, se aburrían terriblemente sin entender cabalmente lo que pasaba. Juan y Simón, en traje negro traído desde Guadalajara, recibían a quienes los acompañaban desde haciendas vecinas. Inmaculada lloraba sola en una esquina de la capilla.

El ánimo de don Juan decayó terriblemente. Regresaron los males; su corazón de por sí débil no soportaba la tristeza. Extrañaba a su mujer, a la madre de sus hijos, pero también a su enfermera cariñosa. Lo único que lo consolaba eran los largos y solitarios paseos en su Renault Tonneau azul, en el que iba y venía hasta Ameca, Tequila o Guadalajara. En uno de esos viajes tomó la decisión: no se volvería a casar, pero contrataría a un médico de tiempo completo para la hacienda.

Kristen

El embarazo de Kristen fue complicado desde el inicio. Los calores de Guadalajara no le sentaron nada bien: diarreas continuas, desmayos, vómitos, pero sobre todo asco. Los olores que llegaban desde el arroyo del Arenal, que se había convertido en la cloaca del sur de la ciudad, le provocaban arcadas permanentes. La casa que Hermann había conseguido para rentar sobre las calles Canela y Camarena era pequeña y bien ventilada. A pesar de ello, al caer la tarde, los vientos del suroeste la inundaban de olores fétidos que provocaban en la joven alemana un malestar insoportable. No es que el río Elba no tuviera olores, sino que los del arroyo eran mucho más penetrantes y sus vapores más densos. No había, pues, tarde que no extrañara su natal Hamburgo, aunque, para ser justos, tampoco había mañana que no bendijera la dicha de despertar al lado de Hermann con el olor de los jazmines y los azahares del naranjo que crecían en el patio, que no agradeciera los cielos azules y las frutas tan variadas como extrañas que conseguía en sus idas al mercado de las Nueve Esquinas. Agradecía, sobre todo, la calidez con la que la colonia alemana la había recibido en Guadalajara.

Frederic Sutter, que se convirtió en su médico de cabecera desde su llegada a la ciudad, vigilaba con esmero el desarrollo del embarazo. No solo le preocupaba la alimentación de la madre primeriza, que lejos de subir de peso en el primer trimestre perdió seis kilos, sino el color de sus labios, un tanto amoratados, y de sus mejillas, que enrojecían más y más. Al principio lo atribuyó a la falta de costumbre de su piel excesivamente blanca al sol ardiente de la ciudad. Aunque no tenía clara la causa, los tonos y la forma de las manchas le gustaban cada vez menos. La aparición de fuertes jaquecas hacia el séptimo mes preocupó aún más la atención del doctor, quien, sin embargo, decidió no alarmar a la joven paciente. Le recetó reposo, té de azahares, compresas alternadas de agua fría y caliente sobre la frente y una mezcla de cloruro de acetilo con salicilato de sodio que él mismo encargó y cuya preparación vigiló en la botica de Lázaro Pérez, de acuerdo con una fórmula que había aprendido de su maestro Charles Gerhardt.

Faltando quince días para la fecha estimada del alumbramiento, el dolor de cabeza de Kristen era insoportable. Llevaba mes y medio en cama siguiendo al pie de la letra las indicaciones de su médico y aun así sentía los ojos salir de sus órbitas y la cabeza estallar en mil pedazos. Tenía la panza dura, los músculos contraídos, y el bebé había dejado de dar patadas. Hermann salió en su bicicleta en busca de Sutter. Era una tarde negra de principios de octubre. Los truenos, cada vez más cercanos y ruidosos, anunciaban tormenta. Lo encontró en su casa en medio de una tertulia. Cuando el doctor escuchó la descripción del asustado padre primerizo, ordenó que prepararan la caleza y se despidió de su mujer con un «No me esperes a cenar…, y quizá tampoco al desayuno» que alarmó aún más a Hermann.

Kristen estaba en un grito de dolor, doblada sobre su propia panza y con las manos apretándose la cabeza. El médico le tomó la muñeca y escuchó el corazón de la paciente: todos los síntomas del pulso duro estaban ahí. Le costó trabajo escuchar el corazón del bebé; cada latido era más débil que el anterior. Cuando quiso revisar la dilatación de la

parturienta no tuvo duda: el líquido verdoso que corría por las piernas de Kristen no era otra cosa que el síntoma de sufrimiento fetal.

Había comenzado a llover cuando subieron a Kristen a la calesa. La colocaron en la banca trasera del carruaje y enfilaron al hospital de San Miguel de Belén, al norte de la ciudad. La tormenta complicaba el avance, las calles estaban convertidas en arroyos lodosos que impedían el movimiento de las ruedas. Bajaron por la avenida de la Libertad siguiendo la huella del tranvía hasta Colón. Las avenidas de agua impedían el trote de los caballos, ya de por sí nerviosos por los trepidantes truenos. Kristen estaba sumida en un alarido de dolor. Hermann trataba de calmarla silbando canciones de cuna alemanas. El doctor Sutter no le soltó la mano para no perder el dato del pulso. Al llegar al hospital, Hermann abrió la puerta de la calesa, tomó a Kristen en sus brazos y comenzó a correr bajo la lluvia. El médico esperó paciente, abrió un enorme paraguas negro y bajó despacio, evitando los charcos; no traía un cambio de ropa y sabía que tenía que mantenerse limpio para la faena que venía.

Fue un parto largo y complejo. Además de la eclampsia de la madre, el chiquillo venía enredado en el cordón umbilical, lo que implicó largas y delicadas maniobras con fórceps. Cuando, tras doce horas en medio de un alarido de dolor, Kristen pudo expulsar al niño ya liberado de las ataduras de su propio cordón, hubo un silencio eterno. El niño no lloró. Sutter no decía palabra. Las enfermeras miraban con ojos desorbitados hacia la mesa en la que el médico se afanaba en labores de resucitación. Kristen, agotada, veía el techo descarapelado del hospital, no tenía fuerza para llorar lo que intuía y nadie se atrevía a nombrar. Pensó en su madre, en su natal Hamburgo. Nunca se había sentido tan sola; estaba rodeada de extraños en un país extraño. Lo único reconocible era su dolor y su debilidad. Se dejó ir. No tenía fuerzas ni ganas de vivir. Cerró los ojos. Vio el rostro de su padre y de su hermana fugándose en el espacio. Sitió pena por Hermann, habría querido despedirse de él. Su mente se puso en blanco, dejó de sentir su cuerpo, dejo de sentir dolor. Los ruidos se fueron apagando, como cuando de niña se sumía en las aguas del río para

no oír los regaños de su madre. Solo escuchaba los latidos, cada vez más débiles, de su corazón.

Un aullido penetrante taladró sus oídos y la sacó del trance. Su corazón recuperó el ritmo y la fuerza. Tardó en reconocer que se trataba del llanto de su hijo. Sutter había logrado resucitarlo y le golpeaba la espalda con dos dedos para obligarlo a expulsar las flemas.

–Es niño –dijo, mostrándolo a su madre como quien levanta un trofeo.

Kristen sonrió y se quedó dormida.

Unas horas después, una monja la despertó sacudiéndola con poca cortesía y puso al niño en sus brazos para que lo alimentara. En el claro de la puerta estaba Hermann, ojeroso y sonriente; él tampoco había dormido. A su lado estaba el doctor Sutter, que impuesto como estaba a la práctica médica se veía fresco como lechuga. Era un milagro que ambos estuvieran vivos, dijo, pero pasado el difícil trance del parto no existía riesgo alguno, lo que seguía era cuidar y alimentar a ese bebé.

El bautizo fue en la iglesia presbiteriana. Los padrinos, el doctor Frederic Sutter y su esposa Elisa. El nombre: Karl Frederic, en honor al padre de Kristen y al padrino y salvador. El niño, un güero cachetón de ojos verdes, creció sano, alimentado del pecho de su madre y de una nodriza indígena del barrio de Mexicaltzingo de nombre Virginia, que, con apenas quince años, alternaba sus pechos para alimentar al niño alemán y al suyo propio, Juan de Dios, de padre desconocido. La nodriza cruzaba todas las madrugadas el puente de las Damas y caminaba por la margen izquierda del arroyo con su hijo amarrado a la espalda hasta la casa de los Haas. Entraba sigilosa y se sentaba al lado de la cuna para amamantar a Karl Frederic en cuanto abriera los ojos y para que los berridos no despertaran a Kristen. Después de alimentarlo lo hacía eructar, esperaba a que defecara, lo limpiaba, le amarraba un pañal recién planchado y lo acicalaba para llevarlo al cuarto de su madre.

Tras el parto, Kristen y Hermann optaron por dormir en cuartos separados. La experiencia del parto había dejado en ella una huella profunda. Pasó la cuarentena y las molestias seguían ahí: laceraciones a causa de la manipulación con los fórceps, una infección que se prolongó

más de lo esperado y, sobre todo, la falta de apetito de hombre distanció a los jóvenes esposos. Kristen vivía para su hijo y Hermann para el trabajo. Salía temprano de casa, volvía a comer y, por las tardes, después de la siesta –una costumbre de las nuevas tierras que Hermann había adoptado con particular entusiasmo–, regresaba al trabajo. Conforme el niño iba creciendo, Virginia comenzó a hacerse cargo de otras labores, principalmente en la cocina, para la que tenía dotes naturales. Aprendió a macerar la *Sauerkraut* y a curar las piezas de carne con sal de nitro; a hacer *Himmel und Erde*, una combinación de compota de manzana y puré de papa con la que acompañaban salchichas preparadas al gusto alemán por un carnicero instruido por la familia Blume; el *Steckrübeneintopf*, **un guiso de carne con zanahoria y nabos; y una versión tropical de la** *rote Grütze* en la que cambió el jugo de frambuesas por un concentrado de flor de jamaica, que fue aplaudida por toda la comunidad alemana en la ciudad.

Los problemas de pareja no tardaron en llegar y en hacerse públicos. Hermann comenzó a retrasar la llegada a casa argumentando exceso de trabajo, al tiempo que en los atrios de las iglesias y en los salones de las buenas familias de Guadalajara comenzó a hablarse de que el alemán recién casado había vuelto a visitar a la viuda de Fernández de Castro. Los rumores llegaban a los oídos de Kristen, quien trataba de ignorarlos pese a que intuía que eran ciertos. El tema nunca se habló entre ellos. Simplemente un día, en el cumpleaños número dos de Karl, después de partir y compartir una *Sand Torte* con betún de limón, otra de las magistrales tropicalizaciones de Virginia, Kristen tomó a su marido de la mano y lo llevó a su habitación.

–No te quiero en otra cama ni en otro cuarto nunca más.

El amor regresó a la pareja y con ella los hijos. A pesar del miedo, Kristen parió con diferencia de trece meses a Herbert y a Margarita sin mayor complicación. La familia se hizo grande y las necesidades también. Hermann tomó nuevas responsabilidades como encargado de compras de la ferretería La Palma, lo que lo hacía viajar con frecuencia a la Ciudad de México, a Veracruz y a El Paso, Texas, desde donde traía productos

nacionales, alemanes y estadounidenses para la tienda del señor Paulsen y también para su casa. El crecimiento de la familia y la bonanza económica les obligó a buscar un chalé más grande y cómodo. La ciudad crecía hacia el poniente, allende la penitenciaría, y hacia el sur, donde las nuevas colonias habían decidido alinearse con la modernidad: la vía del tren. Como Kristen detestaba el ruido del ferrocarril, optaron por una casa a buen precio en la colonia francesa, sobre la calle Sabino, a una cuadra de Hidalgo, lo que les permitía ir y venir al centro en el tranvía sin mayor dificultad.

Era una casa amplia de dos pisos y un gran corral en la parte trasera. Cada niño tenía su cuarto e incluso había uno para nana Virginia, que ahora era ama de llaves, una jefa de servicio que mandaba sobre la cocina, las recamareras, el jardinero y las nanas de los niños pequeños. El salón, en el que Kristen reunía todos los miércoles a las damas de la colonia alemana a tomar café con galletas y pasteles, y los viernes a sus nuevas amigas estadounidenses, estaba amueblado con sillones traídos de Austria, adornado con porcelanas francesas y un enorme candil de cuentas de cristal checoslovaco con un sofisticado mecanismo para subir y bajar ideado por el propio Hermann para facilitar el encendido de las candelas y la limpieza.

La muerte de su madre fue un duro golpe para Kristen. Se enteró tarde, pues el telegrama fue domiciliado en la antigua casa de la calle Canela y no llegó a sus manos sino hasta quince días después. Además del dolor, la invadió un enorme sentimiento de culpa. Cuando salió de Hamburgo, contra la voluntad de su madre, no estaba en sus planes no volver a verla. En aquellos días no sabía si regresaría a su casa, ni siquiera pensaba en ello, como si la vida fuera eterna. Su súbito embarazo, la depresión posparto, recuperar su matrimonio, parir a otros dos hijos y cambiarse de casa la ocuparon tanto que en cinco años no pensó en un solo momento en volver a Hamburgo. Se carteaba con su hermana Gretchen, recibía y enviaba fotografías de la familia, la última de ellas, del estudio de Lupercio, estaba pensada especialmente para la Navidad, donde estaba ella con su marido y sus hijos en un paisaje mexicano. Una

esquela enviada por su padre y una carta posterior de Gretchen le permitieron conocer los detalles de la muerte de *Frau* Neumann: una intoxicación con mariscos, aparentemente inofensiva, había derivado en una diarrea de quince días que se fue complicando con fiebres y un color amarillento acompañado de malos humores. Los doctores habían intentado inútilmente todo tipo de sangrías y fomentos. Cuando en una cena de la colonia alemana Kristen lo contó apesadumbrada, Sutter no tuvo duda de que se trataba de una patología de tipo canceroso en las entrañas, muy probablemente en el páncreas.

Al comienzo del verano, la familia Haas, Virginia incluida, cerró la casa y comenzó el largo viaje de regreso a Hamburgo. Margarita no alcanzaba los dos años, Herbert tenía tres y Karl cumplió los seis en medio del océano Atlántico durante una mañana brumosa de un gris plomizo y triste que quedó grabada en su memoria. El trasatlántico, remolcado por el barco piloto, entró al río Elba diez días después de haber salido de Veracruz. Hamburgo apareció majestuosa e intimidante ante los ojos de Virginia, que se escondió detrás de Hermann y abrazó con fuerza a su niña, Margarita: las afiladas agujas de los templos; los techos color verde pálido que contrastaban con el cielo de un azul deslavado; el puerto congestionado de buques de todos tamaños; los muelles pletóricos de estibadores, comerciantes y voces guturales constituían un paisaje, a sus ojos, amenazante.

En el muelle, con una carreta de tiro con el logo de la Casa Haas, en una calesa de gran tamaño y con una sonrisa de oreja a oreja estaba Dieter, el menor de la familia. Tan pronto se encontraron los hermanos, se fundieron en un cálido y sonoro abrazo. Un estibador turco les ayudó a subir el equipaje a la carreta y la familia montó en la calesa: mujeres y niños dentro; Dieter y Hermann en el pescante. No dejaron de hablar durante todo el trayecto.

Kristen tenía sentimientos encontrados: regresar a Hamburgo la hacía feliz, pero al mismo tiempo sabía que el reencuentro con su padre, y particularmente con su hermana, quien la culpaba de su soltería y del fatal desenlace de su madre, le generaba un nudo en el estómago. Tenía

ganas de verlos, abrazarlos y llorar con ellos la muerte de su madre. Su intuición le decía que no sería así, que la conversación estaría salpicada de reproches, culpas, reclamos e indirectas.

Los Haas los recibieron con alegría y una gran cena regada por los caldos cada día más sofisticados que el padre escogía de entre los mejores productores de Alsacia y la Borgoña. Al pescado al vapor con papas y mantequilla lo acompañaba riesling con un intenso aroma a fruta y unas notas finales que Kristen asoció de inmediato con el petróleo o el keroseno que usaba para las lámparas en México. El vino tenía un sabor único que guardó en su memoria como patente del regreso a casa.

La mañana siguiente, la familia en pleno se enfiló a casa de los Neumann. Cuando tocaron a la puerta el ambiente era tan denso como la neblina de Hamburgo. Los niños lo intuían: Margarita metió la cabeza en el regazo de Virginia, Herbert se escondió entre las piernas de su padre y Karl se quedó atrás esperando no ser visto. Gretchen apareció en la puerta vestida de negro de punta a punta, con un cuello alto cuyo olán rosaba con la barbilla y una mantilla que le cubría la cara. Detrás de la fina red de tul se adivinaba un rostro más enojado que compungido. Unos segundos después apareció *Herr* Neumann, que, sin pensarlo ni pensar en las consecuencias de ello, hizo a un lado a su enlutada hija mayor y se lanzó con los brazos abiertos sobre la hija pródiga. No hubo espacio para los reclamos, solo para las lágrimas, las caricias, las expresiones de cariño y júbilo a pesar de que en medio estaba la muerte aún reciente de su madre.

El verano pasó volando entre caminatas en el bosque y baños en las lagunas del delta del Elba. *Herr* Haas, apoyado por la siempre buena voluntad de Dieter, convenció a Hermann de que lo mejor era dejar a los niños a estudiar en Alemania, donde la educación era muy superior a la que podrían recibir en México. Dieter se encargaría de llevarlos a la escuela y el abuelo, de la manutención. Nada les faltaría y crecerían como lo que eran: verdaderos alemanes. Kristen montó en cólera. Dejar a dos niños pequeños era una locura. Quiso oponerse argumentando que la

mejor educación era estar con su madre. Perdió la batalla. Los Haas no solo eran implacables cuando cerraban filas entre ellos, sino insufriblemente machos: de la educación de los hombres decidirían y se encargarían los hombres de la familia; de la de Margarita podía y debía encargarse ella.

Enmuinada, Kristen no le dirigió la palabra a su esposo durante el viaje de regreso. Ya en Guadalajara siguió días eternos y largas noches de llanto sin hablar con su marido. Cuando necesitaban comunicarse lo hacía a través de Virginia, cuyo trabajo ya no era solo cuidar a Margarita, sino pasar recados de un lado a otro. No habían pasado dos semanas del regreso a Guadalajara cuando Virginia se presentó sorpresivamente en el comedor. Los sonidos agudos de los cubiertos de plata golpeando sobre los platos de porcelana rebotaban de piso a techo en el salón ante el silencio incómodo de la pareja.

–Me voy –dijo de repente.

–¿Qué le pasa, Virginia? ¿Algún problema? –preguntó Hermann, sorprendido por el cambio de actitud de la siempre discreta nana.

De hecho, era la primera vez que se atrevía a entrar al comedor durante la cena.

–Estoy hasta la chingada de sus pendejadas –espetó seria, sin mover un músculo, las manos cruzadas por detrás, erguida y sostenida sobre su enorme carácter.

Kristen fue la primera en reír, *sotto voce*, mientras intentaba disimular cubriéndose la boca con la servilleta. Hermann estalló en una sonora carcajada que contagió a su mujer. Virginia no se movía, no entendía de qué se reían.

–Tiene usted razón, hemos sido muy infantiles y usted no tiene por qué aguantar esto. Le ruego nos disculpe y reconsidere quedarse con nosotros –atinó a comentar Kristen todavía entre risas.

–Pues, si mañana no se hablan, yo me voy; la niña no se merece esto –concluyó orgullosa nana Virginia y dio media vuelta.

Alonso

Alonso, como te dije, era guapo. Si bien era un alteño en toda la línea, su piel apiñonada acusaba algún antepasado morisco. A los alteños les gusta presumir que su origen son los judíos sefardíes que huyeron de la España bárbara, cuando terminó la época dorada del califato de Córdova. En su propia mitología dicen que por eso se dedicaron a criar cerdos, para demostrarle al mundo, particularmente a la Inquisición, que ellos nada tenían de judíos. Esa fue la estrategia para esconder un origen que hoy portan con orgullo. A Alonso eso lo tenía sin cuidado: detestaba a los puercos y todo trabajo que implicara ensuciarse las manos. Había sido criado como un señorito y se portaba como tal. Era incapaz de ensillar un caballo, pero montaba como ninguno; jamás en su vida había salido al campo a lazar una vaca para traerla al corral, y era el mejor cuando de hacer suertes charras se trataba; nunca había trasquilado una borrega y, sin embargo, era implacable cuando había que vencerlas tomándolas por los cuernos. Más que nada, Alonso Rivero se sabía guapo y rico. Único varón en medio de tres hermanas, el señorito era un vago, capaz de divertir y divertirse con cualquiera, fuera en los corrales de la hacienda, en los bares de Arandas o en los burdeles de Guadalajara que visitaba con más frecuencia que la iglesia a la que acudía cada domingo y a veces entre semana. Todas las chicas de los dos prostíbulos de primera clase de la ciudad, ocho donde Felipa Hernández y once en el burdel de Carlota García, habían pasado ya por sus armas. Entre bromas y veras decía que él tenía mejor control de la sanidad de los burdeles que el mismo inspector del ayuntamiento que pasaba una vez al mes a cobrar la licencia: diez pesos por la casa y uno más por cada chica que ahí laboraba. Sus escapadas a los burdeles eran un alivio para las muchachas de San Ignacio Cerro Gordo de Loyola, el pueblo vecino de la hacienda La Trasquila, a quienes hostigaba y violentaba solo por diversión.

Todo esto, por supuesto, no lo sabía Julienne la noche en que Alonso le había pedido matrimonio. Confiada en la sabiduría de la señora Palomera, había dado el sí de inmediato al igual que don René, quien recibió aquella proposición con agrado y orgullo: en pocos años había logrado salir de la vida rural francesa para colocar a su hija en una de las mejores familias de México. Lo único que solicitó el padre de la novia el

día de la pedida en la casa grande de Atemajac, con Gilbert y Clotilde como sus testigos de honor, fue tiempo, pues no había aún terminado de pagar las deudas de la fiesta de quince años. Gilbert salió al quite: si *monsieur* Certeaux no tenía inconveniente, él se ofrecía como padrino de banquete. El padre de Alonso, don Joaquín Rivero Romero de Terreros, ofreció la casona para celebrar la boda donde, dijo, había vino mezcal de Tequila suficiente para emborrachar durante cuatro días a cien invitados.

Alonso festejó en grande su compromiso de boda en el burdel de Carlota García. A media luz, en un salón adornado con grandes espejos de marcos dorados y las dos prostitutas más jóvenes del burdel, Antonia y Engracia, el joven casadero dio cuenta de cuatro botellas de coñac en tres días y sus respectivas noches intercalando la bebida con revolcones y piruetas sexuales. Nadie se extrañó por la ausencia de Alonso, pues todos sabían que estaba despidiéndose, o eso creían, de sus andanzas de hombre soltero. Nadie, salvo Julienne que, desconcertada, preguntaba por su prometido y a cambio solo recibía respuestas vagas, sonrisas hipócritas y miradas evasivas.

Los arreglos de la boda los hicieron las hermanas y la madre de Alonso. Julienne solo se enteraba de algunas decisiones y don René pagaba aquello que no estaba contemplado en el acuerdo entre los padrinos y los padres del novio. Los novios se vieron poco los días previos a la boda; el joven casadero no soltó la fiesta un solo día. En algún momento ella expresó sus dudas sobre el matrimonio. Su padre la paró en seco: la unión con Alonso era lo mejor para ella y para toda la familia, así que debería estar agradecida con Dios, con la vida y con los señores Russin. Solo la nana Luisa entendía los sentimientos de su niña y le advertía sobre cómo tratar a un hombre borracho y parrandero como Alonso. Ella misma era viuda de un obrero de la fábrica de Atemajac que no solo se gastaba la poca paga en mujeres y vino de mala muerte, sino que, encima, cuando llegaba a casa la insultaba y la golpeaba.

–Yo tuve la suerte de enviudar –aclaró Luisa.

Las malas lenguas decían que en realidad había ayudado a su marido a bien morir dosificándole un veneno en el café cada mañana. Una de las recomendaciones de la nana fue asegurarse de que su cuarto pudiera

cerrarse perfectamente desde dentro y nunca dejarlo entrar mientras estuviera borracho.

–Pero si entra no te resistas, porque solo ganarás más golpes.

Alonso dejó de tomar ocho días antes de la boda. Se fue a la hacienda a descansar y pasaba el día de buen humor, dando paseos a caballo y acompañando a los capataces a supervisar el ganado. La información que le daban le entraba por un oído y le salía por el otro. Faltando dos días para la boda se instaló en la casona del centro de Guadalajara y dedicó el tiempo a ayudar a su madre en la supervisión de los últimos detalles, a estar impecable y tener listos todos los arreglos para la luna de miel, entre ellos un collar de perlas que ofrecería a Julienne después de la consumación del matrimonio.

La boda fue digna de recodarse. En la casa no quedó un rincón sin iluminar: ochocientos sesenta velas y cuarenta y cinco farolas de petróleo. Los invitados, amigos de las familias Rivero y Russin, se abrazaban, festejaban, contaban chistes locales y recordaban la última vez que se habían visto. Pasada la cena y el baile, poco a poco la fiesta se fue dividiendo entre hombres y mujeres. En el grupo de hombres Alonso era el centro de atención y el protagonista de la mayoría de las anécdotas que se contaban y repetían cada vez más exageradas a medida que aumentaba el flujo de alcohol: se había casado el incasable y eso ameritaba no solo festejar, sino hacer todo tipo de bromas machistas que exaltaban su hombría y su poca disposición al yugo matrimonial. Las mujeres chismorreaban en torno a doña Clotilde, la reina del lugar. Eran una gran familia, salvo la novia y su padre, que terminaron en un rincón observando a aquella comunidad tapatía que les era tan extraña como lejana. Julienne se fue a dormir al cuarto nupcial, dispuesto en la misma casa, y no se enteró de la llegada de su marido hasta el día siguiente, cuando despertó asustada por los ronquidos del señor que dormía a su lado.

A media mañana partieron en ferrocarril hacia la Casa la Florida en la hacienda de Atequiza, donde los señores Cuesta Gallardo dispusieron para los recién casados una habitación, la misma que usaba el presidente Porfirio Díaz en sus visitas veraniegas, y apartaron para su uso exclusivo una de las dos diligencias que todos los días hacían el recorrido entre la

hacienda y el hotel Arzapalo, en las orillas del lago de Chapala, donde disfrutarían la luna de miel.

Fue hasta el tercer día, durante el desayuno en la terraza de la suite con vistas al lago, que Alonso colocó el collar de perlas en el cuello de Julienne. No se dijeron nada; ella lo entendió como un gesto de amor; para Alonso era simplemente el pago adecuado por la virginidad de una mujer, como había pagado por tantas otras.

No tenían urgencia alguna, asunto por resolver o cosa que hacer en Guadalajara, por lo que la pareja de recién casados hizo del hotel Arzapalo su casa y de Chapala su lugar de residencia temporal. Largas caminatas por la playa, yendo y viniendo desde el faro hasta la villa Montecarlo, horas enteras en las aguas termales que salían a borbotones en ojos de agua que nacían en el cerro de San Miguel y plácidos paseos en canoa, ayudaban a matar el día y disponerse para las noches en que Alonso instruía a su joven esposa en las artes amatorias. Julienne estaba feliz, descubriendo su cuerpo, conociendo el gozo que le provocaba su marido. Alonso, por el contrario, comenzaba a aburrirse: nunca había pasado tanto tiempo con una sola mujer. La amistad con *mister* Septimus Crow, el viejo inglés propietario de la villa Montecarlo, ayudó a romper la rutina. Pasaban allá las tardes escuchando las aventuras y lamentos del viejo aquejado por la artritis y tomando *gin and tonic* mientras contemplaban las incomparables puestas de sol. Alonso regresaba al hotel haciendo eses por la playa y caía rendido de borracho en la cama. Mes y medio después el sexo era escaso, el aburrimiento mayor y la distancia de la pareja recién casada, evidente. Una mañana Julienne despertó entre arcadas y no pudo probar el desayuno. Los mismos huevos rancheros que unos días antes devoró con apetito adolescente ahora le provocaban un asco del demonio. Alonso leyó los signos con exactitud. No era la primera vez que se enfrentaba a ellos, como luego se enteraría Julienne. Ordenó al *maître* de hotel que empacaran todo su menaje y dispusieran la diligencia para salir al día siguiente rumbo a Atequiza y de ahí a la casona de Guadalajara donde la Francesita pasaría el periodo de embarazo

atendida por las mucamas de la casa y vigilada por la señora de Rivero. Él recobraría su libertad.

Con la excusa de que tenía que atender la hacienda, Alonso prácticamente no volvió a ver a su mujer durante ocho meses. Cada quince o veinte días pasaba una noche en la casa, pero ni siquiera dormía en el mismo cuarto «para no molestar a su mujer». Los chismes y murmuraciones aumentaban mes a mes y llegaban a los oídos de Julienne, que no sabía cómo reaccionar. Fue la nana Luisa quien, una vez más, le ayudó a poner los pies en la tierra: su marido era un baquetón de siete suelas, la habían casado con un impresentable y la habían elegido a ella porque ninguna familia tapatía habría aceptado que alguna de sus hijas se casara con semejante rufián.

Julienne lloró semanas enteras. Don René, temeroso de que la vida se le fuera por los ojos, como había sucedido a su mujer y a su hija menor, tomó cartas en el asunto: contra la voluntad de su suegra se llevó a su hija a Atemajac para dejarla en manos de la nana Luisa. Los rumores entre las damas de la sociedad tapatía no se hicieron esperar. Las malas lenguas hablaban ya del matrimonio más corto de la historia de la ciudad, por lo que las familias Certaux y Rivero tuvieron que llegar a una versión consensuada de los hechos, pretextando al mismo tiempo la gran cantidad de trabajo de Alonso y la delicada salud de la niña Julienne, sin importar lo falsa y poco creíble que resultara la historia.

Por advertencia de su madre, que amenazó con desheredarlo, Alonso se cuidó de no ser visto en las calles de Guadalajara. Se encerraba en los burdeles y no salía de ellos sino de madrugada, mientras la ciudad dormía. Cuando, tras una de las noches de farra, se encontró con personas conocidas, decidió cambiar de aires y mudar sus andadas a burdeles menos finos, pero más discretos, cerca del rancho. Cuando se hartó de ellos, se trasladó a la Ciudad de México, donde estuvo cerca de dos semanas de casa de tolerancia en casa de tolerancia, degustando a las prostitutas más finas del país.

La única persona feliz con la situación era la nana Luisa, que había recuperado a su niña y sobre todo volvía a ser importante en el esquema familiar. Cuidó de Julienne los últimos meses del embarazo y organizó

todos los detalles del parto: ella misma y su comadre Hermenegilda, partera de Atemajac, recibieron al niño en casa. El niño nació un 24 de junio en pleno Día de San Juan. Los rayos caían tan estruendosos y seguidos que acallaron los alaridos de la parturienta, que de otra manera se hubieran escuchado hasta Guadalajara. Fueron seis largas horas de trabajo de parto hasta que, entrada la noche, cuando la lluvia había amainado y era solo una fina cortina de agua mecida por el viento, se escuchó el berrido de un niño fuerte y de expresión furibunda. Era idéntico a Alonso, pero Julienne supo desde el primer instante que se llamaría René, como el abuelo.

La señora Palomera de Rivero estaba furiosa ante lo que consideraba el secuestro de su nieto y pidió al señor Russin intervenir ante tal arbitrariedad de la nana, pero este, inteligentemente, dijo que con gusto lo haría si se lo pedía Alonso.

Tardaron varios días en encontrar a Alonso, quien se había refugiado en un burdel de Arandas. Fue Juan Miranda, uno de los capataces de la hacienda, quien dijo haberlo visto por allá y él mismo fue a darle la noticia del nacimiento de su hijo. La felicidad del señorito Rivero fue tal que invitó a Juan a una farra de dos días en el mismo burdel. Brindaron una y otra vez con las prostitutas del lugar por su hijo recién nacido en Guadalajara de un vientre francés, quien llevaría el nombre de Alonso Rivero tercero, según gritaba a voz en cuello.

Cuando ya bañado y descansado se presentó a conocer a su hijo en Atemajac, el bebé iba para los quince días, había subido medio kilo y abierto unos grandes ojos zarcos que con toda seguridad había heredado de algún abuelo del valle del Ubaye. Como si nada hubiera sucedido en el ínter, Alonso besó a su mujer en la mejilla y fue directo al cunero. Empujó con toda la displicencia a la nana Luisa y levantó a su vástago cual si fuera un trofeo.

–Estás hermoso, Alonso tercero –dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

–René, se llama René –murmuró Julienne desde el otro lado del cuarto.

–Yo soy el padre y seré yo y solo yo quien decida cómo se llama mi hijo.

–Tú no eres sino el semental –contestó la madre.

Los ojos de Alonso se inyectaron de sangre. Dejó al bebé sobre la cuna y embistió cual toro de lidia contra Julienne. Luisa entendió que era momento de dejarlos arreglar sus problemas, tomó al niño en brazos, salió de la habitación y cerró la puerta. A lo lejos podía escuchar los gritos de la pareja mal avenida. Ella gritaba en francés; él daba puñetazos contra los muebles. Discutieron lo que tenían que discutir, se dijeron lo que se tenían que decir y al final acordaron tres cosas: se irían a vivir a La Trasquila, el niño no se llamaría Alonso ni René, sino Marcel, y los padrinos no serían los padres de él ni el de ella, sino, otra vez, los señores Russin.

El bautizo se realizó en la iglesia de San Pedro Apóstol, en la villa de Tlaquepaque. Todo sucedió como Alonso lo había acordado con su mujer, excepto por un pequeño detalle: el padrino exigió que su nombre quedara también en el acta de la criatura, por lo que quedó bautizado y registrado formalmente con el nombre de Gilbert Marcel.

Dos días después de nombrar al niño, Alonso empacó todo, incluyendo a la nana Luisa, y salieron en una caleza de la familia rumbo a la hacienda de San Ignacio Cerro Gordo de Loyola. El trayecto fue largo, tortuoso y accidentado. Marcel no dejó de llorar y vomitar durante todo el camino, lo que puso al padre de pésimo humor. Cruzaron el puente Grande del río Santiago sin problemas, pero al bordear el río Calderón la caleza se atascó, lo que los obligó a pasar la noche a la intemperie en medio de una nube de mosquitos que los devoraron y no los dejaron dormir. Llegaron a la hacienda al día siguiente, hambreados, mal dormidos y de un pésimo humor que atrajo los malos recuerdos y con ellos los rencores. El señorito hacendado dispuso que arreglaran un cuarto para la madre, otro para el niño y la nana y él se metió a dormir a la alcoba principal sin mediar explicación o palabra.

Contra lo esperado por Alonso, Julienne se adaptó rápido a la vida del campo: las borregas eran lo suyo y cuando se trató de trasquilar nadie lo resolvía con la velocidad y la precisión que lo hacía la Francesita. El paisaje no se parecía en nada a los Alpes, no había montañas ni ríos de

agua cristalina de los deshielos. La Trasquila era un conglomerado de tierras pedregosas, gris en invierno y primavera, amarillento en el otoño y verde solo en los meses del verano, cuando las lluvias torrenciales reverdecían el campo y formaban arroyos que desembocaban en bordos o lagunas de temporal.

Él, por el contrario, se aburría terriblemente con la vida rural. No soportaba los olores a leche bronca, leña verde y estiércol de los que se habían impregnado las ropas y la piel de su mujer. Las visitas conyugales fueron escasas y un año después prácticamente habían desaparecido. Alonso tenía, ni que decirlo, alternativas varias para saciar sus necesidades sexuales. Nunca dejó de acudir a los burdeles ni tuvo problema para conseguir dentro del pueblo quien calmara sus ansias. Su mujer lo sabía, porque todo el mundo lo sabía. El problema de verdad vino cuando, dos años después, la Francesita se enteró de que Juanito, el hijo de Hilaria, con quien su hijo Marcel pasaba mañana y tarde, con el que compartía los alimentos, los juegos y el baño, era hijo del mismo padre. Fue, por supuesto, Luisa quien le abrió los ojos a Julienne:

–Pero qué esperabas, niña, si este semental anda regando cualquier vientre que se preste.

La cicatriz de la ceja izquierda que aparece en las últimas fotos de Alonso fue producto de aquella discusión. La Francesita salió más brava de lo que el macho alteño esperaba. No había terminado de decirle que, efectivamente, Juan, así a secas, que por cierto había nacido la misma semana que su hermano y que era tan heredero suyo como Marcel, con todo y sus nombres y apellidos deslumbrantes, era hijo suyo, cuando un cenicero de cristal voló por los aires de lado a lado de la sala y lo tumbó. Hubo que llamar a un médico para suturar la herida, pues no dejaba de sangrar, y también tuvieron que tirar la alfombra que había quedado inservible con aquellas manchas de sangre.

Alonso nunca volvió al lecho de su mujer. Julienne tomó control de La Trasquila y los niños crecieron juntos sus primeros años, como si fueran mellizos. El tiempo hizo aflorar las diferencias.

5

Macarena

El Guamúchil y Maca demandaban toda mi atención. En realidad, eran una misma cosa el restaurante y la administradora; mi novia y mi socia. Lo ideal hubiese sido entenderlos como asuntos separados, pero era imposible. En El Guamúchil Maca se encargaba de todo y mi responsabilidad como cocinero (nunca me ha gustado la palabra *chef*, que habla más de la jerarquía que de la creación) se limitaba a tener un menú vigente y atractivo, crear platillos diferentes con ingredientes locales y del gusto de los comensales, que son más complicados que la raíz cuadrada.

Uno de los postres típicos de restaurante es la *galette* de guamúchil, una crepa rellena de requesón dulce bañada en compota de guamúchil. El sabor es muy sutil y no muy apreciado. Está en la carta porque a mí me trae recuerdos. En casa de la abuela Tatis había un guamúchil hermoso, fuerte y anudado, con su corteza ruda y ajada como la cara de un campesino viejo, y pasábamos las calurosas tardes de mayo sentados a la sombra comiendo las vainas de color rojizo.

Con Maca los problemas nunca terminan y no tienen jerarquía. Para ella es el mismo drama llegar al día catorce sin dinero para pagar la nómina y los impuestos, o que un mesero rompa un plato de la vajilla de Suro, nuestro proveedor de Tlaquepaque, que puede resurtirnos cuantos sean necesarios. Al principio me desesperaba eso que yo consideraba exageraciones de Maca, poner al mismo nivel un problema de dinero que la pérdida de un plato o un vaso. Al cabo de un tiempo entendí que era exactamente al revés, que un problema de falta de flujo, por complicado que fuera, era como un plato roto, que para ella significaba el mismo trabajo resolver una cosa que la otra y que en ambas se avocaría a solucionarlos con la misma obsesión.

El Gordo dice que soy «macadependiente», que debería ir a una clínica de desintoxicación para quitarme esa adicción o al menos con un psicoanalista para ver si con algunos años de diván entendía cuántas cosas había transferido en ella. Sostenía que yo había sintetizado en Maca mi dependencia de la abuela Teresa y de nana Rosa, que la relación era el resultado del niño chiqueado en que ellas me convirtieron. Todo era cierto y, por supuesto, yo nunca lo iba a aceptar.

Mi relación con Maca, y ella misma, era más complicada de lo que parecía. De entrada, su nombre era un derroche de complicación: María Santísima de la Esperanza Macarena. Gracias a un proceso paulatino de reducción, como si fuera una salsa de vino tinto, quedó solo en Maca. Fue su padre, que nada tenía de andaluz, pero era aficionado a los toros, quien decidió joderle la vida con ese nombre interminable que no cabía en ninguna forma fiscal, pasaporte o pase de abordar. Para los gringos su nombre era María y todo lo demás el segundo nombre. Para ella, su nombre era Macarena, y el resto un pegoste inútil. Por si fuera poco, tanto su padre como su madre habían juntado sus apellidos para no perder la parte que les sonaba más elegante, así que, en lugar de solo López, era López de Mendiola, y en lugar de solo González, era González Toro. Quien por derecho propio se hacía llamar solo Maca era en realidad María Santísima de la Esperanza Macarena López de Mendiola y González Toro. En ella, pues, todo lo que parecía sencillo era un espejismo: Maca era una mujer tan complicada como su nombre y los setenta y cuatro espacios que necesitaba para escribirlo.

Nos conocimos en un curso de enología en Ensenada. A ninguno de los dos nos interesaba hacer vino, lo que queríamos era entenderlos. Yo, para disfrutarlos; ella, para venderlos. En secreto nos reíamos de todos aquellos que creían estar descubriendo la nueva fórmula del vino de Ensenada haciendo mezclas que terminaban matando los caldos y más nos reíamos durante las catas con las descripciones de los compañeros: uno de ellos encontró en un vino generoso tipo oporto sabores a ceniza de puro; otro, aromas a cuero de silla de montar en un vino de una casa donde el caballo más cercano estaba a diez kilómetros de distancia.

Cuando Maca heredó el rancho, solo había en él una pequeña casa de adobe y teja, unos viejos olivos y la sombra del pirul centenario. Eso nos bastaba para ser felices. Pusimos una cama, una mesita de noche con una lámpara, lechereamos piso y techo, modernizamos el baño, cambiamos la cortina de caracolas de mar en la entrada de la casa por una puerta de mezquite que compramos en un bazar de segunda mano. Era nuestro lugar de encuentro seguro y sin interferencias. Ahí aprendimos a darnos placer.

Al ritmo que bajaba la calentura juvenil creció el deseo por tener un restaurante propio. Yo quería poner en práctica los estudios técnicos de gastronomía en San Francisco. Maca se ilusionó con la idea y consiguió que su padre le prestara el capital inicial, en realidad que se lo regalara, pues el señor López de Mendiola murió de un infarto viendo torear al Juli en Guadalajara, muchos años antes de que el negocio generara utilidades y la madre nunca aceptó que su hija pagara un centavo de aquella deuda.

El restaurante abrió sus puertas al público en 2011. Aquellos primeros meses nos olvidamos del sexo para concentramos en ser socios. Solo tres o cuatro veces al año, durante algún viaje, nos acordábamos de lo bien que se entendían nuestros cuerpos; el resto del año éramos solo socios. Para el mundo éramos «pareja sentimental», como dicen cursimente cuando no saben cómo llamarle a una relación. Nosotros tampoco lo teníamos muy claro: nunca nos casamos, nunca nos dijimos que queríamos ser novios, nunca aclaramos o discutimos la exclusividad o la fidelidad. Éramos una pareja en toda la ambigüedad y en toda la extensión del término: nos cuidábamos, nos chiqueábamos, nos consolábamos y nos acariciábamos cotidianamente. Nunca nos celamos ni nos exigimos saber con quién más teníamos relaciones. No pensábamos en eso. Para celos bastaba con el restaurante, el negocio más posesivo y demandante que hubiésemos podido imaginar.

La rutina de El Guamúchil nos consumía el día. Comenzaba de madrugada con la compra en el mercado Del Mar a la que invariablemente acudíamos los dos: yo en busca de calidad, ella en busca de precio; sabía bien que si me dejaba solo los pescadores me verían la cara. Todos los días cocinaba algo distinto, lo que hubiera en el mercado

y se ajustara al presupuesto. Había siempre un menú del día que consistía en una ensalada, una sopa, dos opciones de plato fuerte y dos de postre, aunque teníamos algunos platillos básicos: sopa de erizo con tocino, clam chowder, lonja de pescado de temporada en diferentes salsas, atún sellado con reducción de vino naranja, pasta con mejillones al chipotle y eneldo, las ya mencionadas crepas de guamúchil y una tarta Tatin de membrillo, mango verde o manzana, según la temporada. Todos los vegetales y hierbas de olor salían del pequeño huerto detrás de la casa, por lo que, salvo raras excepciones, como cuando una panda de conejos acabaron con las lechugas, nada se compraba. La recolección era la segunda actividad del día, pues había que hacerla antes de que el sol del valle cayera a plomo, no solo por nosotros, sino por las plantas que, según don Timoteo, el campesino que nos ayudaba con el huerto, tenían su «punto de felicidad» temprano en la mañana. Solo servíamos un turno, de una a cinco. Cerca del mediodía, Maca me cantaba el número de reservaciones y los horarios. Siempre dejábamos comida suficiente para ocho o diez personas más, porque nunca faltaba el despistado que llegaba sin reservar o una pareja de amigos hambrientos que alimentar. Cuando se iba el último comensal, ella hacía corte de caja, yo me concentraba en la limpieza de la cocina. Antes de que muriera la tarde subíamos a la parte alta del terreno donde teníamos dos sillas tejidas y una mesa de palo a tomar una copa de vino y comentar las incidencias del día.

Un trabajo tan rutinario como el de la cocina obliga a desarrollar la capacidad de sorpresa. El gozo está en esos pequeños detalles que hacen diferente un día de otro: un producto distinto en el mercado; un pequeño cambio en la receta que expresa su olor en la olla; un comensal insoportable u otro que descubrió la presencia de tal o cual hierba en el platillo; una mueca de Maca; un tono distinto de rosa o naranja en el ocaso.

Los otros abuelos

Quedamos de vernos. Mi madre prometió que vendría a Ensenada; yo le dije que no se molestara, que yo iría a verla. No es que no quisiera que viniera, me gustaría enseñarle el restaurante, presentarle a Maca, pasearla por el Valle, disfrutar con ella un vino: simplemente sabía que no lo haría. Lo había prometido tantas veces. Nunca lo cumplió. No quería otra decepción. Ya no me importaba, o no como antes, simplemente no la quería.

Cuando somos niños creemos que la decepción es siempre culpa del otro, del que no llegó, del que no cumplió, de quien nos partió el corazón. Cuando crecemos nos damos cuenta de que el error fue confiar en ellos, pensar que alguien lo haría por nosotros. Con los años nos volvemos huraños y desconfiados para protegernos de la traición ajena. Yo eso lo aprendí de mi madre. Nunca me lo dijo, no tuvo que expresarlo, simplemente veía su actitud: no confiaba ni en su sombra. Así que, cuando ella decía voy a verte, yo sabía que eso no significaba nada seguro. La única vez en la infancia que fue a verme llegó de improviso argumentando que pasaba por ahí, como si Tijuana fuera un lugar que quedara en la ruta. Fue justo después de la muerte del abuelo y antes de que la abuela regresara a Guadalajara. La tensión fue horrible y se regresó al día siguiente. El resto de las veces nos vimos cuando yo iba a Guadalajara a pasar unos días con ella, como había sido el acuerdo con el abuelo Enrique cuando nos fuimos a vivir a Tijuana. Esos días no nos quedábamos en el departamento de mamá, que era feo y húmedo, sino en casa de Tatis e Ixca, los abuelos a los que no les gustaba que les dijera abuelos y a los que la abuela Teresa se refería siempre como «los otros». Los primeros años dormíamos juntos en un cuarto, el mismo que había sido de mamá. Cuando crecí me arreglaban un sofá-cama en el estudio.

En esos días, cuando mamá se iba a su trabajo en el Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales de la Universidad de Guadalajara, yo me quedaba solo con ellos. Alguna vez mamá me llevó a su oficina, un cuarto en una casona vieja en la calle Venezuela. Me aburrí muchísimo, pues se la pasó hablando con otras personas de temas que yo

no entendía. Cuando le pregunté en qué consistía su trabajo, me dijo que hurgaba en la vida de otros. Siempre vivía con la angustia de que en la universidad le exigían publicaciones y participación en seminarios, cosa que ella no hacía ni quería hacer. Su carrera académica nunca despegó, pero eso no parecía angustiarle. Le bastaba con que no la corrieran, ir a la oficina –nunca faltaba al trabajo– y tener un rincón para escribir.

Los otros abuelos eran encantadores.

Tatis tenía una increíble disposición al juego. Cuando íbamos al supermercado practicábamos el basquetbol con los rollos de papel usando el carrito como canasta, una canasta colaboradora, pues el que manejaba el carro tenía que ayudar a que el tiro cayera dentro. Llenábamos el carrito de rollos y luego lo vaciábamos dejando solo un paquete de seis. Otro juego consistía en que yo me subía en la punta del carrito y ella lo empujaba corriendo por todo el pasillo y, al llegar a las verduras o la carne, donde había un poco más de espacio, lo giraba a toda velocidad. No pocas ocasiones hubo accidentes. Algunas veces era yo el que salía con un golpe en la rodilla o en el codo. En otras era una botella de aceite desparramada que había que pagar o una caja de galletas agujerada que nos obligaban a comprar.

–Ni modo, comeremos galletas –decía cómplice con ese gesto travieso tan amoroso, tan suyo.

Al abuelo Ixca le gustaba hacer cosas. Cada ocasión que pasaba unos días en su casa, nunca más de una semana, íbamos caminando al centro a un lugar llamado La Casa del Modelista, donde comprábamos un auto clásico o un avión de la Segunda Guerra Mundial para armar. Todavía recuerdo el Shelby Cobra que Ixca armó y pintó con una paciencia y precisión absolutas; yo pegué las calcomanías que daban cuenta de que había corrido en Le Mans.

La abuela Teresa desconfiaba de «los otros». Cuando regresaba a Tijuana después de pasar un tiempo con ellos, lo primero que quería era platicarle lo bien que lo había pasado. Ella cortaba de tajo la conversación y cambiaba de tema, como si esos días hubiesen sido errores en el calendario. El abuelo Enrique los estimaba bien. Cada vez que yo iba a Guadalajara enviaba saludos para los dos y de regreso venía yo cargado de buenos deseos para él, nunca para Teresa.

–El doctor Fares me salvó la vida –decía el abuelo Enrique.

–Y ellos te la destruyeron.

–Que no fueron ellos. ¿Por qué insistes en culpar a otros? Si hay algún culpable somos tú y yo, Teresa. Nadie más –contestaba el abuelo, enfadado.

Lo que seguía de esa conversación –que se repetía con pequeñas variantes cada vez que yo regresaba de Guadalajara– era sumergirse en un abismo silencioso donde cada uno se refugiaba en su rencor. El silencio podía durar días. Más de quince duró aquel año en que murió el abuelo Enrique. Cada vez que el silencio llenaba la casa, el abuelo me llevaba a jugar para evitar, a su manera, que me sintiera mal.

–Nada de esto tiene que ver contigo, son cosas de gente grande –repetía para consolarme.

Al paso de los años la explicación «son cosas de gente grande» me parecía cada vez más absurda y menos convincente: sería que también yo me estaba haciendo gente grande.

Hacerse grande es complicado. Cuando somos menores, tenemos prisa por crecer; para los mayores uno siempre será menor. Aunque nos vayamos haciendo viejos, a los ojos de los padres y los abuelos uno puede ser «un sorgatón», por ponerlo en palabras de la abuela Tatis, pero no un adulto. Un crío es un crío. Cuando la abuela Teresa estaba en sus últimos días, cada noche yo pasaba a verla a su cama antes de dormir. Era casi una ceremonia ritual: me sentaba a su lado, le acariciaba la mano, arreglaba sus sábanas, preparaba sus medicinas –una para el corazón, otra para el estómago, dos para el dolor– ponía en un vaso con poca agua las gotas para dormir y me aseguraba de que se las tomara todas. Le daba un beso en la frente, ponía mi mano en su mejilla y le deseaba las buenas noches. Ella garabateaba una bendición con su mano temblorosa y con una voz apenas audible repetía:

–Si se te ofrece algo, no dudes en despertarme.

–Claro, abuela, si se me ofrece algo te aviso.

Al principio pensaba que esa conversación era solo un acto reflejo, parte de los síntomas de su senilidad, de alguien que no sabe lo que dice, pues era yo quien estaba ahí para cuidarla y ella llevaba meses sin levantarse de la cama. Con el tiempo entendí que era todo lo contrario:

yo era su responsabilidad, así lo había asumido y lo sería hasta el último suspiro. En nuestra relación, ella era el adulto y yo el niño. Jamás sería lo suficientemente mayor a los ojos de ella y su obligación autoasumida era cuidarme, protegerme de los fantasmas familiares.

La niñez es una etapa extraña; se vive para ser cuidado. Los mayores asumen que su responsabilidad es que los niños estén alejados de todo peligro. No se trata, como en otros animales, de acompañar a la cría para que conozca y reconozca el peligro; en los humanos cuidar es trasferir los miedos a otra persona. Si nuestro cuidador le teme a la oscuridad, veremos peligro en cualquier cuarto sin luz, así sea el territorio más conocido y controlado, como nuestra propia habitación. Yo crecí con los miedos de Rosa, que le tenía pavor al diablo, a los fantasmas y a todo ente que ella considera sobrenatural: las criaturas de la noche. Yo no creo en fantasmas, lo cual no quiere decir que no les tema. Crecí también con los miedos de los abuelos: Enrique le temía al fracaso; Teresa, al escarnio público: tenía pavor de ser señalada, de ser vista.

–Observa cómo nos mira aquella arpía. No vayas al voltear, no le des el gusto.

Era la escena típica cada vez que comíamos fuera de casa. Los miedos de mi madre eran mucho más profundos: temía ser traicionada, ser juzgada y, más que nada, tenía miedo de sí misma.

–Eso son al menos treinta años de diván –me dijo el Gordo el día que le hablé de mis miedos y de la relación que yo veía entre ellos y mi familia–. Déjame decirte una cosa: los fantasmas sí existen, acabo de ver pasar uno atrás de ti; el resto son las telarañas en tu cerebro.

Aquel día estábamos en la playa fumando mota. Yo nunca me aficioné a quemarle las patitas al diablo, pues mientras a mis amigos les daba por reír y enfiestarse, a mí me ponía para abajo, melancólico y reflexivo. Aburrido, pues.

–Al Neto no le den porque le agarra la lloradera –decían mis cuates.

Así que solo fumaba cuando estaba a solas con el Gordo, que es mi sustituto de psicoanalista. Envidiaba la facilidad con la que él podía hablar de sus cosas, de lo que creía, de lo que sentía. Un día decía odiar a

su madre y al día siguiente la amaba con locura. Ambas afirmaciones parecían ciertas y, aunque siempre exageraba, nunca mentía. Las cosas eran ciertas por un día, sus sentimientos cambiaban porque la vida cambiaba, punto, no se metía en más complicaciones. Yo era todo lo contrario.

–Los frutos del desierto como tú necesitan cáscara gruesa y espinas para defenderse –me decía la abuela Tatis.

Me gustaba esa imagen. Eso era yo: un nopal creciendo solitario en el desierto de Tijuana.

Maca se quejaba continuamente de mis inseguridades. Cada vez que lanzaba un nuevo platillo en el restaurante o viajábamos a un lugar desconocido me ponía fatal. Sudaba, tartamudeaba, respiraba con dificultad.

–No es el fin del mundo –repetía.

Y claro que no lo era, no para ella, no para el resto de los seres vivos que no se inmutaban; lo era para mí. Lo que Maca no sabe es que mi miedo mayor es que no regrese. Cada vez que se va pienso que no volverá. Lo mismo pasaba con mamá. Por eso me gustaba ir a casa de los otros abuelos. Si mamá se iba, Tatis siempre estaba ahí. Me gustaba sentir el peso de la mano grande y áspera de Ixca en mi espalda; me gustaba que no tuviésemos que hablar, solo concentrarnos los dos en que la pieza del modelo en turno encajara a la perfección; en que las alas plateadas del avión de madera brillaran; que el mástil del modelo de la goleta América, de 1851, estuviera perfectamente derecho, a plomo, como decía él. Me gustaba dormir en su casa porque ahí no veía al fantasma de Tijuana, esa sombra que todas las noches, cuando me levantaba al baño, subía por la escalera y desaparecía al llegar al descanso.

–Aquí también hay fantasmas –decía Tatis–, pero les dejamos las ventanas abiertas para que entren y salgan cuando quieran.

A veces pienso que ese olor intenso de la casa de la abuela Teresa no era otra cosa que el humor de los fantasmas encerrados.

Papeles

Decidí poner un poco de orden comenzando con los papeles del abuelo. Sabía de sobra que era un propósito inútil: nunca he logrado poner algo en orden. Detesto el orden. No es cierto, ni siquiera lo detesto, simplemente no es lo mío. Siempre que comienzo a ordenar algo –un cajón, la alacena de las ollas de la cocina, la caja de herramientas– empiezo con mucho entusiasmo tratando de organizar y clasificar y termino retacando todo como estaba porque llega el momento en que no sé qué hacer con lo que sobra. Siempre hay cosas que sobran y que no se pueden tirar, cosas que no van en ningún lado, que no tienen clasificación. Desde la primaria ese fue mi coco. Cuando la maestra nos pedía «hagan conjuntos», para mí no eran tres o cuatro, sino diez o doce.

–El chuchillo va junto con el tenedor y la cuchara, es el conjunto de los cubiertos –repetía con falsa serenidad la maestra–. El cuchillo va con el vaso, este es el conjunto de las cosas peligrosas de la cocina, los que pueden cortar; la cuchara va con la olla, se necesitan mutuamente.

No me reprobó solo porque no quería tenerme de nuevo como alumno. La verdad es que le faltaban argumentos para contradecirme. Maca dice que por desordenado pierdo mucho tiempo buscando; yo le digo que ella pierde mucho tiempo ordenando y que al fin de cuentas ambos perdemos tiempo, ya sea al principio o al final del proceso, con la diferencia de que yo solo pierdo tiempo si busco, ella lo pierde todos los días independientemente de que vaya o no a necesitar las cosas que ordena. Le he propuesto incluso hacer un registro durante un mes de cuánto tiempo pierde cada uno, ella ordenando y yo buscando. No responde, solo se pone furiosa. Para los neuróticos ordenar es parte de la vida, son creyentes y se vuelven misioneros del santo orden. Al igual que la maestra, a Maca le encantaría reprobarme o mandarme al infierno de los desordenados, así que mejor huye de la confrontación. Sabe bien que si algo tenemos los desordenados son argumentos para la procrastinación y que la de los neuróticos es una batalla perdida.

Todo esto para decir que ordenar era el pretexto para meter las narices en los papeles del abuelo. No estaba buscando nada, al menos nada específico, y no tenía interés alguno en cambiar la lógica con la que el cargador de la mudanza había estibado los cuadernos de recortes y las cajas que no me atrevía a tirar ni a regalar.

Abrí una caja pequeña rotulada con marcador negro y esa letra picuda y apretada de la abuela en la que sobresalían las eles, las tes, las des, como un *skyline* de Manhattan que, luego me enteraría, era la misma que hacían todas las que habían estudiado en los colegios de monjas. «Cosas de Enrique», descifré en los códigos de la caligrafía del colegio del Sagrado Corazón. Solo abrirla brotó el humor del abuelo. Por un momento pensé que efectivamente estaba ahí, encerrado entre sus objetos. No era él y sí era él, pues ahí estaba perfectamente ordenado todo aquello que guardaba en su buró de tres cajones que yo hurgaba primero con curiosidad infantil y luego con admiración juvenil. Las plumas fuentes, cada una en su caja: la Pelikan verde y negro que siempre cargaba consigo; la Mont Blanc que le regaló la abuela la Navidad que llegamos a Tijuana y nunca salió del estuche; la Sheaffer plateada manchada de pátina que tenía años sin servir y que, sin embargo, guardaba celosamente porque fue su primera pluma fuente, la que le regaló su padre cuando se graduó. Ahí estaba la cartera con sus iniciales; la navaja suiza color rojo de donde salían unas tijeritas con las que siempre se cortaba las uñas; un reloj barato que nunca usó, pero algún recuerdo le traería; un rastrillo de plata que abría el compartimiento para meter las navajas con un gracioso mecanismo que me fascinaba de chiquillo; unos lentes oscuros que solo usaba para manejar. Todo estaba ahí, como si el buró hubiese brincado a su caja mortuoria lista para ser velada y enterrada al lado del abuelo. Reacomodé todo en el orden en que lo había encontrado (no me atreví a subvertir el sistema de conjuntos), la cerré y metí la nariz por el hueco que dejaban las cuatro tapas entrelazadas para absorber al abuelo por la nariz. Ya no estaba ahí, su humor se había escapado. «¡Liberé al genio!», pensé. «Ahora andará por ahí jalándome las patas de noche y moviendo las cosas para hacerme enfadar». Reí.

Seguí acomodando, que nada tiene que ver con ordenar. Acomodar es simplemente volverse a sentir cómodo con el orden existente. ¿Es uno el que se acomoda a las circunstancias o quien acomoda los objetos de

manera que su presencia deje de ser molesta para el desarrollo de la vida cotidiana? Lo que me incomodaba de los objetos del abuelo no era su presencia, no era el montón de cajas amontonadas en un rincón de la sala, sino no saber qué había en ellas. Ya los acomodaría, es decir, encontraría su lugar en un rincón donde las visitas, y particularmente Maca, no los vieran, pero antes tenía que saber qué había dentro. Abrí la caja de los cuadernos de recortes, aquellos que tanto habían llamado mi atención en Guadalajara. Estos estaban destinados a estar en eso que Maca llamaba biblioteca, que no lo era, pues, salvo la colección de libros de cocina de todo el mundo, que podía alcanzar doscientos ejemplares, lo demás eran algunos volúmenes de temáticas tan variadas como irrelevantes. Yo prefería llamarlo estudio, función que, por supuesto, tampoco tenía aquella habitación destinada al bello arte de ver televisión, guardar libros y contener objetos que no tenían cabida en otro lugar.

Rosa se había encargado solo de amarrarlos. Tomé uno al azar. Comenzaba en mayo del 68, con fotos y artículos de la revuelta estudiantil en París, una entrevista con Jean-Paul Sartre y un artículo de Raymond Aaron subrayado por mi propio abuelo. Luego una foto de página entera de Anouk Aimée, la actriz de *Un hombre y una mujer* que había sido nominada al Óscar un año antes, en bikini jugando con la arena de la playa. No tenía un cuerpo espectacular, sino una mirada y una sonrisa cautivadora. Cada diez o quince páginas, en medio de sesudos artículos y fotografías de actualidad, había recortes de autos –me fascinó un MG negro descapotable–, de cámaras fotográficas y de otras mujeres: imágenes de actrices, de chicas comunes caminando en la calle, rostros de jóvenes coronadas por flores de margarita, de cantantes de rock. El ultimo recorte de ese volumen correspondía a la tragedia de varios adolescentes muertos en un accidente. Llamó mi atención la foto de la hilera de féretros en la misa y comencé a leer. Así me enteré de que mi padre había estado ahí, en aquel accidente fatal, una historia de la que había escuchado retazos, pero nunca había comprendido exactamente cómo

había sucedido. Al margen el abuelo había escrito: «Nacho pudo haber sido uno de ellos. Gracias a Dios sigue con nosotros».

Había otra caja, un poco más grande, llena de papeles del abuelo Enrique. Esa no la empacamos ni Rosa ni yo. Se vino tal como estaba, rotulada con la letra picuda de la abuela con un marcador negro: «Papeles de Enrique». En una esquina, con letra muy pequeña, con la letra del abuelo, decía: «Documentos personales». La caja la había empacado el abuelo cuando salimos desterrados rumbo a Tijuana después de los sucesos. La abuela la había regresado intacta a Guadalajara tras la muerte de su esposo y ahora la había llevado yo de vuelta al desierto. Tenía las capas de polvo intactas, como prueba geológica de su existencia. La abuela nunca la abrió. Por un momento pensé que era un acto de desamor, que no le importaba lo que había dentro, luego entendí que era una forma de respeto a la intimidad de su marido. Quizá había una explicación más simple: ella sabía lo que había dentro y no le interesaba. Vaya que era una relación extraña la de los abuelos, un amor distante, alimentado de dolores y reproches, así que nada había de raro en que la abuela hubiese clasificado los documentos personales de su marido simplemente como los «Papeles de Enrique».

Decidí abrirla. Me convencí de que aquello no era una violación a la privacidad, sino una indagación histórica: necesitaba saber. Mi derecho a saber incluía escarbar en la intimidad de los antepasados. Mi madre había logrado sembrar en mí la semilla de la curiosidad.

Apenas removí las tapas de cartón, me atacó un acceso de estornudos. Siempre he sido alérgico a muchas cosas: el camarón –y todos sus parientes crustáceos cascarudos que se ponen rojos nomás de tocar el agua caliente–, que me voltea el estómago; el durazno, cuya pelusa en la cáscara me cierra la garganta al grado de no poder respirar; el salmón, que me saca ronchas, y confieso que eso fue antes de ver cómo lo cultivaban en las granjas chilenas; el polvo, que me mata. Estornudé diez o doce veces. Me alejé de la caja y fui en busca de un vaso de agua y el inhalador

con cortisona que tenía siempre a la mano para estos casos. Tras los estornudos me comenzó una leve jaqueca. Nada extraño; me dan jaquecas todo el tiempo. Maca dice que es por estrés; Rosa decía que era porque seguro me les había caído de recién nacido.

–Ni una cosa ni la otra –sentenciaba la abuela Teresa–, es la herencia familiar y esa no se quita con nada.

Ella también padecía de jaquecas.

Decidí irme a acostar, no podía estar cerca de la caja, la caja que nadie había tocado en años y ni siquiera Rosa había sacudido. «El día que venga Poncha a limpiar el departamento le voy a pedir que le dé una buena aspirada», pensé. Me tomé dos Tylenol, me puse una placa de gel congelado en la frente y apagué la luz. No dormí. El dolor me impide conciliar el sueño, pero al menos recuperé la respiración. Divagué: «¿Y si también soy alérgico a mí pasado?». Al día siguiente le escribiría a mi madre.

Cartas: memoria y dolor

Para: <luciabelen@yahoo.com.mx>
Asunto: Historias

Madre:

Leí el segundo bloque de historias (no sé si llamarlas así o si son biografías, cuentos, relatos, tú dime). Lo que sean, quiero decirte, otra vez, que me encanta la forma en que están escritas, pareciera que conociste a todas esas personas, los que son tus parientes y los que no lo son. ¿Cómo puedes saber tanto de los bisabuelos de mi padre? Por momentos, te confieso, creo que lo estás inventando todo, salvo por la precisión con que describes el dolor de cada uno de ellos, soterrado en las narraciones como parte esencial de su historia. ¿Cuánto habrá sido el dolor de Delfina al descubrir, antes de llegar a México, que Jalil tenía otro amor, un verdadero amor, en La Habana? ¿Cómo se sobrevive a esa desilusión siendo tan niña? ¿Cómo se sobrepuso Kristen a la decisión

unilateral de Hermann y su familia de arrancarle los hijos? ¿De qué tamaño eran los dolores de María tras aquel horrendo parto? ¿Cómo se sobrepuso Juan a la muerte de su amada?

Leyéndote, leyendo esas historias llenas de destellos de alegría y momentos de horror, me surgió una duda. Hay cosas que se trasmiten de generación en generación: el conocimiento, las costumbres, las recetas, las historias, el amor por terruños que no conocemos –el Líbano, el valle del Ubaye, Hamburgo, Cuisillos, Tepic, la vieja casona de Atemajac–, pero ¿cómo se trasmite el dolor? Las personas se van y, sin embargo, su dolor se queda. Tengo la sensación de que el parto de María, la desilusión de Delfina, la tristeza profunda de Kristen, el dolor de Julienne tras perder a su madre y su hermana siguen merodeando por ahí. En todos esos dolores me reconozco un poco y al mismo tiempo me son absolutamente ajenos, pues les sucedieron a personas que no conocí, más aún, a personas que ni siquiera sabía que existían.

En fin. Creo que estoy divagando un poco, o un mucho. La muerte de la abuela sigue presente y quizá sea ese dolor el que me hace confundir, leer cosas que nada tienen que ver con lo que tu escribiste. No dejes de mandarme más historias de familia, me hacen sentir que deveras tuve una. No es reclamo, no me refiero a papá, mamá, hermanos –no me lo tomes a mal–, sino a la familia en el sentido de una ascendencia de carne y hueso.

Espero verte pronto y gracias una vez más por estas historias. Saboreo con ansia el siguiente paquete.

Te quiero,
Ernesto

Para: <netoguamuchil@gmail.com>
Asunto: Re: Historias

Neto querido:

Me encanta que estés disfrutando las historias que te mando. Son solo eso, historias: formas de narrar la vida de los otros, esos otros que nos son significativos porque su historia termina siendo la nuestra. Más me gusta

que uses el verbo saborear; viniendo de ti, un paladar refinado, es un halago.

Lo que sé de los abuelos y los bisabuelos lo sé porque alguien lo platicó, sobre todo Nacho, tu papá: nos encantaba pasar horas platicando esas historias. La manera de vivir que escogimos no tenía muchas otras formas de pasar el tiempo. Hablar, hablar y hablar. Hablar para pensar, y hablar para no pensar. Estas historias tenían más que ver con lo segundo, con entretenernos, aunque a veces, cuando queríamos entender lo que estábamos haciendo, metidos durante días en un cuartucho húmedo, tirados en el suelo, abrazados para sentirnos humanos, las historias nos ayudaban a entender, a entendernos a nosotros mismos.

Preguntas por el dolor. No sé cómo responderte. Nunca lo he estudiado, solo lo he sentido, y mucho, por lo que me atrevo a decir que lo conozco, aunque no sé si eso significa que lo entienda. Mientras escribía las historias, esos duros pasajes de vidas ajenas, sabía que el dolor estaba ahí, atrapado en la memoria.

A diferencia de otros sentimientos, el dolor vive y viaja encapsulado. Es una especie de quiste, incrustado en los recuerdos. Eso nos permite sobrevivir sabiendo que está ahí. El problema es que, de un momento a otro, como todos los malditos quistes, puede tocar una fibra sensible y reaparecer, hacer sentir todo el dolor que está ahí atrapado. El dolor nunca se va, vive con nosotros, agazapado.

Todo dolor se materializa en algún objeto, un referente de la memoria que nos hace recordar que el quiste sigue, que lo que causa el dolor sí existió. Nos aferramos a esos pequeños objetos porque son la prueba de que no estamos locos, de que ese sentimiento de ahogo que aparece cuando el quiste aprieta, cuando toca el nervio sensible y sentimos morir hoy tanto como el primer día, es real y no un invento. Son curiosos los objetos que nos atan al dolor. Muchos de ellos son imágenes –fotos, pinturas, dibujos–, pero no solo eso, son también objetos cargados de historia, como una medallita, un mechón de pelo, un pedazo de tela, un caballito de plomo, una carta, un libro, un reloj inservible, papeles. Esos objetos también viajan encapsulados. Suelen guardarse en una cajita de

metal, en un estuche de joyería, en una caja de cartón, una cesta decorada, y arrumbarse en el rincón más profundo del armario, detrás de los libros más pesados, o en el cajón de los calzones. Nunca los abrimos, salvo que por alguna razón ajena a nuestra voluntad el quiste material de la memoria se presente de repente ese día maldito en que alguien, limpiando el armario, el cajón o la biblioteca, saca de su escondite la cápsula del dolor.

Los objetos pasan de generación en generación y es el tiempo el que los limpia y les confiere nuevos sentidos. Hoy las cartas de Kristen a sus hijos y viceversa, amarradas todas con un moño negro según me platicó tu papá (deben de estar entre las cosas de tu abuelo), son solo letras de tinta seca que algún día representaron dolor. Entre las cosas de la hacienda de Cuisillos que heredó mi abuela –debe de estar por ahí, en casa de algún pariente– había una mesa de mezquite. Era la mesa de la cocina y tenía un cajón enorme. En el fondo de ese cajón, invisible para la mayoría, durante muchos años estuvo una cajita de madera tallada donde se escondieron un mechón de pelo de María y la medalla que llevaba el día de su muerte. Fue la Chata, por supuesto, quien ideó el escondite. Don Juan siempre supo que ahí estaba la capsula de la memoria de María y amaba irracionalmente esa mesa de palo. Los nietos sabíamos que tenía un gran valor en la familia, aunque nadie sabía bien a bien por qué. Julienne, según me platicó Nacho, guardó una cajita con estambres de lana de los suéteres de su madre y su hermana antes de que las tiraran al mar. Debió de tenerlos tu abuela por ahí.

No reprocho tus palabras. Yo también hubiera deseado tener una vida, un hogar contigo y con Nacho, lo cual no quiere decir que no seamos familia, ¿o sí?

Tengo ganas de abrazarte.

Te quiere siempre,
Mamá

P. D.: Mañana salen más historias.

Sopa de cebolla

Ildefonsa es desidiosa. Hace diez días le dije que aspirara la caja del abuelo y no lo ha hecho. Tampoco le insistí. Yo sé que a Poncha no se le olvidan las cosas, simplemente lo deja para después. En eso somos iguales. Hace los mismos diez días que Maca me dijo que un crítico de cocina muy importante vendrá a El Guamúchil. La cita es pasado mañana. Me comprometí a preparar un menú especial y no he hecho nada. No sé si quiero que Poncha aspire la caja del abuelo. Después de la carta de mamá no he dejado de pensar que lo que hay ahí dentro es solo dolor encapsulado. A lo mejor no. Quizá son solo papeles, documentos viejos, como el pasaporte que alcancé a ver entre las tapas. Para saberlo hay que abrirla. No me importa que Poncha se tarde en aspirarla. A la que sí le importa la desidia es a Maca. Todos los días me pregunta cómo va el menú. Bien, le digo, y sé que ella no me cree. Mañana volverá a preguntar y le voy a decir lo mismo. No sé por qué, pero confía en mí o hace como que confía. Sabe bien que entre más me presione menos funcional soy. No es que no haya trabajado en el menú, simplemente no he decidido. He pensado que lo mejor es servir una lonja de totoaba lo más sencilla posible, sin adornos ni salsas, únicamente con mantequilla, sal, pimienta y un poco de rayadura de limón. Maca me dirá que eso lo puede hacer cualquiera en su casa, que nadie quiere ir a un restaurante a comer algo que puede hacer en su casa. No comparto del todo esa opinión. La buena cocina parte de tener buenos ingredientes y los platillos muy elaborados suelen matar el sabor principal. El pescado debe saber a pescado, la langosta a langosta, el erizo a erizo. La misión del cocinero es resaltar esos sabores a través de contraste y acompañamientos.

«La cocina es como la vida», sentenció uno de mis maestros en San Francisco, «se simplifica con la edad». Otra verdad de Perogrullo. Todo es como la vida porque todo eso es la vida. Es cierto que con el tiempo los humanos solemos simplificar, que el escritor joven tiende a ser más barroco en sus construcciones; que el pintor en sus primeras etapas exagera las líneas; y que los cocineros de jóvenes dedicamos más tiempo a preparar las salsas que a oler el ingrediente principal, a sentirlo y dejar que sea él quien nos diga qué quiere, qué necesita. Me temo que mi maestro confundía edad con sabiduría. Es cierto que algunos grandes artistas y

cocineros mejoran con el tiempo, otros no. No tiene que ver con la edad, sino con la capacidad de expresar.

¿Expresar qué? ¿Qué quiero expresar con la cocina? ¿Que soy retraído, inseguro, tímido? ¿Que tengo el síndrome del niño abandonado? ¿Que soy un sobreviviente? Si fuera así, mis platillos serían horribles. A lo mejor lo son, sin embargo, algo tendrán que los clientes se los comen con singular alegría.

Lo importante es la creación. Nadie piensa en las lágrimas que hay detrás de una sopa de cebolla, no en el proceso de rebanarla, sino en la receta misma. Es un platillo que nació de la más profunda pobreza, de ese día horrible en que un padre y una madre se dan cuenta de que no hay más carne para comer, solo quedan los huesos tatemados. Que no hay más verdura ni legumbres, solo unas cebollas amarillentas y un mendrugo, un pedazo de pan duro. La soupe à l'oignon, ese caldo que nació del dolor, que acompañó tantas tristezas en largas noches de inverno, hoy es festiva y se sirve con lujo en platos de porcelana con sofisticados copetes de hojaldre. Nos encanta convertir el dolor ajeno en goce estético. Ahí está el «Poema de los dones» de Borges. Lo leemos como un reconocimiento al creador y no como lo que es, el lamento profundo de un hombre que ha caído en la noche eterna: «Lento en mi sombra, la penumbra hueca / exploro con el báculo indeciso…». Cantamos a grito pelón en medio de la fiesta las letras de Peter Gabriel: «Touch me, touch me, now, now, now», sin reparar que es el llanto solitario de una niña que habla con su muñeca y pide a gritos ser amada. Vemos en los trazos laberínticos de Martín Ramírez una creación plástica admirable y no los caminos de un alma atormentada atrapada en su sufrimiento.

¿Qué voy a encontrar en la caja del abuelo? ¿Está ahí encerrado, encapsulado, todo su dolor? ¿Qué quiero? ¿Entender su dolor a través de esos papeles o es solo el placer morboso y egotista de recorrer una vida ajena para justificar la propia, regodearme en su sufrimiento para culpar a otros y justificar mi discapacidad social y mi ostracismo? ¿Qué busco, el

origen de la sopa familiar, la receta del abuelo para hacer del dolor una forma de vida o solo un poco de calor para soportar mi invierno emocional?

Mientras veía absorto la empolvada caja del abuelo desde mi sillón, tomé la decisión: serviría sopa de cebolla y decidiría el plato principal el último día. Dejaré la decisión de qué servir en manos del pescador; la receta, al olfato.

Maca se va a enojar muchísimo.

El sonido de la campanilla en el teléfono me sacó del dilema. Era un mail con los nuevos capítulos prometidos por mi madre. Ya habría otro momento para afinar el menú.

Del diario de Maca

Martes 11 de abril de 2023

Estoy cansada. Cansada de todo, del restaurante, de Ernesto, de sus inseguridades, de sus evasiones. Cada día es más complicada la comunicación con él. Tengo la sensación de que ya no me escucha, de que no le importa lo que le digo. Antes al menos ponía cara de que le interesaba lo que yo decía, aunque nunca hiciera caso u olvidara a los tres minutos lo que acababa de decirle. Nunca le ha importado lo que le digo, pero antes al menos hacía como que sí. Si nunca le ha importado, ¿por qué me importa que le importe?, ¿qué diferencia hace que ponga cara de que le importa o que ponga cara de que no le importa? El problema es que a mí sí me importa. Mi madre siempre me lo dijo: «Estás creando un monstruo, Ernesto depende demasiado de ti y tu autoestima depende de que dependa de ti». «I need to be needed, I want to be wanted, I love to be loved». ¿Hay algún sentimiento que no pueda expresarse cantado por Peter Gabriel? Buena pregunta. Por eso soy su fan. Ya sé, es martes 13, nada bueno podía pasar hoy.

Cata del día: Syrah reserva 2017 de bodegas Magoni. Muy aromático, con mucha fruta negra madura, caramelo, especias dulces, pimientas y ligeras notas herbales. De muy buen cuerpo. Tiene una linda textura y la acidez necesaria para lograr el equilibrio. Muy bien elaborado. De lo

mejor que he probado de Camilo. Candidato a la carta. Nos hace falta un buen syrah. Muy buena decisión de ponerle un poco de petite syrah, mourvèdre y grenache para potenciarlo. Noventa y tres puntos, Maca.

Miércoles 12 de abril de 2023

Debería estar feliz de que Neto recupere a su mamá, de que en su vida exista algo más que el restaurante y yo, siempre en ese orden, pero no lo estoy. ¿Estoy acaso celosa de que Ernesto recupere la relación con su mamá? ¿Debería estarlo? Debería escribir cinco planas. Yo no soy su mamá. Yo no soy su mamá. Yo no soy su mamá. Yo no soy su mamá. Yo no soy su mamá. Tengo celos de su mamá.

Cata de hoy: Brut Nature Rosé 2019 de Fernando Parra (Pouya). Grandes aromas de flores, pan tostado y minerales sobre ligeras notas de fruta de huerto. En boca es muy destacable por su pureza, frescura y precisión. Un vino al que puedes regresar una y otra vez y no te cansa. Se puede tomar solo como aperitivo o con alimentos. Hasta ahora el mejor espumoso que he probado en el valle. Logró sacarle a Neto la única sonrisa del día. Cien por ciento grenache. Noventa y cuatro puntos, Maca.

Jueves 13 de abril de 2023

No puedo más con este señor. Entiendo que necesita tiempo para procesar la muerte de su abuela y la nueva relación con su mamá, pero yo no estoy pintada. Estoy harta. Harta de Neto y de estos sangrados que me llegan sin ritmo, sin fecha y sin avisar. Maldita menopausia, ¿quién la inventó? Tengo que dedicarle más tiempo a mi cuerpo, preocuparme más por mí y no por alguien que no quiere que me preocupe por él.

Cata del día: cerveza Piedra Lisa, cervecería Colima. Variedad IPA. Muy bonito color amarillo, con espuma compacta. Aromas cítricos típicos de la pale ale y sabor a caramelo. En boca, muy fresca, cítrica y con algunas notas dulces, aunque domina el amargor de los lúpulos. Me

gusta, no es cansona. De hecho, voy a abrir otra. Noventa y un puntos, Maca.

Viernes 14 de abril de 2023

Quisiera saber qué tiene Neto en su cabeza. Quisiera que Neto se preocupara por lo que hay en la mía. Ando chípil, como decía mi abuela. Deben de ser las méndigas hormonas descompuestas, y que me siento sola. Nunca pensé que iba a necesitar tanto a Neto. Necesito que me abrace, pero ni siquiera me voltea a ver. Odio los domingos por la tarde

Cata del día: Lexotan. Cien por ciento bromazepram. No huele a nada, no sabe a nada y espero que me levante de esta tristeza. ¿Será depresión de verdad o solo menopausia? Por si las dudas, el maridaje ideal es Femhrt, una mezcla de estrógenos y progestina.

6

Luis

La Revolución mexicana tomó a Luis por sorpresa. En realidad, tomó por sorpresa a todos; nadie imaginó que lo que comenzó como un movimiento antireeleccionista terminaría en la bola en que se convirtió. Para él fue algo más que un acontecimiento; la Revolución lo emocionó, le hizo sentir que su vida podía tener un nuevo sentido, que aquella causa era la suya, como la de tantos otros.

¿Cómo te lo explico? Quizá haya que comenzar con el regreso a Guadalajara. Luis y su hermano José Manuel terminaron la secundaria en Tepic el mismo año. Aunque Luis era quince meses menor, se graduaron juntos y todo lo hacían juntos. Los dos querían estudiar, los dos querían conocer el mundo más allá de la casa materna y huir de aquellas pesadas y calurosas tardes en la capital del Nayar que se estiraban como chicle y se hacían eternas, sin nada que hacer más que matar el tiempo y los moscos. José Manuel quería estudiar Leyes; Luis, Química. Hubiesen deseado ir a la Ciudad de México, a la Universidad Nacional, pero su madre los convenció de que estarían mejor en Guadalajara no solo por la cercanía, sino que era un lugar que ya conocían y donde habían dejado algunos contactos. De hecho, su regreso a Guadalajara fue menos rudo gracias a Mercedes, una señorita que Delfina había conocido en el templo de La Soledad y que les rentó un cuarto en la calle de Santa Mónica. Era una habitación sencilla en un segundo piso, con dos camas y ventana a la calle, desde donde se escuchaban el murmullo del mercado y las campanas del templo.

Con san Cristóbal como testigo mudo en contraesquina, en el balcón de su nuevo cuarto, Luis y José Manuel llegaron a un acuerdo: uno estudiaría mientras el otro trabajaba, con el compromiso de que cuatro años después invertirían los papeles. La suerte decidió el orden, por eso

Luis fue el primero en estudiar, no Química, como lo había pensado en algún momento, sino Medicina, que le pareció más completa. Todas las mañanas Luis caminaba desde la calle de Santa Mónica hasta Hidalgo, donde estaba la Escuela de Medicina y Farmacia, y de ahí al conjunto de Belén donde estaban el Hospital Civil y también el panteón en el que se pasaba las tardes estudiando, recostado sobre una tumba a la sombra de un ciprés. José Manuel había conseguido un primer trabajo como vendedor en la tienda de abarrotes Kunhardt y Verea, pero le resultó terriblemente aburrido; había salido de Tepic huyendo del tedio que le causaba el comercio. Algunos pensaban que era por tímido; en realidad, odiaba platicar con los clientes. Tres meses después se colocó como asistente en un despacho de abogados. Don Sabino, su nuevo patrón, le tomó cariño y confianza, por lo que en pocos meses José Manuel ganaba lo suficiente para pagar la renta a doña Meche, mantener a su hermano Luis e incluso ahorrar un poco, lo suficiente para comprar un traje y una bicicleta en la que repartía notificaciones y hacía labores de cobranza.

Las primeras noticias sobre el movimiento maderista eran en realidad oleadas de chismes. En las calles y los cafés, Madero y su movimiento antirreeleccionista dividían a la sociedad tapatía. Los hacendados apoyaban a don Porfirio y al gobernador Ahumada; los jóvenes profesionistas simpatizaban con el movimiento rebelde. José Manuel estaba entre estos últimos y arengaba a quien se dejara acerca de las ventajas de un cambio en el país y de la importancia del sufragio efectivo. A Luis parecía no interesarle demasiado, aunque escuchaba con atención, real o fingida, los argumentos de unos y otros. Nadie sabía qué pensaba, pues nunca emitía una opinión. La reelección de Porfirio Díaz cayó como balde de agua fría, las charlas en los cafés se apagaron y solo unos cuantos seguidores de Madero, aglutinados en el Partido Antirreeleccionista Miguel Hidalgo, seguían hablando del tema. El alzamiento conocido como Plan de San Luis se conoció en Guadalajara hasta cinco días después. El inicio de la Revolución era en la ciudad un rumor sordo y soterrado, sin emociones ni alteraciones a la vida cotidiana.

Un domingo de diciembre, de esos que en Guadalajara amanecen frescos y con un cielo azul profundo que lo hacen ver más alto, Luis y José Manuel salieron a caminar para desaburrirse. Iban por la calle San

Francisco, rumbo a las barranquitas, cuando escucharon un gran barullo que venía de los rumbos del norte: un grupo de campesinos, algunos a caballo, la mayoría a pie, coreaban vivas a Madero y alentaban a los pobladores a dejar la mansedumbre y sumarse a la Revolución. Venían armados con machetes, palos y una que otra carabina, pero su arma más importante era la certeza de ser bola. Cuando se topaban en la calle con alguna persona que bajaba la mirada o se escabullía, lo sacaban a empellones de su escondite, lo hincaban y ahí mismo, frente a todos, alzados y mirones, al grito de «¿Quién vive?», lo hacían aceptar su filiación porfirista y arrepentirse. Más de alguno se orinó en público ante el escarnio popular. Cuando se corrió la voz de que la bola, que no llegaba a cien, había asaltado la taquilla de la plaza de toros, el pánico se apoderó de la ciudad: los comerciantes temían por sus ventas y los curas por sus cepos llenos de monedas que depositaban los pecadores arrepentidos cada domingo. Antes de la hora de la comida, en la ciudad había un silencio sepulcral: los tapatíos, encerrados a cal y canto; los revoltosos, cansados y hambrientos, refugiados a la sombra de los árboles y portales.

Luis se acercó a quien parecía ser el jefe de aquella insurrección, un hombre de treinta y tantos años, de estatura mediana y bigote tupido al que llamaban Trujillo. No lo aduló, tampoco lo trató mal, solo quería saber cuáles eran los planes. No había planes. Habían salido de las haciendas de Zapopan dispuestos a sumarse al plan de Madero y no tenían idea de cuál era el siguiente paso. Pensaban que en Guadalajara habría más gente movilizada y se habían encontrado una ciudad que apenas estaba enterada de lo que sucedía en el norte. El lunes Luis retomó sus estudios y la ciudad su normalidad. Los alzados salieron en la madrugada sin dejar más rastro que la taquilla de la plaza de toros vacía y la sensación entre las clases acomodadas de que algo había cambiado. Nadie sabía exactamente qué, salvo que en la ciudad había un nuevo habitante: el miedo.

Sería fácil decir que Luis era un estudiante sobresaliente, de hecho, lo era, aunque el calificativo que mejor lo describe es diferente. Era hombre de pocas palabras, siempre las más agudas, las más precisas. Era taciturno,

rayaba en la melancolía, y, sin embargo, amable como pocos y con gran facilidad para hacer amigos. Tenía una respiración pausada y ojos saltones con párpados de sombrilla. Sus manos, pachonas, cortas y fuertes, eran capaces de percibir al tacto signos que otros no captaban. Decían que veía con los dedos dentro de las personas e incluso de frutas como melones, mameyes y sandías. Era capaz de distinguir un virus de una bacteria solo por el olor, de observar el más mínimo detalle –un cambio de coloración en la piel o la lengua, la debilidad del pelo o la falta de brillantez en los ojos de los pacientes– e interpretarlo clínicamente. Fue un alumno destacado en bioquímica, conocía y memorizaba con facilidad las fórmulas de las medicinas y era capaz de replicarlas. Sin embargo, la virtud que más llamaba la atención era su capacidad para conocer las propiedades curativas de plantas, frutas y verduras. Pasaba horas en los mercados platicando con las marchantas, probando cuanta hierba o semilla se le cruzaba en el camino, compartiendo recetas. Aunque tenía compañeros mucho más adentrados en la tecnología, grandes conocedores de los avances de la medicina francesa, ninguno como él a la hora de diagnosticar.

Estaba por terminar la carrera cuando un campesino vestido solo con calzón y sombrero lo abordó a la salida del Hospital Civil.

–¿Es usted Fares? –le preguntó.

Luis afirmó con la cabeza, esperando que aquel hombre desnutrido, con la espalda llena de manchas que se perdían entre las cicatrices de los latigazos, le hiciera alguna consulta médica.

–Traigo un mensaje de Trujillo. Ahora está en Zacoalco. De Guadalajara saldrá un grupo para sumarse con las tropas carrancistas. Necesitan un médico y quiere que usted les dé una mano. La cita es el jueves a las seis de la mañana en la plazoleta de San Francisco.

Dudó todo el día y toda la noche. No lo comentó con José Manuel. Irse a la bola implicaba abandonar la carrera, traicionar el pacto que tenía con su hermano y era también la oportunidad de servir a una causa en la que creía. Pasó horas recostado en su tumba favorita, a la sombra del

ciprés en el panteón de Belén, pensando, rumiando, tratando de encontrar la racionalidad que no tenía a una decisión que era pasión pura. Aquellos días de julio de 1914 fueron los más aciagos de la era revolucionaria para Guadalajara. Las noticias de los enfrentamientos en la hacienda de Orendain, en el castillo y en la zona de Ameca llegaban con abundancia y llenas de contradicciones. Los seguidores de Diéguez hablaban del avance de las fuerzas unidas de Carranza y Obregón; los hacendados, escondidos en sus casas de descanso, confiaban en los santos y en las estrategias de Mier para la defensa de la ciudad.

El 8 de julio, las tropas revolucionarias tomaron Guadalajara. Los primeros llegaron por el sur, bordeando la hacienda de El Cuatro hasta la plaza de armas sin que persona alguna les pusiera resistencia. Horas más tarde llegó el mismo Obregón en un tren repleto de tropas, vítores y adelitas levantadas en el camino, algunas por voluntad, la mayoría a la fuerza. Los habitantes de la ciudad se guardaron, como una especie de autoimpuesto toque de queda y silencio. Los negocios, salvo algunos burdeles del barrio de San Juan de Dios que hicieron su agosto en pleno julio, no abrieron. Las iglesias cerraron el culto. La ciudad parecía un gallinero, un corral lleno de temerosas aves que aguardaban en un rincón el asalto del coyote. No sucedió. Obregón no tocó una sola de las medrosas gallinas, pero gozó haberlas asustado tanto. Lo que sí sucedió es que, cuando Luis llegó a la cita aquel jueves a las seis en punto a la plaza San Francisco, no había un solo revolucionario, solo algunas beatas rumbo a la iglesia de Aranzazú, la primera en reabrir. Un poco más tarde aparecieron algunos comerciantes a vender leche, pajaretes, café y empanadas en las puertas del templo. El gallinero volvía a la normalidad conforme corría el rumor de que el general Obregón había ordenado salir de la ciudad durante la madrugada, dejando a un nuevo mando militar y a un nuevo gobernador como prueba de su conquista. El guardavía del ferrocarril le confirmó a Luis que las tropas habían partido poco después de la medianoche. El tren de la Revolución había partido sin él.

Sentado en una banca, el joven médico contempló cómo rompía el día en vivos colores naranjas y violetas entre las delgadas nubes hechas girones. Poco a poco la ciudad renacía. De boca en boca se pasaba la voz de que los revolucionarios habían partido. Unas horas después, Guadalajara estaba otra vez viva, las puertas y ventanas se abrieron, decenas de mujeres salieron a barrer las calles, los hombres montaron su comercio y el bullicio subía de tono. Todos tenían una anécdota o una exagerada hazaña que contar. Luis contempló el despertar del gallinero con una mezcla de sorna y cariño. Aquella era Guadalajara, su Guadalajara, la ciudad capaz de no poner resistencia para salirse con la suya.

Sin comentar con nadie, menos aún con José Manuel, sus fugaces sueños revolucionarios, Luis retomó sus estudios de Medicina y su cotidianidad. Regresó a sus libros, a sus largos paseos, a sus meditaciones panteoneras, a los mercados donde cada día aprendía más de las propiedades de las plantas, frutas y verduras de boca de las marchantas y a las reuniones con sus amigos del llamado Centro Bohemio. Una calurosa tarde en la calima de agosto, mientras mataba el tiempo en el improvisado puesto de la alameda donde los bohemios hacían caricaturas a los paseantes, llegó su amigo Enrique acompañado de una distinguida mujer que lo dejó deslumbrado. Una dama demasiado bella para un sirio libanés chaparro, poco agraciado y con párpados de sombrilla como él, pensó de entrada Luis. Su sentido de realidad no evitó que investigara todo sobre la joven. Unos días después había reconstruido la historia completa de aquella mujer, de nombre Inmaculada Cortázar, huérfana de madre, hija de un excéntrico hacendado de la zona de Ameca que veraneaba en San Pedro y que frecuentaba los mejores salones de la ciudad.

Luis terminó los estudios de Medicina el siguiente año y, tal como había acordado con su hermano José Manuel, comenzó a buscar trabajo. Aunque necesidades médicas había muchas, la Revolución había dejado a los hospitales sin sus tradicionales benefactores que, fuera por temor o por pérdidas efectivas, suspendieron los donativos y no había dinero para contratar médicos. Estaba a punto de aceptar un trabajo como vendedor de mostrador cuando su maestro, el doctor Oliva, le dijo que en la

hacienda de Cuisillos Juan Cortázar buscaba a un médico de planta. Sería un trabajo, lejos de la ciudad, sin mucho que hacer y buena paga, aunque aburrido. No lo dudó, no le importaba el trabajo, sino estar cerca de Inmaculada, la chica que lo había deslumbrado un año antes.

Juan Cortázar lo recogió en la esquina de Santa Mónica, tal como habían acordado previamente por la vía del telégrafo, en su Renault azul. Luis se despidió de Mercedes, abrazó a José Manuel, a quien prometió hacerle llegar recursos suficientes para su manutención, y montó en el asiento del copiloto. Juan le pasó unas gafas de automovilista y arrancó como caballo desbocado por la calle de Santa Mónica hasta Hidalgo, pasaron la garita del Carmen y de ahí, sin parar ni cruzar palabra, hasta la venta del Astillero en apenas una hora y media. No es que no quisieran platicar, Juan era parlanchín y a Luis le encantaba la conversasión, pero el ruido del motor hacía imposible que se escucharan a medio metro de distancia.

Cuando tomaron la desviación a Cuisillos, adentrándose en el bosque La Primavera, Luis pensó que más temprano que tarde terminaría en el suelo o en medio de alguno de los arroyos que, el ya para entonces experimentado piloto, acometía a toda velocidad. Juan se consideraba a sí mismo un gran conductor preparado para enfrentar cualquier obstáculo del camino; los neumáticos del Renault, no. Al salir de un vado, una afilada piedra de obsidiana rasgó la llanta delantera izquierda, que perdió el aire de un golpe. Juan perdió el control, se metió en una zanja y Luis voló por los aires. Después de evaluar los daños físicos, que no eran mayores –un golpe en la rodilla, una contusión menor en la cabeza y raspones como de santo Cristo, pues había terminado enredado en un zarzal–, Luis comenzó a reír como un niño, contagiando a Juan. Así los encontró don Margarito, vecino del pueblo de Ahuisculco: sentados en una roca, espalda con espalda con los ojos henchidos y llorosos de tanto reír.

Estuvieron el resto de la mañana y toda la tarde sentados, conversando, sin nada que hacer más que esperar la recua de mulas que don Margarito enviaría para efectuar el rescate del automóvil. Pardeaba la

tarde cuando llegó Nicasio, el capataz, acompañado de una cuadrilla de peones y unos tacos que mandaba Chela, la cocinera de Cuisillos, que a Luis le supieron mejor que cualquier banquete. Comieron despacio sentados en la roca mientras don Juan daba instrucciones para la liberación del automóvil. Había caído la noche cuando lograron liberar el Renault a tiro de mula. Por los daños en la suspensión resultaba poco prudente seguir el camino boscoso en el auto. Don Juan montó en el caballo de Nicasio, treparon a Luis en una mula, su equipaje en otra y siguieron el camino a lomo de bestia. No había luna, el camino era tortuoso y para colmo una intensa lluvia los sorprendió cuando bajaban el cerro de Planillas. Llegaron a la hacienda pasada la medianoche. El alboroto por el accidente del patrón mantuvo en vela a todos en la casa grande. Aquello parecía una fiesta: había tamales y atole para un regimiento y la mesa del comedor estaba dispuesta para don Juan y su invitado. No hubo tal cena. La gravedad del golpe de Luis quedó en evidencia cuando quiso descender de la mula. La rodilla era una bola morada incapaz de sostener en pie al nuevo médico de la hacienda, por lo que lo llevaron en peso hasta su habitación, donde no pegó los ojos de dolor.

Cuando rompió la mañana y hubo suficiente luz, Luis mismo se convirtió en su primer paciente en la hacienda. Aunque no había huesos rotos, el derrame abarcaba ya parte del muslo. Don Juan entró al cuarto para preguntar cómo había dormido su doctor. Lo encontró en una mueca de dolor. El médico pidió al patrón alguien que pudiera asistirlo para elaborar las medicinas. La designada fue, por supuesto, la Chata.

La Chata y Anita, entonces una niña de seis años que no se despegaba un minuto de su nana, estuvieron a cargo de alimentar al paciente y hacer todas las preparaciones que disponía el médico para sí mismo. El primer remedio fue una cataplasma de cebolla, ajo y mucha, mucha sal de grano que, bien caliente, colocaron alrededor del hematoma y luego vendaron con cuidado. La curación se repetía cinco veces al día y llenaba la casa de nauseabundos olores. Los resultados aparecieron a las veinticuatro horas. La hinchazón vencía, el color de la piel pasó a rojo salvo en el punto específico del golpe, que se ponía cada día más negro. A la tercera mañana, la Chata encaró al paciente diciéndole que quizá él hubiera

estudiado Medicina, pero ella, que había crecido a la sombra de su patrona María, conocía muchos más y mejores remedios. Sin preguntar, levantó el pantalón de Luis y comenzó a untar una especie de gelatina olorosa que obtenía de una suculenta de pencas puntiagudas como de maguey mientras repetía en voz baja fórmulas en un idioma para Luis desconocido.

Unos días después, Luis pudo caminar y comenzar finalmente su labor como médico de la hacienda, que consistía en revisar todos los días el debilitado corazón de don Juan. Tomaba el pulso, escuchaba los latidos y llevaba memoria mental de los ritmos del aquel prematuramente envejecido músculo cardiaco. La primera medida que tomó el doctor, ante el enojo de la joven Inmaculada, fue tomar posesión de la cocina. Ordenó una dieta especial para el paciente, eliminando lo más posible grasas animales y aumentando la ingesta de verduras. Inmaculada reclamó el atrevimiento del médico de meterse en cosas del hogar; don Juan, que seguía al pie de la letra las indicaciones del médico, lo acusó de quererlo matar de hambre. Luis tomó con humor ambos reclamos y no hizo caso a ninguno; mantuvo una estrecha vigilancia tanto del corazón del paciente como de la cocina de la hacienda.

Corrida la voz de que en la casona de la hacienda de Cuisillos había llegado un nuevo médico, todos los días llegaban dos, tres, cinco enfermos solicitando su ayuda. La fama del joven médico, que curaba igual a niños infectados que a señoras en climaterio o ancianos debilitados, se extendió por los poblados de alrededor. Una mañana, el capataz avisó a don Juan que le había amanecido a la casa una fila de menesterosos que preguntaban por el médico. No eran menos de treinta, algunos delicados. Sentado en una piedra a la sombra de un frondoso laurel de la India, Luis los atendía con paciencia infinita mientras la Chata y Anita decidían arbitrariamente el orden de ingreso de los pacientes. Sin dudarlo, el hacendado dispuso que desalojaran un cuarto destinado a los arriendos que se encontraba a la entrada de la hacienda y ordenó a Chela tener todos los días tamales, atole y café para dar de desayunar a los pacientes.

La reputación y las anécdotas corrieron como los arroyos por el valle de Ameca. En Ahuisculco narraban que a un jornalero le había quitado terribles jaquecas simplemente recomendándole que compara un sombrero más grande; en la Vega se decía que había curado a una señora que padecía de humores con solo quitarle ciertos alimentos; en Huaxtla se hizo fama de brujo, pues el paciente decía haber visto al doctor Luis preparar pócimas en un caldero que despedía fétidos vapores color morado con las que le había quitado la sarna que lo aquejaba desde niño.

Pero ninguna de sus hazañas se compara a lo que hizo para salvar a la joven Inmaculada. Una madrugada llena de espesa neblina, la Chata corrió a despertarlo. Inmaculada estaba agonizando, dijo, poseída por el propio demonio. Añadió a su narración que en medio de la noche había visto pasar a doña María cubierta solo con sus largos pelos rubios cabalgando por los campos de la hacienda rumbo a la oscuridad, lo que era sin duda un pésimo presagio. Los últimos días Inmaculada no había salido de su cuarto argumentando dolor de cabeza, pero a nadie extrañaban a esas alturas sus desplantes adolescentes. Cuando Luis llegó al cuarto, el alboroto era mayor. Don Juan y sus hijos, Manuel, Juan y Ana, contemplaban horrorizados cómo convulsionaba Inmaculada mientras brotaba de su amoratada boca una negra y babosa espuma. Le tomó el pulso y puso el dorso de la mano en la frente: ardía en calentura y los latidos de su corazón eran débiles y espaciados. Caminó a la ventana, abrió la cortina y se quedó mirando el cielo. El padre y los hermanos gritaban desesperados que por favor hiciera algo, pero el médico estaba ido, sumido en sus pensamientos. El zumbido de un mosco lo sacó de su ensimismamiento. Lo aplastó contra el cristal, lo observó con detenimiento, cortó una de las patas traseras y la miró a contraluz. Los Cortázar comenzaban a desesperarse con el médico cuando sentenció sin dudarlo:

–Es fiebre amarilla.

Hizo traer a Chela, la cocinera, a quien indicó que hiciera consomés de pollo y res, cociera frijol todos los días y pidió a la Chata que no se despegara de la enferma y le administrara compresas frías para la fiebre. A los demás los llevó de paseo al jardín, pidió cortar toda la albahaca disponible, hizo juntar montones de hojas de eucalipto y citronela.

Hurgó en la cocina hasta encontrar los clavos de olor y cocinó una olla gigante de un apestoso repelente para mosquitos que hizo repartir por la casona y alrededores.

Los siguientes días y noches Luis las pasó al lado de Inmaculada tomando el pulso desde su muñeca, poniendo compresas para la fiebre, limpiando sus vómitos negros y sus heces, administrando alternadamente y con enorme paciencia cucharadas de consomé, caldo de frijol y agua con sal y limón. Como le había pasado a don Juan, Inmaculada también se enamoró de su ángel salvador.

Emma

A Emma la Revolución no la tomó por sorpresa. Al contrario, ella fue una de sus promotoras. Hija natural de Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, incansable promotora del anarquismo en México, Emma debe su nombre a la también anarquista y escritora Emma Goldman y llevó siempre con orgullo el apellido Belén, que es el que le dio su madre al registrarla.

–¿Belén qué? –solían preguntarle los maestros en la escuela.

–Belén y nada más, con mi pura madre tengo –contestaba altiva la pequeña.

Emma creció entre reuniones secretas, imprentas clandestinas, miedo a la policía y un periodo angustiante en la cárcel cuando tenía apenas cinco años. Juana Belén fue condenada por el delito de sedición tras publicar un duro editorial contra la Iglesia católica y contra el dictador Porfirio Díaz en el semanario *Vésper*, que ella misma había fundado y dirigía. Lo de semanario era más un deseo que una definición, pues la publicación aparecía y desaparecía de un día a otro, se imprimía en una ciudad, luego en otra o simplemente dejaba de aparecer por meses o años y de repente volvía a surgir con toda su inteligencia, su feminidad y su furia. A pesar de que el periódico era de poca circulación, uno de los ejemplares llegó a manos del obispo Próspero Alarcón, quien montó en cólera y pidió personalmente al general secretario de la Gobernación,

Potacio Tagle, detener esos ataques a la santa madre Iglesia. La petición del obispo fue interpretada como una orden y al día siguiente Juana fue detenida y con ella su hija.

Los años de cárcel marcaron a Emma. Aprendió a jugar con cualquier cosa, y a leer y escribir con tal pulcritud que, al salir de la prisión, tres años más tarde, pasó directamente a la escuela secundaria. La de Belén tenía fama de ser una cárcel cruel y en efecto lo era. No había entonces un lugar especial para las presas con hijas. Ni siquiera había camas; las presas dormían apiladas en el suelo en galeras y en los días de redada se atascaban de prostitutas a tal grado que tenían que dormir de pie. Tampoco había letrinas, el agua había que sacarla de un pozo turbio y las comidas, dos al día, consistían en un atole sin sabor y un pambazo por la mañana, y un caldo aguado que, cuando había suerte, era acompañado de un hueso para roer. La pequeña Emma, cada día más enjuta por falta de alimentación, aprendió a sobrevivir a enfermedades, riñas, brutales escenas sexuales y a la claustrofobia. Una noche de sábado, tras una redada moralista de la policía de la Ciudad de México, encerraron a treinta y ocho prostitutas en la celda en la que se encontraban Juana y Emma con otras seis personas. El apretujamiento era tal que Emma perdió primero la mano de su madre y luego la posibilidad de respirar. Su nariz y boca quedaba a la altura de las nalgas de aquella muchedumbre sudorosa. Estaba a punto del desmayo cuando una prostituta de nombre Arcelia se dio cuenta de que entre la masa y las telas de las enaguas había una niña que no se caía porque no tenía para dónde desplomarse. La levantó dando un tirón de los brazos y la sacó por encima de las cabezas de las demás. Emma respiró haciendo un estrepitoso ruido. Su madre pudo recuperarla y la subió a sus hombros. Por más que gritaron a los guardias que había una niña que necesitaba auxilio, estos no respondieron. Emma pasó el fin de semana recostada entre los hombros de las prostitutas, que se la turnaban para que no le faltara el aire. Cuando el lunes por la mañana un juez decretó la libertad de las muchachas, la niña no pudo despedirse de Arcelia ni agradecerle haberla salvado de lo que pudo haber sido la más espantosa de las muertes: asfixiada entre nalgas.

Al salir de la cárcel Emma había desarrollado, a pesar de su corta edad, una fuerte conciencia de clase, una férrea convicción feminista y una claustrofobia paralizante, tres cosas que marcarían su vida adulta, pero que en ese momento no parecían sino rasgos simpáticos de una niña que tenía una mente muy desarrollada y madura para su edad y un cuerpo enclenque e inmaduro al que el alma le quedaba grande.

Llegó a los dieciséis el mismo año que estalló la Revolución. Por supuesto que no hubo fiesta ni chambelanes, la celebración fue en medio de una reunión clandestina del grupo feminista del Partido Liberal Mexicano donde, entre asuntos varios, se hizo del conocimiento de la asamblea que ese día, 12 de septiembre de 1910, la compañera Emma Belén, hija de la también camarada Juana Belén, llegaba a la edad requerida y era formalmente admitida como miembro del Partido Liberal y participante del grupo feminista.

El aire de la Ciudad de México olía ya a revolución, al menos en casa de Emma, donde no se hablaba de otra cosa. Tras la última reelección del dictador Díaz, el Partido Liberal y *Vésper* radicalizaron sus posturas contra el régimen. La represión policiaca también subió de tono. Cuando todas esperaban que la revuelta comenzara en la capital o alguna de las grandes ciudades donde los ferrocarrileros tenían presencia, Madero se alzó en el norte del país llamando al derrocamiento del presidente usurpador. Las anarquistas veían con desconfianza a aquel norteño hijo de hacendado, el mismo que había hecho el juego a Díaz en la última elección, presentando una candidatura que todos sabían derrotada de antemano. Juana no lo bajaba de niño rico y terrateniente influido por las ideas liberales de los jesuitas. Emma, que lo había seguido de cerca, lo veía como un aliado en el proceso revolucionario y un interesante seguidor de las ideas espiritistas de Kardec.

Semana a semana las noticias sobre la bola que iba creciendo llegaban a los oídos de las feministas y a la redacción de *Vésper*. La rebelión de nuevos caudillos en el norte y el sur del país obligaba a interpretar de manera distinta aquello que había comenzado como un alzamiento

burgués. Entrada la primavera del año once, el Ejército Federal tenía frentes por todos lados y uno de ellos eran las publicaciones anarquistas que atizaban al presidente y su gabinete científico. Emma publicó en aquellos días su primer artículo, «Muerte al mal gobierno», con ideas poco originales, pero con una pluma que se destacaba por su sencillez, limpieza y elegancia.

Madre e hija vivían juntas en un cuarto de una casa modesta a unos pasos de la plaza de la Soledad. Los vecinos murmuraban y desconfiaban de aquella madre soltera que no iba a misa. Corría entre las beatas el chisme de que el padre Tacho había ido a visitar a la extraña mujer y que esta lo había atendido con amabilidad, pero se había negado a participar en las actividades de la parroquia. Las malas lenguas decían que el cura no había visto una sola imagen de Cristo, de la Virgen o de santo alguno en aquel cuarto y que por el contrario había decenas de libros, y no libros cualesquiera, pues así de reojo el sacerdote había alcanzado a distinguir varios volúmenes de los prohibidos por la santa madre Iglesia. «Libros del demonio», sentenciaba.

La menuda Emma se convirtió en esos días en el alma de *Vésper*. Recogía clandestinamente artículos en casa de las compañeras feministas, los llevaba con alguno de los tipógrafos amigos en los alrededores de Santo Domingo, de donde mandaban las cajas tipográficas a la imprenta que el partido tenía escondida en una casona del barrio de Santa María de la Rivera. De ahí Emma recogía los ejemplares impresos para distribuirlos en los centros de trabajo donde se formaban sindicatos afines al anarquismo. En sus tiempos libres se iba a las fábricas a leer periódicos revolucionarios en voz alta durante la hora de la comida.

Una mañana de junio, a escasos seis meses de iniciada la revuelta, Madero entró triunfante a la capital en medio de vítores. El día anterior había caído un granizal y la ciudad estaba limpia, se habían disipado los olores de agua estancada y orines que hacían aún más pesado el ambiente de primavera. Las Belén estaban en la bola. Aquello era una fiesta. El problema, escribiría más tarde Emma, era que cada una y cada uno

celebraba una cosa distinta. El derrocamiento de Díaz unió a todos los revolucionarios del país; el gobierno de Madero los dividió.

Vésper y Emma se fundieron en una misma cosa. Si bien era claro que Juana Belén era quien tomaba las decisiones y ponía los acentos editoriales del periódico sin periodicidad, era la hija quien llevaba la carga de trabajo y le quedaba tiempo apenas para comer y dormir. Del amor ni hablar; no estaba en su horizonte. A pesar de ser una joven casi adulta, su cuerpo seguía siendo infantil: los brazos eran tan delgados que hacían ver sus manos largas, aunque en realidad no lo eran; el pecho era plano, apenas abultado como el de un niño regordete en la adolescencia; las caderas rectas a duras penas sostenían la falda preferentemente larga para que no se vieran sus piernas huesudas. El peinado en dos colas de caballo entretejidas con listones de colores remataba una imagen profundamente infantil, la de una mujer que se negaba a crecer. Emma no había conocido hombre, no solo en el sentido ranchero de las palabras, sino en el literal. Nunca había tenido un amigo, no digamos un novio. Su vida social se reducía a su madre, las amigas de su madre y un par de compañeras de la escuela a las que seguía frecuentando porque una era hija de un líder obrero anarquista y la otra de una poeta que publicaba en *Vésper*. Los hombres de su vida eran los tipografistas, los impresores y los compañeros de partido, todos mucho más viejos que ella.

El golpe de Estado contra Madero en 1911 cambió radicalmente la situación de las Belén. El año y medio de libertad de prensa y opinión se convirtió de pronto en una dictadura militar peor que la de Díaz. Se perseguían no solo las ideas revolucionarias, sino todo lo que resultara incómodo al régimen. Un domingo por la noche, en hechos casi simultáneos, fue allanada la imprenta, y detenidos y torturados Demetrio, el prensista, y dos de los tipografistas que trabajaban para el semanario. Un vecino alcanzó a advertir a las Belén antes de que los militares llegaran por ellas. Salieron de madrugada con lo que tenían puesto a casa de una amiga y de ahí, al día siguiente, rumbo a Morelia con un grupo de

arrieros. Fueron cuatro días de jornadas agotadoras por la sierra y peor fueron las noches, abrazadas, esperando el asalto de algún arriero o revolucionario de los que caminaban con ellas. Nada pasó, salvo las ampollas en los pies y las jaquecas por insolación que atacaron a Emma. En Morelia se resguardaron en una casa abandonada fuera de la ciudad que les confió Antonio, uno de los líderes del Partido Liberal en el estado de Michoacán. Esa fue su nueva cárcel. La casona, de la que no salieron en seis meses, estaba a medio derruir, tenía más goteras que tejas y se colaba el frío por las cuatro paredes y el techo. El retrete era una fosa pestilente en un patio abandonado con los matorrales crecidos. Cada ida al baño implicaba tropezones y arañazos de huizaches y malas hierbas. Todos los días una persona distinta les llevaba algo de comer, a veces frijoles, otras un caldo de hierbas con tamales de maíz flotando que los lugareños llamaban churipo, y algo de leche y café que preparaban en una olla de peltre haciendo una fogata en el patio, pues los fogones de la cocina estaban completamente derruidos.

Tras un semestre en el que cada día y cada noche tenían la sensación de que el Ejército daría al fin con ellas, decidieron romper el encierro. Luego se darían cuenta de que pudieron haberlo hecho desde el primer día, ya que las fuerzas federales estaban muy ocupadas conteniendo frentes en el norte, sur y occidente del país. Nadie las buscaba, pero el miedo es el miedo y las Belén tenían mucho: sabían lo que era la cárcel. En Morelia los camaradas de partido les dieron alojamiento y consiguieron recursos –papel, un tipografista y una imprenta clandestina – para un renacimiento más de *Vésper*. La mejor etapa de su historia, dicen, pues no solo logró publicarse casi puntualmente cada semana durante año y medio, sino que las Belén lograron hacerse de textos de gran calidad y ellas mismas escribieron los mejores de sus vidas.

Fue una época de esplendor también para Emma: había embarnecido, sus piernas tenían un poco más de forma y sus pechos se insinuaban por debajo de los huipiles bordados que usaba a diario. No sin algo de temor,

las Belén aceptaron viajar a Guadalajara a una reunión del partido. Todo era paranoia en la clandestinidad, precauciones de las que ellas mismas se reirían años más tarde, ya que resultaban del todo innecesarias: no había nadie que persiguiera a intelectuales cuando las batallas en los campos eran brutales, los generales se revelaban unos contra otros y, en aquellos días del año dieciséis del nuevo siglo, cinco años después de iniciada la Revolución, nadie sabía bien a bien contra quién peleaba, y algunos ni siquiera por qué lo hacían.

Contra lo que uno pudiera pensar, la reunión de los anarquistas era de un orden impecable. El registro era rápido y cuidadoso. La luneta del teatro Apolo estaba casi llena cuando llegaron las Belén. No venían en grupo, no conocían a los camaradas de occidente, así que se sentaron en la penúltima fila, lejos de las pancartas y gritos de los sindicalistas locales. Emma pasó primero. Junto a ella estaba un joven solitario y taciturno de párpados caídos.

–Emma Belén –dijo esperando que su nombre fuera reconocido por los artículos que escribía.

–José Manuel. Mucho gusto, señorita Belén –contestó el joven con voz firme, sin voltear a verla.

No volvieron a cruzar palabra en todo el día. Sin embargo, ambos referían aquella «conversación» como el inicio de su relación.

Si Luis, su hermano, era un hombre de pocas palabras, José Manuel era tacaño en lo que se refiere al habla. Tenía entre los compañeros del partido fama de taimado. Gastaba su voz lo menos posible y expresaba solo aquello que había pensado, meditado y concluido. Nunca reaccionaba a la primera provocación y a la mayoría de las preguntas, las que no requerían una verdadera reflexión, respondía con monosílabos cuando no con gestos y ademanes. Una conversación larga con José Manuel podía durar de tres a cuatro minutos. Lo suyo era saber estar y hacer de su presencia algo sumamente agradable. Quizá por eso a los dos hermanos les gustaba tanto el ajedrez, que les permitía mantener un diálogo de inteligencias sin tener que gastar palabras.

Cuando José Manuel entró a la escuela de Leyes una vez que Luis hubo terminado Medicina, no solo era el mayor de los estudiantes de su generación, sino el único que tenía cierta experiencia. Sin embargo, lo

que lo distinguía era una inteligencia superior. No le gustaba contradecir a sus maestros, la mayoría de ellos abogados conservadores con visiones católicas, pero hacía caso omiso a sus peroratas, que le parecían sermones de domingo. Solo don Armando Trueba, maestro de Filosofía del Derecho, le merecía respeto intelectual y a él se pegó como una lapa a la piedra. Aprendió la filosofía marxista, conoció a los anarquistas mexicanos y se interesó por la Revolución rusa que, a diferencia de la mexicana, parecía dar un vuelco completo en las relaciones sociales y de clase.

Cuando Luis se fue a Cuisillos, José Manuel se hizo aún más ermitaño. Pasaba las horas solo en su cuarto de Santa Mónica leyendo y su única distracción eran largas caminatas de punta a punta de la ciudad, desde la colonia Moderna, más allá de la estación de ferrocarril, hasta el panteón de Belén; desde las Huertas hasta West End, allende los jardines del Espíritu Santo. Una vez a la semana acudía a los baños del Huerto, frente al mercado de San Juan de Dios, donde pasaba horas en el vapor, en silencio, para luego enfrentarse a la famosa ducha de los sentones, conectada directamente a un tinaco a ocho metros de altura que generaba tanta presión que, presumía su publicidad, sentaba al más bragado.

Fue Trueba quien rompió con su aislamiento. Una tarde, después de clase, fueron a tomar un café al hotel Francés. Ahí el maestro le habló de las reuniones de los anarquistas que estaban por venir. La Revolución había entrado en una etapa de necesarias negociaciones, se hablaba incluso de un congreso constituyente y Ricardo Flores Magón, recién salido de la cárcel en Los Ángeles, había convocado a una gran asamblea para discutir las propuestas que los anarcocomunistas deberían llevar al Congreso.

El segundo encuentro entre Emma y José Manuel fue casual, en los alrededores de la Alameda, mientras el abogado Fares hacía uno de sus paseos y la joven Belén caminaba rumbo a una reunión de sindicalistas en la colonia Cosmopolita. Se reconocieron, se saludaron con camaradería anteponiendo la palabra compañero y compañera a los respectivos nombres. Caminaron juntos en silencio por el recién inaugurado paseo de la Calzada. Antes de despedirse, José Manuel le pidió autorización

para escribirle. Emma accedió de inmediato, confiando en que cualquier comunicación escrita sería sin duda mejor que la verbal.

Carlos

Hamburgo estaba de fiesta. Todo el mundo estaba de fiesta. La llegada del siglo XX abrió la esperanza de una nueva paz y con ella el triunfo de la modernidad en Europa. Karl no entendía bien a bien las cosas que discutían en la mesa sus abuelos, que cada día se peleaban más durante las cenas. No tenía referencia de lo que fue la guerra franco-prusiana, para él la paz era el estado natural de las cosas, mucho menos entendía las quejas permanentes de la abuela por lo que llamaba «excesos morales de la modernidad». Ambos eran temas recurrentes que le aburrían profundamente. En cuanto terminaban el postre, Herbert y él pedían permiso de levantarse y corrían a la sala de juegos, donde se encaramaban en los respaldos de los sillones a ver el río. Desde su ventana del cuarto piso se atisbaba el último codo del Elba, por donde los barcos entraban al puerto. Acertar la nacionalidad del siguiente vapor era el juego favorito; hacerlo en español, a escondidas de los abuelos y el tío Dieter, la travesura que los unía.

No les faltaron atenciones, tampoco es que los abuelos derrocharan cariño. Los días de Karl y Herbert en Alemania estaban llenos de actividad. La escuela ocupaba gran parte de su día y entre las lecciones extras de francés y modales, a cargo de una institutriz de nombre Christinne, a la que había que referirse formalmente como *madame* Murail, los tiempos para el juego eran escasos. Los fines de semana el tío Dieter los llevaba al campo. En invierno patinaban en algunos de los lagos menores y en verano nadaban. Era una vida ordenada, rutinaria, sin sobresaltos ni caricias.

Las noticias de México eran pocas, pero puntuales. Una carta al mes de su madre, llena de frases amorosas, aunque escasa en detalles o

descripciones, y otra cada trimestre de su padre, siempre escueta, más una tarjeta que una carta propiamente dicha. Cada año, en la época de Navidad, una foto de la familia, o lo que quedaba de ella en Guadalajara: Hermann, Kristen, Margarita. En la de 1908 aparecía también la nana Virginia con su rostro duro, su tez morena, impecablemente ataviada, y dos grandes moños sosteniendo el pelo crespo. Discretamente, Karl no colocó esa foto junto al resto, en el álbum de pesadas pastas de madera que la abuela había dispuesto para ello. La guardó para sí; Virginia era su nana y no quería compartirla con nadie más. La de la Navidad de 1910 fue un poco más inquietante. «Han surgido revueltas que pretenden derrocar al presidente Díaz. No tienen ninguna posibilidad de prosperar. Feliz Navidad y un hermoso año 1911 para todos», se leía en la carta. Seis meses después, en un telegrama urgente, el tono cambió: «El pdnt Díaz derrocado *stop*. Joven demócrata, educado en Europa y EU es el nuevo pdnt *stop*. Confiamos que la democracia traerá paz y oportunidades *stop*». Después las cartas y los telegramas dejaron de llegar.

Conforme fue creciendo, Karl manifestó el mismo espíritu aventurero y noviero de su padre. No duraba un mes con una chica cuando ya comenzaba a gustarle otra. No le bastaba Hamburgo, quería comerse el mundo. Mal terminó el liceo, salió corriendo a Londres para estudiar Comercio. Nada había de especial en la capital de Inglaterra, salvo salirse del yugo familiar que lo tenía ahogado. Allá recibió las dos noticias que dieron el vuelco a su vida: el asesinato del archiduque, que presagiaba la guerra en Europa, y que la familia abandonaba México, pues las condiciones de seguridad y estabilidad para los negocios habían cambiado. «Sin Díaz este país es otro *stop*. Regresamos a Hamburgo para instalarnos allá este verano *stop*». A Londres la noticia llegó unas semanas después, justo cuando Karl comenzaba a enamorarse de Katy, una escocesa pelirroja, pecosa, sonriente y de amplias caderas que disimulaba bajo una amplia falda de *tweed*.

Fue un verano caliente. Entre las caderas de Katy, largas juergas nocturnas y las dudas que no lo abandonaban, Karl durmió poco aquellos meses. La temperatura política en Europa subía día a día hasta llegar al punto de ebullición. Los titulares de los periódicos se escribían al ritmo de tambores de guerra. Él lo tenía claro: no quería ir a la guerra. Prefería regresar a los rescoldos de una guerra civil en México que pelear en las trincheras europeas. Una madrugada, mientras Katy reposaba en el cuarto de un hostal en Kent, Karl escribió a su padre una larga carta donde manifestaba su amor por la patria alemana. Se decía convencido de las razones por las que el país debía ir a la guerra y, al mismo tiempo, creía que la familia no debía abandonar sus intereses en México y tirar por la borda años de trabajo. Lo que proponía era hacerse cargo de los negocios en Guadalajara por un tiempo, estabilizarlos, venderlos y regresar a Europa en cuanto todo estuviera normalizado. La respuesta de sus padres fue una cita en la casa familiar junto al Elba, para mediados de septiembre, donde discutirían en persona el futuro de la familia, pues, a criterio de Kristen, México se había convertido en un lugar hostil incluso para los mexicanos.

El último día de agosto, en la casa de Hamburgo se presentó un joven militar con dos cartas con sello lacrado del Ministerio de Guerra: una a nombre de Herbert y otra a nombre de Karl, donde les ordenaban presentarse ante las autoridades militares para servir donde mejor conviniera al Ejército Imperial. Herbert envió de inmediato un telegrama a Londres informando a su hermano sobre el contenido de la misiva. La patria los demandaba y era urgente su retorno.

La decisión estaba tomada de antemano. Karl tenía claro que no iría a la guerra en defensa de nadie. Prefería regresar a México, donde la guerra había dejado un país en ruinas y los rescoldos de la Revolución no terminaba de extinguirse, que ir a una guerra cuyas dimensiones crecían por segundo. La prensa británica la había bautizado como la Gran Guerra de Europa y los augurios sobre las tecnologías que se utilizarían en ella era aterradoras: cañones de alta precisión, ametralladoras, camiones de la

Rolls-Royce blindados y artillados, tanques y armas químicas capaces de envenenar a un ejército completo.

No había mucho tiempo. Los alemanes en Londres comenzaban a apestar. Envió un telegrama urgente a su padre anunciando su decisión: «Iré a pelear por el patrimonio familiar en México *stop*. Salgo para Guadalajara primer barco rumbo a América *stop*». Compró un boleto de segunda clase para el *Belgenland*, que zarpaba al día siguiente, y cinco días después desembarcó en Nueva York, tal como su padre lo hizo treinta y siete años atrás. Manhattan le pareció hostil, llena de migrantes vagabundos organizados en pandillas que no hacían otra cosa que atracar a turistas, e impregnada de olores fétidos. Se quedó en un hotel lo más lejos del puerto en el norte de la isla mientras encontraba un barco que lo llevara a Tampico para de ahí hacer el viaje a Guadalajara.

El México que encontró no se parecía nada al de sus recuerdos. Mucho más moderno, sin duda. Había crecido la red ferroviaria, se habían ensanchado las ciudades y al mismo tiempo respiró los humores de un pueblo engrandecido. Campesinos empoderados viajaban armados en los trenes sin el menor respeto por los pasajeros, ni siquiera por quienes habían pagado boleto de primera. Había una especie de descaro de clase imposible de imaginar en Europa; esa era la Revolución. Una revolución que en principio le pareció ofensiva, pero que conforme la iba asimilando le gustaba más y más. Había en México un ánimo renovado, el país se reinventaba y eso abriría oportunidades inimaginables.

Bajó del moderno pulman en una Guadalajara que no reconoció. Lo que había sido el pestilente río de San Juan de Dios era ahora una elegante calzada; los edificios del centro habían crecido uno o dos pisos más; las tranquilas calles que él recordaba encharcadas y llenas de marchantes tenían ahora decenas de automóviles que pasaban zumbando como mosquitos, tocando cornetas en diferentes tonos para abrirse paso entre la gente. Su mayor sorpresa fue cuando llegó a la casa familiar en la calle Sabino: estaba cerrada a cal y canto. Se habían cruzado en el camino. La vecina, la señora Hernández-Diez le informó que sus padres y

su hermana Margarita habían emprendido el viaje a Alemania la semana anterior, pero que la nana Virginia se había quedado en México y, según había escuchado, vivía en el barrio de Mexicaltzingo.

Caminó por las calles de su desconocida ciudad natal. La prosperidad porfiriana había hecho de Guadalajara una ciudad más presuntuosa que lujosa, en tanto el caos revolucionario le daba un toque de decadente. Las paredes descascaradas de casas y edificios parecían gritar que la modernidad había sido una fantasía. En la esquina de Libertad y México llamó su atención un enorme chalé abandonado, con una verja afrancesada en forma de abanicos. No era la única casa de proporciones descomunales, toda la avenida se había llenado de estas casonas, algunas con torres como de castillo medieval. Caminó bordeando el arroyo en busca del puente de las Damas, única referencia que tenía sobre el barrio donde habitaba Virginia. El espectáculo fue espantoso. Poco antes de llegar al puente, en el lecho del arroyo seco, vio cuatro cuerpos descompuestos, atados de pies y manos, sentados con la cabeza gacha. Una estaca sobresalía por encima de sus cabezas. Habían sido empalados por el ano como un acto de justicia revolucionaria. Los zopilotes comenzaban a devorarlos y el hedor era espantoso. Nadie parecía, sin embargo, inmutarse. A la orilla del puente, en las Nueve Esquinas, el mercado de las frutas traídas del sur era una fiesta de voces y colores: mangos, mameyes, duraznos, unas enormes guanábanas y unos ramos de cocuixtles, parecidos visualmente a los rábanos o al *Meerrettich,* que en Alemania usaban como condimento picante, pero que nada tenían que ver en sabor: estos eran dulces y agarrosos.

Cruzó el puente no sin algo de desconfianza. El bullicio del barrio de Mexicaltzingo no solo no se parecía al de Hamburgo o Londres, ni siquiera al de la Guadalajara del otro lado del arroyo. Había otro gran mercado frente a la iglesia de San Juan Bautista. Con su mal español comenzó a preguntar por Virginia. Algunos prefirieron no contestar, el horno no estaba para bollos y la desconfianza hacia los extranjeros se

sentía en las miradas. Finalmente, una mujer de edad indefinible, embozada en un chal negro, accedió a contestar.

–¿Busca usted a Eunice?

–No, busco a Virginia.

–Es la misma –respondió sin dar más explicación sobre el cambio de nombre y dio a Karl las direcciones de cómo llegar a la esquina de Agua Escondida y San Cristóbal. Ahí debía preguntar por ella, cualquiera de los dos nombres sería igualmente útil.

Caminó por el antiguo camino Real de Colima, rebautizado ahora como avenida Colón, bordeando los rieles del tranvía de mulas que hacía el recorrido desde el centro hasta los límites del barrio. Era un lugar polvoso donde la vida saltaba a cada paso, a veces en forma de perro, gallina, pato o niño. Muchísimos niños chamagosos a medio vestir. Agua Escondida era la última calle del barrio. Atrás de ella solo se veía el campo, las vías del ferrocarril y, un poco hacia el poniente, unas cuantas casas de la recién inaugurada colonia Moderna, en forma de estrella, con anchas avenidas y glorietas que nada tenían que ver con el barrio indígena. Preguntó por Virginia o Eunice.

–Allá, donde el zapote.

La puerta de palo seco de mezquite estaba abierta. Tocó prudentemente con los nudillos. Nadie contestó, salvo un guajolote que salió con la cola abierta tirando picotazos contra el intruso. El gorgoreo del animal despertó a los perros, que salieron ladrando como si se tratara de un ladrón, lo que espantó a las gallinas que dormían en las ramas del árbol y comenzaron a cacarear. En menos de quince segundos, los discretos toquidos de Karl se habían convertido en un pandemónium que él, inútilmente, intentaba acallar. De la sombra del zaguán apareció nana Virginia secándose las manos con el delantal. Como Karl estaba a contraluz, tardó en reconocerlo.

–¿Qué desea?

–Nana Virginia, soy yo, Carlos.

–Mi niño, cómo has crecido, mira nada más que tamañote de muchacho.

Lo hizo pasar la cocina, lo sentó en una silla de palo y comenzó a poner alimentos en la endeble mesa cuadrada que bailaba con cada movimiento. Sin preguntar, como era su costumbre, puso sobre la mesa un café con piloncillo que sacó con el cucharón de una olla que se mantenía tibia en el rescoldo de la estufa de leña. Reavivó el fuego, calentó tortillas y frijoles y, finalmente, de una caja metálica que Karl reconoció de inmediato, sacó un «puerquito» que no era otra cosa que un pan de maicena con melaza. El sabor lo hizo sentir en casa.

–Tu madre no me dijo que venías. Salieron para Hamburgo la semana pasada.

–Les puse un telegrama, seguramente no lo recibieron.

–¡Bah! Dios y el diablo sabrán de qué andas huyendo, muchacho.

–De la guerra, nana.

–¿Y vinites a meterte a otra? Aquí estamos en guerra, ¿no lo sabías? Por eso se fueron tus padres y mi niña Margarita.

–¿Cómo está mi hermana?

–Ya no es una niña, igual que tú. Ya no me necesitan.

–En eso sí que te equivocas, nana. Quiero que te vengas conmigo a casa.

–Pero hoy mismo le avisas a Mutti. No quiero problemas.

–Hoy mismo.

Caminaron hasta la casa de la calle Sabino pasando por el centro para poner, de inmediato, un nuevo telegrama a sus padres anunciando que ya estaba en Guadalajara. Se instaló en su cuarto de la infancia. Aún mantenía la decoración infantil de cuando Herbert y él dormían ahí. La cama le quedaba pequeña a su uno noventa y seis de estatura. Compraría una nueva al día siguiente, pensó antes de quedarse dormido con los pies colgando. Nunca lo hizo.

No le costó trabajo retomar los negocios de su padre. Los socios le asignaron las compras de productos internacionales, aprovechando la juventud y los conocimientos que, suponían, tenía el recién egresado de la Escuela de Comercio de Londres. Todos los trámites de importación eran desesperantemente lentos a causa de la Revolución, que de inmediato había formado una nueva casta burocrática. Iba de una oficina

a otra, de la oficina de correos a los patios del ferrocarril, de regreso a la intendencia municipal y otra vez a las oficinas ferroviarias haciendo un surco en la avenida San Francisco. Carlos, como le gustaba que le dijeran ahora en México, no había escuchado un solo disparo desde su llegada y comenzaba a pensar que la guerra era un mito, algo que solo se leía en las páginas de los periódicos y que sucedía en otra parte. Nada pasó en Guadalajara hasta que dos meses después el bullicio llegó del sur como una de esas tormentas que llegan del bosque por el cerro del Colli. En cuestión de minutos, las avenidas Colón, San Francisco y la calzada Porfirio Díaz se inundaron de revolucionarios, algunos a caballo, la mayoría a pie, que corrían por las calles rifle en mano al grito de «viva Carranza, muera el mal gobierno». La primera reacción de Carlos fue de fascinación: aquel movimiento de campesinos desorganizados en busca de una vida mejor le pareció no solo justo, sino encomiable. Su opinión cambió unas horas después, cuando la bola arrasó como una marabunta la ferretería. Fue más lo que rompieron que lo que se llevaron; picos, palas, herramientas y todos los machetes. Al día siguiente se fueron como habían llegado y la ciudad regresó a sus rutinas tal como lo hacía después de cada tormenta. Unos días después, la noticia de que la bola había incendiado el molino Germania de la familia Collignon alarmó a la comunidad alemana, que se dijo dispuesta a levantar la voz y denunciar el artero ataque. Ninguna autoridad aceptó la denuncia.

Pese a todo, Carlos se adaptó a Guadalajara como una jacaranda. Le gustaba el clima, disfrutaba la ciudad y su vida de solterón atendido por la nana Virginia. Su nana era la más preocupada por la soltería, mas no la única. Su madre desde Alemania no dejaba de proponerle jovencitas de las que enviaba fotografías a través del correo, con mensajes alentándolo a regresar a su patria. Las fotografías se acumularon en el buró. Si algo tenía claro Carlos en aquellos días era que no quería regresar a los fríos europeos y que sería más fácil reconstruir a México después de la Revolución que a Europa en medio de aquella guerra que parecía interminable. Hacia finales de 1918 llegó un sobre fletado por su padre. No incluía foto de ninguna chica de buena familia de Hamburgo, sino una esquela de Herbert, su hermano, muerto en el frente, en los campos de Verdún. En el mismo sobre, una carta donde pedía que vendiera la

casa familiar y las acciones del negocio y enviara el dinero; Alemania estaba a punto de perder la guerra y entraba en una crisis que le haría muy difícil sobrevivir. Por primera vez nadie le pedía regresar.

El negocio no valía gran cosa, pues la Revolución había destruido el capital de La Palma, como el de todos los negocios del país, y apenas comenzaba a recuperarse. Por el contrario, la casa se vendió rápido y bien. Guadalajara vivía una época de expansión; los ricos del campo querían venir a la ciudad. Carlos colocó la casa rápidamente con una familia de azucareros, también de origen alemán, cuyas hijas eran amigas de Margarita y que tenían grandes extensiones de caña de azúcar y un trapiche llamado La Esperanza en el sur del estado. Junto con el dinero, Carlos envió el primer cargamento de azúcar de caña hacia Hamburgo, con la esperanza de que eso le diera a su padre un modo de sobrevivencia. Funcionó. Pronto encontró un amigo para vender azúcar también en Londres y, poco después, en París, donde los reposteros buscaban desesperadamente azúcar de caña, pues la de remolacha no tenía la calidad y el sabor de la de las tierras tropicales.

El nuevo negocio creció como la caña y Carlos se hizo de una nueva casa en la colonia Americana. Rentó una oficina en el centro, equidistante de la estación de ferrocarril de San Francisco y de la oficina de telégrafos en la plaza de la Soledad, desde donde operaba la compra y venta de azúcar. Lo que tardó en encontrar fue paz y mujer. La muerte de Herbert le pesaba en la espalda como si él mismo cargara el cadáver. Se sentía responsable por haber permitido que su hermano, más joven e inocente, se hubiera metido en la boca del lobo. Sentía culpa de vivir, de no sufrir lo que su padre, su madre y su hermana estaban sufriendo. Inventó su propio duelo y su propia penitencia: trabajaba de sol a sol y todos los ahorros se los enviaba a la familia, pidiendo que se destinara el dinero a la educación y cuidado de Margarita, con quien comenzó a escribirse regularmente. En ella, en su hermana pequeña con la que había apenas convivido y conocido, puso su amor y su culpa.

Las noticias de la familia no eran buenas. El negocio de los vinos no levantaba y Kristen estaba sumida en una profunda depresión. Margarita

se disculpaba en las cartas, había meses que no tenía ni para el timbre postal. En Guadalajara, por el contrario, las cosas comenzaban a moverse después de la Revolución. Si bien continuaban las noticias sobre levantamientos y rebeliones, la nueva Constitución parecía ser al fin un referente con el cual construir instituciones. A Carlos el celebrado documento le parecía más un catálogo de deseos revolucionarios que un acuerdo refundador, sin embargo, funcionaba: los obreros comunistas creían tener ahí aseguradas las conquistas laborales; los agraristas veían en ella la esperanza de algún día tener tierra; los intelectuales creían haber conquistado la libertad; y los pragmáticos comerciantes como él, la posibilidad de seguir trabajando.

No se le conoció novia formal durante los primeros años de su regreso a Guadalajara. Aventuras sí, una de ellas con consecuencias. Nana Virginia les hacía la casa a él y a Max, un airedale terrier que le hacía compañía. No fue hasta que Margarita le informó por carta que un joven guapo y simpático de apellido Stegeman había pedido su mano que Carlos se liberó de su yugo autoimpuesto y comenzó a pensar que debía sentar cabeza. Hacía planes de regresar a Hamburgo y continuar desde allá el negocio del azúcar cuando un domingo, mientras caminaba con Max por el paseo de Lafayette, vio a unas elegantes jóvenes acompañadas por una institutriz mandona y ceñuda que las corregía en francés. A Carlos le causó risa aquella absurda situación, la pretendida elegancia parisina en un país y una ciudad cada día más mestiza, pero se fijó en una de ellas

Unas semanas después Carlos recibió una invitación para acudir a una *soirée* que ofrecía el nuevo cónsul alemán, Albert Schultz, un próspero minero recién llegado del norte y que había sido nombrado cónsul por el gobierno de Von Hindenburg tras varios años de no tener representación formal en Guadalajara. El domicilio, en la calle Libertad, correspondía a la enorme casona afrancesada que tanto había llamado su atención al regresar a la ciudad. Conocida como la Casa de los Abanicos, el chalé había sido construido para la amante del gobernador porfirista y recientemente remodelada. La casona lucía esplendorosa para la

recepción de aquella tarde de octubre. Carlos atravesó el jardín que desembocaba en unas escaleras redondas que daban acceso al corredor donde se llevaba a cabo el brindis. Lo recibieron las dos jovencitas que había visto en el paseo Lafayette, quienes lo saludaron en perfecto alemán, aunque entre ellas hablaban en inglés. Unos metros más adelante estaba el cónsul, un hombre alto, de bigote tupido, ataviado de frac, y su mujer, una señora de finas maneras y apellido porfirista, la única que no hablaba alemán en aquella recepción. Rápidamente la mayor de las chicas Schultz le alcanzó una copa de algo que ellos llamaban *Bowle*, una tropicalización de los vinos de verano, hecho con vino blanco, champaña, jarabe y trazos de piña dulce. Era una bebida fresca y capaz de hacer reír al más jetudo. Las chicas Schultz, Mary y Elisa, alternaron en un recital de piano previo a un discurso del nuevo cónsul, que se puso a las órdenes de la comunidad alemana de Guadalajara.

Con la excusa de agilizar los trámites para la exportación de azúcar, Carlos comenzó a visitar la Casa de los Abanicos. Las tres primeras ocasiones el cónsul lo atendió atingentemente en la oficina del consulado, en el primer piso. En la cuarta ocasión le hicieron saber que el señor Schultz no estaba, pero que por favor pasara a la casa. Lo llevaron a una sala en el corredor y unos minutos después apareció Mary para informarle que su padre había salido a un negocio en el centro de la ciudad, que con gusto ella lo acompañaría mientras esperaba.

La espera resultó más agradable de lo que Carlos habría supuesto, a la vez que Mary resultó más inteligente, bella y educada de lo que había imaginado. Dos horas después, para su suerte, el cónsul no había regresado, lo que abrió la oportunidad de volver al día siguiente.

–Vendré a buscar a *Herr* Schultz mañana en este mismo horario –dijo.

–Si viene en este mismo horario lo más probable es que no lo encuentre, *Herr* Haas –dijo Mary con un dejo de coquetería.

–Entonces así lo haré.

Se despidió con un beso en la mano enguantada y regresó todos los días a la misma hora hasta que en la quinta ocasión quien lo esperaba en el corredor era el cónsul.

–Buenas tardes, *Herr* Haas. Me dice mi hija que usted me ha buscado con insistencia. ¿Qué negocio trae entre manos?

–El más importante de mi vida, *Herr* Schultz: quiero pedir, si usted no tiene inconveniente, permiso para visitar a su hija.

Menos de un año después formalizó el compromiso de matrimonio y se estableció la fecha para marzo de 1928. Ante la falta de familia en México fueron los señores Schöndube, sus proveedores de azúcar, quienes lo representaron en la pedida. Carlos sabía bien que sus padres no vendrían a la boda. Quiso convencer a Margarita, la más mexicana de la familia, y a su cuñado Rolf que vinieran a México para la ocasión; tampoco lo logró. Así que su lista de invitados se redujo a los señores Schöndube –sus padrinos de boda–, el doctor Sutter, el mismo que lo había traído al mundo una noche de tormenta y, por supuesto, nana Virginia, que estuvo sentada en segunda fila durante la misa en el templo de Aranzazú, pero se negó a acudir al banquete en la Casa de los Abanicos. Aunque Carlos estaba formado como luterano, no le importó casarse por el rito católico, que, si bien le parecía un poco exagerado, se había acostumbrado a él después de diez años de vivir en Guadalajara.

Los recién casados se instalaron en los altos de la misma Casa de los Abanicos.

Marcelo

De sus dos controvertidos nombres, el primero fue el que se quedó en uso, y además en español. Marcelo no reconocía Gilbert como su nombre a pesar de que su padrino, y por momentos su madre, insistían en llamarlo así. Pero los nombres de verdad los ponen las nanas, y a Luisa Gilbert le parecía cursi y difícil de pronunciar y Marcel un tanto afeminado, por lo que desde pequeño lo llamó Marcelo.

Los vientos de la Revolución sacudieron a San Ignacio Cerro Gordo aquel año de 1914 y le quitaron la tranquilidad a La Trasquila. Fue nana

Luisa la que advirtió lo que venía aquella noche oscura de finales de enero cuando llovió ceniza.

–Esto es cosa del demonio, el catorce será el año del diablo –advirtió aquella mañana gris.

Una capa de polvo expulsado por el volcán de Colima había cubierto todo el campo. Los borregos no tenían qué comer y las fuentes de agua se contaminaron. Al cabo de una semana los animales caían muertos, uno aquí y otro allá, primero los más viejos, luego los pequeños que habían nacido a finales del año anterior. Al cabo de doce días murió todo el hato; mil cuatrocientos dieciocho borregos enterraron aquel enero fatídico en la hacienda, más otros animales, vacas, bueyes y algunos caballos de yunta. Los únicos que se pudieron salvar gracias a la reserva de forrajes fueron los caballos de monta fina del patrón.

Alonso, el inútil dueño de aquellas tierras, reaccionó fatal ante las cenizas del diablo que pusieron sus finanzas contra las cuerdas. Su única reacción fue tomar y tomar. Una mañana todavía fresca, antes de terminar el invierno, Julienne escuchó un gran barullo en la cocina. El patrón quería usar a Leoncia, una jovencita de apenas quince años, hija de Melchora la cocinera, y esta oponía resistencia. Aquello de que la francesa era de armas tomar no es metafórico: tomó una escopeta, metió cuatro cartuchos en la bolsa del vestido y se enfiló a la cocina. Se paró frente a su marido, cargó la escopeta, cortó cartucho y le apuntó a la cabeza.

–Deja a la niña.

–A ti qué, pendeja, todo lo que está en esta casa es mío.

–La niña no. Déjala –insistió Julienne.

Alonso tomó a la niña y la puso como escudo. Le sacaba más de medio metro de estatura, lo que dejaba la cabeza al descubierto.

–¿Quieres que te dispare en la cara, imbécil? –dijo Julienne, enardecida por el acto de cobardía de su marido.

Levantando un poco la escopeta disparó hacia la pared, justo encima de la cabeza de Alonso. El estruendo dejó a todos los mirones paralizados y al patrón y a la niña Leoncia cubiertos del polvo del enjarre, grises como si el volcán hubiera escupido sus cenizas del diablo también sobre ellos. No se había disipado la nube de polvo cuando se escuchó que

Julienne abría la escopeta, metía nuevos perdigones y cortaba cartucho. Alonso soltó a la niña y enfiló hacia la puerta.

–Me voy de esta casa.

–Y nunca vuelvas –replicó la Francesita, apuntando el arma hacia la espalda de su marido.

Ya en el zaguán, Alonso vio a Marcelo escondido detrás de un pilar, observando la escena, muerto de miedo. Sin decir agua va, así, a la pasada, sin detener el paso, el padre le dio una cachetada con toda su fuerza y coraje.

–Niño joto –le espetó, mientras la cabeza de Marcelo golpeaba contra la columna de cantera.

El niño cayó inconsciente y un charco rojo se formó de inmediato en las baldosas amarillas abrillantadas con petróleo. Julienne dudó, no sabía qué hacer, si atender de inmediato al niño o antes asegurar que el bruto de su marido no volviera. Lo dudó apenas tres segundos y disparó el arma con manos firmes. Alonso rodó impulsado por el impacto de los perdigones, que lo habían alcanzado en el hombro y la oreja derecha, que prácticamente desapareció. Julienne aventó el arma y corrió al lado de su hijo. Cuando levantó la mirada, de Alonso no quedaba sino un rastro de sangre salpicada en la pared. El ruido de los cascos del caballo galopando sobre el empedrado se fue difuminando.

Marcelo tardó tres días en despertar. La alcancía, como llamaba nana Luisa a la herida de poco más de cinco centímetros en la cabeza, era una enorme cicatriz que resaltaba entre las tonsuras que el doctor Camarena, el único médico en Tepatitlán, le había realizado para poder cerrar la herida. Había perdido mucha sangre. Lo que más preocupaba al médico, sin embargo, eran los vómitos y las convulsiones que él atribuía a una inflamación del cerebro. Nana Luisa decía que no había duda: el diablo se le había metido por la herida.

–El demonio aprovecha cualquier resquicio. A las muchachas que abren mucho las piernas se les mete por allá abajo; a Marcelito se le metió por arriba.

Ayudó a fortalecer la hipótesis de la nana el hecho de que, cuando el niño despertó, no lo hizo del todo, parecía un poco ido y pasaba largos

minutos sin pestañar, con la mirada fija en la nada. Luisa no tuvo duda de que ella tenía la razón cuando finalmente Marcelo comenzó a hablar tímido y tartamudo. Julienne, que no creía en el diablo y solo le daba la suave a la nana Luisa, que no paraba de contar historias de endemoniados aquí y allá, sabía que lo que su hijo necesitaba era atención médica en Guadalajara.

Pero aquel año catorce, siete más siete del siglo de las dos cruces –el XX–, repetía Luisa, era un año de Satanás, quien no tardó en manifestarse otra vez. Una madrugada seca y calurosa de finales de mayo una turbamulta invadió La Trasquila. Al frente de las tropas venía Quirino Navarro, un cabecilla revolucionario que se había levantado en armas por aquellos rumbos. Cuando Julienne escuchó los gritos de espanto de las muchachas de la cocina, se enfundó una bata, tomó la escopeta, que dormía al lado de su cama desde que Alonso había abandonado la hacienda, agarró un puño de tiros del cajón y salió corriendo. En el camino cargó el arma y al llegar a la cocina se hizo notar con un disparo al aire que desmoronó aún más el ya maltrecho techo. Se hizo el silencio. Uno a uno los revolucionarios levantaron los brazos sin que nadie se los pidiera, rindiéndose ante la sorpresiva explosión.

–No dispare –suplicó Quirino Navarro–. Somos gente del pueblo.

–Son una bola de bandidos maleducados, eso es lo que son –respondió Julienne.

–Solo queremos comida, y algunos de los muchachos, desfogarse un poco.

–Que vayan a desfogarse al corral, que para eso tienen manos, pero a las muchachas las dejan en paz o los mando al otro mundo. Pasen al comedor.

A punta de escopeta los sentó uno por uno en la mesa principal. La mayoría se sentía incómoda; nunca había estado en una mesa así. Julienne ordenó huevos, frijoles y tortillas para todos. Navarro quiso sentarse en la cabecera. Con la escopeta, la señora de la casa le señaló su lugar, en una de las orillas al otro lado de la mesa. El cabecilla no chistó.

Ella misma se sentó en la cabecera a acompañar a los hambrientos revolucionarios. Estaban terminando el desayuno, todos callados e incómodos por la presencia de la patrona, cuando se escucharon unas espuelas sacando chispas por el corredor. A contraluz se dibujó la silueta de un hombre alto y bien uniformado. De la cara solo destacaba un bigote nutrido y recortado a la moda. Navarro lo reconoció de inmediato y se levantó de un brinco y a la voz de:

–A sus órdenes, mi coronel.

Se puso en firmes. El resto de la tropa hizo lo mismo con más o menos enjundia; no querían perderse el único desayuno decente en años. Julienne permaneció sentada en la cabecera con el arma cruzada al pecho y el dedo en el gatillo.

–¿Usted no piensa presentarme sus respetos?

–¿Y usted no piensa presentarse? –respondió la Francesita, repasando de arriba abajo con la mirada al coronel, perfectamente ataviado con uniforme de campaña, una pañoleta al cuello, la barba crecida de dos días y las botas polvosas.

Julienne se fijó más en sus risueños ojos negros y sus orejas pequeñas, algo saltonas como su voz de mando.

–Disculpe usted el atrevimiento, señora, no quise interrumpir sus alimentos –dijo con sorna–. Soy el coronel Enrique Estrada del Ejército del Noroeste que comanda mi general Obregón.

Estrada hizo una pequeña reverencia al tiempo que chocaba los talones y se quedó en silencio, esperando que Julienne se presentara. Después de unos segundos incómodos sin respuesta, el coronel, en otro tono, inquirió:

–¿Y usted es…?

–La señora de la casa… La señora de Rivero.

Estrada notó el acento extranjero en la manera en que Julienne aún arrastraba un poco la erre de Rivero.

–¿Y la señora de Rivero tiene un nombre?

–Para usted basta con el que le di.

–Señora Rivero, usted y yo tenemos que hablar sobre algunos servicios para la causa revolucionaria.

–Supongo que usted no ha desayunado, ningún líder que se respete desayuna antes de haber alimentado a su tropa. Yo tampoco lo he hecho, así que, si no tiene inconveniente, almorzaremos aquí mismo una vez que sus soldados se hayan saciado.

El coronel dio la orden a la tropa de que se retirara y esperara en al zaguán.

–Una vez que se hayan saciado, no antes –dijo Julienne con voz de mando, granjeándose a la tropa.

El último en levantarse fue Navarro, que empujaba frijoles con un cuarto de tortilla en cada mano a una velocidad de concurso.

–Quirino –gritó el coronel–, ¿qué usted no tiene llenadera? Agradezca a la señora y retírese.

Contra su voluntad, el cabecilla Navarro se levantó de la mesa dejando aún frijoles en el plato, hizo una reverencia presionando el sombrero contra su pecho y se retiró sin decir palabra.

–Disculpará usted los modales de la tropa, señora Rivero.

–No muy distintos a los de su coronel, que se presenta de improviso y sin anunciarse en casa ajena. Siéntese por favor –dijo Julienne señalando la silla a su derecha.

Recargó la escopeta contra la mesa.

–Supongo que por el momento no la necesitaré, ¿no es así, coronel?

Hizo una seña e inmediatamente se presentaron tres mujeres a levantar los platos sucios y limpiar la mesa, que había quedado salpicada de huevo y frijol. Ordenó un buen desayuno para el coronel y lo mismo de siempre para ella.

–De nuevo mis disculpas por el atrevimiento. Entenderá que no son épocas de grandes cortesías.

–La cortesía y la educación no tienen época, coronel. Se tienen o no se tienen. Me da la impresión de que usted las tiene, no se esmere en ocultarlas.

A Julienne le sirvieron el desayuno habitual: una naranja que peló con cuchillo y tenedor con una maestría que hizo sentir mal al invitado y un huevo tibio, *à la coque,* montado sobre una pequeña taza y que la cocinera había aprendido a preparar a la perfección rezando tres credos, pues el

reloj de arena que había llevado la patrona le parecía un artefacto demasiado complejo. El coronel tomó una lima del frutero, pero no se animó a comerla con la mano, por lo que pasó directamente a los huevos embodegados, es decir, fritos dentro de una tortilla recién hecha que eran, además de sabrosos, una verdadera obra de arte. Terminando el desayuno, el coronel fue el grano: la causa revolucionaria necesitaba un préstamo y todos los hacendados estaban obligados a contribuir. Después del triunfo vería la forma de retribuirles el empréstito. La respuesta de Julienne fue un no rotundo. La hacienda pasaba por un muy mal momento tras la lluvia de ceniza y lo que había era apenas suficiente para sobrevivir. Ella tenía veinticuatro peones que alimentar todos los días. Esa, dijo, era su causa y ninguna otra. El semblante de Estrada cambió por completo. No esperaba una respuesta negativa y menos aún tan contundente. Estaba acostumbrado a provocar miedo.

–No se resista, señora, que eso puede tener consecuencias con los muchachos.

–Y usted no abuse, coronel, que el pueblo no tolera que le roben la comida.

La cordialidad había quedado de lado. Los dos estaban en ese punto cuando apareció Marcelo en pijamas. Se acurrucó en el regazo de su madre y Estrada pudo ver la herida de la cabeza, que aún no terminaba de sanar. Era un niño tímido, lleno de miedos. El militar leyó la situación y cambió de táctica.

–Señora, el dinero no es suyo, sabemos bien que esta hacienda es de don Alonso y de la familia Rivero desde hace muchos años. ¿Por qué defiende a ese patán?

–No defiendo al patán, como usted le llama. Tampoco voy a discutir el adjetivo –dijo, haciendo una mueca que Estrada interpretó como una sonrisa cómplice–. Necesito el dinero para darle de comer a la gente y defender a los míos, como usted defiende a los suyos –concluyó apretando al niño contra su pecho–. Sin embargo, las cosas personales de Alonso, ¿quién soy yo para defenderlas?

Marcelo contaba, divertido, los recuerdos de aquel día que, con la complicidad del coronel, significaron una pequeña venganza contra su padre. Abrieron de un golpe de marro el candado con el que Alonso guardaba celosamente su recámara y la vaciaron en menos de lo que tardaba el chisme en correr por la hacienda. Se llevaron relojes, leontinas, anillos, mancuernillas, una silla de montar de plata pura y todo lo que pensaban que podría tener algún valor o uso revolucionario: camisas para el coronel Estrada, un sombrero de fieltro español para Navarro, uno unas botas, otro un fuete y otro una cobija. El cuarto quedó vacío, como si nadie lo hubiera habitado jamás.

Mientras Marcelo creció como un niño débil, enfermizo y retraído, Juan, su medio hermano, era bronco, ágil y echador; el vivo retrato de su padre, se ufanaba Alonso en sus cada vez más esporádicas visitas a La Trasquila para que todos se enteraran de que era su hijo. Mientras Marcelo estudiaba con Elena, una institutriz traída de Guadalajara, Juan se educaba en el campo y se convertía en el mejor jinete de la región.

Todo el rencor que Alonso tenía a su mujer lo trasladó por completo a su hijo. Es cierto que nunca volvió a tocar a Marcelo, como lo es que tampoco volvió a dirigirle la palabra. El niño se hizo joven sin una figura paterna. A su alrededor solo había mujeres: su madre, su nana Luisa y la institutriz Elena. Tenía fama de afeminado, y el contraste con los desplantes machistas de Juan lo hacía más evidente. Julienne decidió que lo mejor para un joven de finas maneras era que viviera y estudiara en Guadalajara, pero ella no quería dejar la hacienda; el campo y las borregas eran su vida y La Trasquila, su casa. Odiaba pensarse a sí misma en el ambiente de las señoras tapatías, los insoportables tés canasta con sus cuñadas, la entrometida de su suegra y las interminables reglas de cortesía de su madrina.

Marcelo y la nana Luisa llegaron a vivir a Guadalajara en la casa del abuelo René que, si bien seguía teniendo su característico buen corazón, se había convertido en un viejo terco y achacoso que se negaba a hablar en español o de otra cosa que no fuera la infancia en los valles del Ubaye. No fue una gran compañía ni una figura paterna para Marcelo, un joven

solitario que iba de su casa, por los rumbos de Lafayette, al Instituto San José, a un costado del templo de San Felipe, en el tranvía o a pie por la calle Hidalgo, sin perro que lo acompañara. De hecho, solo tenía un amigo, Claudio Larios, con el que compartía la pasión por las artes y el gusto por las buenas maneras y el buen vestir; eran los dandis del Instituto San José. Ese apodo les quedó para toda la vida.

La amistad entre Claudio y Marcelo era lo que los padres jesuitas llamaban una amistad particular. No diré más. Pasaban el día juntos dibujando y pintando; rehuían el futbol y cualquier otro deporte que no fuera la natación o los clavados (eran los mejores clavadistas del club Guadalajara). Eso les ganó el respeto de sus compañeros, que si bien los carrillaban por afeminados, ningún otro de su generación era capaz de tirarse de la plataforma de diez metros. Solo «los dandis».

Don René no prestaba atención a esas cosas. Julienne lo veía poco, pues viajaba a Guadalajara cada venida de obispo para ver a su padre y a su hijo. A donde sí iba con más frecuencia la Francesita era a la Ciudad de México, invitada por el general Estrada, ahora ministro de Guerra. Alonso tenía otra vida. Pasaba largas temporadas en Tlaquepaque, luego desaparecía por semanas y de repente se dejaba caer a San Ignacio. Pasaba el día con su hijo Juan montando a caballo y a cuanta hembra les apetecía a ambos. La única que se ocupaba y preocupaba por el joven Marcelo era la nana Luisa. No le preocupaba su amistad con Claudio, pues ella decía haber visto de todo y juraba que hasta entre los gallos había amistades de ese tipo, sino el abandono del joven y el rechazo que a leguas se sentía de parte de la sociedad tapatía.

Cuando terminaron la preparatoria, Marcelo y Claudio entraron a la Escuela Libre de Ingenieros. Marcelo quería ser arquitecto, como muchos otros de sus compañeros. A pesar de que la escuela había cerrado la rama terminal de arquitectura, era la opción más parecida a lo que buscaba. Aunque Claudio siempre quiso ser pintor, entró a la escuela de ingeniería por seguir a su amigo. Los primeros años como universitarios fueron felices. Marcelo pasaba el día entero entre la universidad y la casa de Claudio y, con la excusa del exceso de trabajo, muchas veces también la noche. La hermana menor de Claudio, Emilia, una joven alegre, guapa y

desfachatada de vivos ojos verdes, se convirtió en la tercera pata del banco. Eran un trío inseparable, hasta que un día sucedió aquello.

De aquello hay muchas versiones, muchas exageradas, todas igualmente horribles. Yo te voy a platicar la versión de Marcelo, que es la que sabía tu padre.

Después de clase habían ido a tomar unas cervezas con los compañeros a una cantina detrás de la catedral, junto al palacio de Cañedo, llamada La Fuente. Entrados en copas, no faltó quien de entre los estudiantes contrató a unas muchachas y les pidió que asediaran a Claudio y Marcelo. Comenzaron las bromas, que ahora sí les iban a quitar lo jotos, que en la escuela ya solo aceptaban ingenieros, que por eso habían cerrado la terminal de arquitectura. Marcelo reaccionó. Tomó a la muchacha de la mano, insinuando que la llevaba a un hotel. Caminó con ella dos cuadras hacia San Juan de Dios y al llegar a la Alameda le pagó, la despidió y regresó a su casa. No fue el caso de Claudio, quien, molesto, se resistió y le dijo a la muchacha que se fuera a otro lado. No está claro quién organizó aquello o si lo tenían previsto desde antes, el caso es que entre burlas sacaron a Claudio de la cantina y, justo en la esquina del Palacio de Gobierno, donde estaba la oficina de la policía, otros dos compañeros lo esperaban: uno le vació una cubeta de melaza e inmediatamente otro echó sobre él una cubeta de plumas de gallina. Como si no bastara con esa humillación, lo levantaron y lo hicieron caminar por la plaza de armas mientras cacareaban y se carcajeaban. Los policías, lejos de proteger a Claudio, se unieron a la humillación. Escucharás muchas variaciones sobre aquella noche: quien dice que lo desnudaron, quien dice que lo pasearon por toda la ciudad hasta altas horas de la noche, quien incluso dice que lo violaron con la macana de uno de los policías. Lo que tu abuela le contó a tu padre es solo lo que te narré antes.

Como fuera, lo que sucedió aquella noche les cambió la vida. Claudio se fue a la Ciudad de México. Estudió Arte en la escuela del callejón de Esmeralda y se convirtió en un gran artista. Marcelo se quedó en Guadalajara, aunque nunca regresó a la Escuela Libre de Ingenieros. Entró a trabajar a las Fábricas de Francia como vendedor y rápidamente

ascendió hasta gerente: sus buenos modales y buen gusto eran una fortaleza en su trabajo. El trío se convirtió en pareja. Sin Claudio, la relación entre Emilia y Marcelo fue cada día más estrecha: pasaban las tardes juntos en casa de una u otro, salían a pasear por Lafayette, iban al cine a las modernas salas de Zelayarán o la de Imperio. Siempre que había un baile o los invitaban a una fiesta, iban juntos. A los ojos de cualquiera parecían una pareja de novios muy normal. A los ojos de la nana Luisa, no. A ella no se le escapaba detalle. Una mañana, mientras le servía el desayuno, Luisa, presta como siempre a interpretar las cosas del diablo, le espetó:

–Joven Marcelo, cásese con la señorita Emilia si no quiere que se le meta el chamuco.

–¿Cuál chamuco, nana?

–El de los malos deseos y pensamientos. Y el de las habladurías, que es peor.

Xabier

Todos le decían el Vasco. No era un apodo extraño, más bien obvio para alguien que nació en Bilbao en la época de expansión de esa ciudad. La industria del acero, los astilleros y, tras ellos, los bancos generaron la aparición de una nueva clase alta que nada tenían que ver con los adinerados y anquilosados nobles de Madrid, y al mismo tiempo una clase obrera en expansión alejada de la cultura de campesinos y pastores de los Pirineos. Xabier fue el mayor de los tres hijos que se lograron —otros cuatro murieron de parto o antes del mes de nacidos— en el matrimonio del obrero Iñaki Ibaiguren y la pastora Itziar Mendizábal. Fue el primero en su familia en estudiar y ser capaz de leer y escribir en castellano. Contra la voluntad de su padre, que deseaba que se pusiera a trabajar desde joven para llevar dinero a casa, Xabi, como le decían sus compañeros, entró al liceo y cursó estudios de mecánica. Gracias a la recomendación y los buenos oficios de su maestro, Adrién Loperena,

tuvo su primer trabajo como capataz en una fábrica de remaches en la industria metalúrgica. El sueldo, cuatro veces más que el de un obrero no especializado, le permitió a Xabier llevarse a su madre y a sus hermanos a uno de los nuevos barrios de clase media que crecían en el segundo ensanche, alejados del pestilente río, pero sobre todo del tufo alcohólico y las manos brutas de Iñaki, que golpeaba a su mujer cuando se emborrachaba, lo que sucedía cada sábado, el día de paga. Xabier quería que su hermano Mikel estudiara el liceo y que su hermana Iraia conociera más opciones que sus vecinos, hijos de obreros más dados al trago que al trabajo. En este nuevo barrio, la mayoría de los habitantes venía de otras provincias de España a trabajar como mandos medios de las pujantes empresas y eran, a su juicio, un poco menos brutos que los vascos. A la postre no logró ni una cosa ni la otra: Mikel abandonó los estudios, se convirtió en obrero y regresó a la casa paterna; detrás de él volvió también su madre, que decía aburrirse más que en la cuaresma en el barrio catrín. Iraia con dificultad terminó la instrucción primaria y a los quince años se lio con un cajero del Banco de Vizcaya que le hizo un niño y no le cumplió.

A instancias de su maestro Loperena, Xabier participó en la fundación de la Federación Nacional de Trabajadores del Norte, brazo vasco de la Confederación Nacional del Trabajo, un sindicato anarquista de origen catalán. La represión estaba a la orden del día y los obreros anarquistas eran masacrados en las calles en cada manifestación. Dos veces por semana, al terminar el turno en la fábrica, Xabi acudía a las reuniones del sindicato, donde discutían con vehemencia el rumbo a seguir. El triunfo de los bolcheviques en Rusia generaba cada día más adeptos a la opción armada y a un partido comunista vinculado a la Internacional. Otros reivindicaban la necesidad de un anarquismo que pugnara por la independencia del País Vasco, emancipado del gobierno de Madrid. Todo iba más o menos bien para Xabier hasta que vino el incidente.

Eran años convulsos en toda España. Golpes militares, inestabilidad política y sobre todo pérdida de libertades, así que, además de su

participación en el sindicato, Xabi aumentó su militancia en la Federación Anarquista Ibérica, una organización que practicaba la clandestinidad, muy dada al secretismo y a los métodos duros del estalinismo. En abril de 1932 los anarquistas decidieron boicotear las celebraciones por el aniversario de la República. El plan consistía en generar caos. Xabier fue asignado junto con su célula a la ciudad de Vitoria. Como los habían instruido, los anarquistas se mezclaron con los republicanos en la marcha a la espera de la señal para romper la manifestación. No fue necesario: un disparo que nadie supo de dónde vino dio en la cabeza de un alguacil. Los anarquistas interpretaron aquello como una señal de atacar la manifestación y así lo hicieron. Hubo decenas de heridos, pero sobre todo una respuesta bestial del gobierno de Madrid. En menos de cuarenta minutos fueron detenidos más de doscientos anarcos, entre ellos su ideólogo, Isaac Puente. Los rumores sobre torturas y fusilamientos, cada vez más terribles y atemorizantes, corrían de boca en boca. Esa misma noche, Loperena se presentó en casa de Xabi.

–Vienen por ti. Te van a acusar de la muerte del alguacil. Me lo dijo un gerente de la fábrica que te aprecia. Lo mejor es que salgas del país.

Xabier no sabía quién fue el autor del disparo que terminó en la cabeza del policía, de lo que no tenía duda era de que si lo acusaban él terminaría en el cadalso. Empacó unas cuantas cosas, entre ellas una edición autografiada de *El comunismo libertario* de Puente, editado en los talleres del sindicato. Subió a la cajuela del auto de Loperena y salieron rumbo a Irún, en la frontera con las provincias vascas francesas, donde algunos compañeros anarquistas lo podrían auxiliar. Fueron casi cuatro horas de tumbos por brechas para evitar cualquier poblado mediano en el que pudiera haber policías. El olor a gasolina le provocó náuseas y mareo. Vomitó tres veces en el trayecto, lo que hacía aún más desagradable el encierro en la cajuela del Elizalde 51. Amanecía cuando al fin terminó el martirio. Estaban en un valle de los Altos Pirineos y hacía frío. Loperena

se quitó el saco, lo puso en los hombros de su alumno consentido y le dio un abrazo.

–Detrás de esa colina es Francia. Sobrevive y no vuelvas hasta que esto se haya calmado. No quiero perder un camarada como tú.

Xabi caminó por el valle hacia la frontera. Las pesadas botas de obrero con casquillo de acero no eran lo mejor para caminar por la montaña. La grama estaba mojada y resbalosa. En más de una ocasión tuvo que subir la ladera en cuatro patas, arrastrando la maleta de cuero que absorbía la humedad y se hacía más pesada a cada minuto. Al llegar a la parte alta de la colina pudo ver un pequeño caserío del otro lado de la frontera que, luego se enteraría, su nombre era Biriatu, el pueblo del que tanto hablaban sus compañeros. Apretó el paso. El descenso, no menos resbaloso, era, sin embargo, menos pronunciado. Caminaba feliz cuando entre él y su objetivo apareció una voluta de humo justo sobre la margen del Bidasoa, el río que marcaba la frontera. Unos metros más adelante, aquella fogata reveló su identidad: era una patrulla del Ejército Español que vigilaba el paso de la frontera. Seguramente no era el primer anarquista que intentaba escapar por el mismo punto, pues su maestro lo había llevado ahí con la certeza de quien conoce el camino. Se detuvo. El sol primaveral que comenzaba a levantar detrás de las laderas lo calentó un poco. Se quitó el saco y las botas y se recargó en el tronco de un árbol a recibir un poco de calor. Tenía que tomar decisiones. Regresar era un riesgo: no tenía el equipo ni los zapatos ni la ropa adecuada para caminar por los Pirineos, independientemente de que a estas horas su ficha de búsqueda estaría ya circulando por todos los puestos policiacos del País Vasco y en cosa de horas su rostro dejaría de ser anónimo. Pasar la noche a la intemperie tampoco era opción, pues, aunque había entrado la primavera y a esa hora el viento había perdido su fuerza, por la noche, en la montaña, la temperatura estaría debajo del punto de congelación. Observó paciente el comportamiento del batallón del ejército durante un par de horas, analizó sus recorridos, los puntos de retorno y el territorio

controlado. Regresó a la cumbre de la colina y buscó un lugar cerca del arroyo para tener agua disponible. Desde ahí pudo ver otro valle, más al sur, que la patrulla no alcanzaba a cubrir. El río allá era más ancho y no había un puente para cruzar. Nadar hasta la otra orilla no era opción: la temperatura del agua estaría sin duda helada y, más grave aún, no sabía nadar. Decidió que en cuanto el sol comenzara a ponerse bajaría por la colina hacia el sur para intentar llegar hasta la margen española del río, lejos del alcance de los militares. El riesgo de encontrarse con otra patrulla no era menor. Quedarse quieto no era opción.

El sol se escondió detrás de las montañas a sus espaldas y el ambiente enfrió en minutos. Se puso el saco de Loperena en la espalda y comenzó el descenso por un sendero que en la oscuridad parecía más escarpado e incierto. Alcanzó el valle un par de horas después. El rumor del río indicaba que en esa parte era más turbulento. A la distancia se veía pálida la luz de una lámpara de aceite. Se detuvo. No eran militares, pues si fuese una patrulla habría más de una lámpara y el murmullo que siempre los acompaña. Era más probable que se tratara de una granja. Tomó el riesgo. Al acercarse vio un establo con unas cuantas vacas y la luz tenue detrás de una ventana. Pensó en pedir asilo y algo de alimento; se había saltado ya cuatro comidas y su cuerpo reclamaba. Prefirió el hambre que el riesgo. Se acurrucó en un rincón del establo buscando el calor de las vacas para dormir un poco. No lo logró: claramente él era obrero, no campesino. Detestaba el olor a estiércol, temía a los ruidos extraños de las vacas cuando dormían y la humedad le calaba hasta los huesos. Cuando las vacas comenzaron a mugir supo que lo que seguía era la aparición del granjero para la ordeña. Le hubiera encantado no ser tan ignorante de las labores del campo y sacar un poco de leche caliente de aquellas ubres para alimentarse. Otra vez pudo más el miedo, ahora a las patas de las vacas y los coletazos. Optó por salir del establo y caminar río arriba. Con los primeros rayos del sol encontró su salvación: una barcaza de remos.

Remar tampoco sabía, pero, mecánico al fin, intuyó el comportamiento de la barca y de las corrientes del río. El flujo lo llevó río abajo y, en una maniobra poco agraciada en la que perdió un remo y estuvo a punto de perder la maleta, logró asirse de una rama, mantener el

equilibrio y bajarse a gatas al suelo pantanoso. La lancha siguió sola río abajo. Xabi caminó con el lodo hasta los tobillos hacia el macizo de pinos, donde siguió el sendero de las vacas río abajo. Levantaba el día cuando pudo ver el humo de las cocinas del batallón del Ejército Español en la margen opuesta y, unos minutos después, el murmullo del batallón como gallinero recién despertado. Los cencerros de un rebaño de cabras que salían al monte con su pastor lo pusieron en alerta. Tardó en recordar que estaba en territorio seguro. El pastor lo saludó con sequedad, sin levantar la cabeza:

–*Egun on*.

–*Egun on* –respondió Xabi.

Sin pensarlo mucho se atrevió a pedir un jarro de leche de cabra. El pastor lo revisó con la mirada de pies a cabeza. Notó el lodo en sus pesadas botas, el citadino saco de *tweed*, la cara demacrada de quien no había dormido en dos días.

–Tú soltaste la lancha y el remo.

–Los robé de una granja vecina para cruzar la frontera.

–Los encontré en una ensenada del río. Vaya a la granja, en la casa de la puerta negra y pregunte por Kaia, es mi mujer. Ella le dará de desayunar. Solo dígale que es el náufrago del bote, le dará mucho gusto saber que el camarada náufrago está vivo. Esperábamos ver su cadáver pasar por el frente de la granja en cualquier momento –dijo con sorna y le dio una palmada en la espalda–. *Osasuna eta anarkia.*

–*Osasuna eta anarkia* –respondió Xabi y entrelazó los puños por encima de su cabeza.

Sonrió. Se sintió fuerte por primera vez en dos días.

Kaia era una mujer rubia, de cara redonda y una sonrisa que abrazaba. Xabier no tuvo que dar muchas explicaciones. No era la primera vez que la mujer recibía compañeros en problemas. De hecho, se enteró en la plática de que la lancha era de ellos y la dejaban estratégicamente ahí para el cruce de camaradas necesitados. Le ofreció café, aguardiente, pan con terrina, un baño caliente y ropa seca. Durmió toda la mañana.

Los cencerros de las cabras anunciaron el regreso del pastor que, se había enterado en las pláticas con Kaia, se llamaba Txarles y era un anarquista hijo de anarquista. Xabier quiso ayudar con las faenas del campo; muy pronto se dieron cuenta de que era un inútil. Amablemente la pareja le había dicho «tú descansa, nosotros nos ocupamos» después de que tropezó con los cubos de ordeña nomás entrar al establo, provocando una estampida de cabras. Durante la cena, Txarles le hizo saber que en el País Vasco francés no estaría del todo seguro: había colaboración entre policías, particularmente en el tema de captura de anarquistas, y le dio una ruta de contactos de pueblo en pueblo hasta Bayona.

Le tomó dos meses llegar al puerto. Iba de casa en casa de la red anarquista y, a manera de paga, Xabi reparaba las máquinas. No tenía prisa, tampoco destino. En Bayona no había propiamente un movimiento anarquista; eran, como en el resto de las comunidades rurales, solo algunos simpatizantes solidarios. Imanol Garbisu, carnicero y jugador aficionado de *rugby*, era uno de ellos. Lo acogió en el obrador, en uno de los cuartos del fondo que olía a carne, en realidad a cadáver. El hedor quedó por meses impregnado en su nariz.

Todas las mañanas Xabi iba al puerto en busca de trabajo en cualquier barco que lo llevara lejos. Su concepto de lejos era Burdeos, un poco al norte, o incluso Liverpool, en Inglaterra. Tenía ya trabajo y rumbo en el *Loire*, un buque francés con destino a Plymouth, el 11 de julio, pero Imanol le prohibió embarcarse: harían en Bayona unas fiestas al estilo de los sanfermines españoles que no se podía perder. Xabi recordaría aquella semana por siempre. La Fiesta de Bayona fue una juerga de cinco días persiguiendo toros y tomando vino de taberna en taberna que le recordó que la vida era algo más que el trabajo y el compromiso anarquista. Las fiestas le enseñaron también lo que era el amor. Simone Iribarne, hija de un acomodado comerciante de vinos de la región, lo acogió en su lecho todas y cada una de las noches de las fiestas. Ni una más. El lunes, cuando Xabi quiso volver a estar con ella, Simone lo despreció. Después

de cuatro días de insistencia le llegó un recado a través de Imanol en el que le pedía que dejara de insistir, que ella era una señorita hija de un respetable comerciante. Lo que pasó en la fiesta se quedó en la fiesta. Quizá el año siguiente volverían a coincidir.

Despechado, Xabi regresó al puerto y esta vez subió al primer carguero que le dio trabajo. Aunque el barco de nombre *El Vizcaíno* atracó en Gijón, no quiso arriesgarse a tocar tierra española, así que decidió continuar hasta el siguiente puerto: Tampico, en México.

No está claro cómo llegó Xabi a la Ciudad de México, pero no hay duda de que era su destino. Sabemos que el día de desembarque fue el 23 de agosto de 1932 y que para el 10 de septiembre de ese mismo año ya aparece en las memorias de una reunión de grupos anarquistas en la capital. Nada le molestaba tanto a Xabi como que lo consideraran parte del exilio republicano que acogió el gobierno de Lázaro Cárdenas, pues él llegó antes. Odiaba a la monarquía y a Franco tanto como a la República y al Gobierno de México, por revolucionario que se dijera. Nunca tuvo estatus de exiliado, entró como turista y vivió toda su vida de ilegal en el país al que lo trajo el azar y, sin embargo, el país que él escogió, explícitamente, para morir.

El anarquismo en México estaba a la baja. Varios de sus cuadros destacados se habían sumado al gobierno de Lázaro Cárdenas creyendo que este era, ahora sí, un gobierno revolucionario de obreros y campesinos. Emma y José Manuel, que no compartían esa idea, se habían quedado prácticamente solos en la lucha anarquista. Cuando Xabier Ibaiguren se presentó a la reunión del círculo de estudio anarquista en su casa, los principales extrañados fueron los anfitriones. No porque hubiese logrado encontrar al grupo y el sitio de la reunión –a esas alturas la clandestinidad era más un ritual que algo serio– sino porque alguien quisiera participar en el estudio del anarquismo en México. A José Manuel le olió a celada, no confiaba en el Vasco, como lo bautizó de inmediato, pues el apellido le parecía impronunciable.

–¿Quién llega de la nada a un grupo muerto? –preguntó José Manuel.

–El que hacía falta para revivirlo –respondió Emma.

Doce años menor que José Manuel y casi diez que Emma, el Vasco revitalizó la célula anarquista, que parecía consumirse como una vela frente a las nuevas corrientes de izquierda. Convenció a Emma de volver a publicar *Vésper* y dio a los anarquistas argumentos en contra de los comunistas y, más aún, contra aquellos que apoyaban la institucionalización de una revolución que, argumentaba Xabi, era más burguesa que los dueños del Banco de Vizcaya. En esta etapa, *Vésper* fue más radical, atrevido y clandestino, y también, cuando menos circuló, pues los ejemplares se quedaban en el armario en casa de Emma y José Manuel a falta de voluntarios que los repartieran. En sus tiempos libres, que nunca coincidían con los tiempos de los obreros, José Manuel y Emma lo llevaban a las sedes sindicales. Otros pocos ejemplares los distribuía el Vasco, que había encontrado trabajo en una empresa metalúrgica. Al hacerlo corría el riesgo de perder el trabajo y, peor aún, de ser expulsado del país en el que vivía ilegalmente. No le importaba. Los artículos que escribió en esa última y errática etapa del semanario anarquista los firmó con el seudónimo de Loperena, en homenaje a su maestro.

Para efectos prácticos la célula anarquista se redujo a ellos tres y el matrimonio se amplió también a tres. Xabi vivía, comía y viajaba con Emma y José Manuel, y, aparentemente, también dormía en la cama de Emma las noches en las que algún asunto de sus defendidos de oficio en la cárcel de Lecumberri obligaba al abogado a pernoctar en el catre que tenía dispuesto a un costado de los juzgados de la prisión. Cuando por segundo mes consecutivo no le vino el periodo, Emma les informó al mismo tiempo la noticia.

–Estoy embarazada –dijo sin espavientos.

Ninguno de los posibles padres comentó el suceso.

A finales de ese año de 1933 nació un niño grande, chapeteado, con unos pelos negros coronándole la cabeza y arrugado como un perro bulldog. Aunque ambos buscaban en el niño el rasgo que les permitiera salir de dudas sobre la paternidad, no había manera de establecer

familiaridad alguna. Emma, sabedora de la duda que carcomía a los dos varones los mandó llamar al cuarto y mientras conectaba el bebé a su pecho para estimular la producción de leche, les informó:

–Se llama Ixca.

Para no meterse en líos ni tener que dar explicaciones a nadie, le daría solo el apellido Belén.

–Belén y nada más, con la pura madre tiene –sentenció.

Ixca, tu abuelo, creció con dos papás, aunque a ninguno lo llamó jamás padre: uno era Pepe y el otro Xabi, tal como Emma les llamaba. El trío continuó viviendo en la misma casa y se repartían las tareas de crianza al ritmo que marcaba la necesidad.

«Entre tres hasta el matrimonio es más sencillo», cuentan que dijo tu bisabuela Emma ante la maliciosa insinuación de una compañera de trabajo.

Las tardes solía pasarlas con José Manuel en Lecumberri, donde a partir de las tres, después del último toque de reclusión, los patios quedaban a merced de Ixca y su triciclo. Al salir de la fábrica Xabi tomaba el camión al centro, recogía al niño en la prisión y se iban caminando hacia la imprenta, donde Emma trabajaba como correctora de galeras y de ahí al departamento en Buenavista. Si Pepe llegaba antes de las ocho cenaban todos juntos, si no, Xabi hacía los honores. Emma no era para nada amante de la cocina, por lo que el Vasco tenía que entrar al quite como en los toros de Bayona. El *marmitako* –un caldo de pescado con papas– era su platillo preferido y el que mejor le quedaba.

Todo cambió con la llegada de León Trotski. El Partido Comunista se dividió entre los trotskistas y los estalinistas. Para unos la llegada a México del fundador de la IV Internacional era la oportunidad de revitalizar al partido en México; para otros era simplemente el traidor. Fue en aquellos días cuando Xabi comenzó a platicar en las comidas de su amigo francés, quien se había interesado en revivir una publicación de carácter ideológico. A Emma le pareció extraño que en un primer momento Xabi hablara de él como estalinista y al poco tiempo platicara de su interés por participar en los círculos anarquistas, pero sobre todo la

calidad de su redacción en español, que si bien tenía no pocas faltas de ortografía, no acusaba problemas de sintaxis. Lo comentó con José Manuel, que muy a su estilo solo respiró fuerte un par de veces, como hacía cada vez que meditaba algún asunto, y no dijo palabra.

Todos recordaban con detalle en dónde estaban cuando se enteraron de que un supuesto seguidor, con el pretexto de recibir comentarios del líder comunista a un artículo que había escrito, le clavó un piolet en la cabeza mientras leía. Los tres contaban haber sospechado de inmediato de Jacques Mornard, el amigo de Xabi. Los tres decían haber recibido la noticia con sorpresa. A los tres les marcó la vida.

Al reconstruir la vida de Mornard en México, la policía dio rápidamente con Xabi, a quien interrogó en un par de ocasiones, la segunda con bastante poca amabilidad. El problema no es lo que él sabía de su amigo –en realidad muy poco–, sino lo que los interrogadores sabían de Xabier Ibaiguren, alias Loperena o el Vasco. La policía política lo tenía fichado como un anarquista violento, autor de un atentado mortal contra la policía española y un agitador obrero que había entrado al país ilegalmente. No era del todo exacta la ficha, pero, como le dijo José Manuel, aquello no era sino la interpretación maniaca de los datos de su biografía, y la policía política no era sino la versión paranoica del Estado. La imprenta donde trabajaba Emma fue allanada y las prensas confiscadas. Una gran paradoja: la defensa de los medios de producción como parte esencial de la libertad de expresión, expresada en el artículo 5º de la Constitución, fue una de las batallas ganadas por el anarquismo en la Revolución, pero hoy la revolución era el partido y este hacía lo que quería.

La familia se disgregó. A José Manuel le asignaron, supuestamente por turno, pero en realidad porque ningún otro de los abogados de oficio quiso tomarlo, la defensa del asesino más famoso del país. Jacques Mornard, el supuesto francés que había entrado a México con el nombre de Frank Jackson, según constaba en el pasaporte canadiense sellado en Tampico en septiembre de 1930, era ahora su obligación. Lo delicado del caso obligó a José Manuel a trasladarse a vivir a Lecumberri, donde

pasaba el día entero y dormía apenas unas horas en su catre. Emma y Xabier tuvieron que esconderse. No tuvieron que ir demasiado lejos, pues a la policía política le importaba solo lo que pasaba en Ciudad de México. Se refugiaron en la misma casona de las afueras de Morelia donde Emma se había escondido en la infancia. A punto de cumplir los siete años, Ixca se fue a vivir a Tepic a casa de su tía María.

7

El crítico

Desperté temprano para ir al mercado. Maca era un manojo de nervios. Ayer por la noche entró a la cocina para conocer el menú y preparar tanto la mesa como el maridaje. Lo único que encontró fueron unos huesos tatemados en una olla de agua hirviendo con zahanoria, nabo, apio, laurel y un trozo de carne de res.

–¿Y el menú?

–Lo decidiré mañana en el mercado.

–¿Estás loco, Neto? Rosel es el crítico de cocina más importante del país y tú sigues jugando al niño mal portado. Si te quieres suicidar como chef, no cuentes conmigo.

No era la primera vez que lo decía, y yo sabía que contaba con Maca incluso para suicidarme. Lo que más le enojó fue que cambié unilateralmente la hora de la degustación, pues lo único seguro es que serviría sopa de cebolla y era imposible comerla con el sol de mediodía. Habría que servirla después de las cinco, cuando cae la tarde y la temperatura refresca en el valle.

–¿Sopa de cebolla? Ahora sí te volviste loco. Hazle como quieras, son cinco y llegan a las tres. –El portazo sonó distinto esta vez. Estaba molesta de verdad.

La pescadería Mar de Cortés de don Nicasio abre sus puertas a las siete; a mí me dejaba entrar un poco antes para escoger. Pocas cosas me gustan tanto como ese olor del pescado fresco. Recorrí caja por caja y al final opté por unos callos de hacha que estaban todavía en su concha, una enorme armadura que efectivamente parece una amenazante hacha medieval; una totoaba de granja de cerca de ocho kilos, y me llevé un costal de ostiones de diferentes variedades, para entretener a los comensales entre la hora de su llegada y la comida.

Cuando Maca vio la compra puso su ya típica cara de «*what*», aunque esta en realidad era cara de «*what the fuck*». En el desayuno, en medio del fuerte olor que desprendían los cuatro kilos de cebolla rebanada en su lento proceso de caramelización, expliqué el menú y el plan. Abríamos con una entrada de callos, luego la sopa de cebolla y de fuerte la totoaba preparada de la forma más sencilla, sin salsas, solo acompañada con alguna ensalada. Para el postre, las mismas crepas de guamúchil con una bola de nieve de pirul. Como iban a llegar a las tres, el plan era hacer una visita guiada por el predio, que vieran la huerta, la cava, la cocina, y si era necesario hasta la casa, y luego sentarlos a la sombra del pirul a ver la puesta de sol comiendo ostiones recién abiertos. Dediqué la mañana a la sopa de cebolla, a filtrar el caldo, pero sin clarificarlo; lo quería sucio, con los sabores y la textura de un caldo casero. Después de cuatro horas de cocción la cebolla obró el milagro, soltó sus propios azúcares y creó una compota de aromas dulces que estuve alimentando con pequeñas dosis de vino tinto por un par de horas más para que no se resecara.

Volvimos a ser equipo. Maca entretuvo a los invitados con sus encantos y sabiduría. Cuando vio que ya hacían bizcos de hambre, los llevó a la mesa dispuesta debajo del árbol donde Martín tenía ya una barra de ostiones de diferentes tipos –roca, placer y kumamotos– con cuatro salsas y el carbón a punto, listo para hacer algunos a las brasas. Yo fui a la huerta a recolectar hojas para la pequeña ensalada que acompañaría el pescado y para pensar en la preparación final. Encontré unos ajís amarillos cuya semilla me había traído una amiga peruana y tienen un sabor espectacular. Corté unas ramas de albahaca y unas hojas grandes de hoja santa y volví a la cocina. Al abrir las conchas de los callos sentí el olor a mar como si estuviera sentado en una roqueta en medio del mar de Cortés. Había que mantener ese olor y sabor lo más virgen posible. Mientras limpiaba el primero decidí que los serviría frescos, sin cocinar, solo con pimienta, mucha pimienta, una marinada de limón con ají peruano y aceite de oliva perfumado con albahaca. La totoaba estaba

espectacular. Ramiro, mi asistente de cocina, la había limpiado y, fiel a su costumbre, preparaba ya las mollejas para comerlas como botana mientras cocinábamos. El animal estaba tan hermoso que por un momento pensé en cocinarlo entero, al horno; el abuelo Enrique decía que la mejor manera de preparar pescado es al vapor de vino blanco. Regresé a la idea original. Le pedí a Mario que sacara las lonjas de totoaba y cortara trozos de buen tamaño. Mientras tanto yo blanqueé la hoja santa y preparé la vaporera con vino blanco, pimientas enteras, cebolla y hojas de laurel. Sellé cada uno de los trozos en un sartén con mantequilla. Ya salpimentadas agregué ralladura de limón, los envolví en la hoja santa cual si fueran tamales y los dejé en la vaporera a fuego muy bajo para que el vino les diera calor. Antes de que cayera el sol, estaba yo sentado con los invitados comiendo ostiones.

El menú fue un éxito. Maca maridó perfecto cada uno de los platos. Como buenos periodistas de cocina me bombardearon con preguntas para las que no había respuesta sobre la sopa de cebolla y el pescado en hoja santa cocinado al vapor. La única respuesta posible era que extrañaba a los abuelos, que entre más pasaba el tiempo más me dolía la muerte de Teresa, que estaba obsesionado con la caja de los papeles del abuelo Enrique y que no me animaba a abrirla. Que la sopa de cebolla era un homenaje a mi propio dolor. Como no podía responderles eso, como no podía decirles la verdad, inventé una gran historia. Fueron tantas mentiras que en algún momento Maca hizo gestos.

Por la noche, mientras tomábamos la última copa antes de dormir, nos carcajeamos imaginando lo que publicarían en la revista. ¿De verdad creerían que el pescado a la hoja santa era una receta de Luis, mi bisabuelo médico, para curar la cirrosis? Se decían tantas cosas de él que una mentira más no le haría daño a su reputación de brujo sabio.

Puesta de luna

El éxito de la cena nos reconcilió. Maca estaba eufórica, pasaba el día imaginando el texto y las fotos en la revista *Gourmet*. Rosel había

resultado ser no solo un excelente crítico sino una gran persona que había elogiado la sopa de cebolla a pesar de que, cada vez lo pienso más, nada tenía que ver con el resto de menú. Los críticos se fijan en los caldos, nada les gusta tanto como husmear en eso que ellos pomposamente llaman los fondos, me había dicho algún día mi amigo Lorenzo. Y yo les había dado caldo donde menos lo esperaban: en el desierto.

Como era su costumbre cuando estaba eufórica, Maca no había dejado de hablar; en esta ocasión tampoco de amar. Nos revolcamos durante tres días seguidos como no lo habíamos hecho en años. Los pocos comensales que llegaron en esos días –era temporada baja– comieron variaciones sobre el mismo menú: ostiones preparados, ceviche de callo hecho con los restos de la almeja que normalmente no se consume y son tan buenos o más que el centro de los callos, y totoaba de cualquier forma. Maca estaba exuberante, tenía ese brillo en los ojos de cuando nos enamoramos y nomás mirarnos nos encendía. Nos tomamos las mejores botellas de la cava y apenas comíamos restos del refrigerador preparados con imaginación. Las sobras eran mi verdadera especialidad.

Tuvimos que suspender la luna de miel improvisada, pues había que retomar la vida cotidiana: yo a la cocina y la compra; Maca a la gestión y la cata de vinos. Se le apagó el brillo, la calentura y la ternura como quien apaga un calentador. Era la misma Maca, solo que ahora en lugar de palabras tiernas daba órdenes; en lugar de caricias, palmadas que querían decir apúrate, y la mirada brillante y acuosa ahora era seca e inquisidora. Yo amaba a las dos Macas.

El martes le dije a Maca que iría a Ensenada a hacer pendientes y que me quedaría a dormir en el departamento para hacer la compra al día siguiente en la madrugada. No protestó; estaba acostumbrada a estos momentos de evasión que se habían incrementado tras la muerte de la abuela. No tenía nada particular que hacer en la ciudad, salvo un antojo enorme de una tostada de erizo con almeja de La Guerrerense. Me comí otra de pepino de mar con caracol y salsa de mango enchilada; solo Sabina podía hacer de aquellos moluscos duros un manjar de dioses.

Me encerré en el departamento con la intención de matar la tarde sin hacer nada, algo que sabía hacer muy bien. Puse algo de piano jazz –un disco de Hiromi– me serví un whisky y me senté a esperar la noche viendo el mar. Solo me levanté para el *refill* con escala en el baño. De reojo vi la caja de los papeles del abuelo sin polvo, ya aspirada: Poncha, igual que yo, hacía las cosas al último, pero las hacía. Hiromi está tocando «Kaleidoscope» a una velocidad de locura. Decidí no distraerme de mi misión: ver caer el sol redondo sobre la línea del infinito en el Pacífico. No había una sola nube en el horizonte, así que podía ver cómo el mar devoraba lentamente el disco solar hasta convertirse en un último rayo violeta que súbitamente tornaba a verde por una milésima de segundo. La abuela me enseñó que, si cierras los ojos en el momento justo, ese color verde hermosísimo queda atrapado en tus pupilas y puedes disfrutarlo por varios segundos más. «Eso solo pasa aquí, ese es el secreto de la Baja», me dijo, «y no se lo decimos a nadie». Al principio pensé que lo decía por decirlo, que no era cierto y tampoco quería que yo anduviera contando sus ideas locas por ahí, por eso era un secreto. Hasta que un buen día lo atrapé. El rayo verde se apoderó de mis pupilas y el ocaso, al que tanto miedo tenía cuando era niño, se convirtió desde entonces en el momento más preciado.

Cambió el ambiente. Ahora Hiromi tocaba «Once in a blue moon», que tiene otra cadencia, pero la misma fuerza, incluso un poco más. El abuelo Enrique sostenía que lo único mejor que la puesta de sol es la puesta de luna, cuando cada veintiocho días cae entera y pesada sobre la mancha oscura del océano, ese momento en el que el camino rojo del reflejo de la luna en el agua permite distinguir al cielo del mar fundidos por la noche en una gran mancha negra. «Ven, mira esto», me llamaba el abuelo cuando nos encontrábamos deambulando por el pasillo las noches de luna llena en las que el insomnio ataca con más fuerza. «Este es un espectáculo destinado solo para los que tenemos insomnio y nos refugiamos en la Baja». Me abrazaba, nos acurrucábamos en el sillón y

nos dejábamos hipnotizar por bola de fuego. «Dios consuela a los atormentados con las puestas de luna», decía.

El abuelo Enrique no dormía. Si lo sé es porque yo tampoco. Lo escuchaba deambular por la casa de Tijuana a las tres de la mañana, la hora a la que despertamos los de nuca fría. Iba y venía por el pasillo resollando hasta que finalmente se sentaba en su sillón, en el mismo que estoy ahora, hasta que el cansancio vencía a sus fantasmas, se quedaba dormido y, ahí sentado, lo alcanzaba el amanecer. La abuela decía que eran sus ataques de ansiedad. Lo soltaba así, sin juicio en la voz, como si fuera algo normal, como quien tiene gripa o padece de alergias. Quizá así era, que el abuelo era alérgico a la noche, al silencio que lo dejaba solo con sus recuerdos y sus culpas.

Nunca habló de ello. Ni conmigo, ni con la abuela, ni con algún psicólogo. Supongo que tampoco con sus amigos, pues para eso nos fuimos de Tijuana, para no ver a nadie, para no conocer a nadie y que nadie nos conociera. Solo una vez salió el tema, fue durante la hora de la cena, un primero de febrero, la fecha de la muerte de mi papá.

—Hoy es el aniversario de la muerte de Nacho —soltó la abuela, rompiendo el silencio sepulcral con el que solíamos cenar.

—Ya lo sé, todos los días me acuerdo —respondió él sin levantar la mirada de la sopa que tomaba sin ganas.

—Nunca me reconfortaste por la muerte de mi hijo —espetó la abuela con la amargura que solo pueden producir los reclamos añejados en rencor.

El abuelo levantó la mirada y por primera y única vez vi rodar una lágrima por su cara.

—¿De dónde, de dónde iba a sacar yo fuerza para reconfortarte si desde entonces soy un muerto en vida?

No se habló más del tema. Se limpió la lágrima con una servilleta de papel por debajo de los lentes y clavó su mirada nuevamente en el plato. Volvimos cada uno a nuestra sopa y nuestro silencio. No hubo más lágrimas ni recriminaciones. Enrique murió quince días después con su dolor intacto, virgen de divanes, terapias o pastillas.

Tenía la impresión de que en los papeles del abuelo iba a encontrar la causa de su insomnio, los secretos y los fantasmas que rondaban sus noches e, indirectamente, también las mías. Observé la caja mientras tomaba el último trago del segundo whisky. Los hielos sonaron como la alarma del auto cuando avisa que ya no hay gasolina. Hiromi tocaba «Black Bird», con una cadencia suave y melancólica. Antes que nada, necesitaba un último Glenlivet. «En cuestión de bebidas ni menos de dos ni más de tres», repetía siempre el Gordo cuando se servía el tercer trago y todos sabíamos que, como por arte de magia, el tres se multiplicaba por dos y otras veces por sí mismo. Tengo ganas de verlo. También a mamá.

En casa tampoco se habló de ese tema. Ni de la muerte de mi padre ni de las causas. Para todo había un eufemismo. A Nacho no lo mataron, lo encontraron; mi madre nunca fue a la cárcel, estuvo detenida; yo no fui abandonado por ellos, me mandaron con mis abuelos; mi abuelo no huyó de Guadalajara, puso tierra de por medio; su vida a partir de entonces no fue horrible, solo se complicaron las cosas. Yo me fui enterando a retazos de los hechos de aquellos años. Y eso es lo que tengo, retazos. Las dos veces que pedí a mi madre que me hablara de aquellos años respondió con evasivas y en una situación tan incómoda que me prometí nunca más volver a preguntar.

De regreso de la cocina con el vaso de whisky con mucho hielo y una ración generosa de *single malt*, pateé la caja del abuelo para sacarla de mi vista. Procrastinar era lo mío; siempre había sido lo mío. No sería hoy el día de la inmersión en la vida y los dolores de don Enrique. Las notas de «Whiteout» de Hiromi me pusieron nostálgico. Necesitaba ver a los míos.

Maca se va a encabronar cuando le diga que voy de nuevo a Guadalajara.

Me acurruqué buscando los humores del abuelo en el sillón. Nunca llegó el aroma, solo el insomnio. La luna estaba en el cenit, casi llena, brillante, sonriente la cabrona. ¿De qué se ríe?, ¿de quién se ríe? El alcohol aumenta la paranoia.

Faltaban muchas horas para la puesta de luna.

La casa del Gordo

No me equivoqué con Maca: se puso furiosa cuando le dije que me iba para Guadalajara. Lo primero fue un sorprendido, y quiero pensar que también dolido, «pero si acabas de llegar». Mi falta de respuesta no ayudó. Como el único argumento para viajar era resolver algo que no sabía qué era pero que tenía que ver con mi madre, algo que sentía y no podía expresar con palabras, simplemente no dije nada. No respondí a sus preguntas y eso la molestó todavía más. Bueno, solo respondí a una. Cuando me preguntó cuánto tiempo estaría fuera le contesté que no sabía, lo cual era absolutamente cierto. No sirvió de mucho.

–¿Está enojada? –preguntó el Gordo

–No, enojada no, yo diría que emputada.

–Tas cabrón, güey, por qué no le dices la verdad.

–Porque no sé cuál es la verdad. ¿Qué debí decirle? ¿Que necesitaba ver al Gordo? ¿Qué quería que me abrazaras? Va a pensar que somos un par de puñales, nada más. ¿O que tenía que ver a mi mamá, yo que siempre le dije que mi madre me importaba un bledo? Maca se ha sentido siempre un poco mi madre; decirle ahora que quería ver a mamá habría sido un poco como traicionarla.

–Y dejarla llena de dudas ha sido un poco como mandarla a la fregada. Claro que no le va a gustar que le digas que necesitas un abrazo o que quieres ver a tu madre, suena muy infantil, por decirlo bonito, como de niño caguengue, pero de seguro ella está pensando que a quien quieres ver y abrazar es a otra. Déjate de pendejadas y dile la verdad.

Como siempre, Martín tenía razón. Tiene una habilidad para entender las emociones que yo envidio. Un día se lo dije. Le dije que envidiaba la habilidad que tenía para entender a otras personas, para leer las situaciones sentimentales que a mí tanto trabajo me costaban. «Déjate de mamadas», me contestó. Siempre ha sido malhablado. Con el tiempo aprendí que en él las groserías no significan exactamente lo que aparece en el diccionario, que son palabras que dice un poco por decirlas, porque le gusta cómo suenan. En el Gordo hasta las peores palabras suenan bien. Tiene grandes habilidades sociales, muchas más que yo. Entiende a las

personas y sus emociones como ninguno, por eso Maca dice que soy gordodependiente al igual que el Gordo dice que soy macadependiente. Hay algo de celos en ambas afirmaciones, y mucho de cierto.

La casa de la Güicha y Martín es una casa vieja, de los años cuarenta o cincuenta del siglo XX en la Americana, la colonia más hermosa de Guadalajara. Una casa sencilla para aquella época que hoy puede parecer un palacete, con un pequeño jardín al frente que Luisa llenó de hortensias, a la usanza del siglo pasado, y un porche con un arco de medio punto que servía de ingreso y le daba algo de señorial a una casa que no era tan grande. Tiene una gran sala comedor, una cocina bastante pequeña para un cocinero de la talla del dueño y un patio que ilumina la casa, lleno de macetas y plantas exuberantes, como nunca se verán en Ensenada. Yo dormía en el estudio, un cuarto pequeño que cuando desplegaba el sofá-cama apenas cabía entre el escritorio, el sillón de lectura y la puerta de ingreso a un baño, ese sí, generoso, como lo eran todos en aquellos años: espacio para la regadera, el wc, el lavamanos y un pequeño clóset de blancos. Se dormía de maravilla en aquella casa en la que no habitaban fantasmas, al menos ninguno de los míos.

Después de desayunar fuimos caminando al restaurante. No estaba cerca, pero tampoco lejos, y al Gordo le gustaba caminar. Apenas habíamos cruzado la avenida La Paz cuando me soltó la pregunta:

–¿A qué viniste?

–A verte.

–No te hagas pendejo. Llevo años en Guadalajara y nunca has venido solo a verme. No me vendas la burra. Además, traes cara de pedo, así que no me mientas, porque yo sí te conozco.

–Vine a ver a mi madre.

–¿Y eso? ¿Algún pedo con la herencia de tu abuela?

Le platiqué de las historias que me mandaba mi madre, de los correos que habíamos intercambiado.

–¿En serio? ¿*Mails*? ¿Alguien todavía usa *mail* para comunicarse? Están cabrones.

No le hice caso. Era una de sus típicas provocaciones.

–Tengo la sensación de que hay algo que me quiere decir y, al mismo tiempo, no me lo quiere decir.

–A ver, cabrón, toda tu puta vida tu mamá ha sido una especie de fantasma que aparece y desaparece. Nunca te dijo nada. Venías de Tijuana para acá a ver a tu madre y a tus otros abuelos sin que nadie te explicara cómo estaba el pedo. Digo, habría sido normal que te aclarara por qué chingados teniendo mamá vivías con tus abuelos. Nunca te quiso dar alguna explicación ni siquiera de por qué fue al bote. Ahora se muere tu abuela y aparece con estos cuentitos.

–Justamente por eso quiero verla.

–¿La quieres?

–Supongo que sí.

–No mames, no supongas. Uno sabe perfectamente si quiere a alguien o no. Si no quieres no me contestes, mándame a la chingada por meterme en lo que no me importa, pero no me digas que supones que sí. Es tu mamá, cabrón, la quieres o no la quieres, la amas o la odias.

Caminamos un buen rato callados. Me había olvidado de lo bella que es la calle Libertad. También había olvidado lo claridoso que puede ser Martín. ¿Quería a mi madre? Qué pregunta. Nadie se pregunta eso. A las mamás se las quiere y las mamás nos quieren, eso nos enseñaron desde la primaria. «Mi mamá me mima; yo mimo a mi mamá». Nuestra relación nunca fue cariñosa. Ella es más bien parca en eso de mostrar sus afectos. Tampoco ayudaba que la abuela Teresa hablara con tanto odio de «ella», siempre «ella», así sin nombre. A pesar de todo, en casa de Ixca y Martina se respiraba un ambiente de paz que me hacía sentir bien, muy distinto a la tensión permanente entre los otros abuelos. Yo la pasaba muy bien cuando venía con mamá de vacaciones.

Cruzamos la calle Vallarta. Aún quedaban algunas de las viejas casonas. Eran los rumbos por los que en las tardes caminábamos en silencio mi madre y yo. Siempre me mostraba con nostalgia la casa de su abuelo Luis y luego me llevaba a la nevería El Polo Norte, la favorita del bisabuelo. Yo pedía siempre de ciruela amarilla; ella de lima. Al bisabuelo le gustaba la de zapote negro. Toñita, la despachadora, aún se acordaba

con cariño del doctor. Tomar nieve, como dicen acá en Guadalajara, era una forma de matar la tarde, y también una forma de amor.

–Sí –dije de repente con una voz tan fuerte que sacó de onda a Martín.

–¿Sí qué, cabrón?

–Sí la quiero y necesito verla.

Del diario de Maca

Sábado 15 de abril de 2023

La cena fue un éxito. Rosel quedó encantado, pero más yo. Neto está de regreso. Es un genio en la cocina y también puede serlo en la recámara. Hacía mucho que no lo sentía tanto. El mismo Ernesto de hace quince años, amoroso, detallista. Me hacía falta sentirme amada, me urgía un orgasmo que no fuera digital. Antes era flaco; ahora es un flaco panzón. Me encantó sentir su panza en mi panza que también ha crecido. ¿Y qué?

Cata del día: Decantos Eszencia. Método Tokaji. Este fue el vino que servimos con el postre en la cena de hoy, una de las joyas de Poncho Granados hecho al más puro estilo húngaro. Tienen notas de cáscara de naranja, dulce de tamarindo, miel, flores blancas y, detrás de todo, unas elegantes notas de canela. En boca es untuoso, como debe ser un Tokaji, con mucha fruta, miel, almíbar y especias, pero con un rastro de acidez que hace posible regresar a él, igual que a Neto. Si un vino representa a Ernesto es este. Variedades: cien por ciento Chenin blanc. Noventa y siete puntos, Maca.

Martes 18 de abril de 2023

Qué poco me duró el gusto. Neto volvió al ostracismo. Solo me llamó para decirme que se quedaría a dormir en Ensenada. No le dije nada. ¿Para qué? No sé si voy a aguantar mucho tiempo más. Algo dentro de mí misma me dice que tengo que entender su duelo, y algo me dice que lo nuestro no tiene remedio.

Cata del día: L. A. Cetto Blanc de Zinfandel. Aromas a sandía, algodón de azúcar, unas ligeras y casi perdidas notas florales. En boca es

de poco cuerpo, con fruta dulce y caramelo dominando el paladar, demasiado dulce. El azúcar residual es evidente. Quizá soy yo la que anda demasiado amarga el día de hoy. No lo voy a calificar hasta darle una segunda oportunidad.

Miércoles 19 de abril de 2023

Ahora dice que se va de nuevo a Guadalajara. Por mí que se vaya a la chingada. Hoy hablé por teléfono con mi madre. Me hacía falta. Hacía mucho que no hablábamos así, largo y tendido. Al final me preguntó cómo iba mi relación con Ernesto. Las madres siempre sospechan cosas. ¿Cómo va mi relación con él? Mal, por supuesto que mal. A ella le dije: «Todo bien, ma, gracias». No tiene sentido preocuparla.

Cata del día: tequila El Viejito, cincuenta grados. Aromas cítricos típicos del agave muy marcados, manzana verde y notas herbales y florales muy propias de su origen alteño. En boca es poco agresivo a pesar de su alto contenido alcohólico, con retrogusto de limón amarillo y toronja. Tiene un gusto prolongado que deja en la boca el sabor a agave. Ideal para maridar con la tristeza como la que tengo hoy. Noventa y cinco puntos, Maca.

Viernes 21 de abril de 2023

Estoy cansada. Cansada del restaurante y cansada de ser la mamá de Neto. Tengo que pensar en mí. Mi cuerpo me está cobrando el descuido y, sin embargo, lo único que hago es pensar en Neto. ¿Estoy enamorada o enajenada? Algunos dicen que es lo mismo, será porque nunca se han enamorado. Hoy me vi desnuda en el espejo, hacía rato que no lo hacía. Casi lloro. Si no lo hice fue porque entró una llamada al celular. Me dio pena contestar desnuda, como si la voz me fuera a delatar. Qué absurdo, qué real.

Cata del día: Amantes 2016 de Vinos Lechuza. Escogí el vino de hoy por el nombre. Me desilusionó un poco, igual que mi amante. Está marcado por un perfil cálido de fruta negra madura, especias dulces y hierba seca. En boca es de cuerpo medio con una sensación licorosa,

notas de café, madera y azúcar quemada sobre notas de ciruela y zarzamora. Demasiada madera. Variedades: Treinta y nueve por ciento cabernet sauvignon, treinta y seis por ciento merlot, veinticinco por ciento nebbiolo. Ochenta y ocho puntos, Maca.

Café Montenegro

Ayer el Gordo me convenció entres whiskys de que hablara con Maca. Yo por mi parte me convencí a mí mismo de hablar con mi madre. Maca se portó de maravilla, como es ella. No dejó de hablar un segundo los veinte minutos que duró la conversación y no hubo un solo reclamo, por el contrario, palabras de aliento y quejas, muchas quejas, sobre el funcionamiento del restaurante, problemas que nadie más que ella podía resolver porque solo ella los veía como problemas. Me deseó suerte con lo que fuera que estuviera buscando, me felicitó otra vez por el éxito del menú que servimos a Rosel, me informó de los nuevos brotes del árbol de durazno, me habló del tlacuache que se comió las verduras, me pidió que me cuidara y me dijo que me amaba, todo en el mismo tono y con la mima prisa con la que hacía todo. Habló, habló, habló. Alcancé a intercalar un «te amo» en la conversación. No sé qué haría sin ella.

La llamada telefónica con mi madre fue todo lo contrario. Sucinta, con las palabras estrictamente necesarias y largos silencios. Le informé que estaba en Guadalajara. «Qué gusto», respondió. Después de una pausa le dije que me gustaría verla. «A mí también». Tartamudeé un poco antes de proponer que fuera ese mismo día por la tarde. «Sí», dijo. Después de un silencio en que ella misma se dio cuenta de que debía ser un poco más generosa con sus palabras, añadió: «Sí, perfecto». Antes de colgar acordamos lugar y hora: a las cinco en el café Montenegro.

Me pareció hermosa. Por primera vez en mi vida reparé en la belleza de mi madre. Como era su costumbre iba sin una gota de pintura. A su pelo suelto y libre las canas le daban un aire agüerado. El vestido de mezclilla corto, ceñido a la cintura, dejaba adivinar un cuerpo esbelto y fuerte. Llevaba unas sandalias de piso muy pasadas de moda pero que en ella parecían como mandadas a hacer. Será porque jamás la había visto

con otros zapatos que no fueran tenis o sandalias, y estas eran las de vestir, las que usaba cuando quería verse elegante. Agradecí y entendí el gesto; le daba a aquella reunión un estatus por encima de lo normal, de lo estrictamente cotidiano. ¿Qué madre se arregla para ver a su hijo? La que tiene culpa, fue la primera respuesta que vino a mi mente. Y sí, era cierto que ella sentía culpa de haberme abandonado, pero también se arregla la madre que quiere conquistar a su hijo, la que quiere hacerlo sentir importante, y también era el caso.

Tomamos café. Yo habría preferido una cerveza. Esa es la hora del sopor en Guadalajara y en el café Montenegro tenían una IPA artesanal que me encantaba por el sabor y por el nombre: La Bestia, en honor al tren de los migrantes, pero me dio miedo echar a perder la conversación si me ponía alegre. Expreso doble para ambos.

–Encontré una caja con papeles del abuelo –dije para abrir la conversación y noté que mi madre se puso tensa de inmediato.

–¿Qué encontraste? –respondió con una pregunta, como era costumbre en alguien que sabía medir el terreno. Supe que me había equivocado en sacar ese tema de entrada.

–Nada, no la he abierto. Ya sabes que lo mío es procrastinar.

–Qué palabra tan fea –acotó con una sonrisa.

No tenía claro si realmente le hacía gracia la palabra o comenzaba a sentirse bien conmigo. Lo cierto es que su semblante se relajó.

–En mis tiempos le llamábamos a eso hacer desidia. Bueno, solo cuando queríamos hablar elegante; en realidad yo habría dicho «me dio hueva».

–Es mucho más exacto, aunque en mi caso es una mezcla de hueva y miedo.

–¿De qué tienes miedo?

–De saber. Saber por qué tuve que vivir con los abuelos, por qué no tuve papa y mamá como todos, por qué me abandonaste… Perdón, no quise decir eso.

–No, no. No te disculpes, para eso venimos, ¿no? Para hablar. Lo hemos platicado muchas veces. Yo fui a la cárcel, tu padre murió y los abuelos se hicieron cargo de ti.

–Luego saliste de la cárcel y todo siguió igual. Tengo la sensación de que hay mucho más.

–Sí, hay mucho más por platicar. Es lo que he estado tratando de hacer con las historias que te mando.

Mi carcajada fue espontánea. Tanto que por un momento la hice sentir mal. Luego ella misma también rio.

–Comenzar con los tatarabuelos parece más una forma de evasión que una voluntad expresa de contar lo que pasó –dije entre risas. Ella se contagió y comenzó también a reír a carcajadas. Había otro par de mesas ocupadas y los comensales nos voltearon a ver con asombro. Las risas en un restaurante nunca molestan, más bien provocan cierta envidia. No así el llanto, que incomoda hasta a los meseros. Cuando recuperamos la capacidad de hablar, ella tomó la palabra.

–Es importante que conozcas tu historia. No estoy pro-cras-ti-nan-do –dijo separando las sílabas de la palabra.

Volvimos a reír a carcajadas. Este fue un ataque feroz, tan ruidoso que interrumpió la conversación de un grupo que parecía concentrado hablando de temas filosóficos. El que hacía de maestro, vestido con una boina de pana y una pañoleta anudada al cuello, nos miró con simpatía. Nos disculpamos a señas. No podíamos dejar de reír.

Cuando pudimos al fin retomar el hilo de la conversación, mi madre argumentó que necesitamos saber de dónde venimos para saber quiénes somos e hizo una defensa cuasifilosófica de la memoria. Y digo cuasi no porque reste valor a la calidad de su argumentación, sino porque una parte de esta era ciertamente filosófica y otra psicológica. Se ataba a la memoria como una forma de evasión: entender y narrar el dolor ajeno la alejaba del propio.

–Estoy encantado con todas las historias que me has enviado, me hicieron entender mucho más de dónde vengo, quiénes eran los abuelos. Todo eso me encanta, pero me gustaría más saber quién eres tú, quién fue papá. Debe haber una buena razón por la que no crecimos juntos y me gustaría saberla.

Los ojos de mi madre se rasaron de lágrimas. No hubo respuesta. Nos quedamos en silencio tomando café. La tarde inundó el patio del café Montenegro de una luz amarillenta acogedora y cálida. El barullo de la

ciudad nos alcanzó. Era la hora del regreso a casa, de los nudos infernales del tráfico tapatío. Una banda de loros argüenderos pobló el arrayán del patio. Arrancaban la fruta descuidadamente y tiraban la mitad al suelo con desparpajo. Observarlos y escucharlos prolongó nuestro silencio; teníamos una buena excusa para no hablar. Había tocado una fibra sensible de mi madre y lo último que quería era que aquello terminara en un acto público de llantos, confesiones y arrepentimientos. Dejé de ir a la iglesia a los diez años cuando vi a una señora llorar a moco tendido, pidiendo perdón por sus pecados en público. Me pareció obsceno: había en aquella mujer una desnudez del alma tan absoluta y bruta, tan pornográfica, que me resultó muy desagradable. Desde entonces me prometí nunca llorar en público. Yo mismo había puesto la conversación en la ruta de la más horrible obscenidad, le había pedido a mi madre que desnudara su memoria enfrente de mí y de los contertulios del café.

–Algún día lo haré, te lo prometo. Quiero hacerlo, solo que no sé cómo.

Me levanté, rodeé su cabeza con mis brazos como queriendo proteger sus recuerdos de las miradas de los demás, incluida la mía.

–No tengo ningún derecho a hacerte sufrir con esto; perdóname. –La apreté con más fuerza, tanto que apenas pudo responder.

–Al contrario, tienes todo el derecho a la memoria, derecho a saber qué pasó y por qué. Tienes derecho a pedirme cuentas como madre, por supuesto, solo que no sé cómo contar mi propia historia.

–La única cuenta que tengo derecho a pedir es la del restaurante. Lo demás, como tú dices, son cosas de la memoria.

Busqué con los ojos a la mesera para hacerle saber que quería la cuenta. Abracé la cabeza de mi madre con más fuerza, como queriendo exprimirla. Ella se dejó hacer. Cayó la noche. Afuera del café, pacientes, nos esperaban nuestros fantasmas.

Aquella misma noche llegaron más historias de parte de mi madre.

8

Teresa

Tu abuela Teresa nació enredada. No solo enredada en el cordón umbilical que le daba dos vueltas al cuello; enredada toda ella. El enredo comenzó mucho antes de nacer, cuando, siguiendo un consejo de nana Luisa, Marcelo le propuso matrimonio a Emilia. Lo hizo primero en una caminata sabatina, una templada tarde de marzo por la arboleda de Santa Eduviges, y formalmente en una pedida de mano digna de ser narrada, pues parte de lo que sucedió después comenzó aquella noche en casa de los Rivero, el día en que Marcelo pidió a la niña Larios.

Era la costumbre que los padres de los novios invitaran a la pedida a personas de alto rango social y político como testigos de honor. La pedida de mano no era solo la solicitud de anuencia de los padres de la novia para que se realizara el matrimonio, era también una especie de presentación del estado de cuenta del capital social de la familia; del otro capital, del dinero contante y sonante, hablarían después. Emilia invitó por supuesto a su hermano Claudio, quien a su vez invitó a su amigo y socio Luis, un afamado arquitecto jalisciense que, al igual que él, se había ido a Ciudad de México a buscar libertad y fortuna. Luis era un dandi, siempre impecablemente vestido. En lugar de corbata usaba gazné, lo que le daba un toque de distinción por encima del resto de la concurrencia masculina, ataviada con formales y aburridas corbatas. Estaban también los señores Bec, los franceses más exitosos del momento en Guadalajara y cuya presencia daba el toque extranjero que hablaba de familias que iban más allá de las fronteras. Por el lado de Marcelo la cosa fue más complicada, pues además de las familias Rivero y Palomera, Julienne se entercó en invitar a su amigo, el general Estrada, que se había convertido

en subsecretario de Guerra y Defensa y al que visitaba con frecuencia. Esas visitas desataban todo tipo de rumores; llevarlo a la pedida solo confirmaba el escándalo. Invitarlo como padrino a un evento familiar tuvo consecuencias, pues, como ya te he dicho, Alonso Rivero, el padre del novio, era, además de bruto, capaz de las peores cosas. Todos estuvieron incómodos durante la pedida. Los discursos fueron lo menos memorable, salvo el del arquitecto, que disertó sobre la belleza de lo simple, una crítica sutil a la recargada mesa llena de adornos de cristal cortado y porcelanas. Era un juicio severo al mal gusto tapatío, pero, salvo Claudio y Marcelo, nadie entendió sus indirectas.

El matrimonio se realizó en el templo de El Carmen y la fiesta obviamente en el Casino Francés. Nada digno de recordarse: la comida fue vulgar; el vino, corriente; la música, previsible. Nada, salvo la borrachera de Claudio, que vivía aquel matrimonio con una mezcla de sentimientos encontrados: la alegría de ver a su hermana casada con su mejor amigo y una amargura profunda que el whisky hizo aflorar y que se manifestó en cambios repentinos de humor, que iban del llanto a la risa sin tocar baranda, y en exageradas expresiones de cariño hacia su hermana y su cuñado. Estas últimas fueron más allá de lo prudente en un acto público. El otro gran tema de conversación fue, por supuesto, la galantería del general Estrada con la madre del novio cuando la hizo flotar por las nubes bailando un vals. El descaro de las miradas cómplices de los amantes fue motivo de cotilleo por semanas en las mesas tapatías, así como el refinamiento que habían alcanzado los generales revolucionarios y el tamaño de los cuernos que crecían en la cabeza de Alonso, cosa que algunos veían como justicia divina y otros como una afrenta pública.

El padre de la novia y portador de la osamenta era, por supuesto, de estos últimos. Si bien es cierto que la relación con Julienne estaba rota desde mucho tiempo atrás, invitar al general y exhibirse de esa manera no era de Dios y hería, a los ojos de todos, el orgullo del macho alteño.

Los primeros años de matrimonio de Emilia y Marcelo fueron la pura felicidad. La nueva pareja se instaló en una casa pequeña por el rumbo de

la penitenciaría de Escobedo, misma que Claudio decoró con un gusto extraordinario. Aunque la decoración no se consideraba un oficio respetable en aquellos tiempos, lo que tocaba Claudio lo hacía lucir y con poco dinero. A los pocos meses Emilia quedó embarazada, lo que generó algarabía entre las familias. Marcelo estaba henchido de orgullo por demostrar su hombría ante sí mismo y ante el mundo. Emilia pensaba que su matrimonio, contra todo pronóstico, sería lo que se consideraba normal.

No fue así. El distanciamiento de la pareja comenzó durante el embarazo. Con la intención de no molestar a la madre y que descansara lo más posible, Marcelo abandonó el lecho conyugal y se instaló en otro cuarto. Claudio, el feliz y orgulloso tío, no perdía oportunidad de venir a ver a su hermana y de paso a su mejor amigo. El día que nació Teresa, tu abuela, en un parto difícil y lleno de complicaciones, renació el triángulo amoroso. No había duda: Claudio sería el padrino de Claudia María Teresa del Niño Jesús Rivero Larios. Escoger a la madrina fue más complicado, pues encontrar a una mujer sola en la familia no era fácil. Optaron, una vez más, por la señora Palomera que, aunque ya peinaba muchas canas y tenía más arrugas que una pachola, seguía siendo una mujer fuerte y un referente moral muy necesario para cuidar las apariencias.

De la retahíla de nombres que le pusieron a la niña, Teresa fue el que sobrevivió a pesar de que Marcelo insistió durante los primeros años en llamarla Claudia. Con su pelo lacio y dorado como un elote tierno, y sus ojos verdes un tanto saltados, Teresa era una niña poco agraciada más allá de su blancura, de la que tanto se enorgullecía la familia. La nana Luisa se encargaba de traerla siempre arreglada con dos moños en la cabeza. Su mayor virtud: a los cuatro años hablaba con la misma facilidad el francés que el español.

Marcelo nunca regresó a la cama de Emilia, y sus visitas de trabajo a la Ciudad de México, donde pasaba semanas enteras con Claudio, eran cada vez más frecuentes. Sin embargo, lo que marcó el destino de la familia no fue el cada día más descarado amor de Marcelo con su cuñado, sino lo que sucedió en el verano de 1927. Contra toda prudencia, Marcelo y

Emilia decidieron ir a pasar el verano a La Trasquila para que la niña conviviera con la abuela Julienne. Los alteños se habían levantado en armas contra el Gobierno revolucionario en defensa de la religión y de la tierra, y Juan Rivero, el medio hermano de Marcelo, comandaba el grupo de revoltosos que se llamaban a sí mismos cristeros.

En La Trasquila apenas se enteraban de lo que pasaba alrededor, pues los cristeros sabían bien que la señora no solo era la respetable esposa de don Alonso Rivero, sino que estaba armada, que no dudaba en disparar y, por si fuera poco, era la amiga y querida del otrora secretario de Guerra, que con discreción protegía y vigilaba toda la región de la Labor de San Ignacio.

La tragedia sucedió unos días después de la llegada a la hacienda. Como era de esperarse, Marcelo no aguantó mucho aquella tranquilidad y pronto encontró una excusa para salir de negocios a Ciudad de México. Su mujer no hizo el menor esfuerzo por retenerlo. Aquella mañana, Julienne y Emilia desayunaban sin prisas después del rutinario paseo a caballo para revisar las borregas. Como siempre que estaban a solas, hablaban en francés para que el servicio no se enterara de sus conversaciones. La niña Teresa jugaba con Espiritita, la adolescente que habían asignado para cuidarla. El ruido escandaloso de hombres y caballos avisó de la llegada de la tropa, al igual que aquella mañana en que irrumpieron las hordas de Estrada. Esta vez la tropa se quedó fuera. Solo se escuchaban los pasos firmes de dos hombres, el golpe de las botas y espuelas contra el mosaico del corredor. Julienne tenía absolutamente prohibido a sus trabajadores ingresar con espuelas a la casa de la hacienda no solo por el ruido, sino porque rayaban el piso de mosaico que ella se esmeraba en pulir. Por el desplante no tuvo duda de quiénes eran las visitas. Abrieron la puerta del comedor con un empujón, cual si fuera de cantina. No saludaron.

—¿Dónde está el maricón de mi hijo? —escupió Alonso.

—No será el que tienes al lado —respondió Julienne señalando a Juan Rivero, que venía con su uniforme de cristero: sombrero, dos cartucheras cruzadas en el pecho, pistola al cinto y una cruz de madera colgando del cuello.

Padre e hijo se voltearon a ver con mirada cómplice y socarrona. Julienne se arrepintió toda la vida de su respuesta y se culpó hasta el fin de sus días por lo sucedido. A un silbido de Juan, la tropa –quizá los mismos que habían llegado años atrás, solo que un poco más viejos, más gordos y portando la cruz de madera– rodeó la mesa.

–Toda suya, mijo –se escuchó la voz de Alonso–. Lo que es de Marcelo es también de usted –dijo orgulloso e hizo una seña con la barbilla, señalando a Emilia–. Todavía huele a caballo, como a usted le gusta.

Julienne se dio cuenta de la situación y quiso interponerse. De inmediato la rodearon tres cristeros y se escuchó el martillo de las armas. Emilia quiso salir corriendo, pero Juan la interceptó de inmediato, la abrazó por el cuello y la inmovilizó. Ella reaccionó tirándole una mordida en el antebrazo, una marca que Juan presumiría años después como recuerdo feliz de aquella batalla en la guerra contra su propio hermano. La arrastró al primer cuarto que encontró. Dejó la puerta abierta para que toda la tropa, toda la hacienda y toda la familia, incluyendo a la niña Teresa, escucharan los gritos desesperados de Emilia mientras la violaba el comandante cristero Juan Rivero.

Adolorida por fuera y por dentro, Emilia perdió el habla. No dijo una palabra ni probó bocado durante diez días. No atendía las súplicas de Julienne ni las de su esposo Marcelo y su hermano Claudio, que llegaron a la hacienda en cuanto se enteraron de lo sucedido. Tampoco las de su hija Teresa, que lloraba desconsolada al lado de la cama, ni las de nana Luisa que insistía en que, si no comía, la criatura que podía llevar dentro la iba a capturar el diablo, pues este se aprovecha de cualquier debilidad. Aquello por supuesto no ayudaba, la sola idea de quedar embarazada producto de la violación hacía que Emilia se sumiera más en su ostracismo.

Un buen día, pasada la segunda luna llena, Emilia se levantó de la cama. En silencio empacó sus cosas y las de la niña y se presentó en el comedor a la hora del desayuno.

–Nos vamos –dijo lacónicamente.

Marcelo quiso abrazarla, pero el gesto de asco y desprecio fue tal que el marido no se atrevió a tocarla. La mirada de odio la compartió también

con su hermano Claudio. No le reprochaba la relación con su marido –en el fondo de su corazón siempre lo supo– sino que no hubiera estado ahí para defenderla el día del ataque.

–¿Nos? –preguntó Julienne, anticipando la respuesta que no quería escuchar.

–Me llevo a la niña. Es mi hija y quiero que esté conmigo.

La niña Teresa temblaba abrazada de las faldas de su nana. Luisa suspiró a manera de protesta contra el destino, pero no cuestionó la decisión.

–Anda, niña –ordenó Luisa–, que tenemos que empacar tus cosas y las mías. Nos vamos sabrá el diablo a dónde.

–Solo las de la niña. Tú no vas a ningún lado, Luisa.

Nana Luisa fue la última en llorar y la primera en comprender que aquello era definitivo. Marcelo y Claudio también lloraron como unas magdalenas llenas de culpa, clamando el perdón de sus pecados. Julienne no derramó una lágrima: a fuerza de no llorar había perdido la capacidad de hacerlo. Se levantó con parsimonia, se dirigió hacia la puerta y en el camino abrazó a su nuera. Hizo la señal de la cruz y la bendijo en francés:

—*Au nom du Père, du Fils et du Saint-Esprit*. Encuentra la paz allá donde sea que vayas; yo me haré cargo de encontrar la justicia.

Unas horas después, Teresa salió de la mano de su madre por la puerta de La Trasquila. El miedo seguía ahí, pero las lágrimas se habían ido. Cargaba su pequeña maleta como quien arrastra un muerto. Nana Luisa había cosido en su interior un cromo de san Judas Tadeo.

—San Juditas siempre quiere regresar. Si te los llevas en la maleta, él se encargará de encontrar el camino de vuelta —le había dicho mientras empacaban.

Julienne se encargó de la justicia como había prometido. El mismo día en que se fueron su hija y su nieta, tomó un caballo y fue hasta la caseta telefónica de San Ignacio Cerro Gordo. Estuvo más de dos horas intentando la llamada con el general Estrada. No le pidió un favor, le exigió restaurar su honor.

La guerra arreció en los alrededores de Tepatitlán. Los federales fueron pueblo por pueblo levantando curas y cristeros. Muchos falsos Juanes Rivero fueron pasados por las armas. No te puedo asegurar que no lo merecían, pero ninguno de ellos era Juan. La noticia llegó casi ocho meses después. Habían encontrado al comandante Rivero amancebado con una mujer en un rancho llamado El Ojo de Agua del otro lado del río Verde, por el camino que une a Yahualica con Cuquío. Juan fue trasladado a Tepatitlán para su reconocimiento y fusilado en las afueras del pueblo de Capilla de Guadalupe en un árbol chueco que él mismo escogió por parecer una cruz. La noticia corrió como pólvora por toda la región. Las beatas se organizaron para rezar el rosario todos los días al pie del árbol y para mantener las reliquias del cristero pasado por las armas: la camisa agujerada y ensangrentada; los zapatos —uno de ellos con un agujero de bala, pues un inútil del pelotón de fusilamiento había fallado burdamente —; el escapulario, también ensangrentado; y un rosario que apretó tan fuerte con la mano derecha, seguramente por miedo, que quedaron en él restos de piel y que las beatas consideraron como una muestra infalible de su inquebrantable fe. Mal se firmaron los acuerdos de convivencia pacífica entre la Iglesia y el Estado, comenzó la causa de beatificación del mártir Juan Rivero, lo que provocó el rompimiento definitivo de las familias Certaux y Larios con los Rivero, quienes en adelante nunca los bajaron de masones y comecuras.

Nada se supo de Teresa ni de su madre durante siete años hasta que un día llegó una carta dirigida a Julienne, fechada en un poblado de nombre Corbie, con matasellos de Amiens y en papel membretado de L'Ecole de Sainte-Bernadette du Lac, exigiendo el pago de las últimas nueve mensualidades de educación y manutención de Teresa, pues la madre no respondía las misivas ni se había presentado a visitar a su hija desde el mes de febrero pasado. La única referencia que había dado la niña era de la su abuela Julienne. Se reclamaba un pago urgente de novecientos treinta francos: una fortuna.

Tras unas semanas de búsqueda con el apoyo del consulado mexicano en París, Marcelo pudo saber que Emilia se suicidó mientras estaba internada en un hospital psiquiátrico en París y que había sido sepultada en una fosa común en el cementerio de Batignolles. *Madame* Larios, informaban los directivos del hospital en una carta escueta y mal redactada, había burlado la vigilancia y saltado del cuarto piso del manicomio presa de un ataque de pánico. En la misma carta daban cuenta de los escasos bienes de la muerta, informaban que no había dejado misiva alguna para los familiares y exigían el pago de los servicios hospitalarios, pues la señora nunca había pagado un franco.

Fueron Marcelo y Claudio quienes se hicieron cargo de poner el nombre de Emilia en una lápida y de recoger a Teresa en el internado Bernadette. Una vez asegurado el pago, la madre superiora puso trabas para entregar a la niña, ya que dudaba, dijo, de la calidad moral del padre y del tío, pues, según escribió al obispo de Amiens, se trataba de esos hombres en los que, claramente, puede observarse un gusto por prácticas amorosas desviadas de la enseñanza de la Iglesia. Tras una espera de seis semanas, en la que los obispos de Amiens y el de Guadalajara llegaron a un acuerdo, se decidió entregar a la niña Teresa a su padre con la condición de que la trasladara directamente al internado escuela del Sagrado Corazón en su ciudad natal; que una vez en Guadalajara quedara bajo la tutela de su abuela, la señora Julienne Certaux; y que las visitas del padre quedaran restringidas y vigiladas: siempre debería estar acompañado de la abuela o en su defecto de alguna monja del internado.

Teresa llegó al colegio en Guadalajara con la misma maleta con la que se fue, con el san Juditas cosido en el interior, en calidad de interna a los doce años cumplidos. No conocía a ninguna de sus compañeras y no quería hablar con nadie. Prácticamente había olvidado el español y su acento «chiqueado» era motivo de burla hasta de las mismas monjas, particularmente las más viejas y amargadas. Todos los viernes, Julienne, que había dejado La Trasquila por una casa en la colonia West End, en las afueras de la ciudad, la recogía en un enorme Buick azul que manejaba

con la misma destreza con la que había logrado jinetear los caballos en la hacienda. Pasaban el fin de semana cocinando las viejas recetas francesas: *ratatouille*, *mousse* de chocolate, macarrones, tarta Tatin de manzana y unos *escargots* que ella misma recolectaba de entre el macizo de aves del paraíso que crecían en el jardín y que Teresa purgaba en una jaula, dándoles de comer solo perejil, como había aprendido de Antoine, el jardinero del internado de Amiens.

Teresa creció guapa y retraída. La niña pelos de elote desarrolló un cuerpo largo, esbelto y bien proporcionado, y sus ojos saltones le daban un toque misterioso. Lo atractivo de su físico contrastaba con lo seco y por momentos agrio de su carácter. Tenía las facciones fuertes de Marcelo; la gracia de su madre; la elegancia y el cuerpo esbelto y bien proporcionado de la abuela Julienne y la mirada penetrante de Alonso Rivero. Le era difícil relacionarse con las compañeras y más aún con los hombres, con los que nunca había tenido contacto más allá de las relaciones estrictamente utilitarias. Las únicas figuras masculinas en su vida habían sido el jardinero Antoine, en Francia, y ahora, en el internado de Guadalajara, el padre Leoncio, el confesor mano larga del que desconfiaba profundamente.

Fue un evento desafortunado con el padre Leoncio lo que terminó marcando aquella etapa de su vida. Por intercesión de las Palomera, que pertenecían al grupo de mojigatas que acuerpaban al Colegio Guadalajara, y de las monjas del Sagrado Corazón, las reliquias del beato Juan Rivero fueron expuestas en la capilla de la iglesia. En el centro del pasillo, frente al altar mayor, sobre una mesa de manteles blancos de lino almidonado, estaban la camisa ensangrentada con los hoyos de las balas que le atravesaron el pecho, el escapulario y el rosario con algunos restos de suciedad que las monjas juraban que eran parte de la piel del muerto. Coronando todo, una foto del comandante cristero en la puerta de La Trasquila con el sombrero echado sobre la nuca, unas cartucheras cruzadas, una carabina en la mano derecha y un gran crucifijo de madera en el pecho. Todas las alumnas del colegio desfilaron para honrar al beato

con la instrucción de pedirle un milagro, el que fuera, con la condición de que si se cumplía avisaran de inmediato a alguna de las monjas. Teresa desfiló, desganada y distraída, en la cola para pedir el milagro aunque no sabía qué podía esperar en su vida de un santo. Los olores mezclados del incienso, las gladiolas, el sudor adolescente de las alumnas y los cánticos de las novicias hacían el ambiente pesado. Cuando iba llegando a la mesa de las reliquias, reconoció la cara de Juan. Ella nunca supo exactamente lo que pasó aquella mañana en la hacienda de la Labor de San Ignacio, sin embargo, sabía que esa cara, ese señor, era el causante del dolor de su madre, de la huida a París y de todas las desgracias que habían ocurrido en su vida. Sin saber cómo actuar, Teresa se sentó súbitamente en una de las bancas para no continuar en la fila. Algo en su interior la carcomía, le dolían las entrañas y un escalofrío que se transformaba en gotas de sudor le recorría la columna de arriba abajo. Le costaba respirar. Estaba ahí sentada con las manos entre las piernas y la cabeza gacha cuando apareció el padre Leoncio. Comenzó por hablarle quedito. Le dijo que no temiera ante las reliquias, que no eran de un muerto cualquiera, sino las de un santo. Le pasó la mano por la espalda y comenzó a acariciarle los hombros y el pelo cariñosamente. «Dios está en esa camisa ensangrentada, esa sangre está santificada, transfigurada, como la que tomamos todos los días los sacerdotes durante la misa». Las caricias bajaron a la altura de las costillas y Teresa sintió los dedos regordetes del sacerdote seguir la línea de su sostén hasta rosar su pecho. Más por librarse de aquellos toqueteos incómodos que por fe, Teresa decidió levantarse y reincorporarse a la fila. El padre se puso detrás de ella. La tomó de la cintura para guiarla. Sentía su cuerpo demasiado cerca, la boca rozando con el lóbulo de su oreja izquierda. El aliento amargo y asqueroso del cura se mezcló con el resto de los olores de por sí desagradables del templo. Sintió una arcada subir desde el centro de su cuerpo y las manos del cura bajar por sus caderas hacia sus nalgas. Al pasar frente al retrato del beato Juan Rivero quiso escupirle en la cara,

pero no pudo: una nueva arcada subió con fuerza y el desayuno completo bañó el rostro del mártir cristero ante la mirada atónita del padre Leoncio.

La adolescente fue acusada de servir a los intereses del demonio y la expulsión fue inminente. No le angustiaba salir de aquella cárcel de monjas y alejarse del cura mano larga, lo que le preocupaba era dónde vivir.

Fue la abuela quien la recogió del colegio, en la oficina de la madre directora, una monja con bigotes de morsa enfundada en su hábito negro. Las separaba un escritorio de madera austero. Detrás de la madre había un enorme cristo sangrante y una reproducción de *Mater admirabilis*. Teresa, de pie en un rincón, vestida con jumper de *tweed*, camisa y calcetas blancas, como disponía el uniforme. La abuela, con su vestido de flores y una pañoleta cubriéndole la cabeza, escuchó los motivos que exponía solemnemente la madre Piedad sin hacer gesto. El aliento penetrante de los dientes podridos de la monja llenaba la oficina. Teresa tuvo miedo de volver a vomitar. Cuando hubo terminado la sentencia, Julienne escupió un seco «con su permiso». Ella misma tomó la maleta, la bajó por la escalera y la metió a la cajuela del Buick con una fuerza y agilidad sorprendentes para su edad. Teresa caminaba detrás, contrariada, esperando el momento del regaño. Una vez dentro del coche Julienne golpeó el volante con las dos manos.

—¿Así que vomitaste encima del retrato del beato Juan?

–Sí –respondió Teresa, apesadumbrada–. Yo no quería…

La abuela la paró en seco y lanzó otra pregunta:

–Y dime una cosa, ¿vomitaste también sobre las reliquias, la camisa ensangrentada, el escapulario y el rosario?

–Sí –se escuchó la voz apagada de la joven, al borde del llanto.

Las carcajadas de Julienne explotaron como un volcán. El asiento corrido del auto temblaba, haciendo saltar a Teresa al otro lado. Ante la cara atónita de la joven, la abuela, que no podía parar de reír hasta las lágrimas, abrazó a la nieta, que no comprendía aquella reacción. Cuando

pudo controlarse un poco, Julienne la acarició y le sacudió el pelo fuertemente para despeinarla. Se secó las lágrimas y tomó la cara de Teresa con las dos manos:

–*Écoute bien, ma chérie* –comenzó en francés y luego de una pausa continuó en español–: lo que hiciste fue obra del mismo Dios, no del diablo. Eso fue solo una de sus extrañas formas de hacer justicia. Ese hijo de puta de Juan merecía eso y mucho más, y lo que tú mereces no es un castigo, sino tener ropa decente y una casa. Nunca más vas a vestir ese horroroso uniforme de presidiaria. Ah, y también un buen corte de pelo, mírate nada más. –Volvió a pasar la mano por la cabeza de Teresa; la besó, la abrazó y le quitó la liga que amarraba el pelo en cola de caballo–. Eres idéntica a tu padre.

Teresa no volvió a la escuela. La abuela se encargó de terminar de educarla y formarla en esas cosas que ella pensaba que eran importantes: le enseñó a cocinar, a poner la mesa, a cultivar el huerto, a coser y a remendar, a hacer conservas y mermeladas, a comportarse en sociedad, y también un poco de lo que debía saber sobre los hombres. Le habló de la vida de una mujer casada, donde el sexo era una cosa que sucedía como en todo el reino animal. Fue una instrucción muy básica, nada muy distinto de lo que hubiera aprendido en el internado para señoritas, pero con una diferencia: en la prédica de la abuela no existía ni Dios ni culpa.

Cada verano, como por arte de magia, aparecía Marcelo, siempre acompañado de Claudio, para pasar los tres el imperdonable mes de agosto en Chapala, en la casa que el tío había heredado de sus padres y que en teoría debería ser en parte suya. Solo en teoría, porque por alguna u otra razón nunca se concretó la escrituración. La de los Larios era una finca afrancesada de grandes espacios, un enorme jardín frente al lago y una leyenda que se paseaba entre sus muros.

La casa, construida por don Felipe Larios, el abuelo de Claudio, y su esposa, doña Eufrosina Ilich, era la finca más elegante de la ribera durante el porfiriato, por encima de villa Montecarlo, villa Niza o la misma casa Braniff. Ahí se hacían los mejores bailes del verano, a los cuales acudían los grandes hacendados de la región e incluso don Porfirio Díaz y su esposa, doña Carmen Romero Rubio –en realidad solo acudieron una

vez, pero eso bastó para alimentar la leyenda–. En el verano de 1908, a la mañana siguiente del gran baile anual, el niño Pedro, hijo menor de Felipe y Eufrosina, apareció muerto vestido en pijama en la orilla de la laguna. Nadie supo qué sucedió. Algunos decían que se había levantado sonámbulo y se había ahogado; otros, que lo habían asesinado mientras dormía y tirado su cuerpo al lago; los más creían que había sido víctima del embrujo gitano que perseguía a los Ilich y que no había sido otra la razón por la que salieron huyendo de Niš, el ducado en el que estaba asentada la familia en el corazón de los Balcanes. Tras el incidente, doña Eufrosina mandó pintar la casa de color negro por dentro y por fuera y nunca más regresó. Claudio volvió a pintarla de blanco y la convirtió nuevamente en la gran finca para el verano que había sido cincuenta años antes.

Teresa era feliz en Chapala. Le gustaba nadar. Había aprendido a hacerlo en la charca del internado de Amiens y lo hacía en el lago de Chapala cuando estaba calmo. El problema era que este se embravecía en cuestión de segundos. Claudio, que creció escuchando las historias del tío ahogado, se ponía muy mal cuando pasaban las horas y Teresa no regresaba. A los pocos días se enteraron de que no pasaba las horas nadando en el lago, sino que nadaba hacia el manglar, a quinientos metros de la Casa Negra, el punto de reunión de los jóvenes tapatíos que veraneaban en Chapala.

Martina

La vida de Martina e Ixca, mis padres, no se puede contar por separado. Lo voy a intentar, aunque es difícil, pues su vida es una misma desde que eran niños. Crecieron juntos, soñaron juntos, se amaron siempre, como si hubiesen estado predestinados el uno al otro desde antes de nacer. No, no soy *new age* ni creo en la reencarnación, las vidas pasadas y esas cosas. Simplemente así sucedió. Hay amores a primera vista y amores sin principio ni fin. El amor de mis padres fue así, tan inexplicable como natural.

La historia comienza con la boda de Inmaculada y Luis. Fue una ceremonia sencilla, mas no campirana. A pesar de haber crecido en la hacienda de Cuisillos, Inmaculada tenía cultura urbana y una fascinación por la modernidad similar a la de su padre. El vestido de novia fue confeccionado al más puro estilo de la moda parisina de la posguerra. El novio, por el contrario, iba de traje oscuro y una corbata negra delgada, pensada para pasar desapercibida. Luis no tuvo empacho en celebrar una misa, a pesar de su agnosticismo y de que unos meses antes había ingresado formalmente a la logia masónica. Ni su madre ni su suegro ni su esposa habrían permitido una boda que no fuera ante el altar, así que se dejó llevar y no chistó. Al brindis en la casona de los Cortázar asistieron solo las dos familias, los vecinos de Tlaquepaque y algunos pocos compañeros de Luis en la Escuela de Medicina.

Martina nació de culo el 30 de agosto, el mero Día de Santa Rosa de Lima. La Chata no tuvo duda: aquello era una bendición, un milagro de la Rosita, la santa curandera a la que solía invocar cada vez que se complicaba la salud de alguno de sus seres queridos, que no eran tantos, pues la Chata era de pocas querencias. El parto fue una prueba de la fortaleza de Inmaculada y de la pericia del doctor González.

La nueva familia pasó sus primeros años en una casona en el centro, en contraesquina del templo de la Soledad. La parte frontal estaba dedicada al consultorio de Luis y la trasera, separada del zaguán por un segundo cancel, a la vivienda. En ese patio, Martina aprendió a caminar de la mano de la Chata y andar en triciclo. Ahí mismo ella instruyó a sus hermanos menores, Luis Ignacio y Ana María, a hacer lo mismo años después.

Inmaculada no era una tapatía tradicional. Gustaba del mundo sofisticado y pasaba de las mocherías. No tenía ideas políticas o al menos no las expresaba. Convivía sin dificultad con las clases altas de ideas conservadoras como con las amistades de su esposo, de ideas liberales, y con los artistas del Centro Bohemio con los que la pareja desarrolló gran amistad. Nunca habló un idioma distinto al español, sin embargo, devoraba las revistas de moda parisinas y conocía al dedillo el cotilleo de la farándula.

Vivir en el centro de la ciudad, rodeada de iglesias y mojigatas no era para nada su ideal ni lo que quería para Martina. Para salir de ahí tomó el control de las finanzas del consultorio, pues sospechaba, no sin razón, que el bueno de Luis regalaba más consultas de las que cobraba. Generó ahorros y compró una casa en las afueras de la ciudad. Era la penúltima casa hacia el poniente, antes del llano donde se ubicaba la garita del camino a Tequila. La casa era fea, de un estilo decimonónico tardío, llena de yeserías y falsas columnas dóricas de pasta. Cuando terminó de pagar la casa fue con el ingeniero Urzúa y le propuso remodelarla. Inmaculada tenía muy claro lo que quería; lo que no tenía tan claro era cómo lo iba a pagar. Luis, como era su carácter, la dejó correr. Haciendo malabares económicos, comprando piedra de obras derruidas y con la complicidad absoluta del ingeniero Urzúa, un año después la casa estaba remodelada al gusto de Inmaculada y lista para ser habitada. Sin avisarle a su mujer, Luis fue a ver al ingeniero.

–¿Cuánto se le debe, ingeniero? –preguntó con la naturalidad de quien hace cuentas con la marchanta del mercado.

El ingeniero le pasó un papelito con la cifra. Luis lo miró incrédulo, meditando las posibilidades. Tomó el papel, lo dobló, lo metió a la bolsa del saco y se aventuró:

–¿Le parece bien que se lo pague en veinte mensualidades?

–Como usted diga, doctor –respondió el ingeniero y nunca se volvió a hablar del tema.

Vino el cambio. No solo fue un cambio de casa, sino un cambió total en la vida de la familia. Saliendo ellos de la casona del centro llegó Delfina desde Tepic. No venía sola. Con ella llegó Celia para hacer la carrera de Enfermería y el niño Ixca Belén, que, aunque no llevaba el apellido Fares, algo tenía que ver, nadie sabía exactamente qué, con José Manuel. Nunca nadie le preguntó sobre el hijo que no llevaba su nombre; él tampoco dio explicación.

Martina tenía seis años cuando se enamoró de Ixca, quien le llevaba apenas un año, aunque parecía mucho mayor. Ni el carácter ni las formas de relacionarse con otras personas correspondían a las de un niño de su edad. Había crecido entre adultos y eso se notaba. Era atrevido, seguro de sí mismo, capaz de sostener una conversación con cualquier persona sin

importar el tema o la edad. Al mismo tiempo era jovial, ágil para el deporte y dado a la diversión. Martina era alegre y siempre educada sin llegar a ser modosa. Siempre tenía una palabra amable y comentarios que rayaban en lo sarcástico sin ser hirientes.

Los primeros meses en Guadalajara, Ixca vivió con Celia y Delfina en la casa del centro detrás del consultorio de Luis. Todas las mañanas, camino a la Facultad de Medicina donde estudiaba Enfermería, Celia dejaba al sobrino en la escuela, a un costado del santuario de Guadalupe. A mediodía, a eso de la una, la abuela Delfina recogía a Ixca y de regreso pasaban al mercado Alcalde a comprar la comida del día. A Delfina le gustaba hacer la compra diario y solo lo que iban a comer. Los jueves eran especiales, pues ese día Luis comía con ellos, lo que obligaba a preparar algún platillo libanés. El resto de la semana mezclaban, de acuerdo con el humor, cocina árabe y mexicana.

Cuando Martina cumplió siete años la matricularon en la American School. Para Luis era muy importante que fuera una escuela liberal, laica y bilingüe. Para Inmaculada lo más importante era que estuviera más o menos cerca. Y enfatizaba el más o menos porque eran unas buenas quince cuadras las que había que patear de ida y vuelta cada mañana. A mediodía, salvo los jueves, Luis la recogía de regreso del Hospital Civil. Inmaculada odiaba los jueves en que su marido no comía con ella, pero más odiaba la comida libanesa y el café turco, por lo que nunca hizo el esfuerzo por acompañarlo y menos aún de cocinar cualquier cosa que pareciera árabe. Martina, por el contrario, suplicaba ir a comer las delicias libanesas de la abuela, y de pasada a jugar con el primo que todo lo sabía.

Uno de esos jueves, un jueves de agosto, Luis llegó con la noticia de que había decidido traer a Ixca a vivir a casa. Le parecía inhumano que el niño no solo viviera lejos de sus padres, a pesar de tener uno más que el resto de los niños, sino en una casa donde solo convivía con adultos. Inhumano le parecía a Inmaculada que, a una mujer con tres hijos, le echaran encima la responsabilidad de otro que no era suyo. Reventó:

–Cuando dices que el niño no puede vivir con sus padres, ¿a cuál de los tres te refieres? ¿A la loca de Emma, al vasco fugitivo o al comunista de tu hermano?

Luis no respondió a la provocación, incluso rio para sus adentros la atinada descripción de la familia de su hermano, lo cual no significó que cambiara de opinión. Cuando Luis decidía algo no había poder humano que lo moviera. Mientras Inma vociferaba para descargar su coraje, el doctor Fares siguió su camino hacia su estudio e Ixca y Martina se encerraron en el cuarto de los niños haciendo como que no oían nada. El reclamo era un monólogo que subía de tono, cada vez más ofensivo. En una pausa, Luis salió del estudio, asumió el papel de jefe de familia y soltó las palabras lapidarias con las que terminaba cualquier discusión:

–Ya, Inmaculada.

Después de un silencio que a los niños les pareció eterno, agregó:

–Es lo mejor para él y vamos a hacerlo.

Al escuchar las palabras finales, los niños se abrazaron y pasaron el resto del día tomados de la mano. Esa misma noche, durante la cena, la Chata, que nunca se guardaba una opinión, la expresó sin filtro mientras ayudaba a la niña Ana a comer su arroz:

–Esta potranca está muy feliz porque le trajeron caballito; más valdría separarlos antes de que tiren patadas.

Inmaculada y Luis soltaron la carcajada. Las formas de expresión de la Chata no tenían desperdicio. La nana se molestó, pues, aunque sus modos eran campiranos, ella hablaba muy en serio.

Aquel fue un fin de verano feliz para Martina y para Ixca, no así para Luis Ignacio, que se sentía desplazado y pasó los días rogándole a la Chata que jugara con él pues «los grandes» ya no lo querían. Los grandes corrían por el corredor exterior de la casa tomados de la mano, se escondían detrás de la higuera, jugaban a que él era soldado y ella enfermera, se reían, se perseguían y jamás discutían o se peleaban. Martina sentía que algo cambiaba en ella: la alegría de saberse mirada, la sensación de ser algo más que una compañera de juegos para él. La certeza de que podía manipular a través de pequeños juegos a Ixca la hacía sentir más segura. Por primera vez en su vida se supo y se sintió hermosa.

Los primeros en visitar al niño Ixca fueron Emma y Xabi en el cumpleaños de Luis, a finales de agosto. Aunque se habían relajado bastante en sus protocolos de seguridad, seguían en la lógica de la

clandestinidad y en la paranoia del perseguido: los dos llegaron disfrazados de payasos fingiendo que eran parte de la sorpresa. Todos estuvieron felices con la visita de los payasos, excepto Inmaculada, que seguía enojada con la decisión –aunque no lo expresara–, y Delfina, que no podía sino ver en aquella pareja los cuernos de su hijo José Manuel. Martina los veía distinto: para ella eran los padres del mejor hijo, y aunque no entendía por qué vivían como vivían, agradecía que así fuera.

Luis informó a los padres que enviaría a Ixca al Colegio Americano, igual que a Martina. Xabi quiso protestar, habló pestes de los estadounidenses y soltó una larga perorata sobre los ideales de la educación anarquista. Luis lo miraba condescendiente. Iba a decir que ya lo había consultado con el padre del niño, su hermano José Manuel, pero prefirió no ofender a nadie. Cuando terminó el discurso de Xabi, solo hizo una pegunta:

–¿Qué opinas, Emma?

La madre sabía que lo que opinara daba igual, pues no tenía oportunidad de tener a su hijo con ella sin ponerlo en riesgo y tampoco tenía dinero y estabilidad para darle una buena educación, así que decidió cambiar el juego.

–Lo que decida Inmaculada, yo estoy de acuerdo.

Inma, enmuinada como estaba, no emitió opinión alguna, así que ahí terminó la discusión.

José Manuel vino de visita para el cumpleaños de Ixca, un mes después. El regalo era un libro de mecánica para jóvenes, en inglés, muy adelantado para su edad y con instrucciones de cómo armar un kart con el motor de una podadora vieja, un artefacto estadounidense que no existía en México. Al niño le daba igual. El simple hecho de que su padre lo considerara capaz de leer y entender un libro para mayores lo hacía sentir importante. Con lo poco que lograba comprender le daba lecciones de mecánica a Martina, que por supuesto no entendía ni quería entender nada. Eso sí, cada lección aumentaba su admiración por el primo de los dos padres.

A José Manuel le encantaba pasar tiempo con su hijo, y más aún con su hermano Luis, su eterno cómplice. Se encerraban por horas en el estudio a jugar ajedrez y contarse en frases cortas y espaciadas qué había sido de sus vidas. Fue en la siguiente visita, en las navidades, que José Manuel le contó a Luis de su ascenso como director de la defensoría de oficio del penal de Lecumberri y de su amistad con Jaques Mornard, el asesino de León Troski. Aunque Jotaeme tenía dudas sobre la verdadera identidad de su amigo –las contradicciones del personaje aumentaban semana con semana–, tenía una gran admiración tanto por él como por Stalin, el indescifrable líder soviético que había mandado asesinar a quien fue su compañero de la Revolución y luego su enemigo jurado. Luis, por el contrario, venía huyendo de toda militancia y detestaba los fanatismos. Estaba harto de los masones y de los socialistas acomodaticios de la universidad. Ninguno de los hermanos intentaba convencer al otro, solo se escuchaban, comentaban sus puntos de vista y, cuando terminaban de repasar los problemas del país, hablaban de la nueva pasión que los unía: la fotografía.

A pesar de que Luis había insistido en que no lo hiciera, José Manuel mandaba cada mes dinero para la manutención de su hijo. La cantidad no ajustaba ni para la mitad de la colegiatura del colegio bilingüe. No le importaba a uno ni a otro: apoyarse sin pedir cuentas fue el acuerdo de los dos hermanos cuando salieron de Tepic, y así siguió. Emma y Xabi no enviaban nada, vivían una situación económica mucho más apretada. Gracias a un antiguo aliado de las causas anarquistas, ella había conseguido un trabajo como maestra de Redacción en la Normal Rural Vasco de Quiroga en Tiripetío que le permitía pagar la renta y poco más. Xabi prestaba servicios como mecánico en un taller en la carretera a Morelia y generaba apenas lo suficiente para comer algunos días bien y otros no tanto.

En la adolescencia, la relación de los primos, lejos de enfriarse, creció. Solo se separaban cuando Ixca iba a México o a Tiripetío a ver a sus padres, días en que Martina deambulaba por la casa sin saber qué hacer con sus horas.

–Andas como alma en pena –le decía la Chata, y ella solo suspiraba.

Martina mataba el tiempo ayudando a su mamá a cocer o acompañando a su papá al consultorio, donde pasaba las tardes con la abuela haciendo dulces árabes.

Martina se desarrolló primero. Al llegar a la secundaria se le ensancharon los muslos, le crecieron las caderas y se estiró diez centímetros en cosa de meses. Su talle se estilizó y le sacó media cabeza al primo, que tenía una herencia genética de chaparros por los tres costados. Ixca, como todo adolescente, era cada día más feo. Un mes le crecía la nariz, el siguiente las orejas, un verano los pies y, todos los días, las espinillas y los barros en la cara. En la familia pensaban que era cuestión de tiempo para que Martina tuviera un primer novio y se olvidara del amor infantil. La Chata sabía que eso no sería así.

Martina vivió la adolescencia con una naturalidad poco común. Sí, por supuesto tenía repentinos cambios de humor y días en que sentía que todo se derrumbaba, se ponía sentimental o de malos modos. Bastaba, sin embargo, que apareciera el primo para que todo volviera a su sitio y los dolores y los malos días pasaran de largo. Los ratos en la regadera y en el cuarto de baño, peinándose, untándose cremas, acicalándose o en el vestidor decidiendo qué vestido ponerse, se prolongaban cada vez más ante la desesperación de Luis Ignacio, que tocaba con furia la puerta del baño.

Por aquellos días el doctor llegó a casa con un pavorreal que un paciente del Hospital Civil le había regalado como muestra de agradecimiento. Luis, que no sabía decir que no a cualquier cosa que viniera de un paciente, lo aceptó sin chistar. Los niños estaban felices correteando al animal; Inmaculada, en cambio, estaba furiosa con el regalo. Luis Ignacio, que entraba entonces en la edad maldita, hacía enojar al joven pavo para que desplegara las plumas de su cola. Huyendo del maltrato de los niños, el animal entró por el pasillo que conectaba los servicios con la cocina. Por el otro lado apareció Inmaculada, que no esperaba toparse con el animal. Fue tal el susto de ambos que quedaron paralizados el uno frente a la otra. Luis, que observaba la escena a la distancia, se partió de la risa y bautizó al pavorreal con el nombre de Estupefacto.

Con el tiempo, Luis Ignacio dejó de molestar al animal, Ana María de temerle, Inmaculada comenzó a tolerarlo y Estupefacto se adaptó a la vida familiar. Se paseaba por los jardines con la cola desplegada, comía maíz quebrado que le ponían en un rincón y, salvo en tiempo de aguas cuando se refugiaba debajo del calentador, dormía en las ramas del enorme aguacate del jardín. Eso sí, independientemente de dónde durmiera, por las noches emitía un graznido infernal que por momentos parecía el maullido de un gato y otros el llanto de un niño torturado.

Aquella mañana, la Chata llegó al cuarto de Inmaculada y, como era su costumbre, entró sin pedir permiso.

–Niña Inmaculada.

–¿Qué pasa, Chata?

–Que el niño de los dos papás anda todavía más engreído que Estupefacto.

–¿Y eso qué, Chata?

–Pos que a la niña Martina ya le creció zacate allá abajo.

–No seas pelada, Chata. Son niños.

–Qué niños ni qué nada. A leguas se les nota lo jariosos. Yo nomás se lo digo pa' que luego no diga que no dije.

Desde ese día la Chata seguía con recelo a los adolescentes. Inventaba cualquier excusa para aparecerse cuando los veía solos; les ordenaba a Ana o a Luis Ignacio que se sentaran en medio de los dos a la hora de la comida; les contaba el tiempo que hacían de regreso de la escuela. Una tarde, sentados en la escalera que conectaba el corredor con el jardín, Martina recargó la cabeza en el hombro de su primo y este cruzó la mano para abrazarla. La escena duró poco: a la voz de «¡úchale! Déjense ai, muchachos jariosos», un balde de agua helada los bañó. También llovieron las quejas frente al doctor. Ixca estaba apenado; Martina, furiosa.

–No voy a permitir que nos trates como perros, Chata.

–Pues no se porten como perros. Ai nomás andan hueliéndose las verijas y arrimándose sus partes –respondió la Chata.

–No estábamos haciendo nada, papá, solo me abrazó.

El doctor agradeció a la Chata su preocupación por los niños. Cuando estuvo solo con los adolescentes, les ordenó:

–Pónganse ropa seca porque vamos a tomar una nieve.

Según el doctor Fares, no había enojo que no se olvidara con una buena nieve. El Polo Norte era con mucho su nevería favorita porque tenía el mejor tejuino de la ciudad, una bebida de maíz fermentado acompañada con nieve de limón que le encantaba y que a la menor provocación incluía en las recetas de sus pacientes. Nadie tenía muy claro cuáles eran las propiedades curativas de la bebida de maíz, lo que sí es que esas recetas ayudaban a sus amigas de la nevería a vender más.

Esa misma tarde mataron a Estupefacto. Fueron los vecinos. Hartos de sus cánticos y de que se metiera a su casa brincando de rama en rama, lo apalearon. Lo encontró Luis Ignacio, moribundo, con la columna rota, sin poder moverse. Quiso levantarlo, pero el pavorreal, adolorido y desesperado, solo lanzaba picotazos a diestra y siniestra. Cuando regresaron del Polo Norte, los tres sonrientes y olvidado lo que Martina había considerado una ofensa por parte de la Chata, encontraron a la familia alrededor del animal. Luis Ignacio y Ana confiaban ciegamente en las capacidades médicas de su padre y le imploraron que salvara al animal. A Luis le bastó ver la escena para entender que no había remedio. Pidió a los hijos menores que corrieran a traer unas toallas, se acercó al pavorreal que, dócil, se dejó acariciar por aquellas manos que tenían fama de milagrosas. En un movimiento rápido y preciso el doctor le torció el cuello. Las toallas eran para amortajar a Estupefacto y llevarlo a enterrar a los campos yermos en las afueras de la ciudad. La Chata no se guardó su opinión. Aquello era una señal del nahual y aquella fecha, primero de febrero, dijo, quedaría marcada en la vida de la familia.

Cuando terminaron la secundaria en el Colegio Americano, los padres tomaron decisiones. Inmaculada y Luis quisieron que Martina estudiara la preparatoria fuera de Guadalajara. Había una escuela con internado de monjas del Sagrado Corazón en Menlo Park, cerca de Sacramento, en California. A Luis no le gustaba nada la idea de un internado católico, pero Inmaculada insistió en que no le vendría mal a su hija algo de disciplina y cultura religiosa, pues a fin de cuentas vivían en Guadalajara. Tampoco es que Luis tuviera más opciones, así que cedió. Por su parte,

José Manuel invitó a su hijo a pasar un tiempo con él. Ya no vivía en las recámaras de la prisión de Lecumberri, había rentado una casa agradable y bien acondicionada en la colonia San Rafael. Emma y Xabi también mejoraron su situación. Se habían mudado a Pátzcuaro, donde Emma encontró trabajo en el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe, una de las reminiscencias educativas del cardenismo, lo que le permitió ganar un poco más y hacer visitas menos esporádicas a la capital. Xabi, a pesar de sus reticencias iniciales, se montó en la ola de los exiliados españoles y obtuvo la nacionalidad mexicana, lo que le facilitó conseguir trabajo como maestro de metalurgia en una escuela politécnica. Los tres eran ahora parte de la nueva clase media mexicana y también de la Federación Anarquista, donde su participación se limitaba a escribir algunos artículos en la revista *Regeneración* y acudir cada año a la asamblea en la Ciudad de México, semana en la que el trío se volvía a formar.

Ixca se fue a estudiar Ingeniería Electromecánica a Ciudad de México. Era la época de gloria de la capital. El milagro mexicano obraba sus bondades en la multiplicación de los autos y las casas. La cultura se respiraba en cada esquina de los barrios céntricos y la opulencia, en las nuevas colonias residenciales al poniente y sur de la ciudad. El sindicalismo encontró en el corporativismo cauces más corruptos y eficientes de lucha. Para enojo de Xabier, las batallas ahora ya no se libraban en las calles, sino en las oficinas del partido de la Revolución, ahora institucionalizada.

La primera sorprendida con lo bien que se adaptó al colegio de monjas fue la propia Martina. Su escasa cultura religiosa –era incapaz de rezar un rosario– no fue un obstáculo en una escuela donde lo religioso era más una marca para vender que una filosofía educativa. Se vivían los primeros años de la posguerra, el mundo se movía a un nuevo ritmo y en torno a nuevos ejes. La Guerra Fría favorecía la migración, por lo que Martina tenía compañeras de todo el mundo: Corea, Japón, Vietnam, Argentina, Brasil, Filipinas. Y, aunque en principio todas eran católicas,

las maneras de practicar eran tan diversas que resultaba imposible imponer un solo modelo de creencia. Salvo la misa de los viernes, la invitación a confesarse con *father* David –que Martina siempre rechazó, pues era demasiado guapo como para confiarle los malos pensamientos– y una clase de moral cristiana dos horas por semana con una monja irlandesa que llevaba el nombre de sor Jane, Menlo Park era una escuela seria, preocupada por el nivel educativo, donde las ciencias y las matemáticas se enseñaban con más rigor que el catecismo.

A su regreso, Martina optó estudiar Química en la Universidad de Guadalajara. No era una carrera a la que se inscribieran muchas mujeres. Le importó poco: ella no solo venía bien preparada, sino que tenía enorme confianza en sí misma. Presentó los exámenes y la admitieron: fue la única mujer en aquella generación.

Su espíritu científico no le quitó lo romántica ni lo enamorada. Cada semana, puntualmente los jueves, escribía cartas a Ixca y en no pocas de ellas adjuntaba poemas que no tenían ningún rigor ni en la rima ni en la métrica. Eran pensamientos entrecortados que dejaban ver ya a la mujer sencilla, amorosa e inteligente con la que yo crecí y que tú conocerías como tu abuela Tatis.

Enrique

Carlos y María –a quienes tu papá se refería como su O'papá y su O'mamá–, tuvieron varios hijos, y comenzaron a hacerlos pronto. No había pasado un año de la boda cuando nació Franz, le siguió Enrique –tu abuelo–, Elisa, la única mujer, y Guillermo, el menor. Mary había sido educada para ser la dama y madre perfecta, y lo era. Su padre, don Albert Schultz, había llegado a México como maestro de alemán e instructor de una familia porfiriana de Sonora y, aunque había abandonado la profesión de educador –un oficio que los Schultz ejercieron en Hannover desde el siglo XVI– para dedicarse a todo tipo de negocios, seguía teniendo muy claro la instrucción que debía dar a sus hijas. Sus modales

eran mucho más refinados que los de los ricos de la época, la mayoría de ellos migrados de las haciendas, por lo que mantenían costumbres campesinas. Parte esencial de la buena educación de don Alberto consistía en nunca hacer sentir menos a ningún invitado.

La nueva familia Haas se instaló en los altos de la misma casa que rentaba don Alberto en la calle Libertad, conocida como la Casa de los Abanicos. Los niños no tenían acceso al jardín, salvo cuando el abuelo los invitaba, pero tenía en la parte alta un patio y un corredor suficientemente grande incluso para jugar futbol o patinar. Todos los días a las cinco en punto, los hermanos dejaban lo que estuvieran haciendo, daba igual si se trataba del juego más pueril o la tarea escolar más complicada, para reunirse en el salón de té donde mamá Mary y *Tante* Ely instruían a los cuatro sobre modales y educación en la mesa mientras tomaban té y comían galletas hechas por nana Virginia.

Era una perfecta familia alemana avecindada en Guadalajara hasta que estalló la guerra religiosa. Aunque tanto los Haas como los Schultz eran de origen protestante, el catolicismo de María, que había aprendido de su madre, se impuso sobre las demás creencias al grado de que los nietos del cónsul abandonaron el Colegio Alemán por diferencias ideológicas, pues los directivos habían adoptado sin chistar las nuevas normas educativas dictadas por el Gobierno de la Revolución. Los colegios católicos habían cerrado sus puertas, más como una protesta política que en defensa de una fe. El resultado fue que durante un par de años los niños acudieron a la escuela en casas particulares cargando canastas de verdura o pan para engañar a los imaginarios inspectores que podrían descubrir las sedes clandestinas de las escuelas católicas. La farsa era el nombre del juego en la Guadalajara de entonces, pues todos los políticos estaban casados con mujeres piadosas que enviaban a los hijos a colegios católicos y escondían sacerdotes o monjas en sus casas sin que los supuestos perseguidores se dieran cuenta.

La doble moral estaba normalizada en aquella sociedad que pretendía modernizarse sin entender bien a bien qué significaba eso. Los colegios

católicos no solo no fracasaron, sino que se multiplicaron rápidamente e incluso se creó una universidad católica y confesional.

Enrique había aprendido a convivir con la farsa católica; sabía cuándo había que hablar de religión y cuándo no; en casas de qué amigos el tema era delicado y dónde era obligado saberse todas las oraciones para bendecir la mesa; quién tenía un tío cura y quién era sobrino de político o incluso del gobernador y del obispo al mismo tiempo. La farsa se vino abajo el día del «suceso», como le llamaban en su casa a un terrible acontecimiento al que no podían llamar por su nombre.

Aquella tarde, Enrique regresó del colegio sudado y despeinado, como era su costumbre. Aprovechaba cada momento antes de la entrada, los recreos y los veinticinco minutos de gracia que tenía entre las campanadas de salida, que él como «príncipe» del colegio tenía el derecho y obligación de tocar, y la hora de la cena, para jugar futbol. Llegaba siempre rayando a la mesa, presidida por su padre y su abuelo, donde a las cinco y media, cual tren alemán, daba por comenzada la cena con un «en el nombre del Padre, del Hijo…» con el que silenciaba María la algarabía de los adolescentes. Aquella tarde, nana Virginia lo esperaba en la escalera redonda que daba acceso al corredor de la Casa de los Abanicos. Sin dar explicación alguna lo arreó hacia la casa en los altos, le ordenó que se fuera a bañar y luego a comer a la cocina. Pensando que se trataba de algún castigo impuesto por sus padres, Enrique quiso protestar por ser expulsado del comedor, pero la nana lo atajó con un severo:

–Hoy no estamos para comidas ni mesas elegantes.

No había nadie en la casa. Se bañó rápidamente y cuando salió del baño encontró sobre su cama un pantalón gris, una camisa blanca y una corbata negra, previamente anudada.

Solo una vez había usado corbata y fue durante la visita del embajador el año anterior. Esa fue una cena llena de tensión. El embajador tomó más de la cuenta y, como buen anfitrión, el abuelo Alberto también. Hablaron con euforia de Hitler, de la nueva Alemania y las juventudes hitlerianas y de la necesidad de acabar con el poder judío. Karl estaba incómodo, no le gustaba el tono, no le gustaba el contenido y mucho

menos la emoción que veía en el rostro de Franz, su hijo mayor, cuando hablaban de Hitler. María tenía razones extras para estar furiosa: el embajador, pasado de copas, había derramado vino y arruinado el mantel de encaje de Brujas que había heredado de su madre. Enrique no entendía ni la euforia de su abuelo ni la emoción de sus hermanos ni la molestia de su madre, sin embargo, reconocía la tensión. Tampoco entendía las prisas de nana Virginia en esta ocasión, solo sabía que la corbata no auguraba nada bueno.

–¿Dónde están mi mamá y mis hermanos?

–Apúrale, muchacho, que tienes que comer algo antes de bajar. Vamos a la cocina.

–¿Y por qué necesito corbata para comer en la cocina?

–No es eso, mi niño –dijo al fin la nana Virginia abrazando a Enrique –. Lo que pasa es que tu abuelo Alberto decidió morirse.

Decidió morirse. Eso fue lo más parecido a la palabra *suicidio* que Enrique escuchó en boca de la familia cuando hablaban de la muerte del abuelo. Nadie en la familia habló de ello más que con eufemismos. Tampoco se habló por supuesto de aquella mujer y aquel niño que, agazapados tras un árbol, lloraban en la esquina más lejana del cementerio de Mezquitán, allá donde no había cruces ni mausoleos, donde la tierra no era santa y podía disponerse de los cuerpos de los pecadores irredentos. En el sepelio no estaban los socios del abuelo ni las amigas de su mamá; no había curas oficiando ni se presentaron las madres adoratrices, las monjas que tanto había protegido don Alberto durante la persecución religiosa. Solo la familia, incluyendo por supuesto a nana Virginia, y la misteriosa mujer con el niño que a lo lejos vivían su propio duelo.

Nada volvió a ser igual. Los nubarrones de guerra en Europa venían cargados de desgracias para la familia. Las deudas de don Alberto brotaron como flores de baldío a la primera lluvia. Franz, motivado por el nacionalismo hitleriano, comenzó con actitudes cada día más déspotas que causaban problemas en el colegio a todos los hermanos. Mantener la

casona se hizo cada día más complicado hasta que, en un arranque de cordura, Karl decidió cambiarse de casa para sacudirse el fantasma de su suegro, que se aparecía en cada rincón, en cada pliegue de la verja de abanicos y en cada nuevo negocio en forma de acreedor: don Alberto había dejado deudas por doquier, desde Mexicali hasta Ciudad de México. En cada rincón por donde había pisado había un pagaré con su firma.

Una mañana de 1938, Enrique se sintió mal mientras estaba en el colegio. Como el teléfono del instituto era de la compañía nacional y el de la nueva casa de los Haas de la compañía Ericsson, no pudieron avisar a la familia que el joven regresaba a casa antes de terminar la jornada. La nueva casa de los Haas estaba todavía en remodelación y mamá Mary trabajaba afanosamente en el jardín sembrando hortensias, geranios y azáleas. Cuando se dirigió a saludar y explicar su temprano regreso a casa, vio a nana Virginia cargando una caja grande que la obligaba a caminar con los brazos extendidos, misma que depositó entre resoplidos en un hoyo bastante profundo en el jardín. Sin reparar en su presencia dio la vuelta y se metió de nuevo a la casa. Cuando Enrique se asomó al agujero vio dos cajas, una sobre otra. La caja tenía una suástica y gran letrero: *Hitlerjugend*. Abajo su nombre escrito a mano y otro impreso: *Kampfkleidung*. Miraba sorprendido aquel envoltorio, que contenía su uniforme de campaña de las Juventudes Hitlerianas, cuando apareció Virginia con una más a nombre de Franz. La aventó encima de las otras dos y comenzó a cubrirlas con la tierra que se amontonaba a los lados sin decir palabra ni dar explicación alguna. Enrique iba a protestar cuando apareció su madre.

–¿Por qué no estás en el colegio, Enrique?

–Me sentí mal y me regresaron. Vomité.

María le puso la mano en la frente para medir la temperatura. Cuando vio que no tenía calentura le dio dos palmadas en la espalda y le ordenó que se fuera a acostar.

–¿Por qué entierras nuestros uniformes, mamá?

–Mis hijos no van a pelear a una guerra absurda. Ni una palabra de esto a tus hermanos.

–¿Puedo al menos verlo?

–Por supuesto que no.

Antes de terminar la breve conversación entre madre e hijo, la nana había cubierto –a mano limpia y con fuerza sorprendente para sus casi ochenta años– el pozo de los uniformes y se preparaba para poner una hortensia encima de ellas. Fue, según platicaba la propia Virginia, la única hortensia de la casa que no floreó.

A la hora de la comida, fue Karl quien tocó el tema de la guerra. Nunca habló mal de Alemania, solo de las bondades de México, el país que los había recibido y les había permitido crecer. Ahora que Franz estaba a punto de cumplir los dieciocho años, tenían que tomar una decisión personal: cuál nacionalidad abrazarían. Él recomendaba que optaran por la mexicana, aunque ello implicara renunciar a la alemana, pues no estaba permitido tener ambas. La decisión llevaba implícita la renuncia a su propio sueño de algún día regresar a Hamburgo, pero los argumentos de María eran contundentes: no regalaría la vida de sus hijos al régimen nazi. Franz reaccionó con furia. Él era alemán y no renunciaría a su patria, mucho menos la traicionaría. Mamá Mary estaba furiosa con la tozudez de Franz; temía que, como hermano mayor, influenciara a los dos menores. Karl reaccionó tranquilo.

–Es tu decisión, Franz. Solo te recuerdo que México también es tu país, y es este y no el otro el que nos ha dado de comer, el que nos dio casa y el que nos protege.

Enrique no tenía duda: por más que tuviera curiosidad por ver el uniforme enterrado, por más que quisiera a Alemania, por más que en los mundiales de futbol los blancos fueran sus favoritos, no pelearía una guerra, menos aún por lo que consideraba ideas absurdas. Heinrich se convirtió oficialmente en Enrique, mexicano por nacimiento, al cumplir dieciocho y nunca más volvió a usar su nombre en alemán. Wilhelm se convirtió en Guillermo sin chistar. Franz, por el contrario, convertido en

Francisco en su acta mexicana, nunca usó su nombre en español y mantuvo de por vida la idea de ser un alemán.

Franz renunció a la nacionalidad alemana más por presión familiar que por convicción, lo cual no fue necesariamente lo mejor: se vinculó con grupos fascistoides en Guadalajara y desde ahí se convirtió en un animal. Disculpa que lo diga así, no debería expresarme así de tu tío en este relato, solo digo que, si hubiese abrazado la nacionalidad alemana, lo hubieran llamado al frente y hubiera muerto congelado dentro de un tanque en la invasión a Rusia.

Franz no tuvo que irse a Europa a practicar sus ideales fascistas. Desde que ingresó a estudiar Administración y Comercio en la Universidad Católica de Occidente, le vieron cualidades para el trote. Fue un jesuita, el padre Manuel, quien comenzó a reunir a los jóvenes de actitudes más radicales y con madera de líderes para, decía él, defender el país de las ideas de socialistas del régimen de la Revolución mexicana. Franz era listo, echador, bruto y dado al fanatismo. Al cabo de seis meses dirigía la primera célula de un grupo fascista creado a imagen y semejanza de las Juventudes Hitlerianas, adicionado con el componente católico de las camisas negras de Franco en España. Franz era alto, rubio, fuerte y buen esgrimista verbal. Pasaba los fines de semana en entrenamientos paramilitares y tres noches entre semana las dedicaba a los círculos de estudio clandestinos. Ellos creían esconderse muy bien; todos sabían que la guarida era la casa del señor Cuesta, el ideólogo del grupo, por lo que Enrique y sus amigos los bautizaron como los Tecolotes y a Franz como el Nazi.

Cuando Enrique terminó la preparatoria, su padre le preguntó qué le gustaría estudiar, pero no le dio a escoger dónde. Quizá él mismo no se lo planteaba: para un joven egresado de escuela católica en Guadalajara, hijo de una madre fervorosa, hermano de Franz Haas, no había más opción que la Universidad Católica. Se matriculó en la Escuela de Ingeniería.

Aunque te cueste creerlo, pues tú lo conociste en otro momento, el abuelo Enrique era un idealista y un rebelde. No soportaba las normas excesivas que le imponía la Universidad Católica y mucho menos el desprecio con el que se hablaba de todos aquellos que no pensaban igual. Lo que le interesaba del catolicismo era el pensamiento social. Nunca fue

místico, por el contrario, era un pragmático que rehuía de la doctrina y pasaba de las mocherías.

La primera llamada fue la expulsión de uno de sus compañeros acusado de sionista, quien, ingenuamente, había expresado su admiración a la líder israelí Golda Meir. Si bien el compañero expulsado nunca fue su amigo, ese hecho detonó que Enrique organizara un paro en protesta. Propuso a sus compañeros no entrar a clase y, sin saber bien a bien cómo había sucedido, prácticamente paralizó la universidad. Él mismo minimizaba su liderazgo y su capacidad de convocatoria aduciendo que no había nada más fácil que convencer a los estudiantes de no ir a clases. Si no lo expulsaron en ese momento fue porque era hermano de Franz y porque en el fondo tenían la ilusión de sumarlo a las filas de la organización.

Seis meses después vino la segunda revuelta, esta de mayor calado y consecuencias. Harto de la ideologización y baja calidad de la universidad, Enrique comenzó a explorar la posibilidad de cambiarse a la Universidad de Guadalajara. Cuando obtuvo la aceptación y el compromiso de los directivos de la universidad estatal de revalidarles los estudios, convenció a trece compañeros más de abandonar la Universidad Católica. La reacción fue virulenta. No solo su hermano amenazó con romperle la cara, amenazas a las que estaba acostumbrado y había aprendido a ignorar desde pequeño, sino que les dijeron que en caso de abandonar la universidad nunca más tendrían acceso a sus certificados de educación. La amenaza surgió efecto entre seis de los compañeros que abandonaron la idea de salir. Enrique y siete más radicalizaron su lucha: un viernes después de clase se escondieron en el baño y, cuando el resto de los universitarios, maestros y alumnos habían abandonado el edificio, fueron a buscar al conserje y a uno de los miembros del grupo paramilitar que trabajaba haciendo un panfleto en el mimeógrafo. Los sacaron con amables empujones hasta la calle, atrancaron la puerta y las ventanas del primer nivel, tomaron el edificio y colgaron consignas en las ventanas del segundo piso.

La voz se corrió rápido en aquella ciudad de poco más de medio millón de habitantes. Antes de las ocho de la noche, afuera del edificio estaban los padres de los revoltosos y algunos estudiantes de la Universidad de Guadalajara que, más por echar relajo que por verdadera convicción, habían acudido a manifestar su apoyo a los rebeldes. A lo lejos, guarnecido detrás de los muros del templo Expiatorio, Enrique distinguió a su hermano Franz comandando a sus huestes en uniforme de campaña. Dentro del edificio, el hermano revoltoso tomó la iniciativa. A la mitad de los huelguistas los mandó a buscar en los clósets de blancos escobas y trapeadores para hacerse de los palos, por si se armaba la gresca, y el resto se concentró en redactar, copiar en el mimeógrafo y esparcir por las ventanas del edificio un comunicado en el que exigían libertad para decidir dónde querían estudiar, acorde con los principios de la libertad de educación que tanto pregonaba la Universidad Católica. Exigían que les regresaran sus certificados de educación preparatoria y responsabilizaban de cualquier agresión al grupo de los Tecolotes. Esto último fue lo que más les dolió, pues nadie había llamado así en público al grupo paramilitar que comandaba Franz.

El paro duró una semana en la cual las mamás de los huelguistas les llevaban canastas de comida que subían con una soga hasta el segundo piso. El miércoles por la tarde los Tecolotes se retiraron de su escondite y en una de las canastas donde las madres mandaban alimentos llegó una carta del cardenal y arzobispo de Guadalajara, monseñor Garibi, invitándolos a un diálogo que él personalmente mediaría sin tomar partido. La cita era en uno de los salones anexos del templo Expiatorio al día siguiente al filo del mediodía. Cuando las campanas del templo tocaban el Ángelus, Enrique y tres de sus compañeros cruzaron la calle Tolsa para acudir a la cita; el resto se quedó resguardando el edificio. Se había juntado una pequeña bola de curiosos. El templo, de un extraño y rebuscado estilo gótico tardío en pleno siglo XX, vivía en eterna construcción, por lo que llegar a los salones era un verdadero laberinto. Los autónomos habían ingresado por otra puerta y llegaron al mismo tiempo a la entrada del salón, por lo que sin quererlo se mezclaron todos.

Para sorpresa de Enrique, su hermano Franz no estaba entre ellos. Por la puerta lateral que comunicaba a la sacristía apareció el cardenal rodeado de ayudantes. Ante el revoltijo de estudiantes y con gran naturalidad, el prelado tomó asiento detrás de la mesa dispuesta en el frente y exclamó:

–Los Tecolotes, rápido, a la derecha; los estudiantes en huelga, a la izquierda.

En ese momento Enrique supo que habían ganado la batalla: llamar en público Tecolotes al grupo de la Católica y a ellos estudiantes era una deferencia que no era gratuita ni exenta de contenido.

Enrique y sus compañeros fueron aceptados en la Universidad de Guadalajara a pesar de que nunca les regresaron sus certificados. Los Tecolotes se ganaron un apodo para siempre y el cardenal Garibi, un enemigo. Esa noche, al regresar a su casa, los hermanos menores, Elisa y Guillermo, recibieron a Enrique como a un héroe. Virginia preparó los bísquets y los puerquitos de maicena y melaza que tanto les gustaban. Franz se había ido a rumiar su derrota y a asimilar el nuevo apodo de su grupo a la guarida, la casa de Cuesta.

La relación entre los hermanos fue de mal en peor. Por más que los padres intentaron que no se hablara de política en la mesa, el futbol bastaba para sacar chispas entre ellos. Enrique, «atlista nomás por joder», como solía repetir, confrontaba a Franz, quien era fanático del Oro sin tener muy claro por qué. Mientras Franz tomaba fuerza al interior del grupo de los Tecolotes, que para ese momento se había convertido ya en una organización secreta dentro de la Iglesia católica, Enrique avanzaba en la política interior de la Universidad de Guadalajara, primero como consejero estudiantil y luego como uno de los representantes de la Facultad de Ciencias e Ingenierías ante el Consejo General Universitario. Donde más avanzaba, sin embargo, era en el futbol. Animado por un excompañero de preparatoria, Enrique probó suerte con el Atlas, no tanto por ser el equipo de sus amores, sino porque el Paradero, el centro de entrenamiento de los rojinegros, le quedaba camino a la universidad. Entró a la reserva, un grupo de cerca de treinta jugadores destinados a

nutrir, si daban el ancho, al primer equipo. El Elote, como lo apodaron por el copete güero que le caía sobre la cara al primer esfuerzo, no era el mejor, pero sí el más disciplinado.

El año de 1943 marcó la vida de Enrique. Podríamos decir que marcó a toda la familia, pero particularmente la suya. Alentados por la declaratoria de guerra de México en contra de las Potencias del Eje en mayo del 42, los negocios de Karl comenzaron a sufrir. No solo dejaron de comprarle, sino que dejaron de pagarle, pues sus clientes sabían que como alemán estaba en la indefensión jurídica. Aguantó unos meses, pero para inicios del 43 estaba completamente quebrado y los hijos, cada uno a su manera, tuvieron que entrar al quite para sostener económicamente la casa. No fue lo único, pues aquel año, en una gresca entre estudiantes socialistas y Tecos, el Nazi golpeó de tal manera al Seco, uno de los estudiantes del otro bando, que este terminó inconsciente en el hospital y nueve días después murió. Ese lapso dio tiempo a los Tecos de esconder a su muchacho. Franz libró la cárcel, lo cual fue un alivio para la familia, pero dejó de contribuir económicamente, por lo que todo el peso cayó en Enrique. Por si fuera poco, en una disputa de un balón por aire en un juego interescuadras sin mayor trascendencia, el defensa golpeó la rodilla del Elote justo en el momento en que se disponía a saltar. La lesión lo sacó para siempre del futbol y lo mantuvo dos angustiantes meses en cama y tres más con muletas.

Empujado por mamá Mary, aquel agosto del año terrible Enrique se refugió unos días en Chapala. Eran los días de las olimpiadas del manglar, competencias deportivas entre los jóvenes que veraneaban cada año en la ribera del lago y en las que él solía destacar. Ese año, apoyado en un bastón, el Elote fue solo juez, cuando no espectador, junto a Teresa, la osca niña nueva que llegaba nadando desde una de las casas vecinas.

Nunca les quedó muy claro cuándo comenzó el noviazgo. Si fue cuando Enrique le tomó la mano y Teresa no se resistió. Si fue cuando le preguntaron a Teresa dónde estaba su novio Enrique y ella se ruborizó porque hasta entonces nunca lo había pensado así. O si fue cuando, regresando de una caminata por el paseo de Lafayette, Enrique le dio un beso en la mejilla y le preguntó si podía ir a verla a su casa al día

siguiente. Ella no respondió. Sin embargo, Enrique sí llegó, lo cual le hacía suponer que ambos se habían dado el sí.

Julienne desconfiaba del origen alemán del pretendiente de su nieta. Aunque tenía las mejores referencias de doña María, quisiera o no, la guerra había abierto una grieta entre franceses y alemanes. Cuando con la mayor prudencia que pudo la abuela le planteó sus dudas a la nieta, Teresa se ofendió.

–Francesa serás tú y alemanes los abuelos de Enrique, nosotros somos mexicanos y nos importan un bledo sus pleitos.

Nunca más Julienne tocó el tema con su nieta.

En la familia de Enrique la noticia del noviazgo causó gran felicidad. Aunque nunca había visto en persona a Julienne Certaux, María conocía de sobra sus historias con el general y la muerte de Emilia había sido ampliamente comentada en el té de las cinco en más de una ocasión con las amigas. Después del «suceso» de su padre, su perspectiva había cambiado y hoy pensaba incluso que había sido muy dura en sus juicios morales respecto a la tragedia que envolvió a la familia Larios. El trato cotidiano con Teresa le permitió redimir lo mal que se sentía de haber sido tan dura y mordaz con la tragedia ajena.

Fue idea de María invitar a Teresa y a su abuela Julienne a cenar a casa. Karl tenía sus dudas, pero fue Franz quien las planteó en voz alta y desde su pretendida superioridad moral:

–¿Y si llega con el general, como sucedió en la boda de Emilia?

–Si llega con el general lo recibimos como se merece.

–¿Y a Marcelo? ¿También lo vas a invitar para que llegue a tu mesa con toda su mariconería?

–Marcelo no vive aquí, así que no tenemos por qué invitarlo.

–¿Y vas a permitir que tu hijo se case con la hija de un maricón?

–Nadie se está casando, así que por ahora ese no es problema.

La cena fue un éxito. Karl se fascinó con la francesa, una mujer fuerte, que hablaba un español entre afrancesado y ranchero, fruto de tantos años en el campo, que llegó manejando su propio Buick y al mismo tiempo tenía los mejores modales en la mesa. Mary se entendió de maravilla con aquella mujer que, a pesar de ser quince años mayor que ella, tenía una vitalidad y frescura envidiables y una cultura muy por

encima de la mayoría de sus amigas tapatías. Nada se habló del noviazgo, lo cual fue un alivio para Teresa y Enrique. Tampoco de las historias familiares; todos daban por descontado que conocían las tragedias ajenas y no era de buen gusto hablar de ellas. Solo al final, y más por una cortesía que por un afán de incordiar, Karl peguntó por Marcelo.

–Haciendo su vida en Ciudad de México –respondió elegantemente Julienne.

–Me da gusto, un talento como el suyo requiere una ciudad más grande y una sociedad más abierta –terció María, evitando cualquier imprudencia de parte de su marido.

El resultado fue el esperado. El noviazgo de Enrique y Teresa fluyó con mayor naturalidad después de aquella cena. Las madres se procuraban cada mes o dos y en casa de una u otra pasaban la tarde tomando té y hablando en francés.

Teresa era un animal herido al que le costaba trabajo recibir caricias; Enrique, un joven que había crecido en un protegido ambiente católico lleno de culpas, así que a ninguno de los dos se les daba con facilidad las expresiones de cariño, no digamos la sexualidad. Aunque el instinto los llevaba hacia la búsqueda del placer, raramente pasaban de besos apresurados y torpes toqueteos. Nunca hablaban de eso, confiaban en que el matrimonio lo resolvería todo.

No fue así. El matrimonio llegó por inercia: era lo que seguía, punto. Marcelo fue más que prudente y no llevó a Claudio a la pedida ni a la fiesta. Sabía que la sociedad tapatía en pleno esperaba un numerito como el de su boda con Emilia y no estaba dispuesto a darles el gusto. Sobre todo, no quería incomodar a su hija. Caminó con Teresa del brazo a lo largo del pasillo de San Agustín como un padre orgulloso. Para todo efecto práctico, Julienne fungió como la madre de la novia y nadie extrañó ni preguntó por las notables ausencias: no estaba Emilia, la madre; no estaba Claudio, el tío; no estaba Alonso Rivero, el abuelo; y tampoco el general Estrada.

La luna de miel fue sencilla. Un viaje por los pueblos de Michoacán en el Volkswagen gris que Enrique acababa de comprar. Hicieron base en Pátzcuaro y pueblearon sin prisas por los alrededores del lago. Tal como habían confiado, el sexo llegó con torpeza y más con la satisfacción del

deber cumplido que con la satisfacción del placer buscado. Con los días mejoró y hacia el final del viaje tuvieron los días más placenteros del matrimonio.

Al regreso de la luna de miel, se instalaron en la casa que les regaló Julienne en parque Juan Diego, en Chapalita, la misma en la que creció tu padre, creciste tú y donde murió tu abuela. En aquellos años, Chapalita era una colonia lejana y con pocas casas construidas. Teresa disfrutaba el silencio, un aislamiento que le recordaba al internado de Sainte-Bernadette du Lac. Enrique odiaba las distancias, en Chapalita se sentía lejos de sus padres, de sus amigos y, sobre todo, de su trabajo.

A pesar de su catolicismo, Enrique tenía introyectado el sentido del deber protestante. Lo traía en los genes hugonotes. Trabajaba como ninguno, era puntual como un tren inglés y nunca salía del trabajo sin haber resuelto hasta el último de los problemas. Esto le generó rápidos ascensos y un todavía más rápido enfriamiento de la relación con su esposa.Teresa tuvo tres embarazos. Los dos primeros fallidos, todos complicados. Cuando nació Ignacio, luego de diez horas de trabajo de parto, decidió que nunca más volvería a pasar por una situación similar. Sin haberlo hablado jamás con Enrique, aquella noche dio unilateralmente por concluida su vida sexual.

Ixca

Ixca nunca supo por qué su madre escogió ese nombre. Cuando era chico no le gustaba, hubiese preferido llamarse Manuel, José o Javier, o cualquier otro nombre de lo que en el colegio y entre los vecinos se consideraba normal. Entre más investigaba Ixca sobre el significado de su nombre, menos entendía por qué Emma lo había llamado así. Según algunas fuentes, Ixca significa «asado a las brasas», otras dicen que significa «agua caliente» o «barro cocido en leña». Cuando se atrevió a preguntarle a su madre, esta respondió sin darle importancia:

–Porque me gustó.

No había mayor explicación, tampoco complicación, en la respuesta. Y aunque Ixca no quedó del todo satisfecho, no había mucho más por averiguar.

No solo era el nombre, nada en la vida de Ixca era normal. No era común tener tres padres, como tampoco lo era que no hubiese crecido con ninguno de ellos, sino con la abuela y los tíos, por lo que, en la práctica, decía él, tuvo dos mamás, Emma e Inmaculada, y tres papás, José Manuel, Xabier y Luis. Tampoco era normal que se enamorara, como lo hizo, de una prima que en la práctica era como su hermana. Ixca era tan especial y distinto como lo eran su nombre, su familia, su inteligencia y su capacidad para entregarse sin titubeos ni complicaciones.

En la adolescencia, como era de esperar, la situación familiar lo conflictuó. Nadie podía tener dos padres, solo uno de ellos podía ser su padre biológico y él se empeñó en saber cuál de los dos lo era. En su acta de nacimiento no aparecía ninguno, solo su madre, quien lo registró como hijo natural. Le preguntó a su tío Luis, quien le confesó no tener más información que la que él mismo tenía. Cuestionó a su madre y exigió con tono de adolescente ofendido saber quién era su verdadero padre, a lo que Emma respondió, con todo el sarcasmo del que era capaz, que seguramente el Espíritu Santo. Preguntó a todos, incluso a Martina y la Chata, a quienes suplicó que le dijeran a quién se parecía más, si a Xabi o a Jotaeme. Todas las respuestas resultaban ambiguas: Martina aseguró que tenía el cuerpo de Xabi, los gestos de José Manuel, los ojos de la abuela Juana, las orejas de los Fares e incluso las manos de Luis. La respuesta de la nana fue franca y directa, como era ella, y sentenció que su padre era Xabier, pues él era igual de bruto que el españolete ese bajado del cerro con el que se amancebaba su madre. «Si fueras hijo de José Manuel serías fino, como los Fares, y tú no eres sino un torito mal educado», concluyó.

El torito Belén era en efecto bruto, atrabancado, curioso, inteligente y terriblemente simpático, lo que le permitía salir de los embrollos en los que se metía con frecuencia. Su mirada sagaz y su capacidad para responder con ocurrencias y sabiduría lo hacían parecer un adulto enano.

Ixca no era enano en el sentido estricto del término, era chaparro. No podía ser de otro modo. Fuera quien fuera su padre biológico, ninguno

de los dos superaba el metro con setenta centímetros, y las Belén, Juana y Emma, eran menudas, fruto de un hambre ancestral. Chaparro por los tres costados, Ixca embarneció y creció hasta los quince años. En cosa de un año y medio pasó del metro con cincuenta y cinco de estatura a uno sesenta y nueve, donde se quedó estancado para el resto de sus días. A los dieciséis le brotó una barba tupida, como de vasco, y unas ojeras negras, como de libanés, que enmarcaban sus ojos vivaces. Era guapo, sin duda, y esa era la preocupación de la Chata.

En el verano de 1947, Ixca se mudó a casa de José Manuel en Ciudad de México para estudiar Ingeniería Electromecánica en el Politécnico Nacional. La Ciudad de México era, en más de un sentido, una ciudad sin límites y un hervidero político. La mancha urbana crecía sin control ni planeación alguna, desdibujando las fronteras. Al mismo ritmo alocado de la capital crecía el partido de la Revolución, ahora institucionalizada, que quería abrazar y controlar cuanto movimiento político surgía en el país, desdibujando cualquier frontera ideológica y aniquilando todo lo que oliera a democracia.

Todas las mañanas Ixca caminaba por la calle de Ribera de San Cosme, que un poco más adelante se convertía en la avenida Hidalgo y finalmente en Tacuba hasta llegar al Palacio de Minería, donde se encontraba la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional. Era un recorrido de escasos veinticinco minutos en línea recta, pero Ixca nunca lo hacía en menos de cincuenta o una hora, pues, o bien se detenía en San Carlos a platicar con las preparatorianas, o en la Alameda, donde siempre había algún juglar, payaso o turista que observar. En ocasiones se desviaba de su ruta para ver las marchas de los sindicalistas que partían del monumento a la Revolución rumbo al Zócalo.

En esos años en la capital, Ixca conoció el sexo y el sindicalismo. Ambos le dieron grandes satisfacciones y no pocas decepciones. El sexo lo conoció con una alumna de la Prepa 4. Se llamaba Amelia, una desinhibida estudiante que a la segunda cita le arrancó un beso y a la tercera la virginidad. Amelia Gaxiola era norteña, hija de un funcionario de la Secretaría de Comercio que, como muchos de su generación, había llegado a la Ciudad de México a hacer fortuna de la mano del partido y del gobierno. Alta, trigueña, de ojos vivaces, la sonorense tenía el talle

largo y unas piernas hermosas. Le sacaba a Ixca cinco centímetros de altura y varios años de experiencia sexual, a pesar de ser un año menor que él; los seis años en la capital le habían quitado los prejuicios provincianos. Aquella tarde, en el departamento del licenciado Gaxiola no había nadie, pues, como de costumbre, los padres se habían ido a un evento gubernamental y los hermanos menores estaban repartidos en casas de amigos del colegio. Amelia sabía que tenían toda la casa y la tarde para recorrer los caminos del placer. Con gracia y paciencia enseñó al recién llegado las sutilezas del amor sin cursilería y la belleza del sexo destinado al gozo.

El sindicalismo lo conoció en casa. José Manuel nunca dejó de lado la idea de un país más justo ni su militancia en el Partido Comunista a pesar de las diferencias ideológicas que mantenía con la dirigencia, que cada día se mostraba más intolerante.

–Soy estalinista, no sordo; sé escuchar las razones de los que no piensan como yo –respondía cuando se le cuestionaba su amistad con disidentes comunistas.

Uno de ellos era Valentín Campa, quien, junto con el líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo, había sido expulsado del Partido Comunista por desviaciones ideológicas. Jotaeme no renunció al partido y menos aún a la amistad con Campa, quien siempre enriquecía sus puntos de vista sobre la política nacional y el papel de los sindicatos. A aquellas cenas recurrentes en casa de José Manuel, Valentín llegaba con una botella de mezcal de Puebla o del aguardiente michoacano llamado charanda. La plática duraba hasta la última gota, independientemente de la hora. El anfitrión, que no era lo que se dice abstemio, contribuía apenas con una tercera parte de la tarea. El resto se lo empinaba don Valentín, cuyas ideas crecían en vehemencia y brillantes a medida que daba cuenta de los sucesivos caballitos que bebía de golpe.

En los primeros encuentros Ixca se dedicaba solo a ver, oír y callar. El diálogo entre el líder sindical comunista y el abogado anarquista eran verdaderas lecciones de política que nada tenían que ver con el mundo de los modelos matemáticos o el electromagnetismo que estudiaba todas las mañanas en el Palacio de Minería. A medida que crecía la admiración por su padre y por el líder ferrocarrilero, se desarrolló también en Ixca la

certeza de que, en el nuevo México, el México de la industrialización, nada había más importante que la lucha sindical.

Al cabo de seis meses, Ixca comenzó a participar en las discusiones y en el vaciado de la botella con tal pasión que decidieron que una sola era demasiado poco para los tres. Con el aumento del combustible, las discusiones crecieron en tiempo, intensidad e interés. El asesinato de León Trotski era uno de esos temas que más levantaba pasiones. Si bien Valentín era un comunista prosoviético convencido, eso no bastaba para justificar el asesinato de nadie, mucho menos de un hombre que tanto había aportado a la Revolución. Jotaeme, que había desarrollado una gran amistad con el asesino Jaques Mornard, que a la postre resultó llamarse Ramón Mercader, reprobaba el asesinato, sin embargo, decía entenderlo como una razón de Estado.

–Jamás el Estado puede estar por encima de la dignidad humana, ni en la Revolución rusa ni en la mexicana –sentenció Valentín.

–Matar en nombre del pueblo no te convierte en asesino –respondió Fares, quien narró cómo Mercader, a quien apodaban en Lecumberri el Asesino Bueno, alfabetizaba a los presos del penal mexicano.

Ixca tenía un problema: estaba de acuerdo con los dos. Argumentaba con la misma vehemencia a favor de uno o de otro razonamiento sin que le importara gran cosa la contradicción y sus aportaciones salían siempre del libro *El comunismo libertario* de Puente que le había regalado Xabi y que citaba cual si fuera una biblia.

Valentín convenció al joven Belén de que la lucha era política y era en las calles, tal como la habían dado su madre y su abuela. Tres veces por semana, al salir de clase en Minería, Ixca caminaba a la sede del Sindicato Ferrocarrilero por los rumbos de Buenavista. Al principio apoyaba en tareas sencillas, como imprimir volantes en el mimeógrafo, copiar acuerdos para distribuirlos entre los líderes de todo el país o solo ordenar los papeles del escritorio del líder. Al paso de los meses, Ixca se convirtió en la sombra de Campa, y Campa en la pluma de vomitar del gobierno de Miguel Alemán.

La batalla por el control del Sindicato Ferrocarrilero fue una lucha desigual. El gobierno de Miguel Alemán, que había sentenciado desde su

toma de posesión a los sindicatos petroleros y ferrocarrileros por comunistas, controló y corporativizó a la Confederación de Trabajadores Mexicanos. Valentín Campa y Luis Gómez Zepeda sacaron al Sindicato Ferrocarrilero de la CTM y se le atravesaron al presidente que, alineado a la nueva geopolítica de posguerra, estaba dispuesto a terminar con cualquier viso de comunismo en el sindicalismo mexicano.

Lo que siguió fue una vorágine que arrastró a los líderes ferrocarrileros y de pasada a Ixca. La guerra comenzó con la acusación contra Luis Gómez Zepeda, secretario general del Sindicato Ferrocarrilero, y contra Valentín Campa por malversación de fondos del sindicato. Por más que Jotaeme le insistió a Valentín que se asesorara legalmente, este estaba tan confiado en su inocencia que no le dio importancia. Incluso concedió que fuera otro compañero, Jesús Díaz de León, apodado el Charro, quien asumiera la secretaría general para evitar cualquier duda. Unos meses después, a finales de septiembre de 1948, el Charro traicionó a sus compañeros y presentó una denuncia penal contra ambos líderes.

La base sindical se rebeló. Airadas asambleas, de las cuales no pocas terminaron en conato de bronca, se sucedieron a lo largo de dos intensas semanas, hasta que el día 14 el Charro presentó su dimisión a la secretaría general. Campa, Zepeda e Ixca celebraron el triunfo con mezcal. José Manuel también brindó, pero no estaba convencido de que aquello fuera un triunfo de verdad.

–Algo traman. El presidente Alemán nos quiere a todos los comunistas fuera del país o dentro de las cárceles.

–Tú ya estás dentro de una, qué te preocupa –bromeó Ixca.

Campa, Gómez Zepeda y el mismo José Manuel festejaron la broma y olvidaron el tema. Como casi siempre, Jotaeme tenía razón. Unos días después, policías del Distrito Federal, soldados y agentes de la Dirección General de Seguridad –la famosa policía secreta– tomaron el edificio y detuvieron a Gómez Zepeda. Valentín Campa fue advertido a tiempo y se fue a la clandestinidad. Había rumores de que la policía secreta tenía ubicado a Ixca como uno de los más cercanos colaboradores de Campa y que iban por su cabeza. No había tiempo ni manera de confirmar los rumores, por lo que Ixca prefirió salir de la ciudad y, haciendo honor a su

apellido Belén, terminó con Campa a salto de mata. Anduvieron en pequeñas rancherías de Veracruz donde Demetrio Vallejo tenía una amplia red de apoyo, tres días aquí, cuatro allá. Eran hogares pobres donde alimentar dos bocas más significaba desestabilizar la economía del hogar, por lo que procuraban no quedarse más de tres días en un solo domicilio.

Tras diez meses durante los cuales nadie los perseguía y la prensa había dejado de hablar del líder comunista, Ixca y Valentín Campa bajaron la guardia. Regresaron a la Ciudad de México a una vecindad en la colonia Portales. Aunque mantenían ciertos protocolos de clandestinidad, la verdad es que poco a poco volvían a la normalidad. Ixca incluso pensó en regresar a clases. Un día cualquiera de noviembre, al salir de la vecindad, un grupo de policías judiciales apoyados por decenas de elementos de la policía los estaban esperando. A Campa lo acusaron de fraude; a Ixca, de complicidad. Aunque no había orden de aprehensión contra él, los judiciales dijeron haberlo detenido en flagrancia, acusado del delito de lesa amistad.

José Manuel recibió a su hijo y a su amigo en Lecumberri. Él personalmente les entregó sus uniformes y les leyó el reglamento frente a los custodios. No quería que nadie pensara que iba a tratar distinto a los nuevos huéspedes por ser su hijo y su amigo. La principal preocupación de Jotaeme no era la defensa legal, pues el caso de Campa estaba débilmente armado y contra Ixca no había nada que no fuera circunstancial. Lo que le quitaba el sueño era la depresión de su hijo que, entre avergonzado y arrepentido, no levantaba la cabeza frente a su padre. Ixca sentía que había perdido su futuro por una lucha que ni siquiera era suya. «Toda lucha social es nuestra; no te equivoques», le repetía José Manuel. El argumento, comprensible desde lo intelectual, no satisfacía en lo personal al joven.

Jotaeme avisó de inmediato a Emma y a Xabier para que fueran a ver al hijo común. Así lo hicieron. Una o dos veces al mes el trío volvía a dormir en la misma casa y comprobaban que los tres eran siempre mejor que dos. Discutían, reían, se apoyaban y Emma les hacía saber que amaba a los dos por parejo. Los tres juntos visitaban a Ixca, quien nunca terminó de entender cómo funcionaba aquel conglomerado que lo había

concebido, criado y educado. José Manuel también avisó a Amelia Gaxiola de la situación de su amigo y le ayudó a que obtuviera el registro de visita conyugal pese a no ser cónyuge. El director del penal dijo que se trataba de una «pareja de hecho», que por tanto tenía derechos, un argumento extravagante para aquellos años.

Las visitas de la sonorense no lograron quitar la tristeza de Ixca, que enfrentaba las sesiones de amor con poco apetito sexual en un cuarto pequeño y mal ventilado. Amelia, que nunca fue dada a la cursilería ni a los detalles, notaba cómo semana a semana la indiferencia de Ixca crecía.

–¿En quién piensas? –demandó Amelia.

–En nadie.

–No me mientas. Sé claramente que para ti hoy no soy sino un desfogue sexual. Y lo hago con gusto. A eso vengo, a sacarte la energía que te sobra aquí encerrado. Pero no me mientas. Siento perfectamente cómo tu mirada me atraviesa para ver a alguien más.

Como todo hombre que ha sido sorprendido en la traición, Ixca lo negaba todo. Lo cierto es que en aquellos meses de cárcel solo tenía cabeza para una cosa, y no era Amelia ni el movimiento sindical o la electromecánica, sino Martina, cuyo recuerdo se hacía cada día más inquietante.

Amelia dejó de asistir a la visita conyugal a mediados del año 51. Para entonces las pláticas con Valentín y con José Manuel habían dado un vuelco inesperado: Campa planteó la fundación de un nuevo partido, un Partido Obrero Campesino Mexicano que tuviera como base a todos los expulsados del Partido Comunista, que a esas alturas eran ya más que los militantes. Un partido que, sin sectarismos, diera cabida a todos los pensamientos de izquierda, y que tuviera una amplia base social en el movimiento campesino y obrero, imaginaba el sindicalista encarcelado. Esta nueva tarea volvió a juntar a Ixca y a Valentín, que pasaban horas en la cárcel intentando redactar documentos que no avanzaban. Lo único que aportaba el joven preso eran dudas, pues en la sombra sus certezas ideológicas se fueron haciendo pequeñas, cuestionaba cada párrafo que escribía el líder ferrocarrilero y las premisas del dogma comunista. Así, llenos de dudas, sin avances y con borradores tachonados y reescritos una

y otra vez, los sorprendió la Navidad del 51 y la noticia de su liberación en enero siguiente.

Ixca quiso regresar a los estudios. No pudo: sus ausencias y sus antecedentes penales truncaron cualquier posibilidad de continuar en el Palacio de Minería. El proyecto de Campa le interesaba cada día menos, pues en medio de la campaña electoral del 52, en la que el PRI mostraba todo su poder corporativista, un nuevo partido de izquierda no parecía tener mayor futuro. No se necesitaba ser un genio para darse cuenta de ello, para darse cuenta de que aquello no era sino una utopía retroalimentada por el entusiasmo. Ixca cayó en la depresión, dejó de salir a sus caminatas y pasaba las tardes encerrado en su cuarto rumiando sus derrotas. Preocupado, José Manuel pidió a su hermano Luis que lo invitara a pasar el verano con ellos. La ilusión de volver a ver a Martina regresó el brillo a sus ojos; el nervio de ser rechazado incrementaba su angustia.

El del 52 fue un verano caliente y eso trajo consigo muchas consecuencias. Las elecciones terminaron en una trágica represión al movimiento henriquista, opositor al PRI; el lago de Chapala, donde Luis, Inma y sus hijos veraneaban año con año, se alejó kilómetros de la ribera y secó al río Santiago que dotaba de energía a la ciudad de Guadalajara. Aquel verano infernal, Martina e Ixca se reencontraron en Chapala. Pasaban horas y horas poniéndose al día a la sombra de una clavellina hablando de sus planes, haciendo largas caminatas por los cerros, pues el lago se había ido tan lejos que era imposible alcanzarlo. Fue un año de apagones y de noticias importantes para la familia: el mismo día que el Consejo Universitario eligió al doctor Luis Fares como nuevo rector de la Universidad de Guadalajara, Martina se enteró de que estaba embarazada.

Ese día también comenzó mi historia.

9

Rosa

Si alguien conocía mis fantasmas era Rosa. Después de la plática con mi madre, me surgió una enorme necesidad de verla. No eran solo ganas de hablar con ella, esas siempre estaban ahí, como a todas las personas que queremos, eran las ganas de abrazarla y de que me abrazara. Las nanas cumplen un papel fundamental en nuestra infancia: completan el pedazo de mamá que no te tocó, fuera por la cantidad de hijos, fuera por los compromisos laborales o sociales, fuera por ausencia de madre, como fue mi caso. Quienes la tuvimos, sabemos que la nana es parte complementaria de la figura materna. En mi caso, *complemento* no es la palabra adecuada: Rosa fue la parte central. Mi terapeuta me decía que tenía rota la figura materna, que por ello me costaba tanto trabajo la relación con las mujeres. Siempre he pensado que los analistas exageran en su interpretación, que a todo le dan más importancia de la que realmente tiene. De lo que no había duda era de que, entre mi madre ausente y la rudeza de mi abuela, la figura de Rosa se alzaba como lo más parecido a una madre que había tenido en mi vida.

Tras la muerte de la abuela, Rosa había regresado a vivir a su pueblo, Concepción de Buenos Aires, con dos hermanas que al igual que ella no se habían casado. «Quedadas» les decía la abuela a las solteras, como si no casarse fuera una derrota moral. El pueblo era realmente hermoso: casas de adobe encaladas con una polvera roja como la tierra del lugar, techos de dos aguas y ventanas de madera. Era un caserío uniforme, que se había mantenido casi intacto durante el último siglo, lo que en México no significaba otra cosa que pobreza. Las señoritas Ortiz vivían en una

pequeña casa que había pertenecido a su abuelo, sobre el camino a Epenche. Sin embargo, la habían mejorado: tenía ya cocina con estufa de gas y un baño que, aunque estaba en el corral en lo que había sido la letrina junto a las porquerizas, tenía agua corriente, calentador de leña y un drenaje conectado a una fosa séptica. La casa estaba rodeada de bosque y olía a pino. Para muchos, habría sido una hermosa casa de campo; para Rosa y sus hermanas era la casa de la infancia donde habían crecido, trabajado de sol a sol y sufrido las hambrunas que las obligaron a buscar trabajo en la ciudad.

Cuando le dije a Martín que lo iba a dejar sin coche dos días no se quejó, solo metió la mano a la bolsa y me entregó las llaves de su camioneta Honda que, pese a sus cinco años y ochenta mil kilómetros, estaba impecable. La salida por el sur de Guadalajara fue una tortura, no tenía conciencia de lo que significaba el tráfico en esta ciudad, a la que yo seguía viendo con los ojos de mi infancia. Hora y media después de haber salido de casa, logré tomar la desviación a Jocotepec para rodear el lago de Chapala por el sur y comenzar la subida hacia la sierra del Tigre. El paisaje era hermoso y la carretera mucho mejor de lo que la recordaba.

Solo una vez había ido a la casa de Rosa. Fue una Semana Santa en que los abuelos se fueron a Roma y mi abuela se negó terminantemente a que pasara los días santos con mi madre y los abuelos Belén. «Son ateos, quién sabe qué costumbres le van a inculcar», sentenció. En el pueblo aprendí que los rituales de la Semana Santa tienen mucho que ver con la rezadera, pero sobre todo con la comedera. El Viernes de Dolores hicieron capirotada; el Domingo de Ramos, tamales en hoja de maíz; el Miércoles Santo era vigilia, así que, como en un cuadro de la última cena que mi nana Rosa había visto en un revista, preparó mojarras a las brasas; para el Jueves Santo empanadas con harto relleno, para aguantar la visita a los siete templos (como en el pueblo solo había dos, fuimos y venimos tres veces); el viernes, el mero día de la crucifixión, tortitas de camarón, muchas, pues nos las ganamos con el ayuno y el viacrucis; el sábado, día de guardar, lo pasamos descabezando granos de maíz para el pozole con el que el domingo festejamos la resurrección del Señor.

Rosa tenía dos hermanas. Romina, la mayor, a la que le decíamos Mina, e Inocencia, Chencha, que estaba bemba, pues según contaban, a los seis años se había caído del caballo y le había entrado aire al cerebro. «Coco que se abre, se pudre», sentenciaba Mina, que era todavía más bruta que Rosa. Las hermanas Ortiz eran señoritas las tres. Bueno, a Chencha, la bemba, le habían jincado un hijo durante unas fiestas patronales de la Concepción cuando no había cumplido los quince. Sin embargo, milagro del Señor, contaba en secreto mi nana, el niño se malogró, se fue por la letrina junto con un sangrerío y nadie se enteró de que Chencha había conocido hombre. Así que, para efectos del pueblo, las tres seguían siendo las señoritas Ortiz. Mina atribuía el milagro del aborto a san Ramón Nonato, a quien había ofrecido más de quinientos rosarios; Rosa, siempre más pragmática, a don Melquiades, que era a la vez el hierbero, el peluquero y el huarachero del pueblo, a quien le había dado cincuenta pesos por un remedio para la gravidez.

Me recibieron con algarabía. A Mina le parecía importantísimo tener visita de la ciudad y Chencha no dejaba de sonreír y de inclinar la cabeza, cual perrito de taxi. Rosa me abrazó como no lo había hecho nadie en años. Me hacían falta sus brazos protectores. Después de comer –un caldo de gallina realmente bueno y pollo en pipián hecho en el metate, a la usanza antigua–, Rosa preparó un café de olla y sirvió unos tejocotes en almíbar que cosechaban cada temporada en el bosque. Nos salimos al patio y nos sentamos a la sombra de una especie de pérgola improvisada, cubierta por una zarzamora espinosa que filtraba el sol. Olía a pino y fruta madura. A pesar de que el sol seguía alto, comenzó a refrescar.

–¿Cómo estás, mi niño? –preguntó Rosa, tratando de ir al grano, como era ella.

Hice un rápido recuento de las últimas semanas desde que habíamos desmontado juntos la casa de la abuela.

–¿Y la has visto, a ella?

Le platique de las cartas y del encuentro de unos días antes sin entrar en mayor detalle.

–Mah, ¿y quién se cree ella para venir ahora a contar las cosas que no sabe?

–Por eso necesito que tú me lo digas, para saber qué es cierto y qué no.

–Yo no sé nada, mi niño, solo me enteraba de las cosas que iba escuchando aquí y allá. Lo que yo le puedo decir es solo la verdad; ya si hay otras cosas, pues yo no sé, pues le digo que yo solo me enteraba por lo que escuchaba desde la cocina. Ah, cómo le dio mortificaciones a don Enrique. Eso lo mató.

–¿Mi mamá?

–Sí, ella, pos quién más. Porque lo que era al niño Nacho lo adoraba y siempre lo justificaba. Yo entré a trabajar con los señores cuando Ignacio tenía ocho años. Ya habían pasado tres nanas, pero nadie aguantaba a la señora Tere, que era seca y malhumorada. Yo también, así que nos entendimos. Don Enrique era un pan, alegre, amiguero, gran deportista y el que pasaba más tiempo con el niño. Los fines de semana lo llevaba al futbol y a la Casa Loyola a jugar tenis. Las cosas cambiaron cuando lo de accidente.

–¿Cuál accidente, nana?

–El que ocurrió cuando Nachito se fue con un grupo del colegio de misiones. Nos enteramos por la televisión. Dijeron que había muchos muertos. Yo estaba planchando en el otro cuarto, pero clarito oía lo que estaban diciendo. La señora Tere se puso a llorar. El señor Enrique hizo una llamada, no sé a quién, agarró el coche y se fue a buscarlos en medio de la noche. Dos días después regresaron juntos a casa. Al niño le cambió el carácter. Desde entonces todo fue pelear con su papá. Nacho se hizo agrio y respondón. Don Enrique decía que era porque se sentía culpable de la muerte de sus compañeros; doña Tere pensaba que eran solo cosas de la edad. Lo cierto es que no volvió a sonreír hasta que apareció la muchacha esa.

–¿Mi mamá?

–Sí, ella.

–Se llama Lucía, nana, mi mamá se llama Lucía.

–Mah, ella, da igual cómo se llame, lo enamoró. ¡Y vaya que tenía sus encantos! Era alegre, pizpireta y seguro de cascos muy ligeros, porque

tenía embobado al joven Nacho, como hechizado. A doña Teresa nunca le gustó, decía que era de familia comunista. Don Enrique defendía a capa y espada al doctor Fares, porque le había salvado la vida. El caso es que se le metió en la cabeza a tu padre y fue la perdición.

En ese momento calló. Clavó la mirada en la chalina que traía encima de las piernas y comenzó a hacer y deshacer trenzas con las tirlangas del remate la tela.

–Nana, ¿qué más pasó?

–Yo no sé nada, joven, para qué más que la verdad. –Me miró con sus ojos tristes cargados de lágrima; parecía a punto de estallar, pero como siempre hacía, escapó por la tangente–. Vamos, mi niño, que es hora de la merienda y con la comida no se juega.

La cena transcurrió en silencio, amenizada por los sonidos del bosque al caer la noche: búhos, cuijas, chicharras, a lo lejos, un perro aullador. Antes de irnos a dormir, revisamos las camas con una lámpara.

–A los alacranes les gusta esconderse en los pliegues de las cobijas y no quiero que me despierte con sus chillidos, como cuando era niño.

Le dije que me iría de madrugada, pues el Gordo necesitaba su coche. No era cierto, pero sentía que debía darle una buena excusa para no quedarme a desayunar. Rosa me dio la bendición, como hacía siempre que llegaba la hora de enfrentarme a la soledad de los sueños, y continuó como si nada la conversación interrumpida dos horas antes.

–Hay una caja que doña Teresa trajo de Tijuana cuando regresó. Eran los papeles de don Enrique. Nunca la abrió. Yo la empaqué entre las cosas que te llevaste. Quizá ahí puedas encontrar algo de lo que buscas.

Birria

Bajé de la sierra de madrugada. Aunque la neblina opacaba la luz del amanecer, había visibilidad suficiente para manejar. Los tonos amarillentos de un sol débil, las copas de los enormes pinos, asomadas apenas entre las nubes, y el fresco de la mañana me pusieron de buen humor. Puse algo de música, una lista de cuartetos para cuerdas que saltaba de autor y de época sin coherencia alguna, como mis pensamientos. Por momentos me venía a la mente el restaurante, pasaron

los recuerdos de la infancia con el abuelo en Tijuana, en la casa de los Belén, el colegio, los silencios de mi nana y de mi madre. Después de una curva, apareció abajo, apacible, hermoso, teñido de rosa, el lago de Chapala. Los amaneceres son hermosos, lástima que ocurran a horas tan inconvenientes del día y duren muy poco.

Cuando llegué a San Luis Soyatlán, la luz brillaba y la laguna había recuperado su color natural, un gris chocolatoso indefinible. El mercado había despertado y tenía ese bullicio y alegría que solo se encuentran entre los mercaderes durante las primeras horas de la mañana. Recordé que el abuelo Enrique solía festejar la birria y el camote del cerro de este pueblo. Me estacioné y decidí darle una oportunidad a ese plato que tanto alababa.

La gracia de la birria es que convirtieron la carne dura y olorosa de chivo en un guiso suave y aromático. Es un ejemplo de que en la cocina todo se resuelve con paciencia y buenas especias. El puesto consistía en dos tablones largos para dieciocho o veinte comensales, en los que había salpicados platos con cebolla picada, orégano y botellas de chile de Yahualica. A un lado, un enorme comal donde dos señoras que podrían ser madre e hija tiraban tortillas con gran agilidad, cuidando que todas se inflaran en la tercera vuelta. En el fondo, un horno donde cabían tres chivos completos, mismos que se agotarían antes de las diez de la mañana. Me senté en un rincón. El café estaba intomable. Di cuenta de mi ración de chivo en salsa sin usar cubiertos, cuchareando solo con cuartos de tortilla, tal como me había enseñado mi nana, mientras pensaba en lo que había conversado con ella.

Manejar solo en carretera es la mejor terapia introspectiva. Salí de San Luis ya con sol pleno y un calorcito que amenazaba con alcanzar rápidamente los treinta grados. Las nubes de la mañana se habían disipado. El lago era ahora una mancha luminosa que reflejaba la luz como un espejo enorme. El viento levantaba pequeñas olas que daban un efecto chispeante. Encandilaba; encantaba.

Pensaba.

Siempre tuve la certeza de que había algo escondido en mi historia, cosas que nadie mencionaba, cosas de las que la abuela no quiso hablar;

cosas que mamá no podía decir; cosas que los abuelos Belén supieron, pero habían decidido callar. Cosas que quizá el abuelo Enrique me hubiese platicado, de las que quería hablar cuando yo fuera grande y nunca fui lo suficientemente grande para él; cosas que guardó en un cajón, quizá para mostrármelas, pero la muerte lo sorprendió antes de que yo tuviera la edad para hablar de ello, cosas que escondió en una caja, quizá solo para enterrarlas.

En todas las familias hay historias escondidas, verdades a medias, susurros. Pequeños secretos, llamaba la abuela a esos enormes silencios. En mi caso, sospechaba, era un poco más que eso, mi historia estaba rota y para armar el rompecabezas necesitaba tiempo. Maca se va a poner furiosa. Ella dice que siempre me tardo más porque no me decido a hacer las cosas, porque siempre estoy dándoles vueltas y vueltas en lugar de enfrentarlas. «Los problemas son para resolverlos, no para platicarlos», repetía una y otra vez. Dice que a mí me gusta marinar los problemas, y tiene razón, no lo voy a discutir, no tiene caso, siempre gana, entre otras cosas, porque casi siempre sabe lo que dice. Pero la memoria es como la birria: algo duro y oloroso que hay que cocinar con cuidado. Mientras esté en el congelador, no pasa nada. Bien fríos y envueltos en plástico, en una bolsa al vacío, los recuerdos son inocuos, no tienen olor ni sabor. «Hay cosas que es mejor no saber», sentenciaba la abuela para poner fin a las conversaciones incómodas. El abuelo Enrique decía que Teresa era más hermética que un refri de los nuevos. Tenía que hacer la aclaración porque cuando él era chico los refrigeradores cerraban a presión y dejaban escapar el frío. La abuela no dejaba escapar nada, almacenaba los recuerdos en su mente fría y nada volvía a salir. Me entristeció pensar en lo mucho que debió haber sufrido. Congelar el pasado había sido su estrategia de sobrevivencia. Nunca se planteó sacar nada del congelador. El abuelo Enrique no era tan frío. Sacaba sus recuerdos del congelador todos los días, en realidad todas las noches, y los ventilaba. Luego los volvía a guardar detrás de su cara de empresario inmutable.

Mi madre había abierto el congelador de la familia y había comenzado por sacar los recuerdos más viejos. Hasta la carne de chivo cuando lleva años congelada pierde su olor. Después de tantos años en el

congelador, los momentos más dolorosos se convierten en anécdotas, en historias que se cuentan sin que huelan ni duelan.

Olor y dolor.

¿Si no huele, no duele?

¿Si no hiede, no hiere?

Estaba desvariando. El tránsito de ingreso a Guadalajara estaba horrible. En realidad, no estaba horrible, era horrible, todos los días, a todas horas. El Waze aumentaba descaradamente el tiempo de llegada sin compromiso alguno con sus predicciones. No tenía prisa por llegar a ningún lado; tampoco ganas de estar ahí, encerrado en una camioneta ajena. Decidí que era un buen momento para tomar decisiones. Le pediría a mi madre que me contara, de viva voz, lo que había pasado en aquellos años, cuando fue a la cárcel. Sabía que algo había tenido que ver con la guerrilla. Sospechaba que por eso nos habían repudiado y nos habíamos refugiado en Tijuana. Que mi abuela Teresa nunca había perdonado a mi madre. Sabía, lo sabía ahora, por sus cartas, que ella venía de una familia de anarquistas. Mi padre no, él era «el niño bien», y su familia bastante conservadora. ¿Había algo más? Seguro había muchas más cosas de mi familia de las que no se hablaba. Llegando a casa de Martín y Güicha llamaría a mi madre para ir a verla a su casa, a la que había sido la casa de los abuelos Ixca y Tatis. No en un café, tenía que ser ahí, en su espacio, un lugar donde pudiéramos llorar y recordar. ¿Tendrían ellos su propia caja de historia, o la caja era mi madre en sí misma, una caja fuerte de la que ella misma se había comido la llave? De regreso a Ensenada, me prometí, abriría la caja del abuelo.

El contingente de autos avanzaba lentamente por el viaducto de ingreso a la ciudad, como un gran dragón que subía y bajaba por los pasos a desnivel. Éramos todos una pequeña parte de un monstruo mucho mayor, llamado Guadalajara, y al cual nunca se le veía la cabeza. La falta de cabeza explicaba en gran medida el caos urbano. Las ganas de hacer pipí me provocaron un dolor intenso en la vejiga. El Waze marcaba catorce minutos desde hacía veinte; tres horas de San Luis a casa del Gordo y contando. Un argumento más para regresar al Valle lo antes posible. Festejé vivir en Ensenada.

Aguanta, Maca, estoy a punto de encontrar lo que vine a buscar.

¿Qué vine a buscar?

No tengo idea.

Aguanta Maca, estoy a punto de saber algo que no sé qué es. Solo sé que huele… y duele.

La casa de Tatis

La casa de Tatis, ahora de mi madre, es un oasis en medio del caos urbano. Una sucesión de patios de piedra que te llevan al silente corazón de la manzana, a la sombra de inmensos y generosos árboles. A la entrada, una palma datilera altísima, colonizada por una reina de noche. En el patio de atrás, lo que parece haber sido una huerta; pelean en las alturas un tabachín, un aguacate viejo, un magnolio y un estilizado eucalipto, invadido por una bugambilia y flanqueado por dos manchas de follaje rojo de sangre del Líbano en medio del verde de los helechos y garras de león que trepan por troncos y paredes. En el patio central crecía solitario un centenario guamúchil de ramas anudadas, acompañado solo por el rumor de una fuente y una mesa baja con un par de sillas tejidas. La luz de la tarde filtrada por las ramas se reflejaba en los muros amarillos como si estuviéramos dentro de un ambiente ámbar. Se estaba bien ahí, entre decenas de trinos de aves distintas y la monotonía del agua cayendo ininterrumpida sobre el alargado vaso de la pila que rememoraba un bebedero para caballos.

Mi madre había dispuesto una botella de vino y dos copas, una más grande que otra, seguramente las últimas sobrevivientes de un antiguo juego de cristalería que alguna vez adornó la mesa de la abuela Tatis. El vino era un rioja vulgar que no tenía otra intención que halagarme y hacerme sentir bienvenido; tenía un retrogusto a amor materno, con notas de nostalgia y tristeza por el tiempo perdido. Un hummus de garbanzos y un *baba ganush* de berenjena con pan pita acompañaban el vino.

—Son las recetas de tu bisabuela.

—¿La libanesa? ¿Delfina, se llamaba?

—Sí. Encontré las recetas cuando murió mi madre.

–No sabía que cocinabas.

–Nadie sabe que cocina hasta que se acerca al fogón y menea el guiso con una cuchara de madera.

–Nadie sabe lo que hay en su casa hasta que la expurga. Los tesoros y los fantasmas siempre están en el armario.

Se quedó callada. Supuse que quería que probara y aprobara sus platillos. El hummus estaba bueno, un poco masudo. Era una cuestión técnica al momento de montar, pero tenía buen sabor. El *baba ganush*, espectacular, las berenjenas habían sido asadas con todo y cáscara a fuego lento, con paciencia, y estaban perfectamente condimentadas.

–¡Mmm! Está buenísimo esto.

Fue una expresión espontánea que me salió de lo profundo. Eso la complació. Sonrió como no la había visto sonreír nunca. La vi hermosa.

–Salud –dijo, levantando la copa, satisfecha.

Era su primer gran triunfo como madre y eso la puso feliz y platicadora a su manera. Pensé que era momento de tocar el tema, de hablar de lo que ambos sabíamos que teníamos que hablar, para lo que había venido.

–¿Por qué me abandonaste?

Su expresión cambió súbitamente. Entendí que había sido un error plantearlo así. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su boca comenzó a temblar. Había picado el músculo de la almeja y esta se volvía a cerrar. Me sentí como un imbécil. Ella miraba las ramas del guamúchil, buscando fuerza para responder. La luz amarilla iluminaba sus ojos brillantes de lágrimas. Había envejecido diez años en una sola pregunta. Finalmente, escogió sus palabras, cuidadosas, y las fue soltando una a una, con largas pausas entre ellas.

–Yo siempre me pregunté otra cosa. Yo me preguntaba todos los días por qué te habían arrancado de mí, por qué yo no podía estar con mi hijo. La cárcel fue un castigo, por lo que hice, por lo que hicimos. Quitarme a mi hijo fue la venganza de tu abuela porque sostenía que yo le quité al suyo. Ella siempre pensó que yo le robé a Nacho. Tu papá y yo lo discutimos antes de tomar la decisión de pasar a la clandestinidad.

Acababa de ser madre, no estaba lista. Él insistía en que no había tiempo, que tenía que ser esa misma noche, esa noche…

Un sollozo profundo salió desde lo más hondo de sus entrañas. Había atravesado su vientre, matriz, hígado, corazón, pulmones y garganta. Había tanto dolor en aquel quejido que no cabía palabra en el ambiente. Callamos. El eco del dolor retumbaba en mi cabeza.

No volvimos a tomar de las copas ni a probar bocado. Solo rumiábamos las palabras. La pausa duró hasta que cayó la noche. Ya no nos reconocíamos los rostros a dos metros de distancia. La oscuridad y el silencio nos habían devorado otra vez.

El rumor de la fuente llenó la noche y poco a poco su respiración se fue tranquilizando.

–Te voy a dar las recetas de mi bisabuela; eres tú quien debe tenerlas. Yo no tengo para quién cocinar.

No supe cómo interpretar su frase. Era una expresión de amor desprenderse de algo tan preciado y, al mismo tiempo, un velado reclamo por su soledad. Pero también otro magistral acto de evasión. Una vez más concluía la conversación huyendo hacia la trivialidad. Mi pregunta seguía flotando en el aire, atormentándome. El enojo me cegó.

–No quiero recetas, mamá, quiero respuestas.

A pesar de la oscuridad que nos separaba, pude sentir su mirada. En la penumbra pude captar un rostro que, al mismo tiempo que pedía comprensión, avisaba que no diría una palabra más a su torturador. La imaginé en la cárcel, vejada y maltratada por sanguinarios agentes de seguridad.

–¿Te torturaron? –pregunté con una voz casi inaudible, con el miedo de quien no quiere saber.

–Muchas veces… trece veces si te interesa el dato preciso.

–¿Quién?

–Los agentes de la Dirección Federal de Seguridad. El capi, el mismo que mató a tu papá.

Había una extraña frialdad y seguridad en su respuesta, como si la que respondiera fuera otra ella, que habitaba el mismo cuerpo. Lucía mi

madre –mi madre ausente, pero madre al fin– y Lucía la guerrillera no eran la misma. Había logrado disociarlas.

–¿Cuál era tu nombre en la guerrilla?

–Raquel.

–¿Raquel?

–Sí, Raquel, la favorita de Jacob, la de la mirada tierna y el rostro hermoso. La oveja. Fue tu papá quien escogió mi seudónimo. Nunca le dijimos a nadie por qué, esas cursilerías no estaban permitidas en la organización. Pero nosotros no dejábamos de soñar, de ser cursis como toda pareja de enamorados a los veinte años. Leíamos a escondidas poemas de Benedetti, Hernández y Machado. Nos decíamos cosas al oído en medio de las eternas reuniones de la organización.

–¿Cómo se llamaba él en la guerrilla?

–Saulo. Yo no escogí ese nombre. Él leía la Biblia y admiraba a san Pablo; a mí siempre me pareció un misógino.

–¿Estabas enamorada?

–Muy. Pero de eso no se hablaba en la organización. El amor era burgués, decíamos… Qué estupidez.

El sufrimiento regresó a su voz. De nuevo era Lucía la que hablaba y no Raquel. Era Lucía la que sentía y sufría.

–Es tarde –dijo con melancolía, poniéndose de pie.

–Nunca es tarde para conocer a mamá –respondí con calma y nos abrazamos.

–El tiempo es terrible, nunca confíes en él. Es traidor y asesino. El tiempo mata y siempre te queda a deber.

Caminamos entre las plantas rumbo a la salida. «Te escribo», remató, y me dio un beso mientras me apretaba la otra mejilla con su mano callosa.

Cartas: memoria y rencor

Para: <netoguamuchil@gmail.com>
Asunto: Historias

Neto querido, hijo:

Han pasado diez días desde que nos vimos aquella tarde en el patio de la casa. Seguro estarás pensando que he sido cruel contigo y, sobre todo, que no quiero decirte la verdad. No es eso. Nada me duele tanto como verte sufrir, y más aún sufrir por cosas que tú no provocaste. Claro que quiero decirte la verdad, lo que pasa es que no sé cuál es la verdad, si mi memoria es capaz de recordar algo parecido a eso que llamamos verdad.

La peor de las formas de la memoria es el rencor. El rencor carcome, muerde por dentro, invade los recuerdos, los coloniza, los habita y al final los distorsiona como un tumor que se apropia de un órgano. El rencor es el nido donde empollamos el odio.

«Bienaventurados los desmemoriados porque no conocerán el rencor». Busqué esa frase una y otra vez en el sermón de la montaña, pero no está ahí. Ese dios que todo lo ve, que todo lo sabe, que nada olvida, el que lleva la cuenta de tus pecados uno a uno, día por día, organizados en veniales y capitales, es un dios del rencor, incapaz de olvidar que hubo un pecado original. Para ser rencoroso, primero hay que ser memorioso. El rencor es memoria, lo que no significa que el perdón sea olvido.

¿Cómo narrar mi historia sin que los recuerdos estén invadidos de rencor? ¿Cómo decirte quién soy, quién eres tú, sin que el rencor se apropie de nosotros?

El rencor es egoísta por naturaleza: recuerda solo aquello que nos hicieron y olvida todo aquello de lo que somos responsables. En eso se parece mucho al complot, pues nos libera de toda culpa; siempre hay alguien más que es responsable de lo que nos sucedió. Ese que tanto daño nos causó, ese que nos traicionó, ese cuyas acciones nos cambiaron la vida, aquel que nos provocó una herida que no puede sanar, ¿es responsable de lo que somos hoy?

En el rencor siempre hay otro, un otro enorme en cuya sombra se esconde nuestro yo enano. Cuando la memoria toma la forma del rencor, es el otro el que crece, es él o ella quien se vuelve protagonista de nuestra propia historia.

No quiero hablar desde el odio, no quiero transmitirte el rencor que se apropió de cada uno de mis recuerdos. Por eso he preferido callar todos estos años. Tengo miedo de envenenarte, y al mismo tiempo, sé que

tu búsqueda, tu sed de saber, es lo único que puede sanarte y sanar nuestra relación.

Ya te dije que la memoria poco o nada tiene que ver con la verdad, pero tiene todo que ver con el rencor. Escribir la historia de los otros ha sido relativamente sencillo; no he hecho sino acomodar sus recuerdos a mi propia historia, a la historia que yo me quiero y te quiero contar. ¿Puedo narrar la mía sin que me gane el odio? No lo sé. Disculpa que lo haga en tercera persona, no lo hago buscando ninguna falsa objetividad, no me interesa la neutralidad, sino para escapar del dolor y en lo posible del rencor. Espero me perdones por lo que te voy a platicar. Yo no he podido perdonarme aún.

Te quiere,
Mamá

Del diario de Maca

Martes 25 de abril de 2023

Mañana llega Neto. Por el teléfono lo siento cada día más distante. Espero que salga pronto del aeropuerto, siempre es el último en salir, como si no tuviera prisa de nada, como si mi tiempo no valiera. Si siempre ha sido así, si es el mismo pazguato desde que lo conocí, no sé por qué sigo pensando que esta vez será distinto. No, no es que hayamos cambiado, todo lo contrario, seguimos siendo los mismos de hace años. Igualitos, pero en peor, diría mi amiga Bego.

Cata de hoy: Mogor Badán 2020. A pesar de ser de una añada complicada, marcada por golpes de calor, este vino hace del problema, virtud. Tiene aromas de fruta muy madura, sin embargo, logra equilibrarlos con el de la madera y las hierbas de campo, arbustos y minerales. En boca muestra una textura agradable, buen nivel de acidez y permanencia. No tiene la calidad de otras añadas, de aquellos legendarios caldos de cuando vivía Toño Badán. No cabe duda de que heredó a la familia el oficio de hacer buen vino con lo que te dé la tierra. Variedades: cabernet sauvignon, cabernet franc y merlot. Fiel a la costumbre de la casa, no indica en qué porcentajes. Noventa puntos, Maca.

Miércoles 26 de abril de 2023

Soy una pendeja. Ahora resulta que soy el chofer de Neto. Ya no me escucha, le vale madre el restaurante, le valgo madre yo. Solo tiene cabeza para su mamá y las cosas que le escribe. Quizá estoy siendo egoísta, quizá lo que toca es que tenga tiempo para procesar la muerte de la abuela y el reencuentro con su madre, que tenga tiempo para sí mismo, para pensar. Solo quisiera que me preguntara cómo estoy, cómo me siento. ¿Es mucho pedir? Chingado, estoy llorando y no sé si es por él, por el desequilibrio hormonal o porque estoy cansada. O todo junto. Quiero un whisky; necesito un whisky.

Cata de hoy: whisky Yamazaki, doce años. En nariz, notas frutales y especiadas que dan una rica combinación de dulzura y frescura. Las fragancias predominantes son durazno, pera, naranja confitada y clavo. En boca es sedoso y equilibrado. Tiene diversas capas de sabor destacando suaves notas de coco y arándanos al principio y durazno y piña al final, lo que le da un equilibrio entre lo cremoso y lo afrutado. Me encantó y me cayó de maravilla. Noventa y tres puntos, Maca.

Sábado 29 de abril de 2023

Ya se volvió a ir. No me atreví a decirle nada. Hay algo en su mirada que me preocupa. Por más que quise decirle que estoy con él, que si le digo las cosas es porque me preocupa y lo quiero, tengo la sensación de que no me escucha. No sé si volverá a ser el mismo Neto de antes, lo único que quiero es que me hable, que me mire, que me quiera. Traigo cólicos, un dolor de cabeza espantoso y sangrado. El lunes voy con la ginecóloga.

Cata de hoy: coctel de pastillas. Advil para el dolor de cabeza, Ponstan para el cólico y Stilnox para dormir.

10

Ignacio y Lucía

Enrique hubiera querido tener muchos hijos; Teresa no. Tu abuelo era un hombre vivaz, deportista, lleno de inquietudes políticas. La abuela, una mujer corta, con un corazón curtido por los golpes de la vida, cargada de temores. Nacho fue el único hijo que se logró. Los dos primeros embarazos terminaron en aborto espontáneo antes del cuarto mes. Del tercer embarazo, lleno de complicaciones, nació una niña que no supo llorar; nació muerta. Los cánones decían que había que salvarla del limbo, así que ese mismo día en el hospital la bautizaron para enterrarla al día siguiente. Cuando Teresa se volvió a embarazar, Enrique le ofreció su hijo a san Ignacio de Loyola, el santo que lo había acompañado toda su vida, a cambio de que lo protegiera al nacer. Una noche de tormenta en que los rayos retumban en la barranca y las nubes descargan relámpagos aquí y allá, tres días antes de la fiesta de san Ignacio, nació un niño grande, fuerte y llorón. Teresa siempre pensó que tu abuelo le daría a su primogénito su propio nombre, pero Enrique lo había ofrecido al santo de Loyola y cumplió su palabra: el 31 de julio salieron del Hospital Guadalajara directo a templo de la Paz, donde el canónigo Pérez Alba le impuso, como era su costumbre, el nombre que querían los padres seguido por el del santoral del día del nacimiento, más otros consagrados a alguna advocación de su gusto. Nacho salió de la pila bautismal con un acta de pertenencia a la Iglesia católica con el nombre de Ignacio Eustaquio del Sagrado Corazón de Jesús. Prudente como era, dos días después, don Enrique lo registró ante la autoridad civil solo con el nombre de Ignacio.

Lucía nació sana y sin complicaciones. Sus padres, casi adolescentes, nunca se preocuparon por el parto: fue un proceso tan natural como sencillo. Martina nunca conoció más médico que su padre, en quien

confiaba plenamente. El doctor Fares hacía dos o tres preguntas intercaladas en la conversación cada vez que se veían y aprovechaba cualquier ocasión para pesarla, fuera que Martina pasara por el consultorio, en una máquina en el centro de la ciudad a la que había que echarle un veinte de cobre para que funcionara, incluso una vez entre juego y juego en el Mercado de Abastos, en una balanza enorme que usaban para pesar cebollas. Un mes antes del parto, su padre la llevó con su amigo y jefe de ginecobstetricia del Hospital Civil, el doctor Gutiérrez, con la súplica de que él atendiera hasta el parto. Así fue. El médico revisó a Martina en un par de ocasiones y dio la instrucción de que le avisara en cuanto comenzara el trabajo de parto. Llegó el día. Fue durante una madrugada templada de otoño. Ixca y Martina se trasladaron al Hospital Guadalajara y, antes de terminar el día, la niña nació sin mayor problema. Se llamó Lucía por decisión de su madre, «porque me gusta», argumentó, ante las insistentes preguntas de la abuela Inmaculada, que albergaba la esperanza de que la niña llevara su nombre.

Después de Ignacio, no hubo ningún otro embarazo. Con el nacimiento de un varón, Teresa dio por cumplida su misión de formar familia y darle descendencia a su marido. Fue una decisión unilateral, aplicada con las más rudas técnicas matrimoniales. Al principio, cerraba las piernas con todas sus fuerzas cuando calculaba que estaba en periodo de ovulación. Meses después decidió cerrar la puerta del cuarto, obligando a Enrique a dormir en el estudio. Apenas pasado el primer mes de lactancia contrató nanas, quienes se hicieron cargo de las necesidades básicas del niño, desde darle de comer, cambiarlo, bañarlo, vestirlo y llevarlo de visita al cuarto de la madre cuando así lo requería. Con ninguna se entendió, hasta que llegó Rosa. Teresa aprovechó la suerte de haber conseguido una buena nana para concentrarse en lo que realmente le gustaba hacer: nadar, leer y acompañar a su marido a los eventos sociales. Cuando el niño comenzó a crecer, se dio tiempo de educar a Nachito, como le decía, en las cosas que ella consideraba importantes: las normas de urbanidad, la disciplina y la lectura. Si Ignacio era tan educado, disciplinado y culto, se lo debía a la estricta formación que le dio la abuela. Lo cariñoso, inteligente, comprometido y desprendido, se lo debía a don Enrique, y, por supuesto, a Rosa.

No por inesperada Lucía fue menos querida. También fue hija única, en este caso por convicción: Ixca creía que la sobrepoblación mundial era un problema; Martina, mucho más pragmática, sabía que, si se quería dedicar a su carrera, si quería trabajar, no podía dedicar su vida a cuidar niños. «Solo una y nada más» fue su decisión y fue una de las pioneras de uso de la píldora anticonceptiva en México, que su padre conseguía en el Hospital Civil. Lucía creció de brazo en brazo entre los padres, los abuelos, la tía Ana y la Chata, que encontró en la recién nacida una más de la familia a quien transmitir su amor y su florido lenguaje. A pesar de su edad –superaba los setenta, pero nadie, ni ella misma, sabía con exactitud cuántos contaba–, gozaba de la misma vitalidad con la que se había hecho cargo de Inmaculada y años después de Martina, Luis y Ana. Si Lucía fumó desde pequeña, si sabe de albures y cosas del diablo, se lo debe a la Chata.

De la parte afectiva de Ignacio se encargó su padre; don Enrique babeaba por su chiquillo. En cuanto tenía tiempo libre, lo dedicaba a él. Lo llevaba a todas partes e iban al estadio dos veces por semana, daba igual si jugaban las Chivas, el Oro, el Nacional o el Atlas, el equipo de sus amores. Los fines de semana inventaba algún paseo, cualquier cosa que les permitiera salir de casa. A medida que Enrique y Teresa se distanciaban como pareja, la relación padre e hijo crecía. La de don Enrique e Ignacio era una conversación interminable, siempre tenían algo más que comentar, fuera de futbol, de la última película, de alguna noticia o suceso importante. Todas las mañanas llegaba a casa el periódico *El Informador* y a medio día el *Excélsior* que don Enrique leía con pasión, desde la columna de Denegri, a quien nunca bajó de «brillante hampón», hasta la del Chango Cabral en deportes. Nacho aprendió que lo más placentero en la vida era tirarse en un sillón a leer el periódico después del colegio. Nada le gustaba tanto como sorprender a su padre con una noticia que él no supiera. Nacho y Enrique hablaban de futbol y política todo el día.

Lucía fue a la American School igual que sus padres. Del antiyanquismo, necesario en la educación de cualquier niña hija de socialistas y nieta de anarquistas, se encargarían sus padres y los abuelos Belén. De sus lecturas se encargó el abuelo Luis, que cada mes la llevaba a las librerías del centro de Guadalajara con presupuesto abierto. *Mujercitas*, *Las aventuras de Tom Sayer*, *El diario de Ana Frank*, *Orgullo y prejuicio* fueron parte de las tardes de Lucía en casa de los abuelos. De las narraciones de fantasmas, jinetes sin cabeza y tesoros malditos en los muros de las haciendas se encargaba la Chata, que le contaba las historias una y otra vez jurando por la cruz que ella había sido testigo de todo ello. Por si su palabra no fuera suficiente para creer en aquellos prodigios, comprometía al abuelo Luis como cómplice de sus historias. «¿Verdad, doctor, que todo eso sucedió?», preguntaba la Chata en los momentos más inoportunos e interpretaba la sonrisa silente de afamado médico como una aprobación tácita. «El que calla otorga», repetía.

El accidente ocurrió cuando Nacho estaba en primer año de preparatoria. El grupo de alumnos destacados del colegio venía de Tapalpa, tras una semana de ejercicios espirituales ignacianos, con el padre Luis. Era septiembre y llovía a cantaros en la sierra. La furgoneta la manejaba Gabriel Dávila, un estudiante de los grandes, de los de segundo, que ya había cumplido dieciséis y tenía permiso provisional para manejar. El padre dormía en uno de los asientos de atrás; no perdonaba la hora de la siesta. Los limpiaparabrisas apenas alcanzaban a desplazar el agua que caía en gotones, se estrellaban e inundaban de inmediato el vidrio delantero, empañado por el calor de los cuerpos. Nacho limpiaba el parabrisas con un paño de franela para que el Tronco, como le decían a Gabriel, tuviera un poco de visibilidad. No se veía a cinco metros. Al entrar a una de esas cerradas curvas de la cuesta de Sayula, la corriente de un arroyo que atravesaba la carretera puso a flotar la furgoneta y Gabriel perdió el control. La parte trasera coleó e invadió el carril contrario. Por suerte, nadie venía subiendo a aquellas horas en medio de la tormenta. El

estruendo avisó que habían golpeado fuertemente contra una piedra en el cerro y la vieja y maltratada camioneta se enfiló directo al barranco. Rodó cuatro veces antes de detenerse en unos arbustos que crecían aferrados a las últimas rocas antes del abismo de la laguna seca.

Lucía tuvo un primer novio en secundaria. Solo un galancete, nada serio, dirían ahora. Para ella sí lo fue. Se llamaba Julián, pero le decían el Gato. Tenía unos ojones azules tan expresivos que hacían que a Lucía no le importaran las abundantes espinillas que tenía en la cara. Era un par de años mayor que ella, estaba en primero de preparatoria en la American School, y tenía un grupo de rock. Más que por el Gato, Lucía babeaba por el tocadiscos moderno que tenía en su casa y la gran colección de discos de música en inglés de la que disponía, pues su padre era dueño de la radiodifusora que tocaba los éxitos del *rock and roll*. Cuando los discos llegaban a la estación, se regrababan en carretes de cinta abierta y los acetatos quedaban en resguardo del padre y su disposición. Lucía era feliz en aquel estudio de música de grandes bocinas donde se tiraba con el novio en los cojines regados por el piso a escuchar odas a la libertad sexual y a experimentar los primeros besos y caricias debajo de la falda. El Gato era torpe y atrabancado, como cualquier adolescente. Había poco gozo en aquellos besos apresurados y manoseos descuidados, y mucho, muchísimo placer en sentirse grande, libre y cosmopolita y en ser la novia del vocalista del primer grupo de *rock and roll* en la ciudad.

Murieron cinco, entre ellos el Tronco Dávila. Nacho quedó atrapado con la pierna prensada y el cuerpo de Gabriel encima de él. Lo vio desangrarse en los largos minutos que se convirtieron en horas mientras llegó la ayuda. Primero dejó de quejarse, luego de respirar. Con la pierna entreverada en los fierros de la camioneta, Nacho escuchó al agente del Ministerio Público hacer el recuento de muertes y heridos mientras iban sacando uno a uno a sus compañeros y amigos. Adolescente, pelo negro, tez blanca, pantalón verde, camisa blanca. Fallecido. Causa probable de la muerte: heridas múltiples, con mutilación del brazo izquierdo. Era el

Tronco. Adulto, pelo cano, tez oscura, pantalón y saco azul. Fallecido. Ahogamiento por obstrucción respiratoria provocada por contusión de tórax. Era el padre Luis. Adolescente, pelo castaño, tez blanca, pantalón azul, camisa a cuadros roja. Fallecido. Contusión con fractura expuesta en el cráneo. Era Fernando *el Flaco* Pantoja, su mejor amigo. Nacho fue el último en ser liberado. Tenía la pierna izquierda prensada entre el motor y el asiento y varias heridas en las manos y el rostro provocadas por el parabrisas, por suerte ninguna demasiado profunda. Fue una misa común: en el larguísimo pasillo del templo Expiatorio, atiborrado de familias y compañeros dolidos y asustados, había cuatro cajones de adolescentes dispuestos en hilera y, delante de todos, el del padre Luis. El abuelo Enrique no se aguantó las ganas de increpar a Gonzalo, el padre rector del colegio, que se refirió al padre Luis y a los cuatro jóvenes como mártires. Enrique lo esperó paciente a la salida y cuando el padre rector se dirigía solo a su auto lo increpó: «Gonzalo, no seas cabrón, estos niños no murieron por ninguna causa, no son mártires de una chingada, murieron por la irresponsabilidad del colegio».

Pocas cosas odiaba tanto Ixca como el *rock*, que consideraba como una música imperialista, de niños desquehacerados y encima, ruidosa. Cuanto más lo repetía, más gozaba Lucía subiendo a todo lo que daba el volumen de su tocadiscos RCA Victor con dos pequeñas bocinas que su abuelo Luis le había regalado de Navidad y distorsionaban horriblemente el sonido. Su disco favorito era *Beatles for Sale*, un álbum grabado para el mercado estadounidense, regalo del Gato. Lucía bailaba todo el día «No Reply» y cuando su papá se acercaba le ponía «I´m a Loser» a todo volumen a sabiendas de que lo haría enojar. Martina se moría de la risa y cantaba a coro con su hija: «She was a girl in a million my friend. / I should have known she would win in the end». Ixca puteaba con insultos e imitaba lo que según él era un orangután, pues en su vida había visto uno, hasta hacerlas callar y terminar los tres muertos de la risa tirados en la cama de Lucía. Acto seguido, con el vocerrón que lo caracterizaba, el

padre tomaba su papel de líder de la célula familiar y comenzaba a gritar consignas:

–¡Viva la Internacional!

–¡Viva! –contestaban las mujeres.

–¡Mueran los putos yanquis!

–Pero si Bety, mi mejor amiga del colegio, es yanqui –protestaba Lucía.

–No, tu amiga es gringa y la queremos muchísimo, pero los yanquis son otra cosa, unos hijos de puta. ¡Mueran los yanquis!

–¡Mueran! –gritaban la alumna y la exalumna de la American School.

Seis meses estuvo en cama Ignacio después del accidente con la pierna enyesada, llena de clavos y colgada de un trapecio atado al techo. Ese semestre estudió por su cuenta, se alejó de la palomilla de amigos y lloró a escondidas de Enrique y Teresa. Solo Rosa, siempre atenta a lo que pasaba con su niño, lo escuchó llorar, descargar su ira y su frustración. En esos seis meses Nacho leyó todo lo que luego se llamaría el *boom* latinoamericano: *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa; *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes; *Balún Canán*, de Rosario Castellanos; y *Rayuela*, de Julio Cortázar, que se convirtió en su libro de cabecera. La torpeza de los primeros pasos después del accidente la atribuyó a la inseguridad y la debilidad de la pierna accidentada. Fue casi un mes después cuando el doctor Fares le pidió que caminara ida y vuelta a lo largo del consultorio. «Camine, no pare», le pidió a Nacho, mientras fumaba asomado por la ventana escuchando los pasos del paciente. Sin voltear a verlo le ordenó que se subiera a la mesa de exploración con las piernas estiradas. El doctor dejó el cuarto de consulta y fue a escarbar en una caja de herramientas que tenía en el patio de atrás. Sacó una cinta métrica llena de mezcla que algún albañil había abandonado en el consultorio y comprobó lo que sospechaba: la pierna izquierda estaba contraída, engarruñada, producto del accidente. Mientras le platicaba cosas sin importancia, Fares le ofreció al paciente una paleta de dulce. Luego puso la mano izquierda en la ingle, acomodó la pierna en el

sobaco del lado derecho y, sin decir agua va, dio un tremendo estirón que hizo aullar a Nacho. El grito quedó ahogado en la paleta de caramelo que salió volando por los aires. «La paleta era solo para que no gritara muy fuerte y ahuyentara a los pacientes de la sala de espera, pero si quiere otra tómela con confianza», dijo el doctor mientras acomodaba la pierna con cuidado en la mesa de exploración. Santo remedio. Nacho no volvió a renguear.

Ixca quería que Lucía fuera a un campamento de verano en la Unión Soviética para que se le quitara lo yanqui. Su madre se oponía rotundamente, no por razones ideológicas, sino de idioma, distancia y costo; le parecía una locura gastarse los ahorros en un campamento ideologizante en lugar de que su hija se fuera, por ejemplo, a conocer Londres, París y Florencia. Lucía escuchaba discutir a sus padres desde el otro lado de la puerta. Si algo tenía claro era que cualquier decisión pasaría por ella y no aceptaría que ninguno de los dos se impusiera. Para sorpresa de ambos, unos días después, a la hora de la comida, Lucía anunció que quería hacer un viaje en el verano. Los padres voltearon a verse como si la hija les estuviera adivinando el pensamiento.

–Los he oído discutir en las noches –reveló el misterio– y no quiero ir ni a la Unión Soviética ni a París, sino a Cuba a apoyar en la zafra.

El padre sonrió victorioso; a Martina no le encantaba la idea, pero al menos Cuba no estaba del otro lado del mundo y hablaban el mismo idioma.

–Estará bien que lleves a los jóvenes cubanos algo de música de los Beatles, porque según leí los censuraron –apuntó Martina metiendo el aguijón.

Ixca no cayó en la provocación; en sus cálculos iba ganando la partida. Lucía estaba feliz de salir de casa.

Ese accidente cambió a Nacho su perspectiva y su forma de vivir. Se hizo atrevido, decidido, echado para adelante y cargaba en sus hombros una culpa enorme por no haber sido uno de los mártires de Tapalpa. A diferencia de los jóvenes de su edad, Nacho era arrojado, tenía ideas claras

y certeza en sus opiniones siempre fundamentadas e informadas. Era el mejor deportista, el mejor estudiante y el único de los compañeros que hablaba sobre justicia social. Leía cuanto libro se le cruzaba sobre doctrina social cristiana y era el consentido del padre Montes, un jesuita formado en Lovaina con ideas nuevas. El Gordo Montes, como le decían en el colegio, organizaba las llamadas misiones, que no eran otra cosa que excusiones de jóvenes de clase media para que conocieran la marginación rural. Nacho era su mano derecha, formaba los equipos, iba de avanzada a los pueblos, cobraba las cuotas y tomaba, junto con Montes, decisiones sobre quién sí y quién no podía ir a difundir la palabra de Dios entre los campesinos pobres en los Altos de Jalisco. En los largos trayectos por estrechas carreteras y brechas polvosas hablaban de Marx y de la Biblia; de pobreza y marginación; de estructuras injustas y revoluciones posibles. Montes hablaba con admiración de Camilo Torres Restrepo –el sacerdote comprometido que había sido su compañero en Lovaina–, de la opción preferencial por los pobres y la necesidad de ser un cristiano radical. «Cuando el sistema cierra los caminos, nuestra obligación como cristianos es abrirlos, así tenga que ser a machetazos, no quedarnos de brazos cruzados viendo cómo se enquista la injusticia», pontificaba. A los rezos de Semana Santa que organizaban los jóvenes misioneros del padre Montes solo asistían viejitas y solteronas, cucarachas de iglesia embozadas en negros rebozos en busca de una nueva actividad para matar el tiempo. Los hombres mayores no se paraban a actividad alguna, salvo la misa del Domingo de Resurrección, el evento del año en las abandonadas iglesias de las comunidades rurales. Algunos jóvenes iban si había desmadre, como la gran fogata del sábado por la noche en que velaban esperando la apertura de la gloria.

Cuba fue lo mejor que le pudo haber pasado a Lucía. Aprendió mucha doctrina marxista; aprendió a usar el machete para cortar caña y matar víboras, a distinguir las venenosas de las latosas, entendió lo que era el sudor del campo y las manos rasposas, el olor a leña impregnado en la ropa y el dolor muscular que no se quita con nada. Sobre todo, aprendió que tenía un cuerpo: un cuerpo que era el mismo cuerpo para trabajar, para bailar y para amar. La revolución sexual de los cubanos era natural, nacía de la desnudez obligada por el calor y de la cachondez del

baile. La revolución era también una liberación del cuerpo. Lucía dejó en Cuba todos sus tabúes y sus culpas y trajo de regreso un cuerpo que por primera vez le pertenecía plenamente. La revolución estaba en el campo, en la fábrica, en las aulas y también en las sensaciones. Viva Fidel, y vivan Oswaldo, Raymundo, Wilfredo y muchos otros amantes sin nombre. Sobre todo, viva el Mulato Osiel con el que Lucía tuvo una relación que fue más allá de una noche de salsa y con quien mantuvo un contacto epistolar que duró meses después de salir de la isla: de Guadalajara salían libros de Rosario Castellanos y casetes grabados con música de los Beatles y los Stones; de allá venían los poemas de Cintio Vitier y los ritmos del Caribe. Durante esos dos meses en Santiago de Cuba, el cuerpo de Lucía, que salió de su casa todavía un poco adolescente, terminó de ensancharse y tomar forma. Poco a poco, reprodujo las curvas de su madre y la alegría de estar de su padre. La Lucía que se fue nada tenía que ver con la que regresó; más dueña de sí, más decidida y clara en lo que quería. La Lucía que llegó a Guadalajara después de un largo viaje de Santiago a La Habana en guagua; de La Habana a Ciudad de México en un DC-6 bimotor de Mexicana de Aviación, y de la capital a Guadalajara en un autobús nocturno que olía a humanidad doliente, era más fuerte, o quizá simplemente más Belén.

Cuando Nacho le comunicó a su padre la decisión de estudiar Economía, Enrique no sonrió ni poquito. «¿De qué va a vivir?» preguntó Teresa, que nunca ocultaba sus preocupaciones que por momentos parecían banales y que en realidad eran prácticas. Las preocupaciones de Enrique eran más profundas. Había dos opciones para estudiar Economía: en la Universidad de Guadalajara, que se había vuelto porril, o en el Tecnológico de Monterrey, lo que implicaba mayor colegiatura y pago de manutención en otra ciudad. La verdad es que Nacho se quería ir fuera y por eso optó por Monterrey. Don Enrique se concentró en abrirle camino a su hijo en la ciudad norteña. Dos jesuitas jóvenes de Guadalajara, que trabajaban como maestros de formación en el Tec, le tendieron la mano. Javier de Ocaña, hijo de una célebre familia tapatía, y Miguel Martín Rivero, hijo de un alteño, pariente lejano de Teresa,

aunque no se conocían. «Si es Rivero y es cura, nada debe tener de bueno», sentenció ella y no volvió a hablar del asunto, como era su costumbre. El verano de 1967 Nacho dejó la casa paterna y a Laura, su primera novia, para salir en camión a Monterrey. Era una tarde calurosa de fines de agosto. Apenas dormitó a lo largo de las diez horas de camino. Llegar a Zacatecas fue una tortura; curva tras curva bajaron la barranca de Huentitán solo para volver a subirla. Después de dos horas de tortuoso camino, Guadalajara seguía a la vista, a tiro de piedra, como si no hubiesen avanzado nada. El martirio y el mareo siguieron en el cañón de Juchipila: curvas y más curvas. Después vivieron las rectas eternas, esas que provocan somnolencia de puro aburrimiento. Paranoico consumado después del accidente, Nacho decidió que lo mejor era ir a platicar con el chofer para evitar un cabezazo que derivara en un nuevo accidente fatal. Las últimas cinco horas del viaje las pasó en un banquito de madera instalado a un lado del asiento del chofer. Nacho fue el primero en bajar del ómnibus. Mal puso el primer pie en Monterrey, su tenis blanco de lona se hundió en el lodo. Había llovido toda la noche y en esa ciudad, se enteraría más tarde, no había drenaje pluvial; al agua se la llevaba el sol. Al clima fue a lo que más trabajo le costó acostumbrarse en Monterrey. No solo al clima meteorológico, sino a un clima social que transmitía la certeza de que aquella ciudad tenía dueños. Extrañaba las tormentas refrescantes de Guadalajara y la medianía de sus líderes.

Lucía decidió estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Guadalajara. En algún momento dudó si tenía vocación médica como su abuelo Luis, al que admiraba y adoraba. Cuando regresó de Cuba no tuvo la menor duda de que por sus venas corría tinta, la tinta roja de las Belén, destinada a quedar impresa en liberadores folletos y panfletos. Llegar desde casa de sus padres, en el extremo poniente de la ciudad, hasta el nuevo complejo universitario de la Normal donde estaba la Facultad de Letras, era una odisea cotidiana. El autobús cruzaba una a una las colonias de la ciudad hasta depositarla en el centro, en la avenida Alcalde,

donde tenía que tomar uno de esos autobuses chatos y pintados de amarillo hacia el norte para llegar al complejo universitario. Era casi una hora de camino de ida y otro tanto de vuelta todos los días. Lucía no se quejaba. En el trayecto de ida siempre le tocaba asiento y aprovechaba para leer lo que caía en sus manos. Ninguna de las publicaciones, ni las estudiantiles ni las revistas oficiales de la facultad, le gustaba. Las primeras le parecían ñoñas, llenas de malos poemas y asuntos banales. Las segundas, manejadas por la Federación de Estudiantes de Guadalajara, la FEG, oficialistas; tenían un tufo gobiernista que apestaba a kilómetros. ¿Cómo habían logrado convertir a la Universidad Socialista de México, como se autodenominaba la UdeG en los años posrevolucionarios, en una universidad oficialista y porril? Algún día se lo preguntó a su abuelo Luis, quien fue rector justo en los años de transición. La respuesta del doctor, muy a su estilo, fue sencilla y enigmática: con mucho empeño y poca inteligencia. Los estudiantes de Letras eran pocos, entraban entre diez y doce por generación y la mazorca se iba desgranando en el camino, por lo que en las generaciones avanzadas los grupos eran de seis o siete. No fue difícil para Lucía organizar a sus compañeros para hacer una publicación diferente, *Nueva Vésper*, que se autodefinió desde su primer número con el lema de «Socialista, anarquista y libertaria». Fueron pocos números en esta fracasada y olvidada nueva etapa de la revista, que marcó la historia de la familia. Ahí Lucía publicó sus primeros artículos. «Si la revista no te deja un buen novio, cierra la revista», le decía su abuela Belén. En eso *Nueva Vésper* cumplió su cometido. Armando, el Tocas, como le decían los amigos, era el líder de la Facultad de Sociología. Provocador, inteligente y locuaz, el Tocas festejaba todo cuanto publicaba Lucía, la convocaba a las reuniones en las que pasaban largas horas escuchando *rock*, intercambiando libros de poesía y marxismo, discutiendo sobre el sistema político, quejándose de la falta de libertades y pensando, entre nubes de marihuana que él mismo traía de su pueblo en Sinaloa, cómo derrocar a la FEG.

Los jesuitas son los jesuitas, pero los de aquellos años lo eran un poco más. Los vientos de renovación del Concilio Vaticano II les dio una libertad que nunca habían tenido. Siempre fueron inteligentes, encantadores, provocadores y amantes del poder. En esos años fueron, además, contestatarios y coquetos. Estaban convencidos de que, merced a los cambios acelerados que vivía la Iglesia, el celibato iba de salida, y no querían llegar tarde y sin experiencia a la nueva vida clerical. Igual estaban convencidos de que la nueva Iglesia sería de y con los pobres o no sería. Esos jesuitas fueron la red de protección de Nacho en su llegada a Monterrey. Javier y Miguel se encargaron de abrirle las puertas no solo en la universidad, sino con algunas familias de clase media alta donde los invitaban a comer de vez en vez. Ellos lo conectaron con Manolita Villarreal, la dueña de la casa de asistencia donde vivió los primeros años en esa ciudad y con los maestrillos de Apodaca, donde vivían los jesuitas haciendo trabajo con los obreros y donde tenían una comunidad eclesial de base, en la que analizaban los problemas sociales a la luz del Evangelio –algo que no le gustaba nada al obispo y menos aún a los señores de Monterrey–. En la Facultad de Economía la mezcla era tan dura como interesante. Por un lado, los hijos de los empresarios a quienes sí les gustaban las matemáticas –eran pocos, pues la mayoría optaba por los estudios de administración de empresas– y la otra mitad jóvenes inquietos llegados de todos los rincones del país. Con los maestros pasaba igual. Había unos mejores que otros, pero como solía decir el Loro Serna, uno de los estudiantes que lideraba el grupo –que por cierto se llamaba Jorge Luis, pero hasta él mismo lo había olvidado–, «aquí el huerco más chimuelo masca tuercas». Cierto, todos mascaban acero, pero uno de los maestros destacaba por encima de todos, ya que además de inteligente era carismático y jesuita: Otto von Bacher. Los otros maestros y alumnos de la Facultad de Economía sabían que Otto y el Loro se cocinaban aparte, pero eran soberbios y no tardaron en mostrarlo.

El Tocas llevó a Lucía a donde nunca imaginó. No solo a esos lugares que le resultaban exóticos, verdaderos lupanares alejados del látigo moral de los tapatíos, sino a descubrir nuevas sensaciones provocadas por una buena mezcla de música, alcohol, drogas y amor. El Tocas vivía en casa de unos primos en el barrio de San Andrés, donde la política bullía. Aquellos jóvenes sí tenían conciencia de clase, ese complicado concepto marxista del que los maestros hablaban mucho y que los jóvenes del barrio de San Andrés practicaban correctamente: eran solidarios con el barrio, buenos estudiantes y los mejores compas, siempre dispuestos para los trancazos si la causa lo ameritaba. Todos se hicieron en la calle, peleando de vez en cuando contra pandillas de barrios vecinos y cada semana contra policías municipales que llegaban a extorsionar y a manosear a las adolescentes de secundaria y preparatoria con la excusa de que ellas escondían la droga. Las primeras batallas las perdieron los jóvenes, que se llevaron descalabradas y moretones en la cara y el cuerpo. Poco a poco, a fuerza de organización, lograron que los polis llevaran la peor parte hasta un momento en que los azules no pisaron más las calles del barrio. Los de la pandilla se dejaron crecer las melenas y las barbas, acorde con la moda de la época, y las presumían caminando en grupo por la plaza. Un día, una señora les gritó: «Parecen una pandilla de vikingos». Lo tomaron como un piropo y adoptaron el nombre.

Lo que pasó ese fin de año en Monterrey fue idea del Loro. No salió de la nada, pero sí los tomó por sorpresa. Era 1968, el año en que cambió todo. Las noticias llegaban a girones y eran contradictorias. En los noticiarios de televisión hablaban de los revoltosos franceses guiados por comunistas que atentaban contra la democracia. Cuando el movimiento alcanzó Praga, no supieron cómo calificarlo, pues se trataba de un movimiento por la libertad en un país comunista. En Washington y San Francisco era otra la causa, peleaban contra la guerra y el *apartheid*. Cuando se incendió la Ciudad de México, los intelectuales del régimen no supieron interpretarlo. Aunque existía una gran censura, no faltaba en Monterrey quien conseguía una revista francesa, un periódico gringo o el mismo *Excélsior*, que publicaba de todo. Los ejemplares pasaban de mano

en mano en la Facultad de Economía y provocaban largas discusiones entre los estudiantes. En una de esas discusiones en un café en las afueras del Tec, el Loro soltó la idea: «hagamos una huelga». Eran cinco en aquella mesa. Nacho, Luis, Nemesio y Humberto discutieron la provocación de Jorge Luis. A todos les entusiasmaba; ninguno se lo tomaba muy en serio, entre otras cosas, porque nadie sabía cómo se hacía una huelga y porque no tenían claro cuál era la causa. Al café llegó el padre Ocaña, vestido de pantalón de mezclilla, el pelo crecido y un morral de cuero donde cargaba sus libros. Nacho lo invitó a incorporarse a la discusión, que en un principio Ocaña siguió entusiasmado sin emitir opinión alguna. Humberto soltó la pregunta: «¿Cómo la ves, padre?». Ocaña hizo una larga reflexión, casi un sermón, sobre el deber cristiano de pelear por la justicia, que en nada ayudó a aclarar las causas de la huelga y, al final, en un giro inesperado, dijo que la solidaridad era suficiente para ir a la huelga. Ahí quedó todo. Para Nacho, Luis, Humberto y Nemesio fue solo una plática de café. El Loro no quitó el dedo del renglón.

El Tocas le dio barrio a Lucía; ella le acercó lecturas. Entre estas Lucía le acercó a su novio la revista *¿Por qué?*, la cual narraba puntualmente los acontecimientos de las huelgas estudiantiles de la Ciudad de México. Los Vikingos, como muchos otros estudiantes de la Universidad de Guadalajara, seguían con una mezcla de preocupación, entusiasmo y algo de envidia lo que sucedía en la capital. Recién iniciaba el semestre; las clases habían comenzado un lunes 2 de septiembre. Los comités estudiantiles de Letras y Economía se reunieron para organizarse. Unos proponían hacer un contingente para ir a la marcha del silencio a la capital; otros, sumarse al paro. La primera idea entusiasmaba más, pues era una buena excusa para salir de viaje; la segunda, sostenía el Tocas, era más profunda, era la forma de confrontar al control político que ejercía la FEG sobre los estudiantes de la universidad. Andrés, de Economía, lideró la idea de sumarse a los compañeros de la UNAM y del Poli. Hicieron

volantes y los repartieron en todas las facultades convocando reuniones informativas por facultad. La de la Facultad de Letras fue convocada para el martes, en la explanada que separaba al edificio de Humanidades del de Derecho. Llegaron muchos estudiantes solidarios con la huelga, muchos más de los esperados, y otro tanto de miembros de la FEG, porros enviados para reventar la reunión. No había micrófonos, todo fue a grito pelón. Andrés informó lo que sus contactos en Ciudad de México le habían dicho sobre la realización de la marcha que sería estrictamente silenciosa para confrontar la sordera del gobierno represor. Cedió la palabra a Toño, quien dio los detalles de la organización y la necesidad de formar un comité que consiguiera el transporte, que, todos entendieron, no era otra cosa que realizar los famosos bajes, en esta ocasión en autobuses de primera, pues no podían arriesgarse a ir hasta la capital en las chatarras que circulaban por las calles. Estaba hablando Toño cuando se escuchó un grito desde el segundo piso: «¡Comunistas!». «¡A mucha honra!», respondió Andrés. Pero el grito no buscaba ofender a nadie, ni provocar una discusión, sino alertar a los porros de la FEG de cargar contra el contingente. Quien gritó fue Carlos, a quien conocían como el Pelos, y a quien suponían preso, pues un mes atrás había sido detenido por asesinar a mansalva a un campesino. Se armó la campal. Decenas de estudiantes de la FEG armados con palos salieron de un salón y cargaron contra los manifestantes. El Tocas y sus cuates de San Andrés hicieron frente a los porros a mano limpia, les arrebataron los garrotes y emparejaron la batalla. Cobardes como eran, los de la FEG comenzaron a golpear a las mujeres. La segunda señal fue un disparo. Un disparo al aire que no se supo quién lo realizó. Lucía siempre pensó que lo hizo el mismo Pelos; nadie lo supo a ciencia cierta. Lo que quedó claro es que fue la señal para que un grupo de porros sacaran las pistolas y amenazaran al contingente. Hubo más heridos por la estampida que por los garrotazos. Con las armas en alto, los fegistas fueron directamente a donde estaban Andrés y Toño. No volvieron a verlos en diez días.

Había otro Nacho y Raúl, ambos en la Universidad Autónoma de Nuevo León, además de otro jesuita, Paco Marín, que también andaban inquietos, y el Loro los contactó. Iban dos pasos adelante, mucho más informados y conscientes; más acelerados, como decían los que pensaban que todo era un rollo de juventud que se les pasaría con el tiempo. El Loro también se aceleró. Encontró en el otro Nacho y Raúl lo que no tenía en el Tec: personas que pensaban y discutían lo que estaba pasando en el país real, más allá de las reflexiones de curas. Aunque el Otro Nacho, como le decíamos a Ignacio Santos, igual venía de organizaciones católicas, y Paco Marín era cura como los otros, ninguno de ellos hablaba de Dios ni de interpretación de evangelios, sino de cambio y justicia social. Menos aún Raúl, que era un comunista inteligente y pragmático. Los tres tomaron la decisión de apoyar el movimiento estudiantil. El Loro jaló al Nacho del Tec, como le decían a Haas para distinguirlos. A Jorge Luis lo tenían ya bien checado las autoridades universitarias. En varias ocasiones se había enfrentado al rector porque organizaba cosas que le parecían inaceptables, como invitar a líderes comunitarios o a artistas contestatarios. El 2 de octubre todo cambió. Bueno, para los jóvenes de Monterrey el día 3, que fue cuando realmente se enteraron de lo que había ocurrido en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Las noticias sobre la masacre corrieron por los pasillos desde temprano en la mañana, pero fue hasta que llegó el *Excélsior*, cerca de mediodía, cuando realmente entendieron lo que había sucedido: decenas de estudiantes muertos y los líderes detenidos por el Ejército. El movimiento pacífico había terminado en una masacre. El Loro Serna esperó a Nacho Haas en los pasillos del Tec con el periódico en la mano. Fueron a un teléfono público y le marcaron al Otro Nacho y a Raúl. Esa noche se reunieron por primera vez los cuatro, sin curas de por medio, en un café de la colonia Obispado. Decidieron convocar a una gran marcha de las dos universidades en solidaridad con los estudiantes de la UNAM y del Poli asesinados en la Ciudad de México. Pusieron la fecha: 8 de octubre.

Lucía y Tocas no fueron a la marcha en Ciudad de México y los porros de la FEG se encargaron de que los estudiantes solidarios no se volvieran a reunir dentro de la facultad. Si algo cambió en aquellos días dentro de la Universidad de Guadalajara fue que las pistolas se convirtieron en argumento. Cada día más estudiantes de la Federación llegaban armados a clase con el fierro fajado en el pantalón. Algunos se lo acomodaban en la espada, otros en el frente, para que luciera. Todos caminaban incómodos, pero orgullosos; y miraban para abajo, principalmente los más chaparros, siempre a través de lentes oscuros: gozaban que los otros les tuvieran miedo. El 2 de octubre Lucía estaba en clase, como cualquier otro día, cuando el Tocas la sacó del salón. Eran casi las ocho, había caído la noche. «El Ejercito disparó contra la manifestación en Tlatelolco. Esto ya valió madre», le dijo. El Rata, un vecino de San Andrés que se había descolgado por su cuenta a la manifestación, habló por teléfono con su hermano para avisar que estaba bien y le dijo que aquello había sido una masacre. Lucía y Tocas fueron salón por salón a avisar a los compañeros de lo que estaba pasando. Juntaron a la bola y salieron juntos hacia San Andrés a casa del More, que era el único que tenía tele. La madre estaba viendo la telenovela. Cuando le explicaron lo que estaba pasando, los invitó a sentarse en la sala, frente a un pequeño televisor blanco y negro. A los doce jóvenes se unieron las hermanas y los hermanos menores del More, que eran siete. En un silencio sepulcral esperaban algún corte informativo después de la novela, pues Jacobo no había informado nada en *Su diario Nescafé* de las siete, aseguró la madre. El corte comercial les pareció eterno. Después de la novela, siguió otra novela. De los estudiantes ni una palabra. Desconcertados, salieron a la plaza del barrio a fumar; unos cigarros, otros mota. El resto de la pandilla fue llegando al punto de reunión. Algunos traían nueva información, en realidad solo rumores. Había quien decía que los habían fusilado; otros que seguía la persecución de estudiantes por toda la Ciudad de México. Al día siguiente Lucía se

levantó temprano y fue al puesto de periódicos. «Nuevos desórdenes estudiantiles en la capital», leyó en el encabezado. Un poco más abajo, una nota menor hablaba de «un trágico choque con el Ejército» sin precisar el número de víctimas que, aseguraba, eran de los dos bandos.

No fue una marcha grande, pero sí importante. Por primera vez marcharon juntos los estudiantes de la Universidad de Nuevo León y los del Tec. No les gustó a los directivos de ninguna de las dos; demasiada connivencia. Los únicos contentos eran los chavos, que ganaron poder y confianza. Unos meses después, Nacho y el Loro pusieron al Tec de cabeza; el Otro Nacho y Raúl comenzaron la lucha por la autonomía de la Universidad de Nuevo León. Fue poco antes de la Navidad del 68, en la posada estudiantil, que Serna montó aquella obra de teatro que desató el vendaval. Era una parodia en la que se burló de Monterrey, de los empresarios, de los dueños del Tec y, ¡oh, sacrilegio!, de don Eusebio y de la Virgen de Guadalupe. Al Loro Serna y a todos los que participaron en la obra los expulsaron antes de Navidad. Al regreso de vacaciones, los estudiantes se declararon en huelga de hambre exigiendo la reinstalación de los expulsados, con lo que los dueños de la universidad decidieron no solo confirmar la salida de los estudiantes rijosos, sino también de los que consideraban eran las mentes detrás de «los disturbios»: los jesuitas Javier Ocaña, Miguel Martín y particularmente Otto von Bacher, acusado de mover los hilos de la huelga. Semanas después, el obispo se encargó de terminar la obra: primero le prohibió a Otto celebrar misa en la diócesis, pues sus sermones pidiendo diálogo entre las partes generaban inquietud y confusión, y luego declaró *non grato* al resto de los miembros de la Compañía de Jesús. Los recursos dejaron de llegar y los jesuitas tuvieron que abandonar Monterrey. Unos meses después, los dos Nachos, Loro y los curas Javier y Miguel se mudaron de ciudad. Otto pintó su raya e incluso se salió de la Compañía de Jesús. Don Eusebio, más fuerte que nunca, celebró desde la ventana de su oficina el dominio visual y real que

tenía sobre la ciudad de Monterrey, sin imaginarse que él mismo acababa de incubar el huevo de la serpiente.

El día 4 apareció Andrés. Un grupo de compañeros fue a visitarlo a su casa. Parecía zombi; le habían robado el alma. Tenía la mirada perdida, no hablaba. Los moretones en los brazos y las quemadas en círculo, en la palma y el dorso de las manos, acusaban una tortura severa. De Toño no volvieron a saber nada; nunca más contestó el teléfono ni se comunicó con sus compañeros. Sabían que estaba vivo por la confirmación de la madre. Esa misma noche, comenzaron la organización. Sin que hubiera una convocatoria explícita, fueron llegando poco a poco a la plaza de San Andrés, el territorio de los Vikingos. Era un lugar seguro, ahí no llegaban ni los policías ni los de la FEG. El Tocas puso el tono: «Estos hijos de puta son unos desalmados, así que o los matamos a todos o nos van a matar a todos». El ánimo de guerra crecía. Lucía no estaba segura de que esa fuera la respuesta. No había lugar para una reflexión distinta. Los machos habían comenzado a aullar y no cabía otra racionalidad posible, mejor dicho, ya no había racionalidad, no se podía pensar en nada que no fuera chingadazos, manoplas, patadas y balas. «Ellos traen fierros, necesitamos conseguir fierros nosotros también», argumentó el Rata. Lucía sintió que un abismo se abría entre la pandilla y ella. La distancia era real. Al calor de la discusión, los Vikingos habían ido cerrando el círculo dejando a Lucía junto con Rosa y Matilda –las otras chavas que participaban en la reunión– fuera del grupo. Lucía se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la calle de Javier Mina, en busca de un camión que ya no iba a pasar. Tenía que atravesar la ciudad de punta a punta, del extremo oriente hasta el poniente. Nunca se había sentido tan sola. Cruzó San Juan de Dios entre las prostitutas que comenzaban a salir a taconear las calles. Caminó por un centro desolado, y por un lado del parque Revolución, donde a los lejos se escuchaba algo de música de alguno de los primeros bares que tocaban *rock*. Pasó en medio de la Rectoría y de la Escuela de Música, dos edificios blancos ajenos al conflicto que se fraguaba dentro

de la universidad. A esa hora, la avenida Chapultepec la habitaban solo los enormes fresnos. Cuando llegó a la Minerva, estaba agotada, le punzaban los pies dentro de aquellos tenis de lona con suela de goma. El cansancio le había servido, sin embargo, para aclarar la mente. Había perdido al Tocas para siempre, no tenía duda. Extrañaría sus manos curiosas recorriendo su cuerpo y poco más: no compartía con él la obsesión por los madrazos. Desatada la violencia en la universidad, todos serían otros y ella tendría que tomar decisiones, sus decisiones.

Al Loro le faltaba un semestre para terminar la carrera de Economía cuando lo expulsaron; a Nacho, tres. Ninguno de los dos pudo graduarse. Don Enrique le montó la bronca; había ido a Monterrey a estudiar, no a andar de revoltoso. A Teresa le importaba más lo que iban a decir sus amigas regiomontanas, que no eran muchas ni muy cercanas, pero sí dadas al cotilleo, como ella. Les consolaba volver a tener a su hijo en casa. Ambos tenían planes para Ignacio; el Otro Nacho, también. Enrique quería que estudiara contabilidad y le ayudara desde ya trabajando en la empresa; Teresa quería presentarle a Yolanda Michaux, hija de una de sus amigas de familia francesa; el Otro Nacho, que se había movido a Ciudad de México a un organismo de promoción popular vinculado a la Compañía de Jesús, lo invitó a un proyecto de trabajo con campesinos en la zona de los Altos de Jalisco que coordinaría el jesuita Miguel Martín. Nacho le prometió a su padre que más adelante terminaría la carrera y le dijo que le encantaría trabajar con él, le prometió a su madre que saldría con Yoli el próximo verano y les anunció que se iría unas semanas a vivir a San Julián a trabajar con el padre Miguel en un proyecto de promoción popular en las rancherías de la zona.

–¿Qué hay ahí? –preguntó Teresa asombrada.

–Gallinas y puercos –contestó Enrique, ni siquiera las cabras que había en La Trasquila. Ninguno de los dos pudo ocultar su decepción.

Lucía se levantó tarde y no fue a clase al día siguiente. Estaba agotada de la caminata y confundida con lo que había visto en la plaza. Tenía claro que no era lo que quería y que no cabía en los Vikingos: no era su barrio, no era su guerra. Todo aquello era demasiado macho y no menos

absurdo. Le asustaban las armas y más aun lo que significaban: la incapacidad de pensar y dialogar, la anulación de la razón. Martina, su madre, notó de inmediato en la cara y la actitud de Lucía la duda que la habitaba.

–Siempre es bueno dudar –le dijo–. El que no duda no avanza.

Su padre, mucho más pragmático, fue al grano.

–Si quieres llorar al Tocas, llóralo, vas a encontrar a otro más rápido de lo que te imaginas y vas a festejar haberlo dejado.

No era solo el Tocas y su machismo lo que no le gustaba, sino el absurdo que veía venir. Y así fue. La violencia en la universidad subía de nivel semana a semana. Algunos maestros, que a Lucía le parecían impresentables, comenzaron a apoyar y asesorar a los Vikingos. El apoyo eran armas, cartuchos y asesoría legal para sacarlos de la cárcel cada vez que alguno de ellos caía en manos de la policía. Una tarde que estaba aburrida en su casa, recibió una llamada de Gloria, antigua compañera de la preparatoria. Se iban a juntar a tomar un café en casa de Toña. Sin saber bien por qué, dijo que sí: detestaba esa costumbre tapatía de niñas bien de tomar café y chismear para matar la tarde, pero dijo que sí. La reunión transcurría de pésimo ánimo, hasta que llegó Juan Francisco, el hermano de Toña, estudiante de psicología del Iteso, un par de años menor que ellas. Era guapo, inteligente y tenía plática. Venía llegando del campus y se quejaba amargamente de que en el programa de estudios no les enseñaban a Freud y en cambio había mucho conductismo.

–Demasiado parroquial –concluyeron los dos.

Juan Francisco fue el primero en hablarle del proyecto de promoción popular en San Julián.

–Detesto a los curas, solo hablan de Dios –dijo Lucía.

–Estos no hablan de Dios, o bueno, solo a veces; estos hablan de revolución –aclaró Juan Francisco y dejó la espina clavada en Lucía.

San Julián era un pueblo como cualquier otro en México, salvo que la mayoría de los habitantes eran güeros y tenía una iglesia, la parroquia de San José, con una torre de cinco pisos de campanas, en la que veneraban a los cristeros. Lo único interesante para un joven aprendiz de Economía era que el pueblo resultó ser más rico de lo que suponía, poco o nada

tenía que ver con el campo pobre en el que esperaba convencer a los campesinos de organizarse de manera más activa, como sucedía en la sierra de Guerrero. Nacho pasaba las jornadas platicando con Miguel Martín, el jesuita que, expulsado de Monterrey, ahora intentaba instruir a jóvenes de Guadalajara y Ciudad de México sobre cómo interpretar los textos de la Conferencia Episcopal de Medellín y las encíclicas papales desde la opción preferencial por los pobres. A Nacho comenzaba a aburrirle ese grupo de estudiantes, bastante homogéneo: jóvenes que pensaban que desde el activismo católico se podía cambiar la realidad. Solo dos cosas lo mantuvieron interesado. La primera fue que el Otro Nacho comenzaba a poner en duda la vía católica para lograr un cambio. La segunda era Lucía, una joven estudiante de la Universidad de Guadalajara, que no tenía formación católica ni interés alguno en los textos papales y hablaba de marxismo con seguridad ancestral.

A Lucía le llamó la atención que hubiera curas con ideas revolucionarias y que citaran a Marx más que a san Pablo que, por lo que había leído y escuchado de sus amigas, era un misógino. Aunque no la pasaba mal, era evidente que no pertenecía a ese grupo. Las referencias a textos bíblicos, encíclicas y curas revolucionarios la dejaban fuera de toda conversación. La aburrían. Eran demasiadas vueltas para justificar lo obvio: el sistema de producción estaba basado en la explotación de la mano de obra, existía una injusticia social *de facto* que había que combatir y unas estructuras sociales que debían cambiarse. La vía era el socialismo. Para llegar a esas conclusiones, que para Lucía eran básicas, daban y daban vueltas sobre los mismos textos, buscando la respuesta a una pregunta absurda: ¿qué tiene que ver Dios con todo esto? En una de las sesiones, ya un poco harta, Lucía levantó la mano y en un tono serio y solemne preguntó:

—¿No se les ha ocurrido que Dios no existe o que, si existe, le vale madre lo que pasa en este mundo?

Solo Nacho rio con la ocurrencia. Dos estudiantes se ofendieron tanto que dejaron el salón. El cura, Miguel Martín, la pescó al vuelo y recondujo la conversación.

–Lucía. Te llamas Lucía, ¿verdad? Tienes razón, lo importante no es qué haría nuestro señor, sino qué están dispuestos a hacer ustedes para cambiar el mundo en que les tocó vivir.

A la salida, Nacho, con esa sonrisa natural que llevaba siempre puesta, como quien lleva un sombrero o una bufanda, se acercó a Lucía:

–Auch, eso dolió.

–No fue mi intención herir a nadie –respondió Lucía apenada.

–Si clavas la daga en el corazón, lo más probable es que vaya a haber heridos.

–O que te des cuenta de que ahí no está el corazón –respondió ella, siguiendo la esgrima verbal que le acababa de plantear el compañero.

–Me llamo Ignacio, en realidad Nacho. Todos me dicen Nacho.

–Nacho el Mocho, así te dicen mis amigas, espero que no te ofenda.

–¿Te late un cafecito? Prometo no mencionar a Dios.

–Amén, así sea. ¿Lo dije bien?

La sonrisa de Lucía la delató. Estaba feliz. Había logrado llamar la atención del guapo, lo único atractivo de aquellas jornadas.

Nacho se enamoró.

Lucía también.

Ellos

Después de San Julián todo sucedió muy rápido. Apenas volvieron cada uno a casa para empacar algunas cosas. Estaban decididos a vivir juntos, a construir un nosotros para los otros. Suena cursi y un poco idiota, pero, a esa edad, eso eran, un par de románticos. Al padre de Lucía le disgustó que abandonara la carrera; a su madre le preocupaba la inmadurez de ambos. A los padres de Nacho les disgustaba todo, pero particularmente ella: una comunista, hija de comunistas y nieta de masones, gritaba Teresa a voz en cuello sabiendo que Lucía podía escucharla.

Ella estaba orgullosa de su pasado, por momentos heroico, por momentos hilarante. Nacho no sabía qué hacer con aquellas truculentas

historias familiares que iba contando de a poco, entre cigarro y cigarro en las pausas amorosas.

Decidieron aceptar la invitación del Otro Nacho a trabajar en la Ciudad de México en el Centro de Estudios Educativos. La paga era muy poca; no les importaba. La invitación incluía un cuarto en Ciudad Nezahualcóyotl, entonces un suburbio lejano de la Ciudad de México que comenzaba a desbordar los límites urbanos de la ciudad y administrativos del Distrito Federal. Eran cuatro parejas dedicadas a la educación popular, que en la práctica no significaba otra cosa que generar conciencia, ayudar a la organización del barrio y hacerles ver a los pobladores que sus condiciones de pobreza eran fruto de la injusticia social. Las llamaban Comunidades Eclesiales de Base. Ella se perdía entre tanto terminajo católico, pero Nacho la instruía con tal pasión que dejó de preguntarse qué tenían que ver san Juan, un loco del siglo I que imaginaba jinetes en el cielo, Elías, un profeta tiranetas, o la bella historia de Jonás y la ballena con la realidad de Ciudad Neza, una comunidad de pobres migrantes, carentes de todo, donde las calles eran de tierra, no había drenaje, el transporte público no llegaba y el agua la vendía el cacique a precio de oro.

El sueldo lo pagaban los jesuitas y vivían rodeados de curas y monjas. A dos cuadras de su casa estaba la comunidad de mujeres consagradas del Sagrado Corazón, fuertemente lideradas por la madre Mabel. Eran como diez o doce, las primeras en vivir fuera de los conventos, que no portaban hábito y se dedicaban a otra cosa que la educación de niñas ricas en las ciudades. Una cuadra más allá estaba la comunidad de los jesuitas, una mezcla de curas cuarentones con jóvenes estudiantes prófugos del seminario. Ambas comunidades estaban inspiradas por el Documento de Medellín, del que hablaban como si fuera una nueva biblia. A Lucía todo le parecía una complicada masturbación mental, y sospechaba que algunos de los jóvenes estudiantes jesuitas y la mayoría de las monjas compartían su visión. Lo único que parecían tener claro curas y monjas era que el amor había que practicarlo, pues entre ellos había más parejas que en un salón de baile. Entre bromas y veras, Julián, un jesuita

regordete y simpático al que apodaban el Sacerdito, les decía cuñadas a todas las jóvenes novicias del Sagrado Corazón, pues seguro se acostaban con alguno de sus hermanos.

En la comunidad de laicos el líder indiscutible era el Otro Nacho. Era apenas un año mayor que Nacho y Rubén, y dos años menor que Juan Carlos, pero tenía una cultura católica y una claridad de pensamiento superior, dos cualidades muy importantes en aquel contexto. El Otro Nacho se había formado en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, la famosa ACJM, de la que Lucía solo tenía malas referencias, pues tanto para su padre como para su abuela Juana no eran sino una bola de retrógrados, y para el abuelo Luis, unos ingenuos manipulados por los curas. El Otro Nacho, en cambio, se tomaba muy en serio su filiación católica. Un día que los quiso invitar a una sesión de oración, Juan Carlos, Maripaz, Margarita, Rubén y Lucía se rebelaron: suficiente rezo tenían con lo que curas y monjas colaban en las reuniones de las Comunidades de Base. Solo Nacho le hizo segunda. Lo interesante para Lucía fue que en aquellos grupitos de reflexión bíblica se comenzó a hablar de revolución.

¿Se aceleraron?, ¿los aceleraron los curas y las mojas? Se ha dicho eso muchas veces. Quizá para algunos de los padres de familia que les confiaron la educación de sus hijos decir que fueron los religiosos los responsables de las decisiones que tomaron aquellos jóvenes los tranquilice un poco y los libere de cierta responsabilidad. Para los curas y las monjas, la versión es que fueron los muchachos los que se aceleraron. A ellos eso los libera de la culpa e incluso hace ver como que tenían otro plan, más elaborado y cerebral, para imponer el reino de Dios en la tierra –el eufemismo al que recurrían los curas para no hablar de revolución– y fueron los muchachos quienes se adelantaron. Ambas versiones tienen algo de cierto, pero muy poco. Fueron varias las circunstancias que los llevaron a decidir lo que decidieron. Era un grupo tan plural, tan disímbolo, tan poco organizado, que cualquier explicación termina por ser una simplificación y una caricatura, un retrato a la medida de las necesidades de quien lo hace. Este relato seguro también cojea de esa

misma pata y la historia que se narra aquí sería muy distinta si Nacho estuviera vivo, no solo porque estaría su voz para matizarla, para aportar los detalles –y su visión analítica, que era mucho más potente que la de Lucía–, sino porque esta historia no estaría atravesada por el coraje.

Volvamos a Ciudad Neza.

Los curas siguieron siendo curas y las monjas fueron siempre monjas, con todos los defectos y virtudes que ello implica. Eran claros y definitivos en la interpretación de las escrituras, creían en el objetivo divino y el castigo eterno a los tiranos. Eran, en contraparte, medrosos con los métodos y ambiguos con los tiempos. No fueron los curas sino ellos, Nacho y Lucía, quienes entraron en contacto con las Juventudes Comunistas y quienes veían en los movimientos de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero, así como en el mítico ataque al cuartel Madera en Chihuahua, los primeros signos de una revolución. Sus reflexiones eran simples: el ataque al cuartel Madera era a México lo que el ataque al cuartel Moncada había sido para la Revolución cubana. Si los maestros del sur se levantaban en armas, esa era la chispa que pronto, muy pronto, incendiaría al campo y a las universidades, y estas terminarían por hacer arder a las ciudades. La revolución tenía en sus cabezas un componente de inevitabilidad, pues la razón y la historia estaban de su lado. Su discernimiento se limitaba a cómo contribuir al advenimiento de la historia, cómo adelantar el parto de una revolución necesaria. Fueron ellos junto con Rubén y Margarita los que por primera vez hablaron en Ciudad Neza de formar un grupo guerrillero como los tupamaros de Uruguay o como el del sacerdote Camilo Torres en Colombia. Lo hicieron sin saber de qué hablaban.

A su líder, el Otro Nacho, no le gustó nada la reunión de sus compañeros con las Juventudes Comunistas. Miraba a Lucía con particular desconfianza, pues suponía que, de los cuatro que acudieron, ella era la única sin formación católica y, por el contrario, con una larga tradición anarquista a cuestas. Lucía no hizo caso de sus comentarios y confió en que el Otro Nacho llegaría a la misma conclusión, cuando las contradicciones fueran inaceptables y la coyuntura lo pusiera de frente a la Historia, la Historia con mayúscula.

Ese momento de quiebre, de iluminación, decía Nacho Santos, llegó más pronto de lo esperado. La noche del 10 de junio de 1971, cuando la manifestación de los estudiantes del Politécnico que exigían autonomía fue reprimida a palo y fuego por los agentes del gobierno. Era un jueves, Jueves de Corpus, repetían los que tenían cultura católica. La primera gran marcha de estudiantes después de la masacre de 1968 significaba muchas cosas. Era también la primera en el sexenio de Luis Echeverría, que había llegado al gobierno diciendo ser de izquierda y había resultado un absoluto facho traidor. Su lenguaje rojillo, lleno de terminajos supuestamente revolucionarios, tenía espantados a los burgueses y las clases medias urbanas; en la práctica, era el mismo gobierno represor que había masacrado a los estudiantes tres años atrás, ahora disfrazado de tercermundismo. A la marcha y la causa del Poli se sumaron muchos, desde estudiantes de otras universidades y sindicatos, hasta los movimientos campesinos y urbano-populares. De la comunidad de amigos de Neza fueron todos; de los jesuitas y las monjas, solo los más jóvenes y los viejos entusiastas. Antes de que avanzara el contingente, Lucía se sintió mal y comenzó a vomitar. Era evidente que no podría marchar. Los amigos se sentaron en un café a esperar a que pasara el malestar. Cuando la marcha arrancó, Maripaz ofreció llevarla a casa; Nacho no quería perderse aquella manifestación antiecheverrista; era el más desilusionado con «el presidente de izquierda».

Regresaron a casa entre arcadas de vómito y suspiros de tristeza. A Lucía el camino le pareció eterno. La ciudad estaba congestionada por la marcha y el tráfico era un verdadero caos. Dos horas después llegaron a Ciudad Neza. Ella se tiró en la cama y Maripaz le hizo un té de hierbas para aplacar el estómago «como el que hacen las monjas cuando tragan de más», explicó. Cuando llegó con la infusión, Lucía estaba dormida. Tenía un cansancio indescriptible, unas ganas enormes de dormir.

La despertó el portazo. Los primeros en llegar fueron Juan Carlos y Graciela, la novia del Otro Nacho. Traían cara de susto. En el caos, habían perdido al resto del grupo. De la nada, narraba Graciela, había

salido un comando de jóvenes, rapados como militares, armados con palos y se habían puesto a macanear a los manifestantes.

–Pero ¿cómo? ¿Qué pasó? –insistió Maripaz.

–No sabemos nada, solo lo que vimos –dijo Juan Carlos–. En mis narices le abrieron la cabeza a un chavo. Cayó al piso, me parece que estaba muerto.

Prendieron el radio para escuchar las noticias. Los reportes eran muy generales, hablaban de trifulcas, de violencia entre estudiantes. Margarita llegó como a las diez de la noche acompañada de dos monjas y dos jesuitas. Hablaban de muchos heridos, de jóvenes ensangrentados que corrían por las calles. No había más información. La tensión crecía en la medida en que los otros compañeros no aparecían. En el radio un conductor habló de detenciones masivas. Cerca de medianoche aparecieron el Otro Nacho, Javier y Salvador. Traían una cara de susto.

–Se llevaron a Rubén.

–¿Lo golpearon? –preguntó Margarita con una cara de horror, de un horror previsto, el horror de quien intuía lo que iba a pasar y solo estaba esperando a que sucediera.

Todos tenían la misma cara de espanto. Los invadió el miedo. El Otro Nacho fue el primero en recuperar el aliento y el habla.

–Lo vi caminando por su propio pie, pero no te podría decir, tampoco puedo asegurar que no lo vayan a golpear en los separos estos cerdos.

El sollozo de Margarita rompió el silencio. La acompañaron Maripaz y Graciela. Nacho, el Nacho de Guadalajara, no había aparecido aún. El miedo recorrió el cuerpo de Lucía desde la cabeza a la punta del pie. Algo se había roto aquella noche y su cuerpo lo sabía. Muchos han dicho que aquella noche los jóvenes de la comunidad Neza perdieron la inocencia. No fue así. No fue de golpe. La inocencia la fueron perdiendo de a poco, en cada paso, en cada error que cometieron y cada horror que vivieron. Lo que sí perdieron aquella noche fue la cordura, la capacidad de pensar sin que les ganara el odio.

Cuando al fin, en la madrugada, llegó Nacho, Lucía volvió a vomitar. Todos interpretaron las arcadas como parte de la tensión de la jornada;

todos menos Lupita, una joven novicia que trabajaba con adolescentes en el barrio.

–Tienes que descansar –le dijo.

Lucía no entendía por qué le decía eso. Maripaz se levantó a preparar algo de comida. La noche se había hecho larga. Puso a calentar frijoles y un guiso de costillas en salsa verde que había sobrado del día anterior. En cuanto los vapores de la carne de puerco comenzaron a inundar la sala, vinieron las arcadas. Lucía corrió de nuevo al baño. Lupita y Nacho fueron detrás de ella y la acompañaron a su cuarto para que se recostara. En la sala las voces subían de tono, hablaban todos al mismo tiempo, atropellados. Desde su cama, ella podía seguir la conversación, mas no opinar. Daba igual: no tenía una opinión clara de lo que debían hacer. Lo único que Lucía sabía con certeza es que tenía miedo, en realidad miedos, muchos miedos. Uno de ellos, el que más la atormentaba, era decir lo que pensaba. Tenía miedo a mostrarse débil, a no estar a la altura; tenía pavor de perder a Nacho.

–Tenemos que pasar a la acción –dijo el Otro Nacho–. No podemos quedarnos cruzados de brazos frente a este pinche gobierno.

Javier, el jesuita de buena cuna, quiso desviar la conversación:

–Por lo pronto, hay que encontrar a Rubén y protegernos; luego veremos qué sigue.

–No, Javier –insistió el Otro Nacho–. La vía pacífica se agotó.

Discutieron un buen rato. Discutían los hombres. Citaban documentos eclesiásticos y pasajes de la Biblia que Lucía no había leído jamás, solo unas cuantas palabras tenían sentido para ella: opción preferencial para los pobres, Camilo Torres, Cuba, Che Guevara, Lenin, Juventudes Comunistas, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas, organización, clandestinidad, armas.

A lo lejos, distinguió la voz de la madre Mabel, siempre clara y con un incontrovertible dejo de autoridad, que también se había sumado a la discusión.

–Las niñas se vienen conmigo hoy mismo; esta casa no es segura –interrumpió.

A Lucía no le hizo gracia que las llamara niñas, y al mismo tiempo se sintió protegida.

–Los hombres tampoco deberían quedarse aquí, al menos hasta que aparezca Rubén –insinuó, o más bien, ordenó la madre superiora a Javier y Salvador para que se hicieran cargo de esconder a los Nachos y a Juan Carlos.

Dormitaba cuando Nacho subió a empacar. Fingió que no había escuchado nada y lo obligó a que le explicara qué estaba pasando.

–La casa no es segura –respondió–, vamos a separarnos por unos días. Ustedes se van con las monjas y nosotros con los «jesuas» mientras encontramos a dónde ir.

Entre ladridos de perro abandonaron la casa ya en la madrugada. Por órdenes de la madre superiora llevaban solo lo esencial de ropa, enseres de limpieza y todo documento que pudiera revelar su identidad.

Lucía despertó tarde, sintiéndose un poco mejor. Tenía los pies hinchados; estaba reteniendo líquido. Temía por sus riñones. La hermana Lupita diagnosticó su condición:

–Qué riñones ni qué nada, estás embarazada.

Se quedó helada y comenzó a llorar. Todas le hacían la misma pregunta, la misma imbécil pregunta: «¿Por qué lloras?». Ni ella misma sabía por qué lloraba. Lloraba de rabia, lloraba de gusto, lloraba porque sus hormonas eran un desmadre, lloraba porque no sabía qué hacer, lloraba porque Nacho no estaba con ella, lloraba de angustia. Lloraba porque todo el día tenía ganas de llorar.

Le advirtieron que era peligroso salir. Le dijeron que Nacho no podía ir a verla. También que el teléfono no era seguro, pues lo más probable es que hubiera pájaros en el alambre, que los estuvieran espiando a unos y otros. Nunca supo qué de todo aquello era verdad, era apenas el inicio de un sentimiento que se convirtió en su compañero de vida durante los siguientes años: la desconfianza. Pasaron días y semanas. Lucía tenía que tomar una decisión, una decisión que no podía, no quería tomar sola. Lupita conocía a un doctor en Ciudad Neza que hacía «eso». «Eso» nunca tuvo nombre, pero para hacer «eso» había que salir de la casa de las monjas, platicar con Nacho y hablar de su futuro como pareja, no de la revolución. En las noches, Lucía platicaba con su panza, le hacía

preguntas que el cuerpo respondía a su manera: todos los días perdía un poco más de cintura y su busto era un poco más grande; cada día que pasaba se sentía mejor, su piel estaba radiante pese al maltrato que le habían propinado los meses recientes de trabajo al aire libre.

Soltaron a Rubén treinta y nueve días después de su detención y todos se relajaron un poco. La paranoia se adormiló, no así la rabia. Las historias de la tortura que había vivido y la injusticia que había visto en la cárcel los sacudieron. Era otro Rubén el que había regresado. Tenía las uñas negras, los dedos hinchados de pus, unas ojeras que le colgaban hasta los cachetes. Tenía la espalda y el alma amoratadas. Nunca más volvió a reír. El odio se apoderó de su mirada.

Recuperaron su vieja casa, pero no su vida. Los cuarenta días de desierto los habían cambiado a todos. Cuando al fin pudieron estar a solas en su cuarto, Nacho abrazó con fuerza a Lucía. Le habían llegado los rumores, chismes de monja, de que estaba embarazada, así que obviaron la noticia y también la pregunta: «Voy a tenerlo», dijo ella. Él volvió a abrazarla. Lo que no dijo Nacho es que dentro de él también se estaba gestando una nueva vida: durante esos cuarenta días de aislamiento, el Otro Nacho y él habían discutido la necesidad de acelerar el proceso revolucionario en México. Los dos embriones crecían juntos: el de Lucía era evidente y explosivo; el de Nacho era clandestino.

Vinieron los meses agradables del embarazo. Lucía crecía como un tonel y Nacho se ilusionaba con la idea de ser padre no solo de la revolución, sino padre de verdad. Dejaron Ciudad Neza, que se había vuelto hostil desde la detención de Rubén, y se fueron a Monterrey junto con Maripaz y Juan Carlos. Se instalaron en una colonia de autogestión, paracaidistas invasores les decían en la prensa local, en una loma pelona al norte de la ciudad a la que denominaron Tierra y Libertad. El movimiento les asignó dos casas a medio terminar. En una se instalaron las dos parejas y la otra la destinaron a una biblioteca, una especie de centro cultural para la educación comunitaria. Con el poco dinero que Nacho había ahorrado compraron una cama de pino que rechinaba a la menor provocación y un colchón usado: con la panza que se cargaba,

Lucía no podía darse el lujo de dormir en el piso, como sí lo hacían Maripaz y Juan Carlos. Eran nueve promotores, entre ellos Rosa y Luis, que tenían un bebé de cinco meses llamado Vladimir, que era como la mascota de Tierra y Libertad. A Lucía nunca le quedó claro quién pagaba los sueldos, pequeños pero puntuales, que les permitían sobrevivir con dignidad, hacer trabajo comunitario y acudir a reuniones de la organización política donde Raúl, Jorge Luis *el Loro* Serna y el Otro Nacho, que ya habían dado el brinco a la clandestinidad, los instruían sobre las teorías de Lenin y el proceso revolucionario. Vivían entre la candidez juvenil y la paranoia de los compañeros clandestinos. Cada reunión se daba un informe del despertar del México revolucionario; se hablaba del crecimiento de la organización en Chihuahua, Guadalajara, Xalapa, Ciudad de México; de los avances de la revolución en Guerrero y Oaxaca; de la necesidad de establecer vínculos con los movimientos de Cabañas, Vázquez y Jaramillo; de los presos políticos; de las armas que se habían conseguido. Este último punto era donde decaía el ánimo. No las tenían y, si querían hacer una revolución, las necesitaban.

Raúl era el líder, el más aventado y formado en temas de guerrilla. El Otro Nacho era el intelectual, quien daba sentido a lo que hacían. El Loro, el pragmático: sabía cómo hacer las cosas. Nacho, el de Guadalajara, el más inteligente de todos, el que ponía las cosas en su justa dimensión, el que no se dejaba llevar por la pasión y nunca perdía de vista el objetivo. Las mujeres tenían un papel secundario. Hoy dirían que era una organización machista. Y sí, sí lo era. En aquellos años a ellas les parecía suficiente con participar.

Los líderes se habían repartido el país para hacer vínculos con otros grupos. El optimismo desbordado no les dejaba ver lo que la realidad les gritaba: los conflictos entre agrupaciones revolucionarias eran una enfermedad autodestructiva. A las diferencias ideológicas entre las corrientes revolucionarias –se defendían con pasión desbordada los matices entre maoístas, leninistas o guevaristas– había que sumarle el machismo esencial del movimiento: nadie quería ceder un ápice, la

desconfianza era la moneda de cambio y los pequeños poderes eran el verdadero territorio a defender.

Fue en una de esas reuniones donde surgió la idea de dar un golpe que hiciera visible al movimiento y al mismo tiempo permitiera expropiar armas y dinero del enemigo.

–Bancos –dijo Jorge Luis–, una docena de asaltos bancarios en diferentes ciudades.

Sobre esa idea comenzaron a trabajar. Los que ya estaban en la clandestinidad tenían un papel distinto a los que seguían en la semiclandestinidad. El encargo de los semiclandestinos era recabar información sobre las sucursales de Monterrey: ubicación, número de guardias, horario del arqueo de cajas, mapeo de instalaciones de policía, tráfico en la zona y vías de escape. ¿Quién iba a sospechar de una joven embarazada que entraba a una sucursal bancaria a cambiar un billete de cien por cinco de veinte y luego iba a otra a cambiar cinco billetes de veinte por uno de cien? ¿Quién iba a dudar de una mujer panzona que se sentaba a descansar con un sombrero de playa y un abanico en una banqueta frente al banco?

La fecha del golpe se fue recorriendo hasta finales del año. Las dudas crecían al mismo ritmo que la panza de Lucía, que ya para septiembre era descomunal. Los de Chihuahua propusieron hacerlo el 31 de diciembre para que el gobierno de Echeverría y los burgueses recibieran el año con una sorpresa revolucionaria. La propuesta fue aceptada con entusiasmo. La verdad es que cualquier cosa que supusiera retrasar el golpe era bien recibida. Tenían miedo, los dirigentes dudaban y aún más los que todavía no habían terminado por definir su ruta en la clandestinidad. El único que no dudaba era Raúl, quien, como quedaría claro unas semanas después, tenía otros tiempos.

Las últimas semanas del embarazo Lucía las pasó en cama. No por recomendación médica, no tenía médico, sino porque no podía más. A falta de ginecólogo, el seguimiento del embarazo lo llevaba Isadora, una señora de la comunidad que decía ser matrona. Isa era originaria de la Huasteca Potosina, de una comunidad indígena cercana a Tamazunchale. Presumía haber traído al mundo a más de treinta chamacos y solo ocho

de ellos se habían malogrado. Lucía sacaba las cuentas y le parecía un porcentaje de horror: en uno de cada cuatro partos atendidos por Isadora algo salía mal. Nacho la tranquilizaba argumentando, con razón, que no podían saber si el problema era la matrona o las madres que cargaban consigo todas las enfermedades de la pobreza. Lo único que lograba con esas palabras era hacerle sentir la magnitud de sus privilegios. En efecto lo era, pero en esos días cualquier cosa que le hiciera ver o parecer como una «pequebú», una pequeña burguesa, era el peor de los desprestigios. La lucha revolucionaria estaba llena de culpas, de pecados y de las más horribles penitencias. El cuerpo de creencias no admitía dudas y las diferencias ideológicas se trataban como discrepancias teológicas. Pensaban que sabían cuando en realidad solo creían. La sabiduría consiste en estar consciente de lo que se ignora y distinguir lo que se sabe de lo que se cree. Eso lo aprendieron después, y a un costo altísimo. Eran muy jóvenes para aspirar a la sabiduría.

El alumbramiento lo atendió Isadora con la severidad de un sargento: sale porque sale. Fue un trabajo de parto largo y agotador. Nacho no sabía qué hacer, ni Lucía qué hacer con él: si se le acercaba, lo repudiaba; si se alejaba un poco, lo llamaba. Al final, él daba vueltas por el cuarto mientras ella gritaba de dolor. «Puje, madrecita, puje», ordenaba Isadora y Lucía gritaba, pero de coraje: no soportaba que la llamaran madrecita. «Mire que si usted no hace el trabajo yo no puedo sacar ese niño», sentenciaba la matrona y Lucía, más enojada, pujaba y gritaba.

«Es varón», informó la partera con orgullo. Nacho se acercó feliz a recibirlo. Lucía quiso abrazarlo en ese mismo momento, pero la comadrona Isadora volvió a las órdenes: «Siga pujando, madre, que no hemos terminado».

Mientras Lucía amantaba y se dedicaba de tiempo completo a aprender a ser madre, los compañeros retomaron la idea del golpe simultáneo con renovada emoción y no menos ingenuidad. Estaban en la cena de Navidad comunitaria cuando vieron venir el vocho azul de Paco Ponce, el Zacate, como le decían a ese compañero zacatecano que fungía como mensajero entre los clandestinos y los semi. El mensaje era el mismo de siempre: se posponía el golpe. Había llegado información de que en Chihuahua el Ejército estaba enterado y estarían esperando a los

compañeros comandados por Diego. En enero se decidiría una nueva fecha. Recibieron la noticia con disimulado júbilo. Nacho y Lucía disfrutaron la paternidad sin tener que pensar en asaltos. Pensaron incluso en ir a Guadalajara a visitar a los nuevos abuelos, pero Nacho fue llamado a una reunión con la cúpula para el día 28 de diciembre, donde lo urgieron a tomar decisiones revolucionarias y pasar ya a la clandestinidad.

–La policía nos trae en la mira, saben mucho más de nosotros de lo que imaginábamos, tenemos que acelerar los procesos.

Con esas palabras, Nacho trató de convencer a Lucía aquella noche de pasar a la clandestinidad. Nunca se hicieron las preguntas correctas. ¿Cómo supo el Ejército del golpe planeado para el 31 de diciembre? ¿Cómo supieron los compañeros que los milicos sabían? ¿Quién les informó que estaban siguiendo a Nacho? En el juego de espionaje y contraespionaje, la pregunta de si entre ellos había un traidor, si la organización había sido infiltrada, flotaba en el aire. Nadie se atrevía a hacerla. Lucía no se atrevió a ponerla en palabras; no en aquel momento.

Con la llegada del Año Nuevo todo se vino en cascada. Se definió que los asaltos serían los días 14 y 15 de enero. Entre un pañal y otro, Lucía repasaba uno a uno los planos de las sucursales escogidas y enviaba sus comentarios. Por acuerdo con los líderes, participarían directamente en los asaltos solo aquellos que ya estuvieran en la clandestinidad, el resto haría acciones de vigilancia y logística. Era una forma de excluir a los que no habían «dado el paso», como se decía.

La información era contradictoria. Un día llegaban noticias de que se suspendía el ataque, al día siguiente los citaban para hacerlo. «En Guadalajara no hay condiciones», informó el Loro Serna; «en Chihuahua nos volvieron a descubrir», reportó Diego; «Ciudad de México tiene problemas operativos», confirmó Raúl. Monterrey seguía en pie. Raúl y el Loro se trasladarían el día 15 para apoyar el golpe. Jorge Luis nunca llegó: el contacto que debía recogerlo en Guadalajara simplemente no apareció.

El día 13 en la noche, el Otro Nacho decidió sin consultar a nadie adelantar el golpe y realizarlo al día siguiente. ¿Tenía información de que los estaban esperando el día 15? Imposible saberlo, porque esas cosas

nunca se hablaban. Lo cierto es que el golpe, que se esperaba espectacular, fue un fracaso. Solo en tres de los seis bancos se logró recuperar algún botín y el resultado final estuvo muy por debajo de las expectativas.

Dos días después, un par de policías se presentaron en la casa de Tierra y Libertad.

–Vámonos –les dijeron, sin presentar orden alguna. Se llevaron a Rosa y a Lucía.

–Cuida a los niños –alcanzó a gritarle a Maripaz.

Las llevaron a una casa vacía al otro lado de la ciudad. Los interrogadores sabían todo sobre los asaltos. Querían a Nacho y a Juan Carlos; al Otro Nacho, a Raúl y a Jorge Luis no los mencionaron. Los niños deben tener hambre, le decían a Lucía cada quince minutos sabiendo que nada la torturaba más. No soltó prenda. Rosa dice que ella tampoco, lo cierto es que las soltaron justo en el momento en que detuvieron a Nacho y a Juan Carlos. A Lucía se le fue el alma al piso. Solo pensaba en regresar a Guadalajara.

Siguieron varios días de angustia. Los detenidos no estaban en los separos ni en ninguna cárcel. Los buscaron por toda la ciudad con la ayuda de un grupo de abogados que apoyaba la causa. Lucía suponía que los tenían en la misma casa en la que las habían retenido a ellas. Daba igual, no tenía noción alguna de dónde era. Cuatro días después, los soltaron; don Enrique había pagado la fianza de ambos, una fianza que no pasó por los juzgados y se pagó en efectivo en bolsas de papel. Llegaron caminando al filo de la medianoche del jueves, golpeados y sin zapatos. Nacho no quiso hablar; se tiró en la cama y se quedó dormido. Juan Carlos lloraba como un niño.

Las malas noticias siguieron. En Guadalajara habían detenido al Loro. Le cayeron directo, como si alguien hubiera soplado la dirección exacta de la casa de seguridad. Unas horas después, en un tiroteo en Ciudad de México, que nadie supo decir cómo comenzó, mataron a Raúl. En un fin de semana no solo perdieron a dos de los principales líderes, sino también la confianza en los compañeros. Los policías habían logrado

sembrar incertidumbre dentro del movimiento. ¿Quién cantó?, ¿quién los traicionó? Esas preguntas nunca los abandonaron.

El lunes llegó un mensaje del Otro Nacho. Citó a los cuatro en un supermercado en la colonia Del Valle, sección de frutas y verduras, a las seis y media. No lo reconocían. Iba disfrazado de niño rico: se había quitado la barba y cortado el pelo. Llevaba unos lentes de carey, pantalón gris, camisa blanca impecable y un suéter echado al hombro.

–Es ahora o nunca –les dijo sin saludar, mientras Juan Carlos y Maripaz metían jitomates a una bolsa y Nacho y Lucía escogían una penca de plátanos–. Rosa y Luis ya dijeron que sí. Ustedes tienen que decidir hoy mismo: o pasan a la clandestinidad o dejan el movimiento. Nos ponen en riesgo a todos.

–¿Y los niños? –preguntó Lucía.

–El Zacate los llevará a donde ustedes digan, pero tienen que decidirlo hoy.

El Otro Nacho tomó su carrito lleno de carnes, latas finas y botellas de licor. Enfiló a la salida y abandonó el carrito antes de llegar a la caja.

Lucía tenía en sus manos una penca de plátanos. Nunca olvidó esa imagen.

Saulo y Raquel

Fueron los últimos en salir del supermercado; en el camión no hablaron. Ella llevaba la bolsa de plátanos entre las manos; la desgarró con las uñas. Cuando bajaron del camión, Nacho le platicó a Lucía la llamada que hizo a su padre desde la casa donde lo tenían retenido, para que pagara la fianza. Su padre le había preguntado, con voz quebrada, por qué hacían eso. «Porque somos justos, porque tú me enseñaste a ser justo», dijo que respondió.

«Somos justos, Lucía», repetía Nacho mientras caminaban. Sabía que ella se hacía exactamente la misma pregunta que le había hecho su padre: ¿por qué?

Cuando llegaron a la casa, ya estaba ahí el Volkswagen azul del Zacate.

–A casa de mis papás –dijo Nacho.

Metió la poca ropa y los documentos de nacimiento en una maleta. Escribió la dirección de sus padres en un papel y se lo puso en la cara al Zacate.

–Apréndetela, cabrón, apréndetela –espetaba un Nacho acelerado que Lucía desconocía.

Le dio unos segundos para que lo leyera, sacó un encendedor y quemó el papel. En la casa de enfrente Rosa lloraba abrazada a su hijo. Lucía estaba petrificada repitiendo en su cabeza «somos justos, somos justos» como un mantra. Nacho y Luis subieron a los niños al coche. Los acomodaron en el pequeño espacio entre el asiento de atrás y el motor que tenían los vochos al que llamaban «la ratonera». Lucía odia desde entonces el inconfundible ruido del motor de los Volkswagen. Cuando el Zacate metió segunda y el acompasado sonido del vocho comenzó a alejarse, rompió en llanto. El ruido quedó atrapado en su cabeza. Habían pasado a la clandestinidad.

Las instrucciones que les transmitió el Zacate eran claras. Los nuevos clandestinos debían salir de la casa de Tierra y Libertad uno por uno. Todos tenían una cita a una hora y en un lugar donde los recogería algún compañero para trasladarlos, también en camión, a la casa de seguridad a la que habían sido destinados. La clave con la que se identificaría el contacto era «Raúl vive», a lo que deberían responder «venceremos». Era evidente que el Otro Nacho, que había adoptado como nombre de guerra Joel, no había superado aún la muerte de Raúl. «No solo era mi compañero, era mi maestro», les dijo unos días más tarde, en uno de los pocos remansos de calma en que pudieron conversar.

Lucía llegó primero y por un momento tuvo miedo de que Nacho hubiese sido enviado a otro domicilio. Cuando al fin llegó, corrió a abrazarlo. El compañero autodenominado Jonás los miró con sorna.

–Que sea la última vez. El sentimentalismo pequeñoburgués no va con la vida clandestina.

Les asignaron cuartos separados «para evitar calenturas» y les pidieron que escogieran sus motes de guerra. En adelante, sus nombres quedarían olvidados y de los compañeros solo sabrían su sobrenombre. Estaba

estrictamente prohibido tener conversaciones y cualquier pregunta sobre asuntos personales sería considerada como sospecha de traición. Escogieron Saulo y Raquel.

Las siguientes semanas las pasaron en entrenamiento. Quienes los entrenaban eran los compañeros que habían optado por la clandestinidad un año antes, así es que tampoco es que supieran mucho. Repetían lo que decía el manual del Che Guevara y el libro de Carlos Marighella sobre guerrilla urbana en Brasil. Hacían bombas molotov con agua para evitar accidentes (un compañero se había quemado en una de las prácticas meses atrás) y les enseñaron a sostener y apuntar con una pistola, mas no a disparar, pues además de que el ruido levantaría sospechas, no había parque suficiente. La mayor parte del tiempo la pasaban aprendiendo a disfrazarse, a falsificar identidades o leyendo y discutiendo el documento *El proceso revolucionario en México* que habían escrito los dos Nachos y habían complementado el Loro y Raúl.

Costó mucho trabajo recuperarse del fracaso de los asaltos y la caída de los líderes. De los Procesos, como se conocía a este grupo con fama de intelectuales, solo quedaban Joel y Saulo, quienes compartían la formación política y el discurso católico, al igual que Juan Carlos, quien había adoptado el mote revolucionario de Elías. Rosa optó por llamarse Edna y Maripaz, Eva, como la primera mujer. Joel le pidió a Saulo que se hiciera cargo de la plaza de Guadalajara que había quedado acéfala tras la detención de Jorge Luis Serna, quien había recuperado su nombre junto con un número de preso en Topo Chico, el penal estatal de Nuevo León.

Guadalajara vivía un momento convulso. Muchos de los antiguos compañeros de Lucía que participaban en la Federación de Estudiantes Revolucionarios, a la que llamaban la FER, habían decidido dar el paso a la clandestinidad y tenían fama de valientes; tenían armas y sabían cómo usarlas. La pandilla de San Andrés que había dejado un par de años atrás había evolucionado en un pequeño comando de guerra de guerrillas bien organizado y apertrechado. Saulo había platicado en algún momento con

Joel la idea de traer a la organización a un brazo armado fuerte, con más calle, y esos eran los excompañeros de universidad de Raquel. Conocer personalmente a los chicos de San Andrés le dio a Raquel importancia en la organización que de otro modo no habría tenido una mujer. Mudarse a Guadalajara le abría nuevas esperanzas. Joel leyó sus intenciones en su mirada de madre y se lo prohibió explícitamente. «Espero que tengas claro que hacerlo nos pone en riesgo a todos y que no dudaré en tomar las medidas necesarias para proteger a la organización». No le asustaron sus palabras, sino la mirada del líder, que se había vuelto fría. Lucía tuvo claro que Raquel estaba hablando con Joel y no con el Otro Nacho, el chavo cariñoso y entregado que había conocido en Ciudad Neza.

Llegaron a su ciudad natal con dos días de diferencia: primero Saulo, quien fue recibido por Ramiro en la central de autobuses; una vez que estuvo instalado, le hizo llegar el mensaje a Raquel de que podía ya trasladarse «a la tierra prometida». Se instalaron en una casa pequeña en Polanquito, una comunidad de autoconstrucción en las faldas del Cerro del Cuatro, en lo que entonces era el límite sur de la ciudad. A tres cuadras, había una nueva comunidad de jóvenes jesuitas y en la zona trabajaba una organización social en la que participaban algunos de los compañeros con los que habían compartido la experiencia de San Julián. Le tranquilizó saber que no estaban solos, aunque le atemorizaba lo porosa que era la organización.

Para llegar al Richard, el líder de la FER, Raquel se contactó con el Tocas, su exnovio y amigo ahora llamado Miguel. Con trabajos se reconocieron: la clandestinidad había hecho estragos en su exnovio. Cuando vio esa cara dura, de alguien que no ha reído en meses, cayó en cuenta de que ella tampoco había reído. Llevaba casi un año, desde el cuarto o quinto mes del embarazo, que Nacho y ella no habían vuelto a reír a carcajadas, como acostumbraban cuando eran solo ingenuos e ilusos. Habían cambiado la ilusión por el compromiso, la risa por la revolución. Para su sorpresa, nada dentro de ella se movió al encontrarse

con el exnovio. ¿Debió haber entendido la señal de que algo en su interior se secaba aceleradamente? Sin duda. Como sea, no atendió las señales, como tampoco escuchó muchas otras señales de su cuerpo, su mente o su espíritu, su alma, o como se llame eso en lo que nunca creyó y que, sin embargo, sentía marchitarse dentro de ella.

Saulo y el Richard se entendieron de inmediato, como si se conocieran de toda la vida, como decía la abuela. El Richard no era originario de las pandillas de San Andrés, sino un sonorense que se había incorporado a la FER para darle organización y lógica guerrillera. Desde la primera reunión Saulo puso las cartas sobre la mesa: estaba convencido de que era el momento de acelerar las contradicciones del régimen político y económico en México y para ello era necesario juntar fuerzas. La propuesta de la Liga Comunista que él representaba era crear una organización mucho más grande, que reuniera a todos los movimientos de insurgencia urbana. La FER tenía armas y organización, sin embargo, libraba una sangrienta y desigual batalla contra la Federación de Estudiantes de Guadalajara que los traía asolados; la Liga tenía los contactos y experiencia para hacer una gran organización nacional.

Pasaron meses de mensajes que iban y venían, reuniones entre Saulo y Richard, pláticas de Joel con los grupos de Monterrey, Chihuahua, Ciudad de México y los torcidos de Sinaloa antes de la gran convocatoria. La reunión se estableció para el 5 de marzo de aquel año de 1973 en casa del Richard, en la colonia Belisario Domínguez de Guadalajara, un lugar bien conectado por camiones y donde el dueño de la casa podía dar certidumbre a la seguridad de los dieciocho representantes de los diferentes grupos. «Puro cabrón», como dijo Richard: efectivamente, ni una sola mujer participó en aquellas discusiones. Es cierto que eran otros tiempos, pero eso no les quita lo machos. Para el día 15 hubo buenas noticias: ese día se fundó oficialmente la Liga Comunista 23 de Septiembre, en recuerdo del fallido ataque guerrillero al cuartel Madera en Chihuahua. Entre todos sumaban cerca de medio millar de

guerrilleros, lo que los convertía en la organización más grande de todo el país.

La euforia pasó rápido. Muy pronto se dieron cuenta de que los problemas de disciplina en la Liga serían más complejos de lo imaginado y que la confianza no se compra. Aunque Saulo había sido nombrado coordinador para Guadalajara y vínculo único con la dirigencia nacional, los antiguos Vikingos no lo bajaban de burguesito cobarde, pues nunca había disparado una pistola contra algo que no fuera una lata o una botella. En la práctica, el Richard ejercía una especie de mando compartido en la plaza. Tampoco eso bastó: la FER era una red que se había extendido por los barrios de la ciudad y seguía una lógica propia, con acciones de propaganda y golpes de impacto.

No habían pasado cuarenta días de la fundación de la 23 cuando se enteraron de que un grupo que se hacía llamar Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), que nadie había escuchado nombrar, secuestró al cónsul de Estados Unidos en México. No era raro que nadie, ni en los aparatos de inteligencia del gobierno ni en la misma Liga, conociera al FRAP, pues el nombre se lo pusieron los muchachos el día anterior al golpe. Se trataba de dos de los hermanos Campaña, Juventino y Ramón, que se habían aliado con un grupo de Vikingos para dar el golpe y pedir la liberación de los otros dos hermanos Campaña, que habían sido detenidos unos meses antes, y de pasada de otros veintisiete presos más de diferentes organizaciones. Ah, y también un millón de pesos. Les cumplieron todo, incluso enviarlos como asilados políticos a Cuba con tal de que liberaran al gringo. Los chicos de la FER estaban eufóricos con el golpe de sus compañeros; los dirigentes de la Liga, en particular Joel, furioso. Literalmente les habían comido el mandado. El Richard prometió meterlos al orden, lo cual solo le restaba autoridad a Saulo.

Tras una reunión en Ciudad de México, la dirigencia de la Liga 23 de Septiembre decidió que era el momento de pasar a la acción de manera

mucho más enérgica; debían hacer sentir el peso de la organización. Joel rescató una idea que habían explorado cuando estaban en Monterrey: secuestrar a empresarios para financiar la causa y dar a conocer a la Liga. Los regiomontanos tenían el camino andado: desde hacía dos años habían elaborado una lista de los principales empresarios secuestrables y había uno que les interesaba más que todos los demás: don Eusebio García. En Guadalajara no tenían idea de por dónde empezar.

Saulo quedó a cargo de explorar candidatos que pudieran pagar el rescate y al mismo tiempo representaran un golpe que diera a conocer a la Liga internacionalmente: necesitaban ser reconocidos por el bloque socialista como parte del movimiento revolucionario y el camino del socialismo real en México.

Raquel se encargó de la investigación. No fue difícil. Disfrazada de niña bien fue al punto donde el camión del Iteso recogía a los estudiantes a las seis treinta de la mañana a un costado de La Minerva. Escogió a su víctima: la más habladora y dicharachera. Por el acento supo que era de Sinaloa. Le sacó conversación diciendo que acababa de llegar a Guadalajara. Le pidió un cigarro. Buscando el encendedor, la sinaloense sacó todo de su bolsa. Cuando pasó el camión, Raquel se quedó en la banqueta. Desde ahí vio cómo la sinaloense manoteaba buscando su credencial del Iteso y el dinero para pagar. Demasiado tarde: el camión había arrancado y Raquel tenía la cartera en la mano. Apagó el cigarro, caminó hasta el mercado Juárez donde desayunó unas gorditas financiadas por la amiga de Mochis y luego fue a Fotográfica Orea, frente al consulado, para hacerse una foto disfrazada con una peluca y unos lentes. Al día siguiente tenía su nueva identidad: Norma Echavarría del Rincón, estudiante de Administración del Iteso y con tres años menos. Eso le gustó.

Lo siguiente fue más sencillo. Con su peluca, sus lentes de ñoña y su credencial del Iteso se presentó en la Cámara de Comercio para pedir ayuda para hacer una tarea: tenía que entregar un trabajo sobre las grandes empresas y los grandes empresarios de Jalisco y ella no era de aquí. Amablemente le ayudaron a depurar la lista hasta dejarla en diez.

Los investigaron. Elías y Raquel se encargaron de los perfiles ideológicos y financieros; Richard y Ramiro, de la logística: registrar direcciones, conocer hábitos, seguirlos en sus trayectos. Barajaron los nombres y discutieron como si estuvieran escogiendo un socio, y en cierto sentido lo era, pues su futuro y el de la Liga iban juntos. Descartaron a algunos que, descubrieron, debían más de lo que tenían y otros que tenían mucho apellido y poco efectivo. De los cinco finales, Raquel se inclinaba por un empresario de origen judío; Saulo, por un comerciante de apellido libanés. Faltaba el informe de logística de Richard.

El golpe debía ser simultáneo en Guadalajara y Monterrey el 17 de septiembre. Un par de semanas antes vino el primer aviso de que aquello no iba por buen camino: un comando de policía secreta atacó la casa de Fraternidad, como le decían a la casa del Richard, donde se había fundado la Liga y donde él seguía viviendo con toda la confianza y la ingenuidad del mundo. Fue un golpe terrible para todos: acribillaron al Richard y al Borre, uno de los viejos amigos de Lucía en la pandilla de San Andrés. Quedaron de nuevo atrapados en el miedo y la duda. Joel ordenó una investigación interna; estaba seguro de que alguien había pasado el pitazo. De lo que no tenía certeza era qué tanto sabían los policías, si habían caído a la casa porque ahí se había fundado la Liga o porque alguien les traía ganas al Richard y al Borre desde sus pleitos con la FEG. Tampoco tenían certeza de si lo habían torturado antes de matarlo y si había soltado información sobre los planes de secuestro. ¿Prudencia o paranoia? En la Liga era lo mismo. Para no tomar riesgos, cambiaron de casa y pospusieron el secuestro.

En la nueva casa de seguridad, en la calle Río Nilo, se enteraron del fracaso del secuestro en Monterrey. ¿Era una segunda señal que tampoco escucharon? Visto a la distancia, sí, pero aquellos jóvenes no sabían cómo procesar la seguidilla de fracasos y malas noticias. «En el intento de secuestro a don Eusebio García se armó la balacera y hay un montón de

muertos», dijo Elías, que se había enterado por el radio, en el camión. No tenían televisión ni radio en la nueva casa. No supieron más. Aquella noche durmieron en ascuas y temprano en la mañana Raquel salió a comprar el periódico. *El Informador* dio la nota en primera plana, pero no a ocho columnas. Habían asesinado al empresario Eusebio García y se reportaban dos guardias y dos hampones muertos. A Raquel le dio rabia que se refirieran así a sus compañeros de lucha y pavor de verse en esa situación. No hubo noticia de Joel hasta diez días después, cuando les informó que ciertamente dos compañeros habían sido heridos, pero estaban a salvo y atendidos en casas de seguridad de amigos de la Liga. Supusieron que los hechos llevarían a la cancelación del golpe en Guadalajara. La caída de la casa donde se fundó la Liga y el desastre de Monterrey en menos de tres semanas eran dos golpes devastadores. Joel lo veía de otra manera: «Hay que dar el golpe y hay que hacerlo lo antes posible», ordenó.

Volvieron a las reuniones de logística. Ramiro informó que tenía dos autos listos escondidos en una casa de seguridad. Estaban recién robados y en buen estado: un Ford Falcon verde y un Dodge Dart blanco, ambos de cuatro puertas y cajuela amplia. Les cambiaría las placas y haría algunos retoques de pintura para que no correspondieran con la descripción de los autos robados. Elías, Eva, Saulo y Raquel festejaron su eficiencia. Por razones de seguridad solo participarían los cinco y utilizarían las armas disponibles, es decir, las de los tres varones, pues a las mujeres no les habían asignado armas. Raquel se encargaría de los disfraces, Eva de acondicionar el espacio en la casa de Río Nilo para el secuestrado y Elías de hacer una expropiación que les permitiera tener recursos para el golpe. Faltaba lo más delicado: decidir quién.

Raquel expuso sus razones para secuestrar al empresario judío. Saulo insistió e impuso su argumento de autoridad para ir por el comerciante de supermercados. Ramiro les mató el gallo en la mano. «Todos eran más o menos ricos», dijo, «todos tenían los cinco millones buscados», por lo que

la decisión debía guiarse por la logística: Hernán Izaguirre era el candidato ideal. Raquel volteó a ver a Saulo y con los ojos le pidió que no, que no fuera él: Hernán era hermano de Mabel, la monja que la había protegido en ciudad Neza. Saulo tenía sus propios motivos: Izaguirre era amigo de su padre, por lo que insistió en el comerciante. Para reforzar que no fuera Izaguirre, Raquel mintió y dijo que, de acuerdo con sus investigaciones, difícilmente la familia podría pagar los cinco millones de pesos, a lo sumo dos. «Que sean dos, pero son dos seguros», argumentó Ramiro, «los trayectos de Izaguirre son largos y no tienen variaciones, nunca lleva escolta y ni siquiera trae chofer». Tenía un punto. Si no querían darse el lujo de otro fracaso, era Izaguirre. Saulo y Raquel callaron.

A una semana del golpe, llegó una nueva indicación. Para que el golpe fuera noticia internacional y el gobierno se viera obligado a liberar a los compañeros, había que secuestrar también a un cónsul importante. Lo que habían logrado los hermanos Campaña mostraba el miedo que le tenía el gobierno del presidente Echeverría a la mirada internacional. No tenían ni idea de quiénes eran los cónsules. Raquel consiguió la lista del cuerpo consular con todo y direcciones. El de Gran Bretaña, Dogan White, parecía el más importante y, de acuerdo con las observaciones de Ramiro, sería un trabajo relativamente sencillo: no usaba guardia y podrían pescarlo a la salida de su casa. Se necesitaba solo otro auto y otra brigada. Ramiro resolvió lo del auto, un Chevrolet amarillo, y activaron a Lucio y Pancho para el trabajo.

Eva se quedó sola en la casa de Río Nilo desde unos días antes del golpe. Ante los vecinos debía parecer una señora joven, esposa de un agente de viajes. Su carro sería el Dart blanco, ahora con capote azul, y solo ella podía ser vista entrando y saliendo de la casa.

El levantón de Izaguirre fue relativamente sencillo. A las ocho cuarenta en punto el objetivo salió de su domicilio. Su auto circuló por la calle Brasilia, dio vuelta sobre la carretera vieja de Zapopan como

previsto; en el puente sobre el arroyo chico le cerraron el paso. Mostrarle las dos pistolas bastó para que cediera. Saulo y Ramiro lo metieron de un empellón en el Falcon que conducía Raquel. Elías se llevó el auto de Izaguirre para esconderlo en una brecha al sur de la ciudad. Levantar a White fue mucho más complicado. Para empezar, no salió a tiempo. El inglés resultó no ser muy *british*, al menos en lo que se refiere a la puntualidad, y eso puso en jaque toda la operación, pues los dos «bultos» debían llegar al mismo tiempo al punto donde Eva esperaba en el Dart para llevarlos a la casa de seguridad. Lucio decidió entrar por el cónsul a su casa. Tocaron la puerta y cuando la muchacha abrió, mostraron las pistolas y sin decir palabra se fueron sobre el cónsul que desayunaba con parsimonia. Cuando lo tomaron de los hombros y lo llevaron a rastras hacia el auto, salió la esposa gritando: «No se lo lleven, ¿quién va a cuidar de mis hijos enfermos?». Pancho dudó ante el tono desesperado de la mujer, no así Lucio, que lanzó al cónsul la cajuela de Chevrolet y la cerró con furia. «Vamos tarde, pinche Pancho, córrele». Llevaban diez minutos de retraso; una eternidad.

La cita era en la calle Sinaloa. Raquel llegó a tiempo. Emparejó el Ford con el Dart, cambiaron al «bulto» de auto y siguió de largo para abandonar el auto robado en un estacionamiento público. El otro «bulto» llegó con casi quince minutos de diferencia. Lo metieron en la cajuela y Eva, convertida en una señora en tubos, bata y pantuflas, con una pañoleta en la cabeza y unos enormes lentes oscuros, atravesó la ciudad con dos secuestrados y tres guerrilleros escondidos. No se pasó un solo alto, saludó coqueta a los policías de tránsito con los que se topó y llegó a la casa de Río Nilo poco antes de las nueve y media.

Desde los primeros minutos, White fue un problema. No pasó de la sala. A Izaguirre lo habían llevado a uno de los cuartos de huéspedes, como le habían llamado a la mazmorra forrada con cajas de huevo de cartón para aislar el ruido; el inglés se había desmayado al entrar. Cuando volvió en sí, pidió su medicina: era diabético y le urgía insulina inyectada. Lucio quiso salir corriendo a la farmacia: él había visto los ojos desesperados de la esposa del cónsul y traía el alma en los suelos.

–¿A dónde vas, imbécil? Tú no puedes salir. Tiene que ir Eva, que es la única que vive en esta casa y va a ir a una farmacia del centro, no a la del barrio –gritó Saulo con autoridad.

–Tranquilos, no se va a morir, y si se muere es su problema –comentó Ramiro.

Su frialdad dejó a todo el grupo paralizado: la palabra *muerte* no venía en el manual.

Mientras discutían el plan para atender al cónsul y comprar la medicina en el mismo viaje en que llevarían a Saulo al centro de operaciones, la casa de seguridad donde estaban la televisión y el radio para monitorear las reacciones, Raquel fue a ver al otro huésped. Se puso el pasamontañas rojo que estaba sobre la silla de guardia a un lado de la puerta y entró sigilosa. Ahí estaba Izaguirre, atado de pies y manos, sentado en un colchón con la frente reposando sobre las rodillas. Traía puesto solo unos calzoncillos blancos y una capucha negra sobre la cabeza. No hizo ningún ruido. El huésped no se inmutó. Le impresionó lo blanco de la piel y lo joven del invitado. No tenía grasa en el cuerpo y sus manos eran grandes, fuertes y bien cuidadas. Ninguno de los dos dijo palabra. Solo se escucharon mutuamente las respiraciones; la de él un poco más agitada. Raquel salió sin decir palabra.

Eva regresó con la insulina casi cinco horas después. El cónsul estaba ido, en posición fetal; se había orinado. Ramiro le aflojó la corbata, lo cacheteó para que volviera en sí y le dio la jeringa y la solución de insulina.

–Póngase esto –ordenó.

Con enorme dificultad, un tembloroso White pudo levantarse y le pidió a Lucio que le ayudara a llenar la jeringa.

–Me encanta ver a estos burgueses mandones implorando favores –comentó Ramiro–, humilditos se ven más bonitos.

Lucio temblaba con la jeringa en mano. El cónsul leyó el miedo del compañero, le dio las gracias y le dijo amablemente:

–No se preocupe, amigo, yo me la pongo.

Se enderezó arrastrando las manos, se levantó la camisa, llevó la aguja junto a su ombligo, liberó la sustancia y se dejó caer de nuevo hacia su costado derecho. Unos minutos después, sin abrir los ojos, preguntó:

–¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes?

–¡Capuchas! –ordenó Ramiro, quien se atribuyó la autoridad para responder–. Usted está en manos de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Su vida depende de nosotros, así que procure no hacer tonterías. Por lo pronto, es todo lo que necesita saber. Cada pregunta impertinente tendrá como respuesta un golpe. Evite dolores innecesarios.

El cónsul calló. Unos minutos después Lucio lo llevó al cuarto que habían adaptado para el segundo huésped. No lo desnudó, apenas lo amarró de pies y manos, lo revisó para sacar de sus bolsillos cartera e identificaciones y le quitó el saco, la corbata y los zapatos. Ramiro asumió que en esa casa mandaba él. Nadie le había dado ese cargo, pero ante la debilidad de Lucio y que las otras dos eran «viejas», no lo dudó. Mandó llamar a sus compañeros y les dio instrucciones, las mismas que habían leído todos en los manuales de guerrilla urbana.

–Nada de intimar con los huéspedes. Hay que cambiar todos los días los horarios de las comidas para que no sepan qué hora es. Nunca les cumplan a la primera la solicitud de ir al baño, tienen que verlo como una gracia que se les concede; y jamás respondan a sus preguntas. El maltrato físico es un arma para desmoralizar a las visitas, no para descargar nuestra ira. Solo yo estoy autorizado para hacerlo.

Raquel y Eva se voltearon a ver, pero no dijeron nada. Sabían perfectamente lo que tenían que hacer; llevaban más tiempo que Ramiro estudiando estas cosas. Lucio intervino.

–Creo que la cagamos con el cónsul. No tienen dinero, está enfermo y los hijos también. Lo mejor será soltarlo.

–No seas maricón. White es un burgués, representante de los explotadores, no pierdas eso de vista –replicó Ramiro.

–Lo que estoy diciendo es que por él no nos van a dar dinero y tampoco van a liberar a los compañeros presos. Ni siquiera tiene una

identificación oficial de cónsul en la cartera. Y si se nos muere, nos va a meter en un pedo logístico.

–Esa será decisión de Saulo, nosotros nos dedicamos a lo nuestro –intervino Raquel.

Lucio tenía razón, solo que no era el momento para discutirlo.

Hernán Izaguirre era un huésped modelo. Jamás se negó a una orden, nunca intentó escapar, jamás gritó ni hizo alguna escena de llanto o desesperación. Obedecía con docilidad las órdenes, no se quejó de las ataduras, del colchón ni de las comidas. Solo pidió una cobija porque en la noche había pasado frío.

Eva era el único contacto con el exterior. Traía comida para todos y sobre todo noticias. Se les había hecho saber a los familiares el monto y las condiciones políticas para la liberación de los retenidos. Saulo había puesto la cifra del rescate en dólares, doscientos mil por cada uno más la liberación de cincuenta y un compañeros de varias organizaciones, presos en diferentes cárceles del país. Los doscientos mil dólares por cada uno equivalían exactamente a los cinco millones que habían hablado desde el inicio, solo que a los dirigentes les pareció que pedirlo en dólares hacía que el secuestro pareciera más profesional y de dimensión internacional.

El sábado Eva trajo malas noticias. El gobierno había emitido un comunicado en el que tajantemente anunciaba que no negociaría con criminales y puso sobre la mesa un ejemplar de *El Informador* en el que aparecía el procurador general de la República en primera plana leyendo el comunicado. El gobierno había cambiado de postura; no había sido esa la respuesta cuando fue el secuestro del cónsul estadounidense ni cuando sucedió el secuestro del avión en Monterrey. Discutieron. Ramiro estaba alterado; Lucio era un manojo de nervios; Eva lloraba.

Cuando Raquel abrió la puerta para dejar la comida, Hernán Izaguirre habló.

–¿Le puedo decir algo, señorita? –Raquel no respondió, por lo que el huésped intuyó que sí–. Los escuché discutiendo. Efectivamente, el gobierno no va a negociar, no por nosotros. El cónsul gringo pesa; el que tienen ustedes no, White es un cónsul honorario. El gobierno de Gran

Bretaña ni siquiera sabe que existe. Yo soy un estorbo para el gobierno, ellos no harán nada por mí. Mi familia sí, estoy seguro de que ellos pagarán lo que piden.

–Cállese, no tiene derecho a hablar.

–Disculpe, pensé que debía saber esto.

Raquel puso el plato de comida, arroz y frijoles, el mismo menú que comían ellos, y salió del cuarto. Encontró a Lucio sentado con la cabeza en la mesa de Coca-Cola que hacía de comedor. Estaba quebrado, tenía la certeza de haber fallado en la selección del huésped. Ramiro fanfarroneaba, ensayando cómo desenfundar, apuntar y disparar su pistola. Eva había salido.

–La regamos con White, hay que liberarlo –soltó Raquel sin más preámbulo.

–De acuerdo –respondió Lucio levantando la cabeza.

Ramiro los miró serio, seco. Había en su mirada una frialdad que Raquel no había observado antes. Se dio cuenta de lo poco que sabía de sus compañeros. Se estaba jugando la vida con personas que no conocía, que no tenía idea de cómo iban a reaccionar.

–La revolución no puede andarse con sentimentalismos de viejas o de maricones –respondió Ramiro, apuntando con su arma a Lucio–. Las decisiones las tomo yo que para eso estoy a cargo.

Lucio quiso reaccionar. Raquel lo tomó por el hombro y lo obligó a sentarse.

–¿Cómo está el huésped de arriba? –quiso saber Raquel.

–Mal. Necesita una dieta especial que no tenemos y un montón de medicinas.

Se escuchó ruido en la cochera. Lucio y Raquel se guarecieron. Ramiro apuntó a la puerta. Reconocieron el ruido del motor del Dart. Se relajaron. Eva entró como bala, sin saludar, directo al baño. Al salir comenzó a hablar, urgida de transmitir novedades. Raquel pidió que bajara la voz.

– Se escucha todo en el cuarto del huésped –susurró.

No hizo caso, siguió hablando en voz alta.

–El gobierno insiste en que no negociará, sindicatos y gobernadores ya cerraron filas con el presidente para no soltar un solo preso político. Cuba se ofrece como mediador.

–¡Eso! –soltó eufórico Ramiro–. Ya nos reconocen en todo el mundo.

–Castro nos va a traicionar, como sucedió con los que secuestraron el avión, los tiene exiliados en la isla.

–No queremos hacer la revolución en Cuba, queremos hacerla aquí –espetó Raquel en un tono duro que ella misma desconoció.

–Los hermanos de White e Izaguirre han entablado comunicación a través de *flashes* informativos en el Canal 6. Dicen estar dispuestos a pagar y que la salud de White es muy delicada. Saulo quiere hablar con Raquel para evaluar el asunto.

–Si va a hablar con alguien, es conmigo –escupió molesto Ramiro–. Quien está a cargo de la logística soy yo.

–Supongo que quiere hablar con todos –mintió Eva para tranquilizar al macho del orgullo herido–, pero de uno en uno. Mañana le toca a Raquel. A las siete te subes a la cajuela del auto y te llevo al punto de reunión.

El punto de reunión era el propio auto. En una esquina, Saulo salió súbitamente de atrás de un puesto de periódicos, se subió al auto en el asiento trasero, liberó la palanca para reclinar la parte izquierda del respaldo. Por el pequeño hueco que se abrió entre el asiento y la cajuela se miraron y hablaron. Lucía no quería hablar con Saulo, quería hablar con Nacho, su compañero, su pareja. Salvo por la voz, el resto de Nacho le era irreconocible: se había afeitado la barba, iba de traje y corbata y traía lentes redondos y un ridículo sombrerito del que sobresalían dos enormes orejas postizas. No le preguntó cómo estaba. Fue directo al tema que les ocupaba.

–¿Cómo están los huéspedes?

–El menor bien. El mayor se ve muy mal y no podemos cuidarlo. Mantenerlo en la casa pone en riesgo la operación y nos pone en riesgo a todos.

–El gobierno fue tajante en decir que no negociará la liberación de presos políticos. La dirección nacional dice que deberíamos aprovechar

para enviar un mensaje contundente.

–Sería un error. Liberemos ya al mayor y, cuando cobremos el rescate del menor, lo regresamos. Recuerda que somos justos.

–Somos justos.

Se quedaron callados, rumiando cada uno lo que acababan de decir y de escuchar. Saulo le pidió a Eva que lo bajara en la siguiente esquina. «Te quiero, Nacho», se escuchó desde el fondo de la cajuela antes de que el asiento regresara a su lugar y de que sonara el portazo. La oscuridad regresó y Lucía no alcanzó a oír la respuesta de su compañero, ella estaba segura de que Nacho dijo algo parecido a «yo también». Eva dijo que no hubo respuesta, solo el portazo.

Raquel no supo si Saulo habló con los demás o solo con ella. Cuando regresó a la casa de seguridad, Ramiro no estaba. Lucio dijo que simplemente se había marchado, sin disfraz y sin respetar las normas de seguridad. Regresó como a las cuatro, con cara de enfado y dando órdenes. «El vejete jodido se va. Pancho pasará por él en un par de horas». Empezaba a oscurecer cuando escucharon ruido en la cochera. Entre Pancho y Lucio enredaron al cónsul en una alfombra y lo subieron a la camioneta rotulada de una empresa de tapetes. Cuando Raquel fue a llevarle la cena a Izaguirre, lo encontró de pie, respirando ruidosamente. Estaba exaltado.

–Soltaron a White, ¿cierto? Bien hecho. Eso habla bastante bien de ustedes.

Raquel no respondió. No quería, no debía engancharse en la conversación. Le acercó la comida y el balde para ir al baño.

–Mi hermano va a pagar, olvídense de los presos. Sé que no me puede responder, pero me puede oír: el gobierno no dará su brazo a torcer, ellos me prefieren muerto, como a don Eusebio. Nosotros somos tan enemigos de ellos como ustedes.

Efectivamente, Raquel no respondió, pero permaneció en la habitación. Era una invitación al huésped, para que continuara hablando.

–No comparto sus métodos, no soy partidario de la violencia, lo cual no significa que no comparta su lucha. Yo también quiero cambiar el sistema, necesitamos un gobierno democrático y una nueva forma de

repartición de la riqueza. Los trabajadores deben ser socios de las empresas, no solo asalariados. Los únicos que ganan en el actual sistema son los sindicatos vinculados al partido. Urge dar la batalla por la democracia sindical, es ahí donde tenemos que pelear juntos, ustedes y nosotros.

–Entre ustedes y nosotros hay un abismo –se enganchó Raquel, contra todo protocolo.

–Un abismo que el gobierno autoritario quiere que exista; pero estamos mucho más cerca de lo que cree, hay muchas más cosas en las que coincidimos de las que imagina.

Raquel recordó el tiempo en que estuvo refugiada en la casa de las monjas que dirigía la hermana del huésped; recordó cómo la madre Mabel Izaguirre peleó por ellas contra la voluntad y la opinión de otras monjas que le recomendaban no meterse con revoltosas. Pensó en la angustia que debería estar pasando alguien que solo las había ayudado.

–Somos justos –respondió Raquel y salió del cuarto.

No quería seguir escuchando al huésped. Lo que quería era que todo terminara y, por lo que le había entendido a Saulo, así sería. Cobrarían, liberarían al huésped y podrían por fin dedicarse a otras cosas: a concientizar obreros, a escribir sobre las condiciones estructurales de la explotación, con suerte a hacer una nueva etapa de *Vésper*.

Lucio ya no regresó a la casa. Ramiro había salido de nuevo sin avisar. Contra todo protocolo, se habían quedado Raquel y Eva solas, cuidando al huésped. Ninguna de las dos tenía un arma; ninguna de ellas sabía disparar. Raquel fue al cuarto donde sabía que Ramiro guardaba un .38 Super que habían robado. Estaba descargada, pero eso nadie más lo sabía. Se la fajó en la parte de atrás del pantalón. Le molestaba muchísimo; apenas podía caminar con el arma metida en las nalgas. Hizo señas a Eva para que fuera a la cocina.

–Baja la voz –ordenó Raquel, susurrando–, se oye todo. ¿Qué sabes, qué te dice Nacho?

Eva leyó la angustia en Raquel. Preguntar por Nacho y no por Saulo era una clara evidencia de que estaba dejando de pensar como revolucionaria.

–Saulo está tomando la decisión. A nosotros nos toca esperar. –No pudo con la cara de angustia de Raquel, por lo que agregó–: Oí que estaba negociando ya el rescate. Esto se acaba hoy, mañana a más tardar.

Violando nuevamente el protocolo y actuando contra el manual de los buenos secuestradores, se abrazaron para liberar sus respectivas angustias, para sentir que algo les quedaba de humano. Raquel soltó un mugido, mezcla de llanto, alivio y liberación. Eva le sobó la espalda con ternura. Estaban en ese momento de debilidad revolucionaria cuando escucharon la puerta y los inconfundibles pasos de Ramiro, siempre indiscretos y altaneros. Unos segundos después, el estruendo. Una bala, una sola.

N. N. y 4325

–¿Qué hiciste, imbécil?

–Órdenes de arriba

–Saulo jamás habría ordenado eso.

–Saulo no manda, tu novio es puro pendejo.

Eva se quedó paralizada; Raquel solo quería llorar. Llorar de rabia, de tristeza. Llorar de impotencia y desesperación. El movimiento apenas empezaba y ya había valido madres.

–Muévanse, cabronas. Hay que subirlo al coche para ir a tirarlo –gritó Ramiro, eufórico, sin soltar el arma.

Su despotismo aumentaba a cada segundo. Estaba extasiado, empoderado por el olor a pólvora que aún flotaba en el ambiente. Eva seguía sin moverse, con la mirada perdida. Raquel entró al cuarto del huésped. El olor a sangre, pólvora y orina se le impregnó en la nariz. Lo encontró tirado en el colchón, mirando al techo con el ojo izquierdo; el ojo derecho era solo un hueco, por ahí había entrado la bala. Había una gran mancha de sangre en la cobija, alrededor de su cabeza y miles de gotas rojas, unas pequeñas y otras minúsculas, como una constelación, esparcidas en la pared blanca. Lo cargaron entre Ramiro y Raquel, usando la cobija como camilla. Se le cayó tres veces; era demasiado pesado para

ella. Como pudieron, lo aventaron al piso del asiento de atrás del Dart. Tenían que darse prisa, el balazo atraería a la policía en algún momento. Eva seguía paralizada. Raquel habló con ella.

–Vámonos, amiga, aquí ya no es seguro.

–Yo no quería matarlo. No somos asesinas, somos guerrilleras.

–Ya no sé qué somos, Maripaz, ya no sé –dijo usando el nombre de pila de su amiga–. Tenemos que irnos de aquí.

Ramiro gritaba «vámonos», blandiendo la pistola con una mano, mientras con la otra se rascaba el miembro por encima del pantalón, presumiendo su erección. Él se recostó en el asiento trasero y Raquel en el delantero, para que los vecinos solo vieran salir a Eva, la señora de la casa. Al llegar al jardín de San Francisco, y después de verificar que nadie los viniera siguiendo, Raquel se enderezó y comenzó a tomar las decisiones.

–Pasando la 16 de septiembre te bajas del auto –le ordenó a Ramiro– y nosotras dos vamos a dejar el cuerpo.

El macho obedeció sin chistar. Ahora era él quien tenía miedo. Las dos mujeres siguieron manejando por avenida Vallarta rumbo al poniente, una zona que Raquel conocía al dedillo. Antes de llegar a la Minerva, le pidió a Eva que diera vuelta a la izquierda; no quería dejar el cadáver demasiado cerca de su casa. En la calle Lerdo de Tejada vieron unos departamentos con estacionamiento hacia la calle.

–Estaciónate ahí –ordenó.

Salieron del auto. Dejaron las ventanas cerradas y las puertas sin seguro. Caminaron una cuadra juntas; Maripaz le susurró al oído la dirección de donde estaba Nacho.

–Allá te veo –respondió Lucía, y al llegar a la esquina le dio un beso rápido.

Al llegar a la calle Emilio Castelar una fue hacia la izquierda y otra hacia la derecha, buscando cada una su ruta hacia la colonia Independencia.

Lucía metió las manos a los bolsillos del pantalón una y otra vez. Cayó en cuenta de que no traía dinero para el camión. Le esperaban un par de horas de caminata solitaria. Bajó por avenida de la Paz rumbo al

centro. Pasó a unas cuadras de la casa de su abuelo Luis; tuvo el impulso de correr hacia allá, esconderse en los brazos del abuelo generoso. Ahí podría encerrarse un tiempo y huir de toda la mierda que sentía caerle encima. Quisiera decir que le ganó su espíritu revolucionario y sus convicciones, pero lo que se impuso dentro de ella fue el miedo: ¿con qué cara le diría al abuelo que acababan de matar a Izaguirre? Siguió su camino llorando en silencio. Quiso recordar quién le había platicado que aquella avenida recién ampliada antes había sido un arroyo y que ahí habían empalado a unas mujeres. Tembló. El horror de ser detenida le cayó encima, como una tormenta helada de finales de septiembre. Al llegar a la calzada Independencia, vio el camión, la misma ruta que tomaba para ir a la facultad años atrás. Había decenas de personas queriendo subir, todas al mismo tiempo, como cangrejos abalanzándose sobre un pedazo de pescado muerto. Se trepó como pudo por la puerta trasera. Dejó de llorar; con dificultad podía respirar. Fueron veinte largos minutos de asfixia y calor. Por momentos sentía que se desmayaba. Pasando la glorieta Olímpica, el camión comenzó a vaciarse, hasta que se podía estar sin tener al otro encima. Respiró. ¿Qué le iba a decir a Nacho cuando lo viera?

Todo lo que pensó en decirle a su pareja– los reclamos y las palabras de cariño, las justificaciones y los miedos que quería compartir con él– se quedó en su pecho. Cuando al fin llegó a la casa, Eva y Ramiro ya habían dado el informe de lo sucedido. Saulo estaba furioso, frustrado. Había estado a punto de liarse a golpes con Ramiro, pero este, cínico como era, sacó el arma y se la apuntó a la cabeza. Tuvo que intervenir Lucio para calmar los ánimos. Saulo estaba tan encabronado que apenas reparó en la presencia de Raquel. En lo único que pensaba el líder de la célula era en hablar con Joel para pedir una explicación y en degradar a Ramiro por haber ignorado su autoridad.

La llamada se dio como a las tres de la tarde, aunque el resultado no fue el esperado. Joel confirmó que él había dado la orden. «Una decisión del Buró Político». El mismo Buró lo citaba con urgencia para hablar de sus desviaciones ideológicas y lo acusaba de tener filiaciones

pequeñoburguesas. Le pedían también que protegiera al compañero Ramiro, había que sacarlo de inmediato de la ciudad.

En la tarde, mientras Eva monitoreaba el radio y la tele para saber si habían encontrado el cuerpo de Izaguirre, Nacho y Lucía tuvieron un momento a solas.

–¿Qué pasó? –preguntó ella.

–No lo sé, te juro que no lo sé. Ayer pacté el rescate con los familiares de Izaguirre y decidí soltar a White porque no nos iba a dar ni dinero ni presos, solo problemas. El intercambio lo tenía pactado para mañana.

Estaba devastado. No solo había perdido la autoridad y la autoestima, sino también el sentido de la causa.

Por la noche, salió en busca de un teléfono para hablar de nuevo con Joel. Localizarlo era un protocolo complicadísimo, aunque, nos enteraríamos después, nada seguro. Hizo siete llamadas de diferentes teléfonos públicos, desde distintas zonas de la ciudad, antes de que Saulo escuchara a un altanero Joel repetir «yo di la orden porque yo mando». Nacho quiso reclamarle a su amigo, el Otro Nacho, con el que había compartido la causa. Solo escuchó instrucciones a cambio. Instrucciones que no servían de nada, pues ahí mismo se enteró de que a Ramiro, que tenía comunicación directa con él, ya lo habían puesto a salvo. Ellos, Saulo, Eva, Lucio y Raquel, deberían buscar salir antes de que localizaran al bulto. «Van a soltar a los perros, más vale que estén lejos cuando eso suceda», advirtió Joel antes de colgar.

Pasaron el resto de la noche escuchando el radio y pensando a dónde ir. Tenían la certeza de que en cualquier momento la policía entraría por la puerta y los reventaría a balazos. A las cinco de la mañana comenzaron a disfrazarse. Lucio y Eva irían a Zacatecas; Saulo y Raquel a Pátzcuaro, donde tenían un amigo que podría esconderlos por unos días. Todos en diferentes camiones y a diferente hora.

Nacho y Lucía quedaron de verse en la noche en Pátzcuaro, en la plaza Bocanegra, a un costado de donde llegaban los camiones. Hacía frío y tenían el cuerpo helado. Caminaron rumbo a casa de Vicente, su amigo. Contra todo protocolo, Lucía tomó a su pareja del brazo. Nacho

la abrazó. Lloraron juntos mientras cruzaban la plaza de don Vasco, hermosa y solitaria a esa hora de la noche.

Cuando Vicente abrió la puerta, los miró con horror. Aunque no era parte del grupo clandestino, sabía perfectamente lo que estaba pasando. Esconderlos era un riesgo.

–No me pidas eso, Nacho, tengo dos hijas.

–Solo esta noche, nos vamos mañana.

–¿Qué tan mal salió el jale? –preguntó Vicente.

–Mal, muy mal. No te conviene saber. Solo una noche.

Oyeron a Vicente discutir con Laura, su mujer, que intuía el riesgo en que ponían a su familia al esconder un par de guerrilleros perseguidos y en desgracia. Lucía se sintió como una paria, una leprosa. En eso se habían convertido. A donde fueran serían apestados, su sola presencia significaba riesgo. Durmieron en la cocina. La condición de Vicente era que salieran de madrugada, antes de que se levantaran su mujer y sus hijas. La red de protección, que suponían fuerte y amplia, era minúscula y débil. Estaban solos. Únicamente les quedaba el instinto de sobrevivencia. Viajaron juntos; ya no había nadie a quien obedecer. En Morelia, asaltaron un supermercado para tener algo de dinero. Había un billete de cincuenta pesos y unas cuantas monedas en la caja. Era demasiado temprano. Huyeron hacia Zitácuaro, donde pasaron la noche en un hotel de prostitutas. A la mañana siguiente, en un puesto de periódicos, se enteraron de que habían encontrado a Izaguirre. Se sentaron en la plaza a leer el periódico. El subdirector de la policía secreta decía tener plenamente identificados a los asesinos, una célula encabezada por un señor Andalón Valle, y decía que habían detenido a su amante, una tal Beatriz. El resto de la célula lo componían tres compañeros que se hacían llamar Fernando, Ricardo y Doctor Vértiz. No descansarían hasta capturarlos.

–¿Quiénes son esos que menciona el periódico?

–Haro es un mentiroso profesional –respondió Nacho–. Los agarró de chivos expiatorios.

–¿Y si es otra célula que nosotros no conocemos?

–Puede ser, Lu, todo puede ser –le dijo cariñosamente–, pero si nosotros no sabíamos de ellos, ellos tampoco saben nada de nosotros. Es la regla de la información compartimentada en la guerrilla.

–¿Y si estamos infiltrados? ¿Y si todos ellos no son sino agentes del gobierno metidos en la guerrilla para fregarnos por dentro? Yo estoy segura de que el cabrón de Ramiro es policía.

Nacho se quedó callado. Tiró el periódico a un lado de la banca y la abrazó. Tenían miedo, los dos tenían miedo, y lo manifestaban de maneras distintas. Nacho se puso paranoico, cada persona sentada en la plaza, fuera el vendedor de jícamas o el bolero, para él era un potencial informante de la policía secreta. Lucía repasaba uno a uno los momentos del secuestro para determinar quién, además de Ramiro, que para ella era el más evidente y lo daba por descontado, era un infiltrado. En todos, hasta en su amiga Maripaz, encontraba alguna actitud o frase que la hacía sospechar. Ya no digamos de Lucio. Comenzó a sospechar de los Vikingos, sus excompañeros de universidad. No le gustaban nada los Torcidos que venían de Sinaloa. Tampoco los poblanos, su abuela le decía que había que desconfiar de ellos. Sospechaba de los jesuitas, esos amigos de Nacho siempre tan melindrosos. Se dio cuenta de que no confiaba en nadie. En nadie salvo en Nacho, su Nacho.

–¿Y si nos vamos?

–¿A dónde? Esto apenas comienza. Lo que tenemos que hacer ahora es hablar con Joel y rectificar.

–¿Rectificar qué, Nacho? Matamos a Izaguirre, matamos a un amigo de tu padre. Sabes, la última vez que le llevé la cena él me dijo que no compartía nuestros métodos, pero sí entendía nuestra lucha, que nuestro enemigo común era el gobierno. ¿Y sabes qué le dije? Le dije que nosotros éramos justos. Ya no sé qué somos.

Nacho soltó a Lucía y se levantó de la banca, hosco, tenso. Él tampoco sabía qué eran.

No volvieron a hablar en todo el día.

En camiones de segunda llegaron a la Ciudad de México. Le habían dado a Saulo la dirección de una casa de seguridad en Ecatepec. Los estaban esperando. La orden de Joel, según les comunicó el compañero Víctor, al que nunca habían visto, era que Raquel se quedara ahí. A Saulo lo llevarían al lugar de la reunión.

Nunca más volvieron a verse. Lo que supo Lucía sobre lo que sucedió en aquella reunión entre quienes fueran grandes amigos, los dos Nachos, lo supo por otras personas.

Joel se había convertido en un ser hosco, desconfiado y prepotente. Su liderazgo suave y natural ahora era autoritario. Nacho quiso abrazar a su amigo cuando lo vio, pero Joel puso distancia guerrillera. Saulo entendió que aquello había cambiado y reclamó en tono airado no solo la decisión de matar a un rehén que estaba bajo su custodia, sino haber sido ignorado en la decisión.

–Fue una pendejada asesinarlo.

–Cuide su lenguaje, compañero. Nosotros no asesinamos, hacemos justicia revolucionaria.

–Asuma su responsabilidad, compañero –respondió Saulo, en el mismo tono distante–. Usted dio la orden de ejecutarlo, cuando yo ya tenía pactado el pago del rescate. Hoy no tenemos el dinero y nos persiguen como unos perros asesinos.

–Hoy tenemos algo mucho más importante: el respeto del gobierno y el miedo de los burgueses. En cuestiones tácticas eso vale mucho más.

–Vale pura madre. Lo único que tenemos en realidad es el rencor de los burgueses, la necesidad de venganza del Estado y perdimos todo respeto entre quienes nos apoyaban. Estamos más jodidos que nunca.

–Por última vez, compañero, le recuerdo que cuide su lenguaje, esa no es la manera de expresarse de un revolucionario y menos ante un superior. Se hizo justicia y se hará todas las veces que sea necesario, sea para combatir al enemigo o para mantener la disciplina interna.

Joel había entrado en la espiral de la desconfianza, un camino sin retorno que cada vez lo aislaba más de los compañeros y de la realidad. No toleraba que lo contradijeran y vivía alejado del resto. Raquel y Saulo fueron asignados a diferentes células, ella en Puebla y él en Ciudad de México. Ninguno de los dos hacía gran cosa, salvo huir y tratar de

sobrevivir. Una expropiación para obtener unos cuantos pesos, reuniones de planeación de golpes que nunca se llevaban a cabo porque siempre había una orden de último minuto con el argumento de que la información se había filtrado. Dejaron de pensar en el enemigo y en la causa para concentrarse en investigar quién había soplado, quién era el traidor, el infiltrado.

Por un compañero de nombre Julio, Raquel supo que Saulo estaba en una casa en Chalco. Le mandó un mensaje proponiéndole un lugar de encuentro para el día de Navidad. Lucía quería pasar Navidad con él, a solas. No le importaba la fecha, en su familia no eran de celebrar Nochebuena, lo que quería era verlo. El punto de encuentro que propuso fue un paraje hermoso en la carretera entre México y Puebla, que ella había ubicado el día en que la mandaron a su nuevo destino. Se había aprendido el kilómetro exacto en el que estaba la pequeña brecha que subía al bosque. Nacho nunca llegó.

Lucía nunca supo si Nacho no recibió el mensaje, si lo recibió y no pudo ir, o si lo recibió y no quiso ir. Ella había inventado órdenes superiores para salir de la casa de seguridad aquella mañana, en un camión de segunda. Llegó minutos antes de las diez, la hora de la cita, y pasó el día caminando entre los árboles, esperando a Nacho. Hacia las cuatro de la tarde tuvo la certeza de que no llegaría. Algo en ella se rompió por dentro. Todo lo veía ahora con un filtro distinto. ¿Era el filtro del desencanto? ¿Del aburguesamiento? ¿Era el instinto materno o un simple baño de realidad? ¿Todo junto? Lucía decidió que le daba igual el motivo: había dejado de creer. La causa y sus compañeros le provocaban desconfianza. Ella había querido escuchar de Nacho la frase «somos justos» mientras la abrazaba, pero él ya no estaba ahí, ni para abrazarla ni para convencerla. Se prometió a sí misma sobrevivir. Salir viva de la guerrilla y volver a ser madre sería su nueva causa.

Pasaron seis semanas hasta que Raquel volvió a tener noticias de él. Seis semanas en las que desconfiaba de todo y de todos. Desconfiaba del compañero Justo, que la acosaba y se metía a su cama en las madrugadas, con ese olor a sudor viejo y su aliento a cloaca que le provocaba arcadas. Cada vez que lo rechazaba a patadas, él la amenazaba con usar su pistola

en la próxima ocasión. Desconfiaba de la dirigencia, de su otrora querido y admirado amigo, que se había convertido en Joel, un líder déspota y despiadado. Desconfiaba de sí misma, del odio que estaba engendrando en sus entrañas y que, contrario a lo que siempre creyó, la hacía sentir que sería capaz de matar.

Era 5 de febrero, Día de la Constitución, y la dirigencia les había pedido hacer un acto de sabotaje al evento conmemorativo en el teatro de la República. Habían fracasado y abortado la misión, algo que comenzaba a hacerse costumbre. La noticia se la dio René mientras circulaban en un coche robado en la carretera de regreso de Querétaro a la Ciudad de México.

–Mataron a Saulo. Lo encontraron muerto en alguna calle de Guadalajara.

Para sorpresa del informante, Raquel no reaccionó. De cierta forma, era una noticia que esperaba desde Navidad. Una noticia que no quería escuchar, pero que sabía que llegaría. Solo bajó el volumen del radio. No estaba para escuchar música. Rumiaba la noticia, observando los pirules en el campo semidesértico. Recordó el frondoso pirul en la banqueta de la facultad, su sombra, sus bolitas como de pimienta roja, la olorosa resina. Al llegar a San Juan del Río, Raquel tomó la decisión. Palpó la bolsa del pantalón; sintió el billete y algunas monedas. Desertaría de la causa e intentaría ser apresada. La única forma de sobrevivir era ir a la cárcel. Aunque sabía que si la detenían podrían desaparecerla, quedarse en la guerrilla era una condena a muerte segura. En el fondo le daba igual: desconfiaba de sus compañeros tanto como de «los perros» de la Dirección Federal de Seguridad.

Al llegar a San Juan del Río, en un tope donde se hacía la cola de camiones, abrió la puerta y le suplicó a René:

–Voy a escapar. Dame tres días.

–No puedo, lo sabes bien. La seguridad de la organización va primero.

–Entonces solo diles que me quedé en Querétaro, tratando de concretar el atentado. Es solo media mentira.

–Cuídate –respondió René sin comprometerse a nada.

En camiones, de pueblo en pueblo, llegó a Guadalajara, tras un largo trayecto; se bajó en La Piedad, en La Barca y se quedó un día completo en El Salto, en las afueras de la ciudad, donde recordaba la existencia de una célula clandestina. No logró contactar a nadie, todos los rostros le parecían a la vez conocidos y ajenos, todos podían ser compañeros, soplones o policías. Para el caso era lo mismo. Tomó el último camión a Guadalajara, el de las nueve cuarenta y cinco. Iba lleno de obreros que laboraban en las nuevas plantas industriales. Era la única mujer. Más sospechoso, imposible. Le cedieron el lugar; nadie la molestó. Los obreros platicaban sobre sus faenas laborales, parecían felices, como si no necesitaran que nadie los redimiera. Al menos eso parecía.

Fueron los últimos pasajeros en la central camionera. En cuanto salieron a la calle 5 de Febrero, cerraron los accesos al edificio. Deambuló un poco por el barrio. Era un barrio bravo, lleno de prostitutas y hoteles dedicados a la profesión. Eran baratos y no pedían documentos. Tomó un cuarto. Ante la mirada extraña del administrador de turno, Lucía explicó que el cliente llegaría más tarde.

–A mí me da igual, señorita, ¿quiere el cuarto o no? –replicó malhumorado el administrador y metió los billetes dentro de una caja metálica.

Con los diez pesos que le sobraron cenó unos tacos. Estaban grasosos; a ella le supieron a gloria. Fue su único alimento del día.

Salió temprano, había un amanecer espléndido y el aire estaba fresco. Caminó despacio por la avenida Niños Héroes hasta la calle Chapultepec. Los empleados del ayuntamiento con sus casacas naranjas barrían afanosamente el monumento al que llamaban La Mona, una enorme Madre Patria que llevaba en su seno a siete niños muertos, siete niños que murieron por ella. Enfrente, un joven vocero ordenaba afanosamente los diarios para abrir el puesto. Lucía observó las portadas de *El Informador* y *El Occidental.*

–¿Cuál le doy? –preguntó el vendedor de periódicos, sin levantar la vista mientras encartaba a una velocidad impresionante las distintas secciones de cada diario.

–No traigo dinero –confesó Lucia apenada–. ¿Tiene periódicos viejos?

El voceador la miró sorprendido; ella diría que incluso con cierta ternura.

–Ese montón de ahí es lo que me sobró de la semana, tome el que quiera.

Se llevó los ejemplares de *El Informador* de los últimos días. Caminó por el camellón de la avenida Chapultepec, la misma que su abuela llamaba Lafayette. Le pareció hermoso. Las fuentes, las jacarandas, el ancho andador de cemento amarillo estampado, las bancas blancas del mismo material. Se sentó en una de ellas, a la altura de la calle Bosque.

Revisó los periódicos hasta que encontró lo que buscaba en la nota roja del periódico del 2 de febrero: la foto del cuerpo de Nacho. Había muerto. Estaba irreconocible. Golpeado y desfigurado, el torso desnudo sobre una plancha de la morgue. La nota festejaba la muerte del peligroso terrorista artífice del secuestro y asesinato del empresario Izaguirre, que había llegado a la morgue como N. N. pero que, gracias al director de la policía secreta, Miguel Nazar Haro, se había podido establecer que se trataba de Ignacio Haas Rivero, alias Saulo, uno de los cabecillas de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Nada era casualidad en la presencia del jefe de la policía en la ciudad.

Estaba sola. Sentada en aquella banca, Lucía cayó en cuenta de que estaba absolutamente sola. No confiaba en sus compañeros de lucha y, por supuesto, después de haber escapado, ellos tampoco confiarían en ella; era una desertora y a estas alturas ya la estarían buscando para hacer justicia revolucionaria. No podía acudir con los amigos, menos aún con sus padres o abuelos, pues sería ponerlos en riesgo. Irse a un pueblo, esconderse en la sierra, camuflada entre vacas y borregos, cambiar de identidad y comenzar una nueva vida parecía una buena opción, deseable a estas alturas. Sin embargo, era poco factible; sabía que más temprano que tarde soñar con borreguitos se convertiría en pesadilla. Si la atrapaba

la Dirección Federal de Seguridad, acabaría como Nacho: torturada y muerta en una calle de la ciudad, o simplemente desaparecida. Su mejor opción, la única, pensaba, era caer en manos de la policía estatal o municipal como una delincuente común con la esperanza de que tardaran en identificarla como guerrillera.

Necesitaba una pistola. Lo único que pudo conseguir fue una de juguete, que parecía bastante real, que robó en Novedades Bertha. Al día siguiente, asaltó un supermercado. El policía de la sucursal se orinó de miedo al ver a la mujer encapuchada sosteniendo una pistola y fue a meterse debajo del mostrador de devoluciones junto a las cajeras. El botín fue de ciento ochenta y nueve pesos. Eso le permitió subsistir dos días más en la ciudad mientras planeaba otro golpe. Deambuló cerca de la casa de los papás de Nacho con la esperanza de verlos, aunque fuera de lejos. Creyó ver a su hijo caminando de la mano de una nana, pero no podía asegurar que fuera él. Fueron sentimientos encontrados, de emoción y frustración. Al día siguiente, decidió asaltar la sucursal del Banco Serfin de avenida La Paz. Lo hizo temprano, a una hora que no había clientes, tampoco dinero en las cajas. Se tropezó intencionalmente e hizo que la pistola de juguete rodara, lo que animó al policía, un poco menos regordete y melindroso que el del supermercado, a amagarla y detenerla.

Ahí comenzó el viaje al infierno. Desde la patrulla empezaron a vejarla, manosearla e insinuarle todo tipo de favores sexuales a cambio de tratarla bien. No todos los días se detenía a una asaltante de bancos, por lo que el jefe de la policía estatal en persona se regodeó con el asunto. Con el nombre falso de Amanda Fletes, que les había dado al momento de ser fichada, apareció en los periódicos como una peligrosa asaltante detenida por un valiente policía. Pocos reconocieron su rostro: sus padres, algunos compañeros de la universidad, don Enrique y Nazar Haro, el director de la policía secreta, quien de inmediato envió a sus perros a husmear a los separos de la Procuraduría. El director de investigación de la estatal, que no perdía esperanza de obtener algún favor sexual, se negó a entregar a la joven asaltante a la policía federal y le

achacó otros asaltos que nunca había podido resolver. Fue el mismo Nazar Haro quien la libró de una violación segura en los separos de la policía estatal, para llevársela a una casa de tortura. Fueron cuatro días de interrogatorios, ahogamientos en una taza de escusado sucia, extracción de uñas y toques eléctricos en los pezones, preguntando nombres y direcciones. Lo único que dijo Lucía fue: «¿Para qué me pregunta si ya lo sabe todo?». El policía sonrió triunfante ante la confirmación. «Te voy a dejar vivir; tu novio no tuvo la misma suerte». Lucía lloró tres días y tres noches de dolor e impotencia tirada en la celda de una casa de tortura.

La consignaron el 28 de abril de 1974 con el número 740428/4325, en el complejo penitenciario de Santa Martha Acatitla, en la Ciudad de México.

11

Diez mil pies

«Tripulación de cabina, diez mil pies». El avión se había convertido en el lugar donde se revelaba mi pasado. No habían pasado ni tres minutos desde que terminé de leer la narración de mi madre. Apagué la tableta y me asomé por la ventana. La franja amarillenta del desierto se fundía a lo lejos con un mar azul oscuro. Un escalofrío me recorrió la columna. Lo que acababa de leer cambiaba la forma de entenderme, de entender mi historia. La frialdad con la que mi madre había narrado, en tercera persona, me asustaba y me conmovía. Muchas de las dudas con las que había crecido adquirían sentido, como el odio de la abuela Teresa por mi madre, la tristeza infinita del abuelo Enrique o la relación distante de ellos con los otros abuelos. La huida –porque ahora entendía que no nos habíamos mudado sino escapado– a Tijuana, así como el abrupto final de los cuadernos de recortes del abuelo, que se habían interrumpido el mismo día en que terminó su vida, aunque él hubiera tardado varios años más en morir. En la historia de mi madre estaban muchas posibles explicaciones para mis miedos y mi falta de pertenencia. Sí, estas nuevas páginas explicaban muchas cosas y abrían un mar de dudas. Las preguntas comenzaron a caer en mi cabeza, primero de a poco, una a una, ordenadas, luego en cascadas, atropelladas, confundiéndose unas con otras, sin orden ni lógica alguna. Las preguntas racionales se mezclaban con las más viscerales; las puntuales con las de fondo; las que querían aclarar un dato con las que exigían sentido; los qué y los por qué en una sola gran maraña en mi cabeza.

Reconocí los síntomas del ataque de ansiedad, esos que creía superados. Encerrado en un avión, a diez mil pies de altura, no era ciertamente el mejor lugar para recuperar a mi vieja compañera de vida. Tomé la bolsa de la canastilla de las revistas, me la puse sobre nariz y

boca. Comencé a respirar pausadamente, inflando y desinflando los pliegues del papel. Cerré los ojos. Sentí el abismo, no el de los diez mil pies anunciados por el piloto, sino el abismo de un ataque de pánico. Clavé la mirada en el símbolo de no fumar tratando de pensar en cualquier otra cosa. Quise distraerme con lo absurdo de aquella señal: hacía años que no se fumaba en los aviones, pero el pensamiento obsesivo seguía ahí, instalado, junto a la sensación de un peso enorme, como de un enorme refrigerador oprimiéndome el pecho.

–¿Se encuentra bien? –me preguntó la vecina de asiento, una mujer entrada en años, menuda y tan pequeña que no le llegaban los pies al piso–. ¿Necesita algo?

–Agua, por favor –respondí jadeante.

Para la vecina de asiento resultó toda una odisea quitarse el cinturón, levantarse y picar el botón para llamar a la azafata. Nunca lo logró; tuvo que pedir la ayuda del compañero del asiento C. Observarla en ese trance me ayudó a salir del pensamiento obsesivo. Agradecí el gesto con una sonrisa. La azafata se presentó malhumorada solo para regañarnos. La señora debía ponerse el cinturón y yo enderezar el asiento. Ya no podían servir agua; estábamos por aterrizar.

El avión se internó en tierra firme y comenzó un giro a la izquierda para enfilarse hacia el aeropuerto de Tijuana. Una delgada línea apareció en el horizonte, en paralelo a la trayectoria de la aeronave; desde las alturas la frontera era un hilo insignificante en medio del desierto. Observarla, verla crecer conforme descendíamos hasta convertirse en un muro ofensivo y descomunal, me ayudó a salir de mi obsesión. Cuando el avión tocó tierra, me quité la bolsa de la cara y agradecí a la señora su ayuda.

–No hay de qué, muchacho. Volar siempre da un poco de miedo, es antinatural.

–Pavor –respondí, evitando dar más explicaciones.

Esperé a que descendieran todos. La azafata, ahora sí con cara de preocupación, se acercó a ofrecerme una silla de ruedas. Agradecí el gesto; rechacé la oferta. Podría perfectamente bajar por mi propio pie.

–No tenga miedo, ya estamos en tierra firme.

La azafata no tenía por qué saber que el miedo no era a las alturas y mucho menos que un nuevo miedo crecía silenciosamente dentro de mí. Estaba en tierra y me esperaba a la salida del aeropuerto: Maca se iba a poner furiosa cuando le dijera que no iría con ella al restaurante, sino al departamento de Ensenada a revisar los papeles del abuelo.

La caja

No me equivoqué. Maca se puso furiosa cuando le comuniqué los planes y que no iría a El Guamúchil sino hasta el día siguiente. Tenía toda la razón en sus reclamos, en todos, desde el «yo no soy tu chofer» hasta el «decídete, porque el restaurante es muy celoso». En el fondo –eso lo entendí varios días después– quizás era ella quien estaba celosa de mi nueva relación con mi madre y yo no fui capaz de entenderla. Algunas de sus frases eran muy evidentes de su celo: «Solo hablas de ella», «qué tanto te dice en esas cartas», «si nunca te quiso, de dónde ahora tanto amor». Yo no tenía cabeza, ni ganas de pensar en celos, así que, como siempre, solo la dejé expresarse, pensando que, como tantas veces, lo que necesitaba era oírse a sí misma. Esta vez no. Al llegar a la puerta del departamento de Ensenada, me lo soltó sin espavientos:

–Decídete, Neto. Yo ya estoy muy cansada. Si mañana no llegas a El Guamúchil, yo también voy a tomar decisiones.

La cosa iba en serio. En cualquier otro momento, la frase hubiera sido «mañana vengo por ti a tal hora y…», de manera que yo no tuviera opción. Esta vez, estaba dejando en mis manos el futuro, y eso me aterraba. Lo correcto habría sido abrazarla e invitarla a quedarse a dormir conmigo aquella noche, eso también lo entendí después. En aquel momento solo le agradecí el aventón, le di un beso en la frente y bajé del auto abrazando la tableta con la historia de mamá como si se tratara de ella misma. Sus ojos se humedecieron. No le di importancia. Maca no llora, nunca llora. Tardé horas en entender que aquello era un dolor de verdad.

Si me iba a enfrentar a la caja del abuelo, tenía que prepararme. El culito de whisky que quedaba en la botella no era suficiente. Tampoco había hielo ni agua mineral. Necesitaba guantes, un tapabocas y una

brocha para quitar el polvo. Por si las dudas, había que comprar también un antihistamínico; la reacción de la vez pasada había sido demasiado fuerte: eran polvos muy añejos.

Caminé hacia el centro de la ciudad. El sol seguía alto. No eran los treinta y ocho grados, sino la humedad lo que volvía pesado cada paso. El mar encandilaba como un espejo. El malecón estaba desierto. Nadie caminaba a esa hora. Antes de llegar al antiguo hotel Riviera, ya estaba empapado en sudor. Decidí comer algo en el camino; no habían dado las cuatro, por lo que tenía unos minutos para llegar a La Guerrerense por una tostada de lo que hubiera. Comí lo que me dio Sabina: una tostada de pulpo y camarón y otra de caracol con ceviche de bonito y dos Tecates heladas. La buena comida y los mimos de Sabi me dieron ánimo para seguir. Al caer la tarde, ya estaba yo de regreso en el departamento, disfrazado como un arqueólogo de mi propia historia, con guantes, tapaboca, una botella de Glenmorangie, hielo, agua mineral y dos brochas, una mediana y otra pequeña, para retirar el polvo. Una brocha, cualquiera de las dos, hubiera sido suficiente, pero como no me decidía cuál tamaño comprar, opté por ambas.

Me serví el whisky en un vaso corto con hielo y lo bauticé con un chorrito de agua mineral. El primer trago al Glenmorangie me supo a gloria, como decía la abuela Martina. Acomodé el tapabocas y comencé la operación. Limpié con la brocha más grande el exterior de la caja, una acción innecesaria pues Poncha la había aspirado ya, y levanté las tapas. A simple vista eran solo papeles oficiales y fotos. El pasaporte estaba encima, «junto con la mica», como llamábamos a esa presentación de la visa estadounidense en forma de credencial que se usa en la frontera. La cara seria del abuelo en aquella foto lo hacía ver más como una persona malhumorada que como el hombre de negocios que él quería parecer. Estaba su acta de nacimiento, que ya había visto en ocasiones anteriores, aunque nunca me había dado el tiempo de leerla. Me costó trabajo la caligrafía; tuve que descifrarla identificando ciertas letras por los nombres conocidos. Descubrí dos curiosidades en aquel documento. La primera es que el abuelo se llamaba en realidad Karl Heinrich y que en el acta decía

que el niño conservaría la nacionalidad alemana de su padre. El siguiente papel era justamente la renuncia a la nacionalidad alemana y el juramento como ciudadano mexicano, tal como lo había narrado mi madre.

Había un montón de fotos, algunas me parecieron maravillosas, como la del abuelo en uniforme de futbol con la mirada en el horizonte. Otra con sus amigos, sentados en un trampolín. Una foto con sus hermanos y su padre, mi bisabuelo, el alemán tapatío, en la escalera de la Casa de los Abanicos. Otra más en una fiesta de disfraces. Eran sus fotos personales, las que mostraban que había tenido una vida antes de huir a Tijuana, una vida social que había reducido a una caja de recuerdos cuando no pudo con la pena.

Le di otro trago al whisky, ya más frío y adelgazado por el agua derretida del hielo. Resbaló con naturalidad. Acomodé el tapabocas en su lugar y, armado ahora de la brocha más delgada, hurgué entre los papeles. Encontré un sobre amarillo cerrado con un hilo. «Papeles Nacho». Lo abrí con cuidado y un poco de miedo. Empezaba a llegar al sustrato del sufrimiento del abuelo, y quizá del mío propio. Eran los papeles que daban cuenta de que mi padre, al que nunca conocí, tuvo una vida: su acta de nacimiento, los certificados de primaria, secundaria y prepa, todos con promedios arriba de nueve, la foto oficial de su graduación, la ovalada, misma que seguramente estaría repetida en su título de bachiller. Tenía una barba bien recortada y una mirada curiosa. Había también algunas fotos de sus aventuras juveniles y su acta de defunción. Me temblaron las manos. No decía gran cosa, salvo que la causa de la muerte había sido un politraumatismo y que el abuelo lo había identificado como su hijo, Ignacio Haas Rivero.

Un último sobre, también cerrado con hilo y que parecía tener más polvo que todos los demás, decía solamente «Niños». La ese al final denotaba plural. Pasé rápidamente la brocha por enfrente y por la parte de atrás y lo abrí ansioso. Vacié el contenido sobre la mesa: salieron solo papeles y unas cuantas fotos.

Desdoblé un primer papel: era mi acta de nacimiento en la que se daba cuenta de que había nacido en Monterrey. Llamó mi atención la foto de un bebé, rota a la mitad. Pensé que se trataba de mí, de una foto

mía que alguien había roto; una foto igual a la que tenía yo en la casa de El Guamúchil. Tardé en caer en cuenta de que se trataba de la otra mitad. No era yo.

Dentro de la caja

Cuando mi madre me vio aparecer en la puerta de su casa con la maleta en una mano y una caja de cartón en la otra, no dijo una sola palabra, solo hizo un ademán de que me invitaba a pasar, como quien sabe que ha llegado la hora.

Maca puso la misma cara de asombro cuando un día antes me vio llegar al restaurante con una maleta y la caja. A diferencia de mi madre, ella no se quedó callada. Entendió que no era momento para tomar las decisiones que me había planteado el día anterior, solo dijo: «¿Y, ahora a dónde vas?», y acto seguido lanzó una larga perorata de la que no recuerdo una sola palabra. Me gustaría acordarme, porque seguramente fueron una serie de recomendaciones, encargos e incluso frases afectuosas mezcladas con reclamos por problemas de la bomba del agua, la actitud de alguno de los empleados, la queja del vecino y la notificación de trámite del ayuntamiento. Todo junto hacía una bomba de sonido imposible de digerir. Lo único que me quedó claro fue que no me estaba dejando. Había recuperado su voz de mando, que para mí significaba solo ternura. «Tú les explicas a los muchachos de la cocina». Hablé con Rodrigo, el segundo de abordo, de los menús de la semana, le encargué la compra, le di un abrazo y me despedí de cada uno de ellos con la promesa de verlos la siguiente semana. Lo mismo le dije a Maca, con la diferencia de que ella sabía que era una promesa incierta. Supe que me había perdonado definitivamente cuando al tomar el teléfono para pedir un Uber que me llevara a Tijuana me dijo que por supuesto que no, que ella me llevaría al aeropuerto; necesitaba comentarme muchas cosas más sobre el restaurante. Era su forma de ser cariñosa, y vaya que lo era. Esta vez, sin embargo, hablé yo, todo el camino hablé yo tratando de explicarle y explicarme lo que había encontrado. Ella escuchó en silencio.

Mamá me llevó hasta la sala y, sin decir palabra, fue a la cocina a preparar café, café turco, que en su concepto no era sino agregar un par de semillas de cardamomo a la molienda de un café de tostado muy oscuro y prepararlo en la cafetera de cobre de asa larga. Lo dejó reposar en la mesa de centro de la sala y, cuando calculó que había pasado el tiempo suficiente para que se asentara, lo sirvió en dos tazas pequeñas, tomó la suya con las dos manos y se recargó en el sillón en señal de que estaba lista para escuchar.

Puse la caja sobre la mesa de centro, la abrí con cuidado casi ceremonial, saqué la foto partida a la mitad y se la entregué en mano. Mamá miraba alternativamente el pedazo de papel descolorido y mi cara, queriendo encontrar el parecido. La mano que sostenía el pedazo de fotografía comenzó a temblar. Dejó su taza de café de nuevo sobre la mesa y tomó la foto con las dos manos, como si se le fuera a escapar.

–No soy yo –dije rompiendo el silencio instaurado entre nosotros. Saqué la otra mitad y se la entregué para que pudiera juntarlas, para que pudiera reconstruir la historia también rota.

Su única respuesta fueron lágrimas. Lágrimas que rodaron silenciosas por su cara y empaparon la camiseta blanca que llevaba puesta. No me animaba a interrumpir aquel momento de dolor profundo, pero era evidente que ella no iba a decir nada, estaba ensimismada, en un diálogo con su pasado, en un recuerdo en el que yo no tenía cabida. Terminé mi café, un poco impaciente. Quería interrumpir el abismo de silencio que se había abierto entre los dos, pero no sabía qué decir. Ninguno de los dos era bueno con las palabras. Saqué entonces de la caja las dos actas de nacimiento y las puse una junto a otra en el mismo orden de la foto. Las reconoció en un rápido escaneo y volvió a la foto. Los documentos no le importaban nada.

–¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué me lo ocultaron?

Silencio. Había hecho la pregunta y no pensaba moverme de ahí hasta obtener una respuesta. Mi madre levantó al fin los ojos de la fotografía reconstruida y ahora los dirigía hacia mí; sin embargo, su mirada me atravesaba como si yo no estuviera ahí, como si fuera un fantasma.

–Nunca me hablaste de Camila; los abuelos tampoco. En tu escrito nunca la mencionas, ¿por qué?

La respuesta volvió a ser el silencio. Dudé incluso de que hubiese escuchado mi pregunta, porque no se inmutó, seguía con la mirada perdida en algún punto entre mi cuerpo y el infinito, entre, quise suponer, mi hermana, a la que mi madre buscaba en algún lugar del espacio, y yo. Estaba catatónica.

Me levanté para salir de su espacio de visión y romper su punto de foco. Nada cambió. Me tomé con calma lo que quedaba del café turco ya tibio, casi frío, mirando las macetas; mi madre tenía buena mano para las plantas. En el último trago me golpeó más el sabor a cardamomo en el café. Busqué de nuevo entre los papeles de la caja del abuelo y puse frente a mi madre el acta de defunción de Camila. No pudo más. Aquel papel materializaba por primera vez algo que ella vivió de oídas: la muerte de su hija. El dolor explotó en un llanto profundo y ruidoso. Tomó el acta como si la estuviera leyendo. En realidad, no lo estaba haciendo: era imposible que aquella cantidad de lágrimas le permitieran enfocar la mirada y ordenar la mente. Abrazó el papel como si fuera un ser vivo, como si fuera su hija. Por un momento pensé que me había equivocado mostrándole así los documentos, que había sido muy egoísta y altanero de mi parte exigir explicaciones a alguien que, al parecer, tampoco las tenía y que más bien las necesitaba. Me moví de lugar y me senté a su lado para abrazarla. Lloramos juntos durante horas. La acompañé a su cuarto. Se tiró en su cama vestida como estaba. Solo le quité los tenis.

–Mañana hablamos –le dije y la besé en la frente.

Era solo una fórmula, una manera de dar por concluido el silencio de la noche. La verdad es que no tenía certeza de que ella volvería a decir palabra. Regresé a la sala y acomodé los papeles dentro de la caja, excepto la fotografía. Subí al cuarto que había sido de los abuelos a buscar cinta adhesiva para pegar la foto. Los cajones estaban limpios, como si el tiempo jamás hubiese pasado por ahí. Fui al estudio de mi madre. Sobre el escritorio había una computadora vieja en la que escribía las historias de la familia. No había un solo papel ni adorno. Era un ambiente monástico, la celda de una monja o de una presidiaria. Hurgué en los cajones, buscando más a mi madre que la cinta adhesiva. El orden de los

objetos era impecable, no había nada de más: un lápiz, un bloc de notas amarillo, un borrador, una pluma de tinta azul, un plumín color negro y una cinta montada en un arcaico portadiúrex de metal.

Pegué con cuidado las dos partes de la fotografía. Ahí estaba yo con mi hermana, tirados en una cama, vestidos igual. Si bien no éramos idénticos, a esa edad era difícil saber quién era quién. La foto debió de haber sido tomada en los primeros días de nuestra llegada a casa de los abuelos. Imaginé que la había tomado el abuelo Enrique y que aquellos trajecitos de hilo tejido habían sido una compra de la abuela Teresa. Aquella foto era al mismo tiempo una tragedia y una historia de amor. Restaurar la foto era también reconstruir mi historia, que era, a fin de cuentas, lo que había estado haciendo todas estas semanas en el diálogo epistolar con mi madre.

Esa noche, me quedé en el cuarto de los abuelos. No pude dormir hasta muy entrada la madrugada. Esta vez, la falta de sueño no fue por un ataque de ansiedad, sino por una avalancha de dudas y preguntas: ¿cómo habría sido mi vida con una hermana, con una cuata?; ¿por qué ni el abuelo Enrique, ni los abuelos Belén, ni Rosa ni mi madre hablaron jamás de ella?; ¿cuántas cosas más faltaban por descubrir de mi familia?

Desayuno

Me despertó el ruido de las cazuelas. Me mojé la cara, me aplaqué los pelos con un poco de agua y bajé a la cocina. Mi madre estaba preparando chilaquiles, sonriente y de buen humor. Me dio un beso y ordenó con dulzura:

–Siéntate, que hoy cocino yo.

Obedecí. Temía que fuera otro de sus actos de fuga, esos que tanto me habían desesperado a lo largo de la vida, y particularmente en los últimos días.

–Tenemos mucho que platicar –continuó– y esas cosas no se pueden hablar con el estómago vacío.

Pensé que se trataba de otra de sus trampas, de sus evasiones de la memoria. Tampoco es que pudiera hacer otra cosa, no podía obligarla a decir la verdad. Yo no era un torturador; no quería ser un torturador. La verdad es la historia como uno se la cuenta a sí mismo, me dijo un día mi terapeuta, así que, de cualquier forma, estaba a expensas de mi madre, de lo que ella quisiera contar y cómo quisiera contarlo, tal como había sucedido a lo largo de las últimas semanas con sus escritos.

–Se me da mejor por escrito que hablado, así que deberás tenerme paciencia. Puedes preguntar lo que quieras. Eso no quiere decir que te lo vaya a responder de inmediato. Más bien, quiero decir que, si no te respondo de inmediato, no quiere decir que no me importe tu pregunta, sino que no tengo la respuesta.

–De acuerdo. Y si yo soy impertinente, tienes todo el derecho a callarme.

–Eso, por supuesto, para eso soy tu madre, ¿no? –respondió y vino a la mesa a abrazarme con el machucador de frijoles en una mano.

Lo que siguió fue otro de sus largos silencios. Mientras sus manos terminaban de preparar el desayuno, su cabeza estaba cocinando la historia.

–¿Huevo?

–No, solo chilaquiles y frijoles.

Puso en la mesa dos platos con chilaquiles rojos y frijoles refritos, una prensa francesa de un litro de café, dos jugos de naranja, queso panela, crema, cebolla picada muy fina y hojas de orégano fresco, como era costumbre en la hacienda de Cuisillos, dijo. La salsa estaba extraordinaria y el orégano, además de equilibrar el picor, le daba un sabor fresco, sabor a rancho. Bajé el pistón de la prensa y serví café en las tazas.

–Antes de empezar me tienes que decir qué tiene esta salsa.

Sonrió. Había logrado cucarme el paladar.

–Es la receta de la Chata, la nana de mi abuela, ¿te acuerdas? Te hablé de ella en varios de los escritos.

–Si es de la Chata, algo tendrá de brujería.

–Todo y nada, solo mejorana y comino, el secreto de todas las brujas. Lo demás es lo de siempre: chile guajillo, ajo y jitomate, asados en el comal.

–Seguro tiene cola de rata o ala de murciélago y no me quieres decir.

–La hierbera era María y ella inventó lo del orégano, que le da un sabor maravilloso, ¿no te parece?

–Secreto de monja, entonces.

Me dio tiempo a que disfrutara los chilaquiles. Cuando íbamos terminando, disparó.

–Ella fue la segunda.

–¿María? –pregunté enganchado aún en nuestra conversación sobre los chilaquiles.

–No, Camila. Camila fue la segunda. Tú naciste primero. Nunca supe que venían cuates. Nunca vimos a un doctor. Fue Isadora, la mujer que me ayudó en el parto, quien me lo dijo en el momento en que tú naciste.

–Entonces, a eso se refería la partera cuando te dijo que aún no habían terminado. Cuando hablabas en plural de «los niños», siempre pensé que te referías al hijo de Maripaz.

–El caso es que tú naciste primero. Cuando la partera me dijo que venía un segundo bebé, yo estaba agotada, casi ida. Solo recuerdo que después de que nació Camila, tu papá se sentó a mi lado con un bebé en cada brazo. «Nada de Ernesto o Camila; son Ernesto y Camila». Estaba orgulloso.

»Si tener un hijo en las condiciones en que lo hicimos era difícil, tener dos era una locura. Sobrevivimos gracias a la solidaridad de las vecinas, que fueron tus primeras abuelas. Ellas me enseñaron a amantar. Me convertí en uno de esos restaurantes 24/7. Me ayudaban con los pañales, que eran de tela y había que lavar y lavar. Camila y tú eran cuates, pero muy distintos. Desde el primer día, cada uno desarrolló su personalidad. Ella era más fuerte, más decidida; tú siempre fuiste más tímido. Te costaba trabajo pegarte a la teta, llorabas más. Ella era tragona.

–Es bueno saber que fui chillón e indeciso desde chiquito –bromeé. Mi madre no hizo caso a mi comentario y siguió su narración. Entendí que no debía interrumpirla.

–El día que el Zacate pasó por ustedes peleé con tu papá toda la noche. En cuanto dejé de ver el vocho, que se alejaba con mis hijos dentro, me arrepentí. Nacho insistía en que era solo por unos días, no

sabía cuántos, pero solo unos días, que lo que hacíamos era por un bien superior, que ustedes estarían bien, que nada les iba a pasar, que nada nos iba a pasar, que eso hacían los hombres justos. Yo lo golpeaba en el pecho con los puños y él se dejaba. Seguí y seguí, llorando y golpeando, hasta que me venció el cansancio. Al día siguiente amanecí con todas las dudas del mundo y Nacho con dos moretes en el pecho.

»Luego pasó todo lo que ya te platiqué. No volví a saber de ustedes hasta aquel día en que me visitaron mis padres en Santa Martha Acatitla. Pasaron casi cuatro semanas de encierro antes de que me permitieran hacer la primera llamada. Mi padre se puso feliz de escucharme. "Qué alivió que estés viva", exclamó. Supieron por supuesto de la muerte de Nacho, aunque no fueron a la misa porque tu abuela Teresa les hizo saber que no serían bienvenidos. Unos ocho o diez días después de la llamada, la celadora de la crujía me avisó que tenía visitas. Eran mis padres. Casi no nos reconocimos. Yo era un guiñapo; ellos habían envejecido de puro dolor. Nos abrazamos. Lloramos. Nos separaron. Nos tomamos de las manos. Pregunté por ustedes.

»Fue mi padre quien me dio la noticia. Mamá no hablaba. "Camila murió a los pocos días de llegar a Guadalajara. A Ernesto lo vemos poco, solo cuando don Enrique lo lleva furtivamente a la casa, a escondidas de su mujer". Maldije la causa, maldije a la guerrilla y a todos los hombres justos. Me maldije a mí misma. Había perdido a mi hija y a mi pareja, estaba presa, lejos de mi hijo y de mis padres. A cambio no habíamos logrado nada.

»Meses después, don Enrique fue a verme. Fue él quien me dio los detalles. Camila había muerto de meningitis. "Fue muy rápido", dijo. "La hospitalizamos en la tarde y murió en la madrugada, no hubo nada que se pudiera hacer". No le creí. Lo insulté. Me enseñó la foto, esa que me mostraste ayer. Fui yo quien la rompió a la mitad y se la aventé en la cara. Lo corrí de la sala de visitas de la prisión. Sin embargo, un año después volvió. Volvió para decirme que habían abierto una nueva cárcel para mujeres en Puente Grande, cerca de Guadalajara, y que estaba negociando mi cambio con su amigo que era secretario de Gobierno del estado, para

que estuviera cerca de mis padres. No le agradecí. Estaba enojada con él; estaba furiosa con la vida.

Hizo una pausa larga. Como si quisiera digerir todo lo que había contado. Su plato de chilaquiles estaba a la mitad. Así se quedó. Le serví un poco más de café. Sonrió con esa mueca de media sonrisa, tan triste, tan suya.

–En Puente Grande conocí a otras dos compañeras de la 23. Nunca nos habíamos visto antes. De una de ellas había escuchado su nombre de batalla, Lisa. Se llamaba Antonia y era de Sinaloa. La otra, Carmen, venía de Aguascalientes y su apodo de guerra era Pilar. Ellas habían caído juntas en una casa de seguridad en Maza-tlán. Nos presentó Eunice Hernández, una compañera que estaba en la cárcel por asesinar a su marido. Lo descuartizó, lo metió en una maleta, a sangre fría, pero el maricón de su amante rajó; también en el amor hay traidores. «Aquellas dos son de las tuyas», comentó un día, apuntándolas con la barbilla mientras cargaba la charola del desayuno. En la cárcel nunca se apuntaba con el dedo a nadie. Al día siguiente me senté con ellas. Fue Lisa la que me habló de las intrigas: «A Saulo lo entregaron. Alguien desde dentro le puso el dedo cuando iba a Sinaloa. Los estábamos esperando a él y al Melquiades. Saulo iba a ser nuestro nuevo comandante en la zona. Nunca llegó; él apareció muerto en Guadalajara y Melquiades en Monterrey, el mismo día. Melquiades participó en el secuestro de don Eusebio. Saulo en el de Izaguirre. ¿No te parece demasiada coincidencia?», me dijo. ¿Existen las coincidencias? Los paranoicos dirían que no, que todo es parte de un plan, de un complot elaborado por un Otro plenipotenciario, en este caso el gobierno. ¿Estábamos infiltrados? Cuando pienso que a Nacho se lo brincaron en el secuestro de Izaguirre; que lo degradaron por rebelarse contra Joel; que lo mandaron a Culiacán y que los detuvieron en la carretera por casualidad; que Melquiades, también asignado a Culiacán, había participado en la muerte del empresario de Monterrey, y que al día siguiente aparecieron torturados y muertos uno en Guadalajara y el otro

Monterrey; que Ramiro asesinó a Izaguirre sin consultarlo con nosotros; que lo escondieron y ahora anda por ahí tan tranquilo, todo eso me hace pensar que sí, que es muy posible que la organización estuviera infiltrada desde su nacimiento. Cuando repaso todas las tonterías que hicimos, la ingenuidad con la que actuábamos, la soberbia con la que decíamos que estábamos haciendo una revolución y cambiando el mundo; la torpeza de la organización, creo que no, que ni siquiera fue necesario infiltrarnos, que solitos nos fuimos entregando y matando entre nosotros porque teníamos miedo, mucho miedo. Miedo de saber que éramos capaces de matar, que ese o esa con la que dormíamos podía darte un balazo porque consideraba que habías traicionado la causa, porque tenías pensamientos burgueses, porque dudabas. Teníamos miedo de que la causa nos devorara a todos.

Hizo una pausa de nuevo, una pausa larga. Su mirada estaba ahora en la taza de café que sostenía a dos manos. Yo se las tomé desde el otro lado de la mesa; era una forma de agradecimiento y una súplica de que no parara.

–Por mis padres sabía que tú estabas bien. No es que te vieran mucho, pero Tatis hablaba con tu abuelo. «Voy a ir a ver a Lucía, ¿se le ofrece algo, don Enrique?», le decía con formas siempre tan diplomáticas. La respuesta invariablemente era «no, no gracias», pero entonces mi madre aprovechaba para preguntar: «¿Algún mensaje de Ernesto?». «Nada, solo que está bien». Un día me avisaron que don Enrique venía a verme ya en Puente Grande. Temí lo peor. No puedo decir que fuera cariñoso conmigo, pero sí amable; siempre fue educado y alguien que hacía lo correcto. «Van a abrir la famosa amnistía que prometió el presidente. Yo no estoy de acuerdo con lo que hicieron, y lo sabes, pero no mereces estar aquí», dijo con voz seca. Le expliqué que nosotros no queríamos matar a Izaguirre. «Sé que eso no cambia nada, pero es bueno que lo sepa. A Nacho le costó el rango y la vida defender a Izaguirre», le dije. Los ojos de don Enrique se llenaron de lágrimas. Se quitó los lentes, se secó con el dorso de la camisa. Su voz no se alteró. «En la vida no importa lo que quisiste hacer sino lo que hiciste», sentenció. Recuerdo

bien sus palabras porque me hirieron profundamente, quizá porque desde entonces sabía que era cierto. Súbitamente, su mirada se endureció. Me comunicó como si fuera un burócrata que, según su amigo el secretario de Gobierno, mi caso calificaba para la amnistía y que había ingresado mi expediente. Antes de que se fuera, pregunté por ti, quería que me contara detalles, cosas bonitas, quería que me dijera que me necesitabas, pero no, solo dijo que estabas bien y estarías mejor con tu madre fuera de la cárcel. Esta última frase fue la que me hizo pensar que cuando saliera de la cárcel viviríamos juntos. Me engañó.

»Él decía que yo me autoengañé, que nunca prometió eso. El día que me liberaron, tu abuelo Enrique fue a recogerme. Mis padres lo aceptaron porque él era el de las influencias. Yo estaba feliz. Aunque mi cuerpo y mi rostro habían olvidado cómo se expresa la felicidad, créeme que estaba feliz y muy nerviosa de verte. Nada temía tanto como tu rechazo, aunque racionalmente sabía que era inevitable. En el camino hablamos poco. Me dijo que tú sabías algunas cosas, no todo, por supuesto, pero que él había hablado contigo. Por eso supuse que aquel día nos iríamos juntos a casa de mis padres. Tus abuelos Ixca y Tatis nos estaban esperando, tu recámara estaba lista aquí arriba.

»Arrancarte de mí fue una puñalada por la espalda. Tus abuelos se estaban vengando por la muerte de Nacho. Al menos así lo sentí en aquel momento. Quise demandar por la custodia; tenía el apoyo de mis papás para hacerlo. El abogado Del Valle, con quien había hecho buena amistad, me hizo ver que no ganaríamos nunca. Con toda la tristeza, pensamos que era mejor llevar la fiesta en paz. No por mí, sino por ti. Nunca estuve convencida de que dejar de pelear haya sido lo mejor. Cuando te llevaron a Tijuana, me desmoroné. Siempre tuve la sensación de que se fueron porque un día, en nuestras conversaciones cada vez más agrias e hirientes, yo le reclamé a don Enrique la muerte de Camila; llevarte lejos fue una forma de castigarme.

–Nunca mencionó eso. Más aún, nunca habló de Camila enfrente de mí. Su argumento para dejar Guadalajara fue que no soportaba las miradas. La abuela nunca quiso irse, tanto así que, en cuanto murió el abuelo, regresó.

–Dos veces le pregunté cómo había muerto Camila. Las dos me respondió seco: «Ya te dije, ¿para qué vuelves a preguntar?». Nunca me quiso decir ni siquiera dónde está enterrada.

Repartí el último trago de café, ya frío, entre su taza y la mía. Ninguno de los dos lo tomamos; era más un gesto para romper la tensión, necesitaba hacer algo con las manos, mirar a otro lado.

–Rosa –exclamé en voz baja. Mi madre me miró como si no hubiese entendido–. Ella debe saberlo todo.

–Rosa no me quiere ni tantito.

–Pero a mí sí, y mucho.

Regreso a la sierra

El Gordo se volvió a quedar sin coche. No me preguntó para qué lo quería; yo me sentí obligado a explicarle, sin decirlo todo.

–No tenías que decirme para qué quieres el coche, pero ya que me dijiste, me da mucho gusto que sea para ir con tu madre a la sierra. Cuídala, no la vaya a morder Rosa –bromeó.

En el camino iba relajada. Yo también. Por primera vez en muchos años tuve el sentimiento de que no teníamos nada que reclamarnos. La vida había sido la que había sido.

–Eres toda una Belén –dije, para abrir conversación.

–¿Y tú? ¿Con qué parte de la familia te identificas más?

–No lo sé. No sabía nada de mi historia hasta que lo escribiste; ahora sé demasiado. La abuela jamás hablaba de su historia, menos de la de otros. Ahora entiendo lo mucho que debió dolerle el pasado. Me encantan las historias de María y Juana; quisiera ser como el bisabuelo Luis o como mi papá. La verdad es que me siento enano frente a ellos.

–¿Enano? Yo creo todo lo contrario. Todas esas historias no hacen sino crecerte. La memoria nos agiganta.

Le ofrecí pasar a la birria de San Luis. Rechazó la oferta. Lo suyo no era la comida condimentada. Compramos solo una bolsa mediana de camote del cerro con limón, sal y chile y dimos cuenta de ella mientras subíamos la cuesta.

Rosa reconoció el auto del Gordo y salió feliz a recibirme. Cuando vio a mi madre, se paró en seco y emitió una de sus tradicionales onomatopeyas en forma de pujido. Ese «¿mah?» , acompañado de su cara de extrañeza, formulaba inequívocamente la pregunta: «¿qué está haciendo ella aquí?».

–Hola, Rosa –se adelantó mi madre.

–¡Mah! –respondió mi nana, ahora con tono de resignación que significaba algo así como «bien, pero qué te importa».

Mi madre sonrió divertida.

Nos pasó a la huerta. Había unos equipales viejos en los que por las tardes mi nana se sentaba con sus hermanas a desgranar el maíz para el día siguiente. La cazuela de cobre donde nixtamalizaban olía a fermento, «a podrido», sentenció mi madre, poco acostumbrada a estos olores de la cocina. Unos minutos después apareció Rosa con una jarra de agua de jamaica y tres vasos.

–Uno es para ella –dijo señalando a mi madre con la barbilla.

–Gracias, Rosa, eres muy amable –apuntó mi madre, divertida, y segura de que Rosa no pescaría la ironía, no porque le faltara inteligencia, sino porque le importaba un comino lo que dijera la señora.

–¿Mah? –apuró Rosa.

Ahora la onomatopeya era una pregunta que significaba algo perecido a «¿a qué vino esta?».

Abrí la caja del abuelo. Mi mamá sacó la foto reconstruida y la puso sobre la mesa.

–Rosa, ¿se acuerda de cuándo tomaron esta foto?

Rosa alternaba la vista entre la foto y el rostro de mi madre, mirándolas a las dos con la misma extrañeza. Luego volteó a verme, como pidiendo permiso para responder.

–Cuéntanos de aquel día, Rosa. Por favor –supliqué en tono de niño que pide que vuelvan a contarle el cuento de nunca acabar.

–A estas alturas qué más da –balbuceó y tomó aire para continuar con voz firme–. La foto la tomó don Enrique. Fue como dos días después de que llegaron los niños. Llegaron de noche, pasadas las diez. Ya estábamos todos acostados cuando timbraron. Yo me hice maje para no bajar. Abrió don Enrique. Lo escuché hablar con alguien y después el llanto de un

niño, y despuecito otro. Ahí caché que algo estaba raro. Comencé a vestirme lo más rápido que pude. La señora Teresa no bajó, solo gritaba desde su cuarto «¿qué pasa?, ¿qué pasa?». Cuando llegué abajo, encontré al señor Enrique parado leyendo una carta con carota de espanto. En el sillón había dos chiquillos chillones. Metí la nariz entre las piernas de los escuincles: estaban bien cagados y por eso chillaban como marranitos. Me llevé primero a la niña, le quité el pañal, la lavé y la dejé encueradita en la sala. Luego me llevé a este –dijo, apuntándome con el dedo–, que no dejó de llorar ni quitándole el pañal. «Son de Nacho», dijo el señor Enrique. «Pus de quién más iban a ser, nomás faltaba que fueran suyos», pensé yo, pero no le dije nada. La señora seguía gritando «¿qué pasa?, ¿qué pasa?», como hacía ella. Me quedé con los niños mientras don Enrique subió a explicarle a doña Teresa el zafarrancho que teníamos en su sala. Discutieron mucho y largo. Al rato bajó don Enrique y me pidió que me los llevara a mi cuarto, luego veríamos qué hacer.

»La señora no quería ni verlos. En el desayuno siguieron discutiendo y en la comida también. Yo iba y venía de la cocina al cuarto. Lavé la ropa y le pedí a Ramón, el chofer, que trajera pañales, leche en polvo y dos mamilas. Era medio zoquete Ramoncito y trajo todo mal. Hasta la tercera vuelta atinó. En la cena, ya no hubo gritos ni discusiones. Como a las nueve de la noche, la señora se asomó al cuarto. Se les quedó viendo. Estaban dormidos. "¿Y sabemos cómo se llaman estos andrajosos?" preguntó. Quesque Camila y Ernesto. Eso dije, pos eso me había dicho a mí el señor. "Nombres de revoltosos", escupió la señora, se dio la media vuelta y se fue.

»Al día siguiente la doña Teresa bajó temprano, antes de las diez, que era la hora que estaba impuesta, y ya muy arreglada, algo raro a esas horas. "Nos vamos de compras", le dijo a Ramón. Regresó con una bolsa llenita de ropa nueva para los niños, pañales de los caros, de esos de tirar, y dos cajas con dos cunas. Ella misma bañó a los niños, los acostó en su cama y les puso la ropa nueva. Cuando llegó el señor Enrique, fue por el aparato y tomó la foto, esta misma.

Rosa recogió la fotografía de la mesa, espantó con ella a una gallina que se acercaba buscando algo del maíz que quedaba cada tarde regado alrededor de los equipales y volvió a dejarla en su lugar.

–¿Cómo murió Camila? Cuéntamelo –suplicó mi madre.

Rosa volteó a verme, de nuevo pidiendo permiso para responder. Asentí con la cabeza.

–Mah, después de tantos años qué más da.

–Solo quiero saber, Rosa. Era mi hija.

Me miró de nuevo. Esta vez lo verbalicé.

–Por favor, Rosa, platícanos cómo fue.

Volvió a tomar la foto, la miró con cuidado, y la dejó de nuevo al centro de la mesa de equipal.

–La niña comenzó a llorar. Lloraba mucho, pero, como de cualquier forma Neto lloraba más, no le hicimos mucho caso. Fue como al mes de que habían llegado. Ya nos habíamos acostumbrado a ellos y los queríamos: «La niña lloraba y no comía. En la noche se lo dije a la señora. La niña no ha comido nada y anda llore que llore». Doña Teresa fue a verla al cuarto, la cargó y Cami se tranquilizó. «Está caliente», dijo, «mañana le hablo al doctor». La niña se durmió y nosotros también. Cuando despertamos estaba ardiendo en calenturas, con el cuello duro duro y como ida. La señora le llamó al doctor, pero no lo encontró. «Nos vamos ahorita mismo al hospital», dijo don Enrique y salieron corriendo. Yo me quedé con el niño. No volvieron hasta la noche; ya traían la cara de funeral. Se les murió en el hospital, meningitis o algo así creo que dijeron que le había dado. Al día siguiente la enterramos en el camposanto de allá de Mezquitán, ahí donde entierran a los niños de la Alemania.

Un grito ahogado de dolor interrumpió la narración. Era un llanto acallado, tan profundo como añejo, de lágrimas atoradas, fermentadas, endurecidas.

Rosa tomó la mano de mi madre. La acarició suavemente mientras cantaba una nana, tal como hacía conmigo las noches en que yo lloraba y lloraba sin saber por qué.

Cartas: memoria e identidad

Para: <netoguamuchil@gmail.com>
Asunto: Historias

Neto querido:

Gracias, muchas gracias por llevarme ayer con Rosa. Estuve muy callada en el trayecto de regreso. Temo haber sido grosera contigo. Sabes bien que no quise serlo, simplemente mi cabeza estaba en otro lado.

Me dio mucho gusto ver y sentir el cariño que Rosa siente por ti. Me tranquilizó saberte tan amado, que alguien pudo darte el soporte que yo no te di. Si nos recibió, si nos contó lo que nos contó, si al final me reconfortó, es por lo mucho que te quiere. Gracias de nuevo por compartirlo conmigo. Quiero ahora yo compartirte mi silencio, eso que pasó por mi cabeza en el regreso de la sierra y que no pude, no supe, expresar.

La memoria es cruel, no tiene compasión. Es el olvido el que nos reconforta. Pero ¿qué sería de nosotros sin la memoria? Son los recuerdos, y los recuerdos de esos recuerdos, los recuerdos de otros, los que nos hacen ser lo que somos, o lo que creemos que somos, que es a fin de cuentas lo que importa. Somos lo que recordamos y, después, lo que otros recuerdan de nosotros. Es la forma de la memoria, la manera en que narramos nuestro pasado, lo que nos da identidad. Sin memoria, ¿qué somos?

Escribí estas historias a lo largo de años, encerrada en la oficina de la universidad y luego en casa, para tratar de entender y de entenderme. Las escribí en desorden y sin saber bien a bien qué quería, mucho menos para qué las quería. Surgió como una necesidad de explicarme a mí misma mi pasado y el pasado de Nacho. ¿Cómo llegamos al infierno al que llegamos?, ¿por qué somos como somos e hicimos lo que hicimos? No lo escribí para justificar nuestras decisiones, ni para alegar nuestra inocencia, solo quería entender quién soy y quién era tu papá. Luego pensé que también podrían serte útiles a ti, que te darían elementos para saber quién eres tú.

¿Quién es Ernesto Haas? ¿Quién es Lucía Belén? La respuesta fácil es que tú eres el hijo de dos ingenuos guerrilleros que te abandonaron en casa de tus abuelos, y yo la madre desalmada que abandonó a sus hijos por una revolución que nunca fue. Más que en tu sangre, tus abuelos

Teresa y Enrique, Ixca y Martina, están en tu identidad, como en la mía están Emma y Luis. ¿Se puede explicar a Nacho sin el catolicismo recalcitrante de sus abuelos, sin su fe ciega de alteño o sin la disciplina germánica de Karl? ¿Mi silencio no es acaso el mismo silencio de Pepe y mi rebeldía el eco de las Belén?

Tu papá y yo nunca entendimos la revolución y la guerrilla de la misma manera. Para mí era la continuidad de una larga batalla de las mujeres de mi familia, quizá por eso nunca entendí las prisas, las decisiones alocadas, la lógica de todo o nada. Tu padre era en muchos sentidos mejor revolucionario que yo; nunca dudó, tenía muy claro dónde estaba el bien y dónde el mal, creía en una causa. Él era, a fin de cuentas, un hombre de fe, como lo fue Mary, como lo fueron los Rivero. A mí, la duda y el miedo, el bendito miedo, me permitieron sobrevivir.

La identidad no es otra cosa que la forma en que nos contamos nuestra propia historia. Es en esos acuerdos y desacuerdos de la memoria donde encontramos los rasgos esenciales de lo que somos, de lo que pensamos y la forma en que estamos en el mundo. La memoria nos vivifica, nos identifica, nos hace únicos.

No quiero que me malentiendas. No escribí estas historias para justificar mis decisiones como madre, como mujer o como guerrillera. Sí, la historia nos determina, pero eso no significa que nos evada de la responsabilidad de nuestras decisiones. Nada más alejado de lo que busco. Escribir de Juana Belén en la cárcel, de Delfina en su destierro, de Kristen en su dolor, me ha permitido pensar a Camila, aunque todavía me cueste nombrarla, en lo que pudo haber sido y nunca fue.

Gracias de nuevo por estar cerca. ¿Me acompañarías mañana a visitar la tumba de tu hermana?

Te quiero,
Mamá

Mezquitán

Llamé a Maca para avisarle que volaría a Tijuana el día siguiente. Se puso feliz. No le platiqué nada de lo que había pasado en estos días, ni de mi hermana Camila ni del dolor de mi madre. La dejé que hablara, que se

quejara del cocinero, del pescadero, del horno, del huerto y hasta del clima demasiado bueno, demasiado templado, lo que produciría una añada de vinos de baja calidad. «Nos tomamos los del año pasado», comenté en tono de broma, pero para ella aquello era algo más grave: era una hecatombe. Al final, prometió recogerme en el aeropuerto para darme detalles de todo durante el camino. Estuve a punto de decirle: «¿Qué crees? A mí me apareció una hermana en una caja de cartón». No pude. Ya se lo diría otro día, cuando estuviera listo para hablar de ello.

–Te quiero. Gracias por aguantarme.

–No te vayas a entretener cuando salgas del aeropuerto –me recriminó.

Yo sabía que eso no era más que una declaración de amor.

Prometí a mi madre pasar por ella para llevarla al cementerio a buscar la tumba de Camila. Necesitábamos materializarla, juntar todos los trozos y trazos de su memoria para que volviera a existir. Tenía planeado ir en taxi, pero la noche anterior, cenando en su restaurante, el Gordo se empeñó en que debíamos llevarnos su camioneta.

–Yo no la necesito: la tengo solo para cuando vienes tú –bromeó.

Brindamos.

Nos fuimos temprano para evitar el calor. Encontramos estacionamiento en la misma cuadra del panteón de Mezquitán por la calle lateral. Toda la manzana tenía un gran mural de grafiti. «Bastante feo», opinó mi madre. En la esquina otro mural pintado, sobre los anteriores, recordaba a los desaparecidos. Mi madre se estremeció. «De los nuestros fueron decenas; ahora son miles», dijo. Un viene-viene se acercó a ofrecernos cuidar el carro. Por supuesto, aceptamos la extorsión, no podíamos correr el riesgo de que algo le pasara a la camioneta del Gordo. Decidimos cruzar al mercado a comprar flores antes de entrar al cementerio.

–Camila merece un buen ramo ahora que vuelve a ser parte de la familia.

–La abuela Teresa también.

–Mira que eres bueno –respondió–. Ese lo pagas tú.

Alcancé a leer la ironía en su mirada traviesa, como la de la abuela Martina. Me abrazó. Estaba sonriente y en paz. Nunca la había visto así.

Para Camila compramos gerberas.

–Si me gustan a mí es probable que también le hubieran gustado a ella, ¿no crees? –argumentó sin esperar respuesta.

Para la abuela compré un ramo de lilis blancas; siempre le gustaron las lilis.

Nos costó trabajo encontrar la tumba de Camila. Las indicaciones de Rosa no eran muy precisas. Lo que sabíamos era que estaba en el panteón alemán, y por suerte no era muy grande. Repasamos tumba por tumba. Caminamos entre nombres impronunciables hasta encontrar la tumba de la familia Haas. Ahí estaban Hermann, Kristen, Mary y Karl. Ahí no estaba mi hermana. Quien sí estaba era mi papá; era el último nombre en la lápida. Ignacio Haas Rivero, 31 de julio de 1948-1 de febrero de 1974. Mi madre comenzó a llorar en silencio. Yo también, más por contagio que por tristeza. ¿Cómo se llora a un padre que no conociste? Puse una flor en la loza. Mi madre besó la lápida. Era un acto de amor profundo. Lloré aún más.

–¿Sabes? –dijo al fin–. Tenía razón la Chata: el primero de febrero es un día maldito.

Tardé en entender que hablaba de la predicción que había hecho la nana de la abuela Tatis el día que mataron a Estupefacto, el pavorreal.

Tras un largo silencio palmeó mi espalda y reemprendió el camino con la mirada baja. Teníamos que encontrar dentro del cementerio alemán el espacio reservado para niños, tal como nos había dicho Rosa.

Un angelito de mármol, mutilado, sin un brazo y una pierna a la mitad, atrajo mi mirada. Al lado de él, una inscripción daba cuenta de una vida muy breve. María Vogt, 7 de mayo de 1914-11 de mayo de 1914. Quité la tierra y las hojas que cubrían la lápida. Era la tumba infantil. Ahí estaba el nombre de mi hermana: Camila Haas Belén.

Nos quedamos un rato mirando aquel desastre. Sin ponernos de acuerdo, ambos pensamos que tocaba arreglar un poco la tumba antes de poner las flores. Con una rama de sauce improvisamos una escoba y fui a buscar un bote con agua en la entrada del cementerio. Tallamos con las manos para limpiar el nombre de mi hermana. Tomé prestado un florero

de la tumba de junto, le puse un poco de agua e hicimos un arreglo de gerberas de colores. No hablamos; no hacía falta.

Cuando el sol comenzó a calentar, mi madre fue a buscar la tumba de su querido abuelo Luis; yo crucé la callejuela del panteón, a la que llamaban el Rin, para poner las flores en la tumba de mi abuela Teresa en el panteón francés. Dejé también un par en la de Julienne, la valiente tatarabuela que había venido con su padre en un barco desde Marsella. Una gran parte de mi historia estaba enterrada aquí.

Nos enfilamos a la salida.

–¿Te puedo abrazar? –preguntó mi madre, igual que el día del entierro de la abuela.

Pasé mi mano por encima de su hombro; ella recargó su cabeza en mi pecho.

Caminamos por la calle central del cementerio. El calor aumentaba. Hacía un delicioso silencio.

–¿Has pensado en publicar lo que escribiste? –pregunté a mi madre, con genuino interés.

–¿Publicar lo que escribí? ¿Para qué? ¿A quién puede interesarle esta historia?

Seguimos caminando despacio, abrazados, con el sol en el cenit, sin sombra que nos persiguiera.

Guía de personajes

Jalil Fares (Hariza, Monte Líbano, 1864 - Guadalajara, México, 1900). Hijo de pastores libaneses, migró a México en la adolescencia y, tras múltiples peripecias, se estableció en Guadalajara. Regresó al Líbano en busca de esposa y se casó con Latife, prima segunda quince años menor que él, con quien formó una familia en México.

Delfina Mata (Qartaba, Monte Líbano, 1879 - Guadalajara, México, 1947). Nacida como Latife y huérfana de madre, se casó muy joven con su primo. Al llegar a México le cambiaron el nombre a Delfina y se estableció en Guadalajara. Tras enviudar a los veintidós años, con cuatro hijos y uno más en camino, se mudó a Tepic. Regresó a Guadalajara en los años treinta, donde murió.

Juan Cortázar (Cuisillos, Jalisco, México, 1882 - Cuisillos, Jalisco, México, 1931). Hijo y nieto de hacendados, nació, creció y murió en Cuisillos, la hacienda familiar que heredó. Apasionado por la modernidad, adquirió uno de los primeros automóviles del país. Tenía un carácter alegre y una salud frágil.

Blanca Ibero (Pamplona, España, 1886 - Cuisillos, México, 1911). Ingresó en un convento siendo niña para cumplir una promesa de su padre. Poco después de profesar, viajó a México como monja enfermera. Fue asignada al Hospital de la Beata Margarita, donde conoció y se enamoró de Juan, un paciente con afecciones cardiacas. Cultivó un gran interés por la herbolaria, aprendido de Ixia, su nana gallega, conocimiento que después compartió con la Chata, nana de sus hijos.

Hermann Haas (Hamburgo, Alemania, 1865 - Hamburgo, Alemania, 1934). Hijo de un comerciante de vinos y de espíritu aventurero, migró a Guadalajara para hacer fortuna, donde también formó una

familia. Tras la Revolución mexicana regresó a Hamburgo, donde murió sin volver a México.

Kristen Neumann (Hamburgo, Alemania, 1873 - Hamburgo, Alemania, 1929). Nacida en el seno de una familia luterana conservadora, huyó de casa para seguir al amor de su vida, lo que la llevó a Guadalajara. Sus suegros le arrebataron a sus hijos varones, que crecieron lejos de ella. La muerte de su hijo Herbert en la Primera Guerra Mundial marcó el ocaso de su vida.

Alonso Rivero (San Pedro Tlaquepaque, México, 1885 - Guadalajara, México, 1954). Ranchero, pendenciero y mujeriego, creció como hijo consentido de una familia acomodada de la sociedad tapatía. Ni la Revolución ni el matrimonio lograron cambiarlo. Su machismo marcó su vida y la de quienes lo rodearon.

Julienne Certaux (Saint-Paul, valle del Ubaye, Francia, 1887 - Guadalajara, México, 1958). Llegó a Guadalajara con su padre en busca de mejores oportunidades, apoyados por la red de los barcelonetos. Su carácter firme le permitió sobrevivir a un matrimonio arreglado, difícil y conflictivo. Siempre encontró la manera de afirmarse y buscar su propia felicidad.

Luis Fares (Guadalajara, México, 1896 - Guadalajara, México, 1981). Tercer hijo de Jalil y Delfina, estudió y ejerció la medicina con sabiduría. Fue médico de la hacienda de Cuisillos, donde conoció a Inmaculada. Practicó la masonería, pero la abandonó por considerarla demasiado dogmática. Llegó a ser rector de la Universidad de Guadalajara.

Emma Belén (Ciudad de México, México, 1892 - Pátzcuaro, México, 1961). Hija natural de Juana Belén, escritora y líder anarquista, pasó su infancia en prisión junto a su madre. Menuda, brillante y segura de sí misma, mantuvo un complejo triángulo amoroso durante su vida adulta. Al igual que su madre, fue editora de la revista *Vésper*.

Karl Haas (Guadalajara, México, 1895 - Guadalajara, México, 1959). Primogénito de Hermann y Kristen, pasó su infancia en Hamburgo. Tras la Revolución mexicana regresó a Guadalajara para recuperar los negocios familiares. Se casó con María Shultz, sonorense de ascendencia alemana, con quien tuvo cuatro hijos.

Marcelo Rivero (Atemajac del Valle, Guadalajara, México, 1903 - Ciudad de México, 1967). Hijo de Alonso y Julienne, fue un niño retraído. Nunca mantuvo buena relación con su padre ni con su medio hermano Juan. Se casó con Emilia, hermana de su mejor amigo, y se separó de ella tras el nacimiento de su hija. Se trasladó a la Ciudad de México, donde vivió junto a su amigo, cuñado y amante, Claudio.

Xabier Ibaiguren (Bilbao, España, 1908 - Morelia, México, 1966). Vasco, hijo de obrero y pastora, fue el primero de su familia en hablar castellano y aprender a leer y escribir. Participó en el movimiento anarquista español, lo que lo obligó a migrar a México, donde entabló una estrecha relación con Emma Belén y José Fares.

Martina Fares (Guadalajara, México, 1931 - Guadalajara, México, 2011). Hija mayor de Luis e Inmaculada y madre de Lucía. Se enamoró de Ixca a primera vista, cuando aún era niña. Estudió Química tras una estancia en Estados Unidos. Destacó por su inteligencia emocional y su agudo sentido común.

Enrique Haas (Guadalajara, México, 1923 - Tijuana, México, 1992). Segundo hijo de Karl y María, destacó como deportista y católico comprometido. En su juventud encabezó protestas contra los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Se casó con Teresa Rivero, con quien tuvo un hijo, Ignacio. Tras diversos acontecimientos familiares en los años setenta, se estableció en Tijuana, donde murió.

Ixca Belén (Ciudad de México, 1922 - Guadalajara, México, 2009). Hijo del triángulo amoroso entre Emma Belén, Xabier Ibaiguren y José Manuel Fares. Nunca supo quién era su padre biológico, por lo que

llevó solo el apellido materno. Creció en Guadalajara con sus tíos Luis e Inmaculada, donde se enamoró de su prima Martina. Participó en movimientos sindicales y destacó por su habilidad para la mecánica.

Teresa Rivero (Guadalajara, México, 1924 - Guadalajara, México, 2023). Hija de Marcelo Rivero y Emilia Larios, pasó su infancia en un internado en Francia hasta la muerte de su madre. Se casó con Enrique Haas, con quien tuvo a Ignacio, su único hijo. Crio y protegió a su nieto Ernesto en Tijuana. Tras enviudar, regresó a Guadalajara, donde vivió hasta avanzada edad.

Ignacio (Saulo) Haas (Guadalajara, México, 1948 - Ciudad de México, 1974). Único hijo de Enrique y Teresa, fue un líder natural. Estudió economía en el Tecnológico de Monterrey y participó en proyectos comunitarios vinculados a los jesuitas. Posteriormente se incorporó a la guerrilla urbana junto a Lucía Belén. Fue fundador y dirigente de la Liga Comunista 23 de Septiembre, donde adoptó el sobrenombre de Saulo.

Lucía (Raquel) Belén (Guadalajara, México, 1950). Pareja de Ignacio y madre de Ernesto. Estudió Letras en la Universidad de Guadalajara. Se integró a la guerrilla y participó en la Liga Comunista 23 de Septiembre bajo el seudónimo de Raquel. Fue encarcelada en 1974 y amnistiada casi seis años después. Dedicó su vida a la investigación de los movimientos sociales.

Ernesto Haas Belén (Monterrey, México, 1973). Hijo de Ignacio y Lucía, creció entre Guadalajara y Tijuana con sus abuelos paternos. Estudió cocina y fundó, junto con su pareja Maca, un restaurante en el valle de Guadalupe (Baja California), llamado El Guamúchil, en honor al árbol del patio de su abuela materna.

Macarena López de Mendiola y González del Toro (Ensenada, Baja California, México, 1975). Conocida como Maca, es pequeña, hiperactiva y sumamente eficiente. Se encarga de la operación y la

administración de El Guamúchil, donde también funge como *sommelière*. Mantiene con Ernesto una relación amorosa compleja.

Rosa Ortiz (Concepción de Buenos Aires, Jalisco, México, 1932). Llegó a trabajar con la familia Haas Rivero siendo adolescente, como nana de Ignacio. Posteriormente cuidó también a Ernesto, con quien desarrolló un vínculo casi maternal. Tras la muerte de Teresa regresó a su pueblo, en la sierra del Tigre, donde vive con sus hermanas.

Nota del autor y agradecimientos

Esta es una historia construida con jirones de memoria, retazos de recuerdos e historias de muchas familias que, como todo novelista, me di a la tarea de traicionar y acomodar para darles forma. Muchos libros, muchas anécdotas, muchas horas de conversación me permitieron recrear esta historia que son en realidad muchas historias.

Para los capítulos dedicados a la reconstrucción de la guerrilla recurrí a mi propio trabajo periodístico y particularmente a tres libros que me permitieron darle rostro a los personajes y verosimilitud a la historia: *Memoria de la guerra de los justos*, de Gustavo Hirales (Cal y Arena, Ciudad de México, 1996); *La Charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*, de Sergio Aguayo Quezada (Grijalbo, Ciudad de México, 2001) y particularmente *Cuando un futuro se disuelve. De identidades trastocadas y radicalizaciones no previstas*, de Fernando M. González (UNAM, Ciudad de México, 2023) que me permitió reconstruir importantes escenas de lo que sucedió en el seno de la Liga Comunista 23 de Septiembre. A Fernando debo también un agradecimiento especial por las horas de conversación, así como por sus puntuales comentarios a esta novela.

Como en cada uno de mis libros, este también tuvo lectores que lo enriquecieron con sus opiniones. Gracias a Augusto Chacón, Nubia Macías, Alejandro Estrada, Alberto Pérez Martínez, Luis Petersen y Renée de la Torre por su tiempo, su interés y su sabiduría.

Un agradecimiento especial a mis editores en Grupo Planeta: Gabriel Sandoval, Carmina Rufrancos y Jessica López Muñoz, así como a Eduardo Latapí, quien acompañó este libro desde sus primeras letras.

Acerca del autor

Diego Petersen Farah (Guadalajara, 1964) es escritor y periodista. Fue subdirector de *Siglo 21*, director de Público y fundador de *Milenio*. Actualmente es columnista y asesor de *El Informador* de Guadalajara, y colaborador en diversos medios. Como escritor ha publicado tres novelas: *Los que habitan el abismo* (Planeta, 2014) *Casquillos negros* (Tusquets, 2017) y Malasangre (Planeta, 2019).

© 2026, Diego Petersen Farah

Diseño de la colección: Guillemont-Navares
Fotografía de portada: © Ebru Sidar / Trevillion Images

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2026
ISBN: 978-607-39-4578-3

Primera edición en formato epub: septiembre de 2026
ISBN: 978-607-39-5188-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Árbol genealógico de Ernesto Haas Belén
1
Morir
El entierro
La casa de la abuela
Del diario de Maca
Mamá
2
Jalil
Blanca
Hermann
Julienne
3
Ensenada
Cartas: memoria y exilio
La primera vez
Mudanza
El sillón del abuelo
4
Delfina
Juan
Kristen
Alonso
5
Macarena
Los otros abuelos
Papeles
Cartas: memoria y dolor
Sopa de cebolla
6
Luis
Emma

Carlos
Marcelo
Xabier
7
El crítico
Puesta de luna
La casa del Gordo
Café Montenegro
8
Teresa
Martina
Enrique
Ixca
9
Rosa
Birria
La casa de Tatis
Cartas: memoria y rencor
10
Ignacio y Lucía
Ellos
Saulo y Raquel
N.N. y 4325
11
Diez mil pies
La caja
Dentro de la caja
Desayuno
Regreso a la sierra
Cartas: memoria e identidad
Mezquitán
Guía de personajes
Nota del autor y agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros